

José Pablo Feinmann El peronismo y la primacía de la política

El libro prohibido de Feinmann.
Un homenaje a la juventud

Lectulandia

Este es el libro de un escritor joven. Es el libro de un escritor militante. Cuando José Pablo Feinmann empezó a escribirlo, tenía veintisiete años y era jefe de Trabajos Prácticos de Historia de la Filosofía Contemporánea en la UBA. Corría el año 1970. La tarea de ese momento, el suceso que a todos tenía inquietos, era el regreso de Perón.

Aquí Feinmann sitúa y describe al peronismo en su mayor pureza.

En este texto breve, doctrinario, de discusión «dura», urgente, sienta la posición de que el peronismo puede realizar un socialismo nacional.

Despliega un brillante y cuidadoso análisis de la relación del peronismo con la historia. Desde la batalla de Caseros le pone un límite al revisionismo: el peronismo es una irrupción nueva, no una continuidad lisa de la línea federal nacional. El gran referente teórico es John William Cooke.

Su lúcida y sólida argumentación irrumpe desde la dialéctica del debate con la brillante idea de que con la consigna «Braden o Perón» nace la conciencia política de las masas. El peronismo es sujeto y el empoderamiento de las masas, lo medular, como la base de un programa político de largo aliento.

También analiza la relación con el Estado liberal y su confrontación con el Estado nacional peronista y con las Fuerzas Armadas.

El peronismo y la primacía de la política puede leerse en direcciones múltiples, entre las que se destacan un plano documental, testimonio de los valiosos debates de la época (Cooke, Scalabrini, Puigróss, Peña); y un eslabón complementario de su notable *Filosofía y nación*, sobre todo si se tiene en cuenta la cercanía y el dramatismo de los hechos a los que se refiere.

Dice Feinmann en el nuevo prólogo: «Porque este libro es el de una generación y su entrega a una causa que merecía mejor suerte. La suya, desde luego, la que ella misma había creado y giraba en torno a un líder mítico amado por las masas. Si las masas lo amaban y lo exigían, si la oligarquía, los militares y la Iglesia lo odiaban, la elección era clara. Sólo había que dar una interpretación que pudiera explicar eso». Este es el libro insoslayable, sorprendente, que intentó dar esa interpretación.

Lectulandia

José Pablo Feinmann

El peronismo y la primacía de la política

ePub r1.0

Titivillus 11.06.16

Título original: *El peronismo y la primacía de la política*
José Pablo Feinmann, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prologo a la edición de 2015

Éste es el libro de un escritor joven. Es el libro de un escritor militante. Tendría, cuando empecé a prepararlo, veintiséis o veintisiete años. Era jefe de Trabajos Prácticos de Historia de la Filosofía Contemporánea en la UBA. Corría el año 1970. La tarea de ese momento, el suceso que a todos tenía inquietos, a la espera, era el regreso de Perón. Nadie que no haya vivido el fulgor de esa época, que no haya respirado esos vientos que soplaban desde 1955, podrá comprender la pujanza, el vigor histórico del acontecimiento que se avecinaba. O sí, tal vez pueda, pueda comprenderlo con mayor o menor hondura, pero ¿cómo se hace para captar la vibración, la emocionalidad del momento? Desde pibes nuestros padres nos hablaban pestes de Perón y del peronismo. Y uno, si crece, crece contra los padres. Los ame o no. Pero son las primeras batallas contra la autoridad. Más aún si existe un gran padre del pueblo, negado, prohibido, injuriado, cuyo nombre era impronunciable por decreto. Porque era el maldito. El hombre que, si volvía, volvería en un avión negro. Nuestros padres lo detestaban al modo de la oligarquía, de los militares, de los monseñores del catolicismo que bendecían las armas de los militares ultracatólicos, cursillistas, que olían a franquismo rancio, anticomunistas bobos, peligrosos pero bobos, peligrosos porque tenían las armas, bobos porque eso eran, irreparablemente bobos, prohibían libros, prohibían películas, o las cortaban, una teta los aterrizzaba, hombres y mujeres que rezaban el rosario con las primeras luces del día, que formaban Entes de Calificación para proteger la moral del inocente pueblo, que luego, se decía, veían en privado los fragmentos prohibidos, a los que pegaban entre sí y llamaban «tortas». Miserables, mentirosos. Toda la hipocresía del régimen nos daba náuseas.

¿Qué sabíamos de Perón? Lo conocíamos por la negativa. Si toda esa gente detestable (milicos, curas, oligarcas, clase media resentida) lo odiaba, el tipo debía tener algo o mucho de bueno. Pocas cosas atraen tanto como lo prohibido, lo maldito. Volvería en un avión negro. Y a su regreso, las masas que lo seguían tomarían los pueblos y las ciudades del país para ofrecérselos. Los jóvenes que se habían metido en esas masas, que estaban ahí porque el lugar era ése, porque hay que estar donde las masas estén, sabían que su tarea militante era la del diálogo con ellas, las protagonistas de la Historia. Aprender de ellas la sabiduría de las bases y entregarles la sabiduría de los claustros, de los libros, los grandes libros. Los de Hegel, Marx, Lenin, Sartre, Fanon, Mao. Los de Cooke (cuya frase: «El peronismo es el hecho maldito del país burgués» era visible durante esos días, se veía en las calles, en las marchas obreras y estudiantiles). Y los de Perón: Conducción Política, sobre todo. Que, durante esos años, era el Manual de Conducción.

Ahí, en medio de ese marco jubiloso y combativo, un profesor de filosofía se unió —convocado por Arturo Armada, que sería su director— a una revista hoy mítica, cuya reimpresión facsimilar editó la Biblioteca Nacional de Horacio González. Se

trata de la revista *Envido*, que se presentaba como una *Revista de Política y Ciencias Sociales*. Me perseguía, desde hacía un año, un año y medio, la pasión por publicar. Escribir, escribía desde los diez años o algo antes. Publicar era otra cosa. Siempre había escrito monografías para algunas materias (recuerdo, por ejemplo, «La maldad del alma en Platón») o sostenía diálogos con profesores como Conrado Eggers Lan y Víctor Massuh, amigos durante esos años y luego, si no enemigos, con destinos harto diferentes. (NOTA: Massuh, que me introdujo en la fenomenología de las religiones, indagaba en algo que él llamaba «visión trágica» de la historia, un camino alternativo al marxismo y a las masas peronistas, a las que veía al modo de Sarmiento y de Borges. Aún le debo una —en lo posible— buena novela a esa historia. Su heredero fue Santiago Kovadloff, que no vio nada impropio en que el «maestro» aceptara dirigir el Departamento de Filosofía bajo ese Franco tardío que fue el general Onganía, el héroe de «la noche de los bastones largos», ni que luego, bajo el mandato de la Junta Militar de 1976, fuera a darle lustre al cargo, siempre deseado por los intelectuales ambiciosos, de representante argentino ante la Unesco. Massuh volvió al país, publicó un libro con fundadas pretensiones de bestseller, *La Argentina como sentimiento*, que vendió mucho y luego apeló al ardid de Heidegger: el silencio. Murió en 2008, a los ochenta y cinco años. Fue generosamente llorado por la derecha argentina).

Entrar en *Envido* fue entrar en la publicación de mis textos, abundantes e inéditos hasta entonces. En especial, mi tesis sobre el gran maestro francés: «Sartre, del ser-para sí al lugar de la historia», una tesis para aprobar un seminario de un año entero con la inolvidable Guillermina Camusso. Sin embargo, un huracán que no esperaba, que descendía de la Cuba revolucionaria y se extendía a lo largo del continente, se ramificaba, incluía las luchas de la Revolución Argelina, del Vietnam del general Giap, el vencedor en Dien Bien Phu, el espíritu del Mayo francés, replicado un año más tarde, pero con la clase obrera como protagonista, por el Cordobazo y la conducción de Agustín Tosco, Salamanca, Atilio López, las protestas federalistas en nuestras provincias (mendozazo, rosariazo), que retomaban el gesto airado y beligerante de los caudillos del siglo XIX, las torpezas de Estados Unidos, que se hundía en las selvas vietnamitas, que batallaba contra un enemigo que no conocía, «metafísico» según dijera el general Westmoreland a sus soldados, tan derruidos por la droga como por el rock con el que buscaban ensordecerse, el prólogo de Sartre al libro de Fanon, me arrojaron a otras lecturas. Era el momento de la corriente nacional. A partir de junio de 1968, después de aprobar Latín III como quien se despioja, empecé una serie de lecturas urgentes, imprescindibles para comprender la época que se me imponía, a mí y a todos, como un imperativo categórico. Eran los tiempos de la revolución. El mundo nos pedía que lo cambiáramos.

Este libro empezó a escribirse en *Envido*. Cauteloso, mis primeros trabajos en la revista giraban en torno a los problemas del siglo XIX argentino. Fueron: «El extraño

nacionalismo de José Hernández», «Felipe Varela y la lógica de los hechos», «Racionalidad e irracionalidad en Facundo», «Alberdi y el proyecto político dependiente». Sin embargo, en las reuniones del Consejo de Redacción se me pedía que dejara el siglo XIX, entrara en el veinte y escribiera sobre el peronismo. Había una insuficiencia teórica que nosotros, intelectuales y militantes, debíamos cubrir. Otra vez me devoré todos los libros que era necesario leer antes de empezar a hablar. La tarea me tomó un buen tiempo; bueno porque disfrutaba con cada libro, pero también porque mis trabajos se demoraban. Recién en 1972 entregué mis dos primeros textos. En *Envido* N.º 6 apareció «Sobre el peronismo y sus intérpretes». Y en el N.º 7, «Sobre el peronismo y sus intérpretes (II)», que cubría treinta y ocho páginas de la revista. La demora entre el primer trabajo sobre José Hernández (1970) y el primero sobre el peronismo (1972), no sólo se debió al inevitable trabajo heurístico, sino a las vacilaciones de mi hermenéutica. Me costó hacerme peronista. Me costó inventar el peronismo en que podía integrarme. No es casual que los dos primeros trabajos (los mejores, creo) giren en torno a la cuestión hermenéutica. Entré en el peronismo interpretando a sus intérpretes. Las críticas a Milcíades Peña, a Portantiero, a Ismael Viñas, a Gino Germani, eran necesarias para armar mi propia interpretación. Aquí, ya no tenía escape. No me podía cubrir diciendo que los textos de esos otros intérpretes (a los que respetaba) eran formas complejas e interesadas del Error. El error de clase, el prejuicio, la incapacidad de entender las elecciones de las masas, la agresión, sofisticada pero a veces torpe, a la persona de Perón, el líder de esas masas, la figura que esperaban como se espera al Mesías, el político cuyo regreso era inminente, un regreso que era el sentido que la historia tenía en sí y para sí en ese exacto, fragoroso momento. Ahora era preciso que diera mi propia interpretación. Justificar por qué nosotros, los militantes de *Envido*, acompañábamos a las masas en esa espera, dilatada y riesgosa; que era, también, vida, muerte y sentido. Que era, sin más, el sentido de nuestras vidas.

Este libro es esa explicación. Este libro se escribió en el corazón del vértigo. Lo publiqué otra vez a fines de 1983. Le puse *Estudios sobre el peronismo* y le borré muchos, sin duda excesivos párrafos. Le borré los párrafos de la pasión de la época. Lo mejor que tenía y siempre tendrá. Porque este libro es el de una generación y su entrega a una causa que merecía mejor suerte. La suya, desde luego, la que ella misma había creado y giraba en torno a un líder mítico amado por las masas. Si las masas lo amaban y lo exigían, si la oligarquía, los militares y la Iglesia lo odiaban, la elección era clara. Sólo había que justificarla, dar una interpretación que pudiera explicar eso, la totalidad que insistía en totalizarse ante nuestros ojos y que latía día tras día, cada día un poco más que el anterior, porque la inminencia del líder de las masas era realmente inminente, porque sí, porque volvía, porque al fin volvía Perón. Y lo traía la clase obrera, los sindicatos clasistas, la CGT de los Argentinos, Ongaro, Rodolfo Walsh, Rodolfo Ortega Peña, y una movilización juvenil como nunca se había presenciado.

Durante el tormentoso decurso del año 1973 fui ampliando y concluyendo el libro. Escribía en cualquier momento, cualquier lugar. No había cómo ni dónde hacerlo. A través del año 1973 aprendí todo lo que sé de política. El resto lo añadieron o lo fortalecieron los años. Pero el núcleo de la totalidad, esa precipitación conceptual que permitía hacerlo y pensarlo todo a la vez, es hijo de la dialéctica nunca cerrada, siempre abierta (pero abierta por las heridas, por la sangre), de ese año. Del año '73: campaña electoral, triunfo camporista del 11 de marzo, regreso de Perón, Ezeiza, golpe contra Cámpora, asesinatos que se multiplicaban, el discurso de Perón del 21 de junio, el freno a la «juventud maravillosa», las bandas clandestinas de López Rega, Perón presidente, asesinato de Rucci, escisiones de Montoneros, creación de la JP Lealtad, y las prolongaciones trágicas de 1974: el Navarrazo, el acto del 1.º de mayo, discurso de Perón del 12 de junio, muerte de Perón, acciones desembozadas de la Triple A, Isabel presidenta, muerte del cura Mugica, de Atilio López, de Julio Troxler.

El N.º 10 de Envido contó con el respaldo de Montoneros. Ese N.º 10 resultó de las agrias discusiones internas del Consejo de Redacción. Para algunos, el asesinato de Rucci implicaba restar toda relación con la «Orga». Para otros, se trataba de un error, pero era el único espacio en que aún tenía sentido pertenecer. Había otro espacio: el plato de Perón. Porque, con un lenguaje amenazante que lo distanciaba del Padre Eterno, esa figura sensata que podía «ordenar el desorden», había dicho: no hay que sacar los pies del plato. El plato era él. Las opciones eran claras: el plato de Perón o el de Firmenich. Los que hicimos la JPLealtad elegimos el plato de Perón. Ese plato llevaba casi treinta años al frente de las masas argentinas, era su líder. De Firmenich sabíamos poco o nada. Seguir en la Tendencia de los Montoneros después del asesinato de Rucci era no sólo riesgoso (riesgoso era todo), sino inútil y hasta disparatado. Además, no sólo rompimos todo lazo con Montoneros (NOTA: Y hasta los criticamos a cielo abierto: la revista Aluvión, que sacó un solo número que yo dirigí, apareció con un largo trabajo mío sobre la conducción política, optando por la de Perón y no por la de Firmenich con sólidos argumentos... casi todos inventados, manipulando ficcionalmente los hechos con mis cualidades de novelista; novelas que aún no habían salido a luz, o que ahí empezaban a insinuarse. Como fuere, siempre cuidé mi prosa. El peronismo... es un libro deliberadamente bien escrito. Nunca diferencié la prosa ensayística de la prosa ficcional. Un ensayo bien escrito llegaba mejor a la militancia que un alboroto abarrotado de gerundios y dobles o triples adjetivos. Además, como se verá, éste es un libro de ficción. Al ser un libro esencialmente hermenéutico juega todas sus armas a la interpretación política de la historia. Arma una historia del peronismo que la juventud militante de los años setenta requería. Esto no es el peronismo. Es la lectura de los hechos que nosotros necesitábamos para ser peronistas. Si dije: «Me costó hacerme ser peronista» es porque el peronismo parecía reposar en los libros de Perón, en los de Raúl Mendé, en las veinte verdades o en los desvaríos macartistas del Padre Virgilio Fillipo. Lo

encontré —a nuestra medida, como un impecable referente— en los libros de John William Cooke, formidable prosista, escritor apasionado y lúcido, elegante sartreano.), sino que buscamos seguir dentro del peronismo. Tarea que exigió tragar —uno tras otro— los peores sapos imaginables. Aclaremos algo: no fue por miedo que no seguimos a Montoneros y su conducción. Es muy difícil decir por qué. No sería adecuado comprender esos años «sin una destilada nostalgia y cierta piedad laica», escribe Horacio González en su notable Prólogo a la edición facsimilar de *Envido*. No descartemos un porcentaje de miedo. Sin embargo, en una cena en que estábamos juntos con Horacio, Virginia Feinmann nos dijo: «También es posible que haya sido porque no querían matar».

Se encontrará en este libro una polémica que librábamos con la izquierda antiperonista. ¿Quiénes eran los que cumplían con el legado de Marx? ¿Nosotros, que seguíamos las elecciones de las masas, nos confundíamos con ellas y ambicionábamos llevarlas al socialismo? (Que era la fe de esos tiempos: el mundo marcha al socialismo). ¿O los que se definían como marxistas, pero no se unían a la lucha del momento, a la coyuntura ardiente de ese tiempo político, a la lucha por el Perón Vuelve, y terminaban por unirse, concretamente, en lo fáctico de la lucha, a los milicos y a las clases oligárquicas que impedían el regreso de Perón desde 1955? Esa polémica —que es recurrente entre la izquierda peronista y la no-peronista— cubre muchas de las páginas de este libro. Nadie encontrará en ellas la habitual distinción en algunos debates actuales entre lo político y la política. No habíamos leído a Carl Schmitt. No nos interesaba leerlo. Más aún: ni sabíamos quién era. Al menos yo. De haberlo leído, de haber conocido sus cercanías con el nacional socialismo, lo habríamos dejado de lado. No eran los tiempos en que los pensadores nazis eran leídos porque eran valiosos «a pesar de». Como Schmitt, como Heidegger. Para nosotros, la política lo abarcaba todo. Hasta se ha hecho célebre la irónica y desafiante frase de la revista que afirma: «Todo lo que no es química es política».

A fines de 1973, Miguel Hurst, el dueño de la mítica Librería Cimarrón, me propuso editar el libro. Me gustó esa idea. ¿Quién no soñó con su primer libro? Salió a fines de junio, se editaron cinco mil ejemplares y se distribuyó ampliamente. En eso estábamos cuando murió Perón. En eso estábamos cuando las organizaciones clandestinas de la derecha peronista empezaron a sembrar el país de cadáveres. Los responsables eran el Comisario Villar y el exsecretario privado de Perón y ahora de Isabel Martínez, la presidenta, la heredera, José López Rega. Retiramos el libro de todas las librerías. No quedó uno. Digámoslo así: nadie dictó un decreto para prohibir El peronismo y la primacía de la política. No les dimos tiempo. Por miedo o por prudencia. Vaya uno a saber. Nunca pude decidir si era un hombre valiente o cobarde. Podría decir que no era cobarde. Pero no que alguna vez o siempre fui valiente. Miguel Hurst sí. Era un loco formidable y no le temía a nada. Si él retiró el libro (prohibiéndolo fácticamente) fue porque había que retirarlo, porque los hechos imponían esa decisión. Muerto Perón, un libro que tiene en la relación líder-masas

uno de sus ejes centrales pierde parte de su eficacia. Muerto Perón, todos nos desorientábamos. Nadie sabía qué habría de pasar. En seguida empezaron los atentados. Los muertos en los zanjones de Ezeiza. Los asesinatos vejatorios: Atilio López (asesinado con más de ochenta balazos), Julio Troxler, Silvio Frondizi. Para la derecha, El peronismo y la primacía... era un libro «zurdo». Aunque Miguel y yo hubiéramos cuestionado a los montoneros, no importaba. Conocían muy bien qué era Envido, su relación con las Cátedras Nacionales, su insistencia en el poder popular, en la política de masas, que nos enfrentaba a las vanguardias armadas, pero nos acercaba al socialismo obrero y campesino. ¿O para qué habíamos entrado en el peronismo? Buscábamos luchar junto a las masas, creíamos que no había otro punto de partida que el de los morochos peronistas, que la vanguardia era el todo y no alguna de sus partes privilegiadas por el saber y la lógica de las armas, algo que terminaría como terminó: en la soledad, en la lejanía de las masas que se pretendía representar.

Si no publiqué este libro hasta hoy (así, tal como ahora sale: con sus desbordes, sus ingenuidades, sus frases patéticas y, pese a todo, su inusitado rigor para construir la trama política que nos justificaba, que le daba un sentido a nuestros actos) fue porque lo veía lejos, en el pasado, testimonio de tantas cosas en que habíamos creído y nos arrojaban ahora a la burla de muchos, al sarcasmo de los posmodernos, a la exaltación desmadrada y agresiva de escritores que nunca nos habían interesado, Sabato, Borges, Bioy Casares, al desdén intelectual de los que venían a matar al sujeto, al hombre, o a depositar en el lenguaje el sentido último de toda fundamentación, palabra también desdeñada. Los franceses (que todos empezaban a leer) eran Foucault, Deleuze, Lacan, Derrida. Heidegger era el gran filósofo del siglo xx. Y su precursor era Nietzsche. Se armó un tejido teórico alimentado por la industria editorial de Barcelona. Se escupió sobre Sartre. Simone de Beauvoir fue reemplazada por Hannah Arendt. La juventud desapareció de la política. (Salvo, sin duda, durante los primeros dos años de Alfonsín).

Soy yo el que escribió este libro, pero ya no soy el que era entonces. Es parte de mi pasado, parte de mi ser, del ser que me fui dando por medio de mis actos, pero ese ser es el mío en la modalidad de ya no serlo. Ya no soy el joven que era en 1968. Pero ese joven, el que escribió este libro, lo escribió en medio de sus exultantes años juveniles. De esta forma, se encontrarán aquí los grandes sueños, las esperanzas que alimentan la militancia de los jóvenes. Porque este libro, patético y derrotado en tantas de sus propuestas, es, sin embargo, un homenaje a la juventud. Hay que ser muy joven para creer y jugarse tanto. Y hoy, sospecho, hay un renacimiento de una militancia joven, que quiere, también, creer y jugarse. Nada le es propicio. Ni el marco histórico externo ni el interno. Pueden, ellos, perderlo todo. Pero no hay nada más triste, más seco, que el devenir gris de aquellos que pasan por la vida sin encontrar eso.

Eso, una causa por la que valga la pena perderlo todo.

Prólogo

Junto a algunos trabajos escritos especialmente para este libro, aparecen aquí otros publicados originariamente en la revista Envido. Son ellos: el capítulo primero, Peronismo e historia, publicado en el número 8 (marzo 1978) bajo el título de Cooke: Peronismo e historia; los capítulos segundo y tercero, El peronismo como objeto y El peronismo como sujeto, publicados respectivamente en los números 6 (julio de 1972) y 7 (octubre de 1972) bajo el título de Sobre el peronismo y sus intérpretes, y el capítulo quinto, El Peronismo y las Fuerzas Armadas, publicado en el número 9 (mayo de 1973) bajo el mismo título. Importa retener la fecha originaria de publicación de estos trabajos para ubicarlos en la correspondiente coyuntura en que fueron escritos. Pues son, ante todo, testimonio de un momento de las luchas políticas del pueblo peronista.

El capítulo cuarto (El Estado Peronista), el sexto (A propósito de la alianza de clases) y el Apéndice (Justicialismo y socialismo nacional), los publico aquí por primera vez y fueron escritos entre mayo y setiembre de 1973.

El hecho de que cada uno de los trabajos que componen este libro haya sido concebido como una unidad en sí, permite comprender que aparezcan en ellos algunas ideas y hasta frases repetidas. No las he eliminado por dos motivos: por aquello de «no estropear la frescura del original» y porque algunas cosas no está de más decirlas dos veces.

Que este prólogo esté redactado en primera persona y el resto del libro en tercera, es mucho más que una cuestión de estilo. No son mías las ideas que aparecen aquí, no las mejores al menos. Pertenecen, ante todo, a la conciencia militante del pueblo peronista. Y su tratamiento y elaboración final debe mucho a la experiencia, la profundidad y, por qué no, al talento político de quienes fueron mis compañeros en Envido: Héctor Abrales, Miguel Hurst, Arturo Armada, Santiago González, Domingo Bresci, Eduardo Clausen, Horacio González y Jorge Bernetti. A todos ellos, en nombre de jornadas nunca desmentidas de compañerismo y militancia, dedico hoy este libro.

JOSÉ PABLO FEINMANN

CAPÍTULO PRIMERO

Peronismo e historia

Historia y militancia

En febrero de 1852, exactamente en Caseros, hubo una batalla: *esto es un hecho*. Para nosotros, peronistas, significa la derrota del orden popular rosista y del proyecto político autónomo. Otros, amantes del liberalismo y los suburbios académicos, encuentran allí el punto de partida de la definitiva organización de la República: *una victoria*. Y tampoco escasean, finalmente, quienes entusiasmados por nacionalizar a Marx a través de los esquemas del Alberdi póstumo, aseguran que la cosa no pasó de una transferencia del poder del Puerto y la Aduana entre sectores dirigentes. Nada importante: en todo caso, y como siempre, *apenas un reacomodo del sistema*.

La cuestión es ésta: ¿qué determina posturas tan distintas y opuestas ante un mismo hecho? No hay más que una respuesta: el compromiso político-ideológico del historiador. La corriente liberal, se sabe, ha hecho de la negativa de esta tesis el fundamento de su metodología historiográfica. Adoptando la actitud política de negar toda actitud política, sólo deposita su confianza en la mirada diáfana y virgen, libre de ataduras, que planea a través de los siglos en busca de los mudos hechos concretos. Este objetivismo positivista, sin embargo, atosigado de cientificismo y engolada pedantería, no ha conseguido superar ciertas contradicciones: *el historiador, en última instancia, siempre debe elegir*. ¿Cuáles serán sus criterios? ¿Por qué narra este hecho y no aquél? ¿Por qué este orden expositivo y no otro? Y aquí aparece, turbulenta y fatal, la política. *Narrar el pasado es, siempre, reconstruirlo, y los criterios para hacerlo se encuentran en el presente*. Que lo diga Mitre si no, que pasa por ser el adalid de la historiografía científica, consagrada a fatigar archivos en busca de fuentes y documentos, y a quien aún se le debe el bronce que lo inmortalice en el patio de su casa, austero y magnífico, quemando folios, documentos, hojas amarillentas e indiscretas.

Que la verdad histórica es imposible sería una conclusión parcial y exagerada de estas afirmaciones. No se puede dudar, por ejemplo, que en Monte Caseros hubo una batalla. Eso es cierto: *pero se trata de la inerte certidumbre de las cosas, y la historia no es una cosa, está siempre en juego, cuestionada, asumida o rechazada por el presente*. Cada época, a través de sus luchas políticas, da su propia visión militante del pasado. Y Mitre, quemando documentos, no es más que el símbolo extremo de una actitud inevitable para el historiador: la de elegir. Se cuenta esto o aquello, y si se decide contar todo, no omitir nada, lo inevitable será contar *primero* esto y *después* aquello. El criterio para hacerlo es siempre nuestro actual compromiso político y la línea histórica que hagamos nuestra en el presente. Y si algunos, por todo esto, llegan al extremo de quemar documentos, lo primero que se nos ocurre es que se trata de ingenuos. Nadie destierra los hechos de la historia. Esas hojas amarillentas quemadas por Mitre se vuelven acusadoramente contra él y nos entregan un dato definitivo: *Mitre quemó documentos*. Apenas ya si necesitamos leerlos.

Quizá alguien se alarme: ¿no existe entonces la posibilidad de una interpretación

objetiva e imparcial de la historia? Así es, no existe: *y la explícita negación de esa posibilidad es la afirmación más seria, rigurosa y científica que puede anteceder todo estudio histórico*. No pretendemos engañar a nadie y explicitamos nuestros supuestos: partimos del presente (de nuestras actuales convicciones y compromisos políticos) para dar nuestra interpretación del pasado. Actitud mucho más seria y responsable, por ejemplo, que la de ciertos cronistas acostumbrados a consignar los cómputos de la Unión Democrática o el número de personas que fue a Plaza de Mayo a vitorear a Lonardi, para concluir: el país estaba dividido en dos partes. Y como presuponen que ambas valen lo mismo, derivan que su tarea debe ser la de reflejar *imparcialmente* a las dos. Otro ejemplo cercano es el de ciertos sociólogos (y demos el nombre: Alberto Ciria) que escriben sobre el peronismo para decir que se trató de «un movimiento que tendió a la conciliación de clases». Y luego, con amable resignación, concluyen: «Quisimos exhibirlo a través de lo que fue en verdad, y no de lo que hubiésemos querido que fuera»^[1]. Se supone que no nos queda sino agradecer tal gentileza y madurez de criterio. Como si fuera poco, en la contratapa de la obra, el editor nos endilga lo siguiente: «Ni panfleto laudatorio, ni diatriba vulgar, este pequeño libro procura establecer lo que en verdad se propuso el peronismo desde el poder». El texto no tiene desperdicio. Las posiciones comprometidas son descalificadas: o son panfletos o son diatribas, y de las vulgares. El señor Ciria, por el contrario, parece tener la mirada de Dios: *sólo ve la verdad*. Ahora bien, ¿desde dónde mira? Se supone que desde la tierra de los justos y los imparciales, seres angélicos destinados a señalar la verdad en medio del torbellino de las pasiones políticas. Luego de leer el librito, sin embargo, la única verdad que surge es la del mal disimulado gorilismo del señor Ciria. Y la certidumbre de que en todo esto hay muy poca seriedad y mucha mala fe: cronistas, historiadores y sociólogos que se disfrazan de imparciales y objetivos para encubrir sus verdaderos intereses políticos. Nosotros, por el contrario, los llevamos a primer plano. Pero eso sí: debe quedar en claro que al conocimiento pretendidamente objetivo que hemos detallado no oponemos ninguna especie de conocimiento subjetivo, sino la forma más elevada, seria y rigurosa del conocimiento: *el conocimiento político*. Volveremos sobre esto.

Revisionismo y peronismo

Hemos dicho que partimos del presente para interpretar el pasado. No puede ser de otro modo: «El presente (escribe Cooke) envuelve al pasado y encierra también el

porvenir y cualquier política revolucionaria conjuga dialécticamente estas tres dimensiones del tiempo sin fijarse en ninguna de ellas, porque entonces caería en el utopismo o en el reaccionarismo y en la esterilidad histórica»^[2]. Pero las cosas tienen nombre, y decir «presente» es decir tanto que es decir nada. Para nosotros, como para Cooke, el presente es el peronismo. Y lo es en tanto se trata del movimiento político que ha abierto para las últimas generaciones argentinas un proceso histórico de orientación nacional y antiimperialista desde el cual el pasado logra una mayor claridad. Otra vez aparece aquí esa dialéctica pasado-presente que acaba de mencionar Cooke: es la práctica política del peronismo la que nos permite lanzar una mirada más lúcida, profunda y militante sobre fenómenos como el rosismo, las montoneras y el yrigoyenismo. Y la comprensión de esos hechos populares del pasado nos enriquece en nuestra práctica política presente. Resulta claro, en suma, que somos hijos del peronismo, que tanto nuestros juicios intelectivos como nuestras acciones prácticas (imposibles de separar) están determinadas por el movimiento político que nos lanzó a la historia y a través del cual nuestro pueblo encuentra su expresión política y social más profunda: ese «modo argentino» de hacer la revolución.

Una referencia al revisionismo histórico de los años treinta va a contribuir a que nos entendamos mejor^[3]. Julio Irazusta, que suele ser el representante de la escuela más respetado en las sobremesas académicas, encuentra dos elementos determinantes de su elección historiográfica: «Uno de ellos es la revolución de setiembre (...) El otro es el espectáculo ofrecido por esa restauración conservadora, sobre todo en sus tratados con la Gran Bretaña»^[4]. Los revisionistas de la primera hora habían creído encontrar en el general Urriburu esa figura fuerte y telúrica que, en aquella rotunda «hora de la espada», abriría una nueva época para el país. No advertían, sin embargo, que esa nueva época, en el siglo xx, había sido abierta justamente por el gobernante que ellos acababan de contribuir a derrocar. Una concepción minoritaria y clasista del poder y una incapacidad de patrones para aceptar el papel protagónico de las masas en la historia, les vedaba toda posible comprensión del yrigoyenismo, ese movimiento «plebeyo y demagógico». Dolorosamente, comprenden que el uriburismo no desemboca en nada nuevo sino justamente en la restauración de lo viejo: el país agroexportador probritánico y vasallo de la oligarquía liberal. Algunos, los que no se eclipsan en una brumosa melancolía, buscan en el pasado la figura que hubieran querido encontrar en el presente: *ahí está Rosas*. Estanciero, caudillo, sabio conductor de masas, el gaucho de los Cerrillos se convierte en el estandarte de los revisionistas: es todo aquello que se ha perdido y hay que recuperar.

La tragedia y hasta la inicial impotencia de la escuela revisionista radica en que si bien parte del presente en su cuestionamiento de la escuela liberal, *no lo hace desde una situación política e histórica nueva asumida como propia*. Permaneció así condenada a funcionar como alternativa de la historiografía académica, a la que negará, desmistificará y combatirá con frecuente seriedad y riqueza de recursos, pero

de la que no dejará de depender jamás. Y por una razón muy clara: los primeros revisionistas no partían de una realidad nueva, negaban la historia liberal pero lo hacían desde las ideas, negaban la realidad del presente pero la negaban desde el pasado. No había surgido aún el movimiento histórico-político, masivo y popular, que constituyera *en los hechos* (en forma aún más profunda y clara que el yrigoyenismo) la negación viva y militante del pasado liberal. No es casual que sea recién después del surgimiento del peronismo, cuando las obras revisionistas comienzan a tener una efectividad nada desdeñable y a la que mucho debemos, ya que no es poco lo que hemos aprendido en ellas. Ocurre que el movimiento de masas, al surgir desde su inicio como ruptura de la Argentina oligárquica y entreguista, *actualiza*, aún sin proponérselo expresamente todas las obras y acciones emprendidas con ese mismo fin.

Nuestra generación, justo es decirlo, es más afortunada: lejos de estar condenada a funcionar como alternativa de la historiografía liberal, o a buscar en el pasado los modelos para el presente, tiene a su base, como frondoso fundamento, un movimiento histórico que ha abierto una época nueva e irreversible en la historia del país: la de la irrupción de las mayorías en las decisiones de gobierno y la construcción del socialismo nacional.

El peronismo como ruptura

En Cooke, la historia es revisada desde el peronismo y el peronismo es visto desde la historia^[5]. «Para saber cuáles son nuestras fallas y llegar a sus causas (escribe) hay que tener una visión global de la Argentina (...) Y, dentro de ese marco histórico, examinar el significado del peronismo, con qué tendencias sociales es irreductiblemente antagónico, qué políticas lo condenarán a frustrarse y cuáles sirven al objeto de realizarnos como destino nacional»^[6]. Aquí aparece claramente una concepción de la historiografía como herramienta para el trabajo político. Revisar el pasado es una forma de militancia en la medida en que contribuye a clarificar nuestra práctica presente: la historiografía se convierte así en instrumento para la liberación. Lejos de todo academicismo, *pero lejos también de todo burdo pragmatismo*, la idea central de estas tesis es la de que sólo desde la militancia política el pasado se torna inteligible, como así también es fundamental el adecuado encuadramiento de las luchas actuales en un marco histórico totalizador. Imaginamos la indignación de ciertos «historiadores de formación profesional», escritores de manuales para

América Latina desde la Universidad de Oxford, antes estas afirmaciones: «Qué sobrepolitización más burda —dirán— ¡elegir ese camino es condenarse a proyectar el presente en el pasado, caer en los más groseros anacronismos, extraer las más caprichosas analogías!». Así es como hablan. Pero a no preocuparse, ya iremos viendo, junto a Cooke, que no caeremos en ningún anacronismo y que no son analogías las que vamos a trazar, sino, por el contrario, una *línea histórica* bien real y concreta, de ningún modo caprichosa.

Escribe Cooke: «Para la comprensión del fenómeno peronista en su primera etapa y en la actualidad, es preciso considerar primero esas estructuras contra las cuales se alzó»^[7]. Y éste es el motivo: «Toda revolución debe ser primeramente rechazo si después quiere ser afirmación»^[8]. Es posible que este párrafo resulte analítico y no dialéctico (toda evolución es, desde su mismo surgimiento, afirmación y rechazo), pero hay que ubicarlo en su contexto: Cooke está pensando al peronismo como ruptura, luego lo mostrará como actualización. Si ambos momentos aparecen separados es sencillamente por razones expositivas.

Interpretar al peronismo como ruptura es interpretarlo «como antítesis de la Argentina liberal». Y dice Cooke: «Al atacar el complejo de intereses oligárquico-imperialistas y negar los dogmas que durante ochenta años habían impreso una mentalidad homogénea en la apreciación y el manejo de las cosas del país al expresar las reivindicaciones de la clase trabajadora que por primera vez se convertía en agente histórico asumiendo participación directa en las decisiones políticas, el movimiento peronista tuvo que luchar contra la antigua superestructura político-cultural, representada en lo electoral por la Unión Democrática». A través de su carácter masivo, lo primero que niega el peronismo es la concepción liberal-elitista de la política. Porque así habían sido las cosas: «Los representantes de la minoría privilegiada del puerto de Buenos Aires, los unitarios, los que después de Caseros asumieron los intereses de la burguesía comercial portuaria, integrada luego a la oligarquía terrateniente, negaron siempre la participación popular en los asuntos públicos (...) La masa quedó segregada de los centros de poder; ya había cumplido su parte creando un país, ahora molestaba a los que iban a traficarlo»^[9]. Con el peronismo, sin embargo, los trabajadores ingresaron arrolladoramente en la escena política: toman las plazas, cruzan los puentes, se refrescan en las fuentes de la oligarquía, fortalecen los sindicatos, tienen sus leyes, sus abogados, sus diputados y su líder. El gobierno popular, asimismo, comienza a dinamitar los dogmas sagrados del liberalismo: «La economía autorregulada por el mercado, el papel neutral del Estado en lo económico-social, el Estado mal administrador, la supuesta igualdad de todos los contratantes, el respeto ilimitado por la propiedad privada, etc., etc.»^[10].

El peronismo como actualización: la línea nacional

Toda auténtica revolución —y la peronista lo es— quiebra con un determinado pasado y asume otro. Desde el punto de vista historiográfico, la cuestión es delicada ¿cuáles son los criterios que permiten establecer una continuidad o una ruptura de la historia? Por de pronto, le daremos la palabra a Perón. Que dice: «En nuestro país no es un secreto para nadie que el Imperio inglés se fundó sobre los despojos del Imperio español. Nosotros, colonia española, pasamos a ser colonia inglesa». Y aquí va lo de la continuidad histórica: «Por eso en la Argentina ha habido una línea anglosajona y una línea hispánica. La línea hispánica es la que siguió con la idea independentista, la otra, es la línea colonial». Y da nombres: La Primera Junta, Rosas, Yrigoyen y Perón en la línea hispánica. Si omite nombrar a las montoneras mediterráneas, es porque se está refiriendo exclusivamente a quienes fueron gobierno. Y concluye: «Todos los demás gobiernos argentinos han pertenecido a la línea anglosajona y la han servido, de una manera directa o indirecta»^[11].

También Cooke, reflexionando sobre el 17 de Octubre, desentraña líneas históricas: «La montonera derrotada por el plomo de los civilizadores, el hijo de gringo proletarizado del régimen, la multitud que había asistido al entierro de Yrigoyen como ciudadanía impotente, ocupaba la ciudad —puesto de la oligarquía rapaz y parasitaria—. Ahora venían no como gauchos ni como votantes; venían como clase obrera, utilizando el medio de lucha de los proletarios: la paralización de actividades»^[12]. Y también: «Nosotros veíamos al gaucho de carne y hueso transformado en cabecita negra, obrero, y que buscaba conducción sindical, orientación para sus luchas, conquistas políticas, líderes de las masas»^[13].

Rosas, Yrigoyen, Perón, gauchos, gringos yrigoyenistas y cabecitas negras. Para Perón y para Cooke la cosa está clara. También para nosotros y para todo militante peronista. Convengamos, sin embargo, en que no deja de ser lícito preguntarse por los criterios utilizados para establecer una determinada línea histórica. Cuando los peronistas nos reconocemos en Rosas y las montoneras, ¿qué es lo que rescatamos como esencial? Será necesario analizarlo en detalle.

Quienes se oponen al trazado de una línea histórica nacional —y hasta llegan a denunciarla como una «aberración teórica» (!)— lo hacen frecuentemente desde el campo económico-social. Nos señalan, en última instancia, que el siglo XIX y el siglo XX... son distintos. Y bien: juramos que lo sabíamos. A nadie se le escapa que los montoneros de Felipe Varela son expresión de una realidad social y económica distinta a la de, pongamos, los sectores medios yrigoyenistas. Pero lo que a estos científicos sociales les parece realmente «aberrante» es que tracemos una línea histórica ante lo que ellos denominan «montoneras precapitalistas» y «obreros capitalistas». Aquí está la cuestión: ¿es que no advertimos nosotros, aberrantes peronistas, que entre esas montoneras feudales condenadas a la impotencia histórica y

los obreros de la inmigración europea, media el abismo entre la Argentina precapitalista y la capitalista, entre la sociedad feudal y la moderna? ¿Cómo nos atrevemos, si no es por alguna inconfesable ligereza intelectual, a trazar paralelos y líneas entre realidades tan distintas? ¿Es que no hemos leído el último libro de Viñas? Ahí se nos dice claramente que las montoneras defendían un orden arcaico, precapitalista, sin futuro histórico, y que, por lo contrario, «los componentes de modernización y organización sustentados por el liberalismo después de Pavón eran progresivos porque se correspondían con un proceso histórico irreversible»^[14]. Y ya todos sabemos cómo termina el cuento: al establecer la burguesía relaciones de producción modernas (capitalistas) genera a los obreros que habrán de destruirla. Es el gran favor que nos ha hecho el imperialismo: la astucia del Progreso.

Toda esta vetusta historiografía marxista (a la que de ningún modo es ajeno el propio Marx) se encuentra hoy en estrepitosa decadencia. Y no podía ser de otro modo. Aun cuando sus representantes más modernos —sencillamente porque escriben *hoy*— intentan diferenciarse de los maestros de ayer acusándolos de no ser «verdaderos» sino solamente «pretendidos marxistas», a nadie escapa que desde Juan B. Justo a Alberto Pla, pasando por Álvaro Yunque, Aníbal Ponce, Ricardo Ortiz, Milcíades Peña o los dos Viñas, *todos dicen lo mismo*. Y lo que es más trágico: lo mismo que Sarmiento e Ingenieros. A lo sumo, algunos como David Viñas, que es inteligente, afirman que no le vendría mal al proletariado moderno un poco del espíritu nacional y combativo de la montonera. Es algo. Pero aparte de esto, siempre lo mismo: el papel progresivo y modernizador de la burguesía liberal porteña (*Mitre de acuerdo*), la triste pero inevitable constitución del país como apéndice del imperialismo (*Mitre de acuerdo pero tacha «triste» e «imperialismo»*), las artesanías del interior como feudos sin futuro (*Mitre de acuerdo*) y las montoneras como empresas sin sentido progresivo, condenadas a sucumbir ante el avance «irreversible» del «burgués conquistador» (*Mitre ídem*). Y finalmente, la dialéctica: «Resulta sumamente significativo (escribe Viñas) que en 1863 —el mismo año de la muerte del Chacho— aparezca en Buenos Aires “El Artesano”, primer periódico de los obreros provenientes de la inmigración»^[15]. ¡Qué delicado símbolo! Sarmiento-Mitre le cortan la cabeza al Chacho e inauguran el país burgués. No pueden impedir, sin embargo, que ese mismo día penetre en estas tierras aquello que habrá de modernizar y llevar al triunfo a las rebeliones sociales: *la ideología socialista*. Todavía estamos esperando.

Ni a Perón, ni a Cooke, ni aun a nosotros, se nos escapa que entre Rosas, las montoneras y el peronismo, hay fundamentales diferencias económico-sociales: y no necesitamos recurrir a categorías tales como «precapitalismo», «feudalismo», «sociedad arcaica» o «sociedad moderna» para establecerlas. Desde el punto de vista económico, Rosas significa el fortalecimiento del sector más dinámico de la economía de su época (la burguesía ganadera bonaerense) y la protección de las artesanías del interior (Ley de Aduanas del 35); los sectores sociales que lo apoyan

son los estancieros saladeristas bonaerenses, la clase ganaderil del litoral no porteño, los jefes montoneros del interior mediterráneo y las mayorías populares: las peonadas, los gauchos y los negros. Perón centraliza la economía en manos del Estado y transfiere a la industria las divisas de la oligarquía ganadera; lo apoyan la clase obrera y el sector industrialista del Ejército. Y con esto basta: podríamos seguir hasta el hartazgo marcando diferencias en el campo económico-social, pues no creemos caracterizarnos por no darle importancia (la debida) a estos factores. *Pero ocurre que nuestro criterio para establecer una continuidad histórica entre Rosas, las montoneras y el peronismo no es económico-social, sino político.* Y esto porque no se nos escapa que a lo largo de toda nuestra historia, hubo un proyecto nunca desmentido: el de construir en estas latitudes una nación soberana basada en las mayorías. El imperialismo, es cierto, es una realidad presente en toda nuestra historia, pero no lo son menos las luchas emprendidas contra él. Las banderas de Rosas, Peñaloza, Varela e Yrigoyen, son hoy retomadas por el peronismo y están en juego en la lucha diaria. No es ninguna continuidad sustancial hegeliana, ni menos alguna esencia meta-histórica la que aquí recuperamos, *es una unidad política que se transforma en unidad metodológica para el estudio de la historia.*

Conciencia histórica y conciencia revolucionaria

Desde que Lenin, en *Qué hacer*, citó a Kautsky y aceptó de que la conciencia socialista debía ser introducida como «elemento externo» en la clase obrera, la cuestión se ha vuelto a plantear una y otra vez: ¿cuáles son las relaciones entre la teoría revolucionaria y las masas? Rosa Luxemburgo, oponiéndose a las tesis de Lenin, no tuvo dudas: la teoría revolucionaria estará determinada por el movimiento espontáneo de las masas. Para Althusser, sin embargo, éste es un típico error teórico «izquierdista». Aquí va: «La ciencia marxista-leninista (...) no podía ser el producto espontáneo de la práctica del proletariado: ha sido producida por la práctica teórica de intelectuales que poseían una alta cultura, Marx, Engels, Lenin, y fue aportada “desde afuera” a la práctica proletaria, a la que modificó de inmediato al transformarla profundamente»^[16]. Así las cosas, Marta Harnecker viaja a París, estudia con Althusser, vuelve a Chile y dice: «Es necesario ligar la verdad universal del marxismo-leninismo a la práctica concreta de nuestros movimientos revolucionarios»^[17]. Ocurre, sin embargo, que las masas suelen apartarse de cosas tan solemnes como las «verdades universales»: las tratan de usted y las miran con

respeto, pero de lejos.

Lo que aquí está en juego, y lo que realmente hay que definir, es el concepto de *vanguardia*. Si bien es cierto que la auténtica conciencia revolucionaria es aquella que puede conectar las luchas parciales con una estrategia global de poder, no lo es menos que esa conciencia no puede ser patrimonio de un grupo de elegidos consagrados a introducirla como «elemento externo» en las masas. Acabarían, fatalmente, condenados a generar una conciencia abstracta y suprahistórica, una especie de burocratismo iluminista. Y Cooke no dejó de ver claro en esto: «La política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas»^[18]. La vanguardia revolucionaria, en suma, nada tiene que ver con los grupos minoritarios de científicos de la revolución, consagrados a elaborar teorías sin pueblo. Y esto no va en desmedro de la práctica teórica, que es necesaria, sino que intenta unir esa práctica con la única que puede darle poder y sentido: la práctica revolucionaria de las masas. Condenando a los burócratas, escribe Cooke: «No ven que toda acción es conocimiento, y que no hay conocimiento revolucionario que se sustente a sí mismo separado de la acción»^[19]. Y también: «Con eso estamos afirmando, en primer lugar, que ese conocimiento no es exterior a la práctica de las masas, sino la experiencia directa de esa lucha enriquecida por el pensamiento crítico»^[20]. Y en tanto el peronismo es la más alta expresión de conciencia política del pueblo y la clase obrera argentina, no es posible hacer la revolución sin su concurso. *Toda auténtica vanguardia, en suma, deberá ser vanguardia peronista.*

Siempre totalizadora, la conciencia revolucionaria no puede sino contener a la conciencia histórica como estructura interna esencial. El militante político encuentra en su práctica cotidiana la herramienta adecuada para una comprensión profunda del pasado: ha aprendido a desconfiar de las versiones «desinteresadas y objetivas». El desinterés se le antoja una forma acabada de la estupidez o la mala fe. En todo caso, y por aquello de que las cosas son reaccionarias, una forma más de complicidad con el orden establecido. *Ante el hecho histórico no hay sino posturas interesadas, porque aun estos mismos hechos están tejidos por intereses.* ¿O es que acaso hay alguno que no exprese la práctica política de una clase social o un movimiento de liberación? Que la batalla de Caseros tuvo lugar en febrero de 1852, es algo que nadie discute. Es una «verdad histórica», si se quiere, pero no sirve de mucho. Lo que sí está en juego es la interpretación y el sentido final de esa batalla, *pues la verdad histórica es también una práctica y una conquista política.* A nosotros, peronistas, nos toca hoy decidir que la verdad definitiva de nuestra época sobre la batalla de Caseros, no sea la de nuestros enemigos, sino aquella que asumimos como propia. Y así va siendo.

CAPÍTULO SEGUNDO

El peronismo como objeto

Todas las interpretaciones antiperonistas del peronismo han debido teorizar, con mayor o menor énfasis y fortuna, sobre las condiciones de posibilidad de heteronomía de la conciencia obrera. El motivo es bastante simple y lo dijo Evita, allá por 1952, en una clase de la Escuela Superior Peronista: «Los críticos, los supercríticos, los detractores de Perón, podrán escribir la historia como les parezca, como se les antoje, deformando o tergiversando, o decir la verdad, pero lo que no podrán dejar de decir, explicar, ni negar jamás, es que el pueblo lo quiso a Perón». Acordes con esta verdad (y frecuentemente desalentados por ella, en la medida en que *el pueblo lo sigue queriendo a Perón*), los críticos del peronismo viven condenados a dar cuenta de este persistente y renovado desajuste que, según afirman, se produce entre las convicciones políticas de nuestra clase obrera y sus verdaderos intereses históricos. Para tan delicada tarea han elegido manejarse con una serie de supuestos metodológicos elaborados a partir del proceso de incorporación del proletariado europeo a la economía capitalista, lo cual no sólo les ha impedido dar una explicación coherente del famoso desajuste, sino también del peronismo y de la clase obrera. Mostrar la articulación interna de este triple fracaso y derivar de aquí la determinación del peronismo como el único lugar político desde el cual es posible explicar al propio peronismo, constituirá el primer intento de este trabajo.

La cuestión del populismo

La palabra habla en ruso: *narodnichestvo* (*narod* = pueblo). Y no podía ser de otro modo: Herzen, «el padre del populismo», fue un ruso, y en Rusia nació el movimiento. Su característica central fue la certidumbre, también la esperanza, de que sobre la antigua comunidad rural rusa iba a ser posible construir el socialismo sin atravesar por los horrores del capitalismo industrial. Vera Zassoulitch, en una importante carta que le escribe a Marx en febrero de 1881, plantea la cuestión con singular dramatismo: es posible, piensa, que la comuna rural «sea capaz de desarrollarse por la vía del socialismo, es decir, organizar poco a poco su producción y distribución de los productos sobre bases colectivas. En este caso, el socialista revolucionario debe sacrificar todas sus fuerzas en la liberación de la comuna y su desarrollo. Si, por el contrario, la comuna está destinada a morir, no queda al socialista como tal, otra cosa que dedicarse a los cálculos más o menos bien fundados para hallar en cuántas decenas de años la tierra del campesinado ruso pasará de sus manos a las de la burguesía, en cuántas centenas de años, quizás, el capitalismo

alcanzará en Rusia un desarrollo semejante al de la Europa occidental». Y en tanto quienes sostienen esta teoría lo hacen en nombre del marxismo, Zassoulitch, con notable claridad, le precisa a Marx la cuestión sobre la que desea obtener respuesta: «Comprende usted, pues, hasta qué punto su opinión sobre este tema nos interesa, y qué gran servicio nos habrá hecho exponiendo sus ideas sobre el destino posible de nuestra comuna rural y sobre la teoría de la *necesidad histórica* para todos los países del mundo de pasar por todas las etapas de la producción capitalista»^[21]. La cuestión del populismo, como vemos, parece desde su inicio como un intento de respuesta al problema del desarrollo de las fuerzas productivas. Los populistas rusos, al defender una estructura tradicional (un «socialismo primitivo») y poner en duda que industrialización sea realmente sinónimo de capitalismo, fueron, seguramente sin proponérselo, cargando al vocablo *populismo* de la mayoría de las connotaciones con que hoy en día se lo maneja: tradicionalismo, sentimentalismo, disolución de los conflictos de clase dentro de la categoría de «pueblo», respuesta a las cuestiones suscitadas por la industrialización, irracionalismo, etc.

En una reciente compilación de trabajos sobre el tema, Alastair Hennessy tiene a su cargo la tarea de explicar el populismo latinoamericano. Para ello, certeramente informado, ha buscado inspiración en las caudalosas fuentes del gino-germanismo. El largamente padecido *Política y sociedad en una época de transición*, continúa hablándonos desde estas páginas.

Hombre ordenado, Hennessy comienza por establecer diferencias entre el populismo ruso, el estadounidense, el africano y el de América Latina. Aquellos «comparten la creencia en los valores rurales y afirman las virtudes inherentes a la vida de campo que la distinguen de la vida urbana». Los de nuestras regiones, por el contrario, son «movimientos de tipo urbano (...), y sólo son rurales en la medida en que los campesinos presionan sobre las urbes al transformarse en población migratoria, con lo cual dejan de ser campesinos»^[22]. Mundo urbano/Mundo rural, Ciudad/Campaña, Sociedad moderna/Sociedad tradicional. En fin: Civilización y Barbarie. También Hennessy, a través de Germani, ha sido cautivado por el peso epistemológico del esquema sarmientino.

Pero la adscripción al ámbito urbano no agota las características del populismo en América Latina. Así lo entiende Hennessy, quien nos ofrece de inmediato una definición ampliada: estaríamos en presencia de «un arma organizacional para sincronizar grupos de intereses divergentes, y se aplica a cualquier movimiento no basado en una clase social específica»^[23]. Es lo que llama un «populismo de transclase». Y he aquí su principal elemento condicionante: «La incapacidad de la clase media para cumplir su papel histórico como portadora de una revolución burguesa»^[24]. Ésta es, aunque Hennessy no lo dice, la tesis central de todas las interpretaciones que hablan del bonapartismo peronista. Pero de esto nos ocuparemos más adelante. Ahora consignemos otro elemento condicionante de este «populismo de transclase»: «Un flujo acelerado de emigrantes hacia las grandes ciudades y la

acumulación en ellas de vastos grupos marginales no asimilados»^[25]. Se trata del movimiento migratorio que, inducido por el proceso de industrialización basado en la sustitución de importaciones, se venía produciendo desde la época de los gobiernos conservadores de la década infame.

Queda claro ahora que el populismo peronista (pues a éste se refiere Hennessy en lo esencial) guarda una clara similitud con el populismo ruso: ambos configuran un intento de respuesta a los problemas de la industrialización. El caso peronista, por su parte, significa la integración de esa «masa disponible» de origen rural dentro de los marcos del orden urbano. Pero más que de «integración» parece que es necesario hablar aquí de «manipulación». Pues la burguesía industrial, incapaz de hacer la revolución que le corresponde por su debilidad frente a la oligarquía, buscará apoyo político en esas masas migratorias para poder, a través de ellas, acceder al gobierno. De este modo, mediante la manipulación y el engaño, habrá de conducir las a apoyar una política que no representa sus verdaderos intereses históricos. Con el peronismo, en suma, las masas pasan a participar de la vida política en el modo de la falsedad y la ilusión.

Germani, y aquí no podemos sino recurrir a él, se plantea sobre estos temas una inquietante pregunta: ¿es *irracional* este modo de incorporación de las masas a la vida política del país? Honesto liberal, confiesa preferir otros métodos. Este pasaje de una «participación limitada» a una «participación ampliada», pudo, en efecto, «haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios que ésta puede dar. Desde este punto de vista no hay duda que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse *irracional*: lo racional habría sido el método democrático». Sin embargo, demostrando cierta sensibilidad por las coyunturas históricas, confiesa: «¿Era posible dicho mecanismo democrático en las condiciones en que se hallaba el país, tras la revolución de 1930? La contestación es claramente negativa»^[26]. O sea: el ingreso de las masas a una participación ampliada fue, bajo el peronismo, un hecho irracional. De esto no se duda. Aunque teniendo en cuenta importantes circunstancias atenuantes, *no fue tan-tan-tan irracional*. De esto tampoco se duda. Y de lo que menos duda Germani es del correcto camino a seguir: «La llamada “desperonización” de la masa de las clases populares argentinas constituye (...) una cuestión de educación e información»^[27]. Se trata de crear posibilidades de acción política por donde esas multitudes puedan conquistar, sin falsedades ni engaños, sus objetivos auténticos. En resumen: «La inmensa tarea a realizar consiste en lograr esa misma experiencia (la del populismo peronista, JPF), pero vinculándola de manera indisoluble con la teoría y con la práctica de la democracia y la libertad»^[28].

Esta cuestión de la irracionalidad se vincula con otro elemento siempre presente en toda política populista: la figura del Líder. El verdadero éxito del líder populista, en su perenne y fructuosa tarea de *caza-migrantes*, consistirá en trasladar al orden urbano los valores de parentesco y compadrazgo propios del orden rural. Conseguirá

por este camino, según nos instruye Hennessy, mantener a los migrantes como «grupos impermeables a las exhortaciones políticas racionales y despersonalizadas»^[29]. El líder, en efecto, es lo antiabstracto: sensual y entrador, se solaza cotidianamente en una impúdica mostración de sí mismo. Sonríe, alza los brazos a lo campeón, esgrime un lenguaje directo y lo dice en la casa de todos a través de la radio. Ya nada puede impedir que los migrantes, fascinados, pasen con indiferencia ante las puertas abiertas de los sindicatos (esas viejas organizaciones a las que estaban naturalmente destinados) y se abandonen voluptuosamente tras la música de ese flautista demoníaco. «Rara vez, confiesa Hennessy, los nuevos migrantes son absorbidos por las organizaciones establecidas de la clase trabajadora, que suelen presuponer un nivel educacional más alto y una formación política y cultural mayor que la que poseen aquellos»^[30]. No había cultura: los migrantes llegaban al ámbito urbano pero seguían padeciendo una aguda incapacidad para toda abstracción que les vedaba el acceso a un orden racional. Para colmo de males, en un violento acceso de gattopardismo, el líder populista crea sus propios sindicatos y amontona en ellos a los desprevenidos migrantes: «El único agregado verdaderamente novedoso —escribe Peter Worsley— no son las técnicas de comunicación de masas, sino la organización de los trabajadores en un sindicalismo controlado, en lugar de quedar como turba urbana “disponible”». Y a pie de página, agrega: «Véase E. J. Hobsbawm, “The City Mob” en “Primitiva Rebels”»^[31]. Es lo que vamos a hacer.

El umbral de la conciencia política

Si, como afirmamos al comienzo de este trabajo, toda la teoría sobre el populismo peronista constituye un intento por fijar las condiciones de posibilidad de heteronomía de la conciencia proletaria, resulta claro que deberá contar, como necesario complemento, con otra teoría sobre las condiciones de posibilidad de autonomía de esa misma conciencia. Y siempre ocurre así: cuando se afirma que la conciencia obrera del 45 fue una conciencia heterónoma, no sólo se intenta demostrar por qué lo fue, sino también qué hubiera sido necesario para que no lo fuese. Se termina fatalmente haciendo metodología de las ciencias sociales y postulando los requisitos de toda conciencia obrera autónoma. Entre autonomía y heteronomía surge un umbral: el umbral de la conciencia política. Eric Hobsbawm intentará averiguar

cuándo y cómo se lo atraviesa^[32].

Hobsbawm parte de la siguiente certidumbre: «Resulta imposible llegar a ningún tipo de conclusiones en la historia revolucionaria moderna si no se comprenden las diferencias que median entre los movimientos revolucionarios primitivos y los modernos»^[33]. Al abocarnos al estudio de cualquier movimiento de agitación social, será necesario develar antes a qué estrato de la conciencia revolucionaria pertenece. Esto nos permitirá juzgar tanto sobre sus posibilidades históricas como sobre su autonomía política. Que, claro está, son las dos caras de un mismo proceso. Los movimientos primitivos, siempre según Hobsbawm, constituyen una «frase prehistórica de agitación social» (p. 23). Sólo pueden surgir «antes de cruzar las masas el umbral de la conciencia política» (p. 77). Lejos de esto, los movimientos modernos se definen ante todo (aparte de la creación de formas orgánicas que aún no detallaremos) por la posesión de «unas cuantas ideas bastante definidas acerca de cómo ha de sustituirse la vieja sociedad por la nueva, y de estas ideas la más crucial es la que se refiere a lo que podemos llamar el “traspaso del poder”» (p. 83). Se trata, como ya habrá advertido el prevenido lector, de la famosa *teoría revolucionaria* que, según tantos y tantos teóricos, le ha faltado desde siempre al peronismo.

De los movimientos primitivos analizados por Hobsbawm, habrán de ocuparnos solamente dos: los movimientos milenarios y la denominada *turba urbana* (en inglés: *the city mob*, por nuestras latitudes apenas *aluvión zoológico*). Tenemos nuestros motivos: las categorías que Hobsbawm explicita a partir de su estudio de los movimientos milenarios, son las que nuestros teóricos de izquierda han utilizado para conceptualizar las montoneras argentinas del siglo XIX. Y en el análisis de la turba urbana reconoceremos al pueblo peronista del 17 de Octubre. Adelantando el final, comunicamos que ni aquéllas ni éste conseguirán atravesar el umbral de la conciencia política. Pero al menos (y quizás esto sirva para el futuro) aprenderemos qué no tuvieron y qué hubieran necesitado tener para elevarse al estadio de la autonomía y la racionalidad políticas...

Comencemos por los movimientos milenarios. Hobsbawm nos conduce a las quietas y atrasadas regiones de Sicilia y Andalucía: la más patética imagen del precapitalismo. «Sicilia (nos informa) quedó retrasada, tanto en lo económico como en lo social, respecto de otras partes de Italia» (p. 127). El mismo proceso ocurría en Andalucía: «Estaba pasando durante el siglo XIX (...) por un proceso de desindustrialización debido a su incapacidad de hacer frente a los competidores del norte del país y del extranjero. Exportadora de productos agrícolas y de trabajadores sin especializar, que empezaron a emigrar hacia el norte industrializado, Andalucía hacía depender casi exclusivamente la vida de sus moradores de una agricultura singularmente miserable y llena de avatares» (p. 104). Se trata, en suma, de procesos económico-sociales similares a los que desencadenaron los levantamientos del interior montonero durante el siglo XIX en nuestro país^[34]. Las semejanzas estructurales de estos movimientos con los estudiados por Hobsbawm determinarán

su perfecta adecuación a los moldes metodológicos que habrá de explicitar nuestro autor. Veamos cuál es el resultado.

Luego de describir los levantamientos milenaristas, Hobsbawm desliza la siguiente reflexión: «Es posible que algunos de estos movimientos logren, valiéndose de los métodos tradicionales, organizarse, protestar y sublevarse (...) a escala nacional (...) pero su objetivo esencial consiste en la restauración o la reconstitución de un orden social y político pasado» (p. 271). Y luego destaca la presencia de una misión imposible: «La rebelión primitiva (...) trata de resolver los nuevos problemas con métodos viejos» (p. 271^[35]).

Hobsbawm no les niega a los milenaristas las bondades de su espíritu revolucionario. Lo tienen, y en alto grado. Pero no es suficiente: para que un movimiento revolucionario tenga éxito no basta con *querer* hacer la revolución, hay que *saber* hacerla. Los milenaristas, en suma, deberán añadir «una superestructura de política revolucionaria moderna a su espíritu revolucionario básico: un programa, una doctrina relativa al traspaso del poder y sobre todo un sistema de organización» (p. 85). Lejos de cumplir con estas exigencias, las formas de rebelión campesina fueron «sumamente primitivas y prácticamente huera de toda ideología, organización o programa explícitos» (p. 128). Y Hobsbawm concluye: «Si una ideología distinta hubiera penetrado en el campo andaluz de los años 70 del siglo pasado, podría haber transformado la rebeldía espontánea e inestable de los campesinos en algo mucho más temible» (p. 124).

Incapaces de generar un desarrollo dialéctico inmanente, los movimientos prepolíticos son los eternos perdedores de la Historia. Carecen de ese monstruoso poder de lo negativo que tanto seducía a Hegel. Condenados al quedantismo, sólo pueden acceder al desarrollo histórico si el principio dinámico les llega desde fuera: la ideología, ha dicho Hobsbawm, deberá *penetrarlos*. Este acto amoroso y salvífico se realiza del siguiente modo: «La mejor explicación (del pasaje a la modernidad de los movimientos campesinos prepolíticos del siglo XIX, JPF) es que el surgir del espíritu revolucionario social fue consecuencia de la introducción de relaciones legales y sociales de índole capitalista» (p. 109). Andalucía y Sicilia, en la medida en que ven destruido y reemplazado su viejo aparato económico-social, acceden a formas más elevadas de rebelión social^[36]. Pero no sólo Andalucía y Sicilia, el mismo Hobsbawm se encarga de ampliar sus horizontes de análisis: los movimientos prepolíticos, explica, también «tienen lugar en los momentos de “dualidad estructural”, que acaso se deban a la existencia e interacción de dos sociedades radicalmente distintas (por ejemplo en caso de penetración económica occidental o de conquista colonial de sociedades primitivas)» (p. 261). Es clara la referencia a las luchas nacionales de los países de la periferia. Si Hobsbawm recurre a la teoría dualista del desarrollo (que entre nosotros aparece con el *Facundo* sarmientino y que es el fundamento de casi todas las teorías sobre el populismo peronista) es porque le permite distinguir claramente entre lo moderno y lo primitivo. Lo moderno (es decir:

el principio dinámico, lo negativo, aquello que a los movimientos prepolíticos deberá *penetrarlos*) es la occidentalización, el capitalismo, el imperialismo. O sea: el desarrollo de las fuerzas productivas. Y Hobsbawm es lapidario: «En el conflicto entre los partidarios de lo nativo y los partidarios de la occidentalización, entre los que quieren la vuelta a un pasado idealizado y los modernizadores, la victoria de los últimos es cosa sabida de antemano» (p. 274^[37]). En suma: *los movimientos primitivos sólo pueden trasponer el umbral de la conciencia política, en la medida en que sean penetrados por las fuerzas y relaciones de producción capitalistas y sus ideologías de avanzada*. Resulta claro ahora el supuesto metodológico básico que Hobsbawm ha intentado fundamentar a través de sus análisis. Es el mismo que nuestros teóricos de izquierda (y también nuestros sociólogos académicos, pues acostumbran a coincidir) han esgrimido para interpretar a las montoneras y el peronismo: *el desarrollo de las fuerzas de producción capitalistas constituye la condición de posibilidad del surgimiento y desarrollo de la conciencia política*. Postulan, en síntesis, el siguiente juego de equivalencias: *desarrollo de las fuerzas productivas = desarrollo del capitalismo = desarrollo del imperialismo = surgimiento y desarrollo de la conciencia política*^[38].

Los mismos esquemas constitutivos de la realidad social, habrán de ser deducidos por Hobsbawm en su análisis de la turba urbana. Estos movimientos, tal como lo sugiere su nombre, pertenecen «al nuevo universo de las ciudades y de la industria, al capitalismo moderno» (p. 143). Aunque el ámbito de origen y de sus componentes es otro: «(Son) inmigrantes de primera generación, procedentes de sociedades preindustriales» (p. 143). De donde comprobamos que nos hemos vuelto a encontrar aquí con nuestros simpáticos migrantes. Siempre alejados del pensamiento abstracto y siempre alborotadores, todo indica que sus maneras europeas han sido (en el inicio al menos) tan inapropiadas como las que desplegaron por nuestros ámbitos. Hobsbawm, sin embargo, sabe justificarlos: «La primera generación de la población industrial no se había ajustado ni con mucho a un estilo de vida nuevo y revolucionario» (p. 143). Quizás comprendamos mejor este hecho si explicitamos más claramente la composición interna de la turba urbana: «Su fuerza principal residía en las capas generalmente descritas como “bajo pueblo” (*menu peuple, popolo minuto* o *popolino*) (...). Venía a ser una combinación de asalariados, pequeños propietarios, y los inclasificables desheredados urbanos» (p. 149). Nadie dejará de comprender, suponemos, que esta clase de individuos no podían sino configurar un movimiento primitivo, «prepolítico». La turba urbana, sentencia Hobsbawm, «era a su modo el equivalente metropolitano de la fase de conciencia política representada en campo por el bandolerismo social» (p. 155). Y todos sabemos qué cosa tan horriblemente inorgánica es un bandolero social: a fuerza de cubrir su rostro con un enorme pañuelo y hasta con un antifaz, ha terminado por padecer una incurable tendencia al individualismo romántico, lo que ha determinado que jamás —pero jamás— haya atravesado por su frívola cabeza la idea de fundar un sindicato. Esta

tarea requiere otro sujeto: la clase obrera industrial. Y el surgimiento de este nuevo sujeto, que ha atravesado ya el umbral que separa lo político de lo prepolítico, se explica, una vez más, por el desarrollo de las fuerzas productivas: «La industrialización (afirma Hobsbawm) ha sustituido el *menu peuple* por la clase trabajadora industrial, cuyo ser mismo es organización y solidaridad duradera, al igual que esencia de la muchedumbre clásica es la asonada intermitente y breve» (p. 162). Acabamos de asistir, de este modo, a la más pura y elevada expresión de la conciencia revolucionaria: la clase obrera industrial moderna. Sus elementos constitutivos son los siguientes (p. 12):



Supuestos o explícitos, los esquemas metodológicos elaborados por Hobsbawm a partir de la experiencia de adaptación del proletariado europeo a la economía capitalista (p. 21), habrán de estar presentes en casi todas las interpretaciones antiperonistas del peronismo, sobre todo en las provenientes de la izquierda. Y no es casual; se trata de un análisis sobre el surgimiento y desarrollo de la conciencia política ubicado dentro de la más perfecta tradición del marxismo. Que este análisis (según ya hemos demostrado en trabajos anteriores) condene a nuestros movimientos nacionales del siglo XIX al irracionalismo y la barbarie, o (según demostraremos seguidamente) al pueblo peronista del 17 de Octubre a la heteronomía y la manipulación, es algo que desde ahora nos permite poner en duda su legitimidad. No obstante, antes de iniciar cualquier intento crítico, será necesario mostrar la funcionalización de estas categorías socio-constitutivas en los estudios antiperonistas sobre los orígenes del peronismo.

Populismo, bonapartismo, nacionalismo burgués

Pocas clases sociales parecen haber sido más afortunadas que nuestra célebre burguesía nacional. Vaya si no como prueba la propia historia de su vida: nace con la crisis del 29, de la mano de una de sus más grandes aliadas, la Historia Universal. Las mismas circunstancias le enseñan que, para crecer fuerte y saludable, deberá sustituir importaciones. En plena Década Infame, vuelve a darse la feliz casualidad de que su desarrollo industrial coincide con los proyectos del Estado intervencionista de Justo para preservar el sistema oligárquico-dependiente. Hasta Pinedo piensa en ella. Años después, la Historia vuelve a sonreírle: estalla la Segunda Guerra y vuelta a sustituir importaciones. Y si la guerra termina, a no preocuparse: ahí está el Ejército, el GOU, los militares del 43, todos dispuestos a ahorrarle problemas y ayudarla a crecer. Y también está Perón, ese «coronel industrialista» que acostumbra a discursar sobre la Defensa Nacional. Y resulta que la Defensa Nacional (oh, afortunada coincidencia) no es ni más ni menos que la industrialización. Y como si todo esto fuera poco, ahí están los migrantes, esos jóvenes y urbanos proletarios cuya escasa experiencia política y sindical los llevará a movilizarse, desgañitarse y hasta a jugarse la vida, no por ellos, sino por nuestra famosa burguesía nacional, tan suertuda y rebotera, que para enriquecerse apenas si ha necesitado dejar que las cosas, simplemente, ocurran. No es otra la alegre anécdota que nos cuentan quienes han escrito la «historia rosada de la argentina moderna» y de su más privilegiado personaje.

También la cuestión *bonapartismo* no es más que otra de las tantas coyunturas dichosas de nuestra burguesía nacional. Por ejemplo: el golpe del 43, ¿pensando en quién se habrá hecho? Milcíades Peña no tiene dudas: ante la corrupción de los partidos políticos burgueses, era necesario «descargar por completo a la burguesía argentina del cuidado de gobernarse a sí misma»^[39]. Pero un bonapartismo que se precie de tal necesita un Bonaparte: abran paso, llegó Perón. Y dice: todo este asunto de la industrialización está muy bien, pero hay que tener cuidado con sus consecuencias sociales, con esa desbordante y riesgosa concentración masiva del proletariado urbano. Y nuestra feliz burguesía ya puede estar tranquila: este vertiginoso coronel Perón es un erudito en cuestiones de control social. De donde vemos cómo *bonapartismo* (necesidad de la burguesía nacional de apoyarse en Perón, el Ejército y la clase obrera por su debilidad frente a la oligarquía y la gran burguesía) y *populismo* (manipulación de la clase obrera para integrarla al proyecto burgués) son caras de una misma moneda.

«Las condiciones históricas (escribe Peña refiriéndose a la década del 40) eran ideales para el éxito de una política bonapartista. La economía argentina atravesaba un ciclo de creciente prosperidad, la cuota de ganancia de los capitales crecía constantemente y era posible otorgar mejoras a la clase obrera sin perjudicar en nada esencial los intereses de la oligarquía»^[40]. Se trata seguramente de la más clásica de

las interpretaciones elaboradas por la izquierda: hacer del peronismo un resultado superestructural de procesos ocurridos en la estructura económica del país. La justicia social peronista, traducida como «proyecto distributivo», no es más que la expresión ideológica, superestructural, de la capitalización de nuestra burguesía a través de la sustitución de importaciones, del repliegue de las exportaciones agrarias que obligó a los sectores terratenientes a invertir sus capitales en la industria, del debilitamiento de las presiones de los centros imperialistas, y de las migraciones internas y la creación de un importante mercado de fuerza de trabajo. El peronismo no pasa de ser así más que el mero reflejo de las leyes fatales de la economía. Surgido de una determinada coyuntura, nada más lógico que desaparezca cuando ésta se modifica. Este desencuentro entre la ideología peronista y su base real tiene una fecha: 1952, «el momento de la verdad». El «proyecto distributivo» se hunde en la más profunda de las irrealidades ante el nuevo fortalecimiento del imperialismo y el consecuente deterioro de los términos de intercambio: la pobreza no puede repartirse. O sí: pero había que hacer una reforma agraria y desarrollar industrias de base. Y esto sería pedirle al peronismo que entre en contradicción consigo mismo. Su misión histórica (permitir el enriquecimiento de la burguesía e integrar el proletariado al proyecto burgués) ya está cumplida. A partir del año 52, la estructura económica se sacude su vieja cáscara ideológica peronista y busca formas más adecuadas de expresión^[41].

Pero volvamos a la teoría del populismo: uno de los conceptos fundamentales que maneja es el de *inmediatez*, entendido al modo hegeliano. Pura potencialidad, lo inmediato es aquello que aún no se ha escindido, que no ha generado de sí la negación que posibilitará su desarrollo dialéctico. Y como toda verdad es mediación, verdad desarrollada, lo inmediato es entonces lo abstracto, aquello que aún no es efectivamente real. Pues bien: si la clase trabajadora peronista del 45 fue heterónoma y manipulable, lo fue porque aún no era efectivamente real, porque era una clase trabajadora inmediata. Porque, en suma, aún no había cobrado conciencia de clase. Y ahora sí que hemos llegado al centro de la cuestión: porque la conciencia de clase es el punto más alto del desarrollo dialéctico del proletariado, su Verdad. Y las organizaciones sindicales y políticas, en tanto mediaciones necesarias para llegar a esta Verdad, constituyen la negación de ese momento de inmediatez inicial. *La conciencia de clase, en suma, es una conciencia mediada por las organizaciones sindicales y políticas autónomas del proletariado.* Para Milcíades Peña, por ejemplo, el fenómeno manipulativo fue posible porque el proletariado «carecía de toda experiencia sindical y política por tratarse de masas del interior recién ingresadas a las fábricas»^[42]. Esta abstracta inmediatez de la clase obrera le impide distinguir entre sus intereses históricos y el de sus explotadores. Al no haber tomado conciencia de sí (pues la conciencia de clase, en tanto verdad realizada, es el Saber, el Saberse, proceso al que Hegel llamó *Bildung*: formación, cultura), vive condenada a adherir a los proyectos de las otras clases ante la imposibilidad de generar uno propio: es *siempre predicado, nunca sujeto*. Refiriéndose a las jornadas de Octubre, escribe

Peña: «Los obreros eran factor decisivo en esta historia, pero la historia pasaba *sobre* sus cabezas»^[43].

También la interpretación del peronismo como nacionalismo burgués centra su análisis en la cuestión de la conciencia de clase. Para Ismael Viñas, el crecimiento del proletariado durante los años inmediatos al peronismo, había sido meramente cuantitativo: «La coyuntura económica no sólo permitía el reformismo, sino también que éste se diera bajo el liderazgo de un grupo burgués en conflicto con otro grupo de la burguesía, y ello coincidía con la situación ideológica y organizativa del proletariado»^[44]. Pues sólo un proletariado cuyo desarrollo hubiera sido *cuantitativo* y no *cualitativo*, podía adherir ahora a un movimiento nacionalista burgués. En otras palabras: «La falta de una vanguardia revolucionaria socialista hizo que la clase obrera actuara solamente como aliado subordinado» (p. 44). Esta situación, altamente contradictoria, determina el surgimiento de lo que Viñas llama «conflictos en la conciencia obrera». Ocurre que el proletariado ha adquirido una «conciencia reformista»: «Se trata, desde luego, de una conciencia alienada, sujeta a objetivos y límites burgueses, que le impide adquirir claridad sobre su propia situación, sobre su relación con el total de la burguesía y, por lo tanto, le impide formular objetivos propios y pensar en formas organizativas y de acción independientes» (ídem). Con cierto aire estructuralista, Viñas distingue entre dos tipos de conocimiento que el proletariado puede adquirir sobre sí: un «conocimiento verdadero» y un «conocimiento ideológico». Ambos están íntimamente relacionados: el conocimiento ideológico, o falso, aparece allí donde existe un proletariado «sin cabal conciencia revolucionaria» (p. 46); el conocimiento verdadero, por el contrario, se identifica con esta conciencia, lo que determina que para su surgimiento requiera las mismas mediaciones que aquella: una vanguardia revolucionaria socialista y la creación de formas organizativas propias^[45].

No quisiéramos concluir este parágrafo sin agregar algo más sobre la cuestión del bonapartismo: la *izquierda nacional*, a través de sus representantes más unívocos, le adosa una teoría evolucionista de la revolución. Para Jorge Abelardo Ramos, el gobierno bonapartista busca apoyo en la clase obrera para enfrentar a los enemigos de la burguesía nacional. Esta clase, sin embargo, se aterroriza ante los avances de las masas y, creyendo que el gobierno ya no la representa, se refugia entre sus adversarios. Pero, como la paloma, se equivocaba: «El contenido económico y social del movimiento nacional es esencialmente el que persigue un desenvolvimiento del capital nacional»^[46]. La cobardía y la traición de la clase en cuyo beneficio se estructuró el movimiento, más las contradicciones de la situación semicolonial, determinan el fracaso del proceso: «El bonapartismo (...) convoca a veces a la “revolución social”, pero ni siquiera logra llevar hasta el fin la revolución nacional». Sería equivocado, sin embargo, deducir de estos datos que el proletariado se comportó en forma heterónoma al acompañar este proceso. La izquierda nacional no lo cree así: con el peronismo, la Argentina realiza su etapa democrático-nacional

burguesa. Durante su transcurso, el proletariado no tiene por qué ser la clase hegemónica del Frente Nacional Antiimperialista: *lo nacional es tarea de la burguesía, en tanto es la clase cuyos intereses determinan los objetivos políticos del proceso.*

Este esquema de análisis, una vez más, está extraído de la experiencia histórica de los países europeos: «Democracia y nacionalismo aparecen como las grandes banderas políticas bajo las cuales (hasta comenzar el último tercio del siglo XIX) se expresa el ascenso general de la civilización burguesa europea, en lucha con las fuerzas retrógradas del absolutismo y la feudalidad»^[47]. La burguesía europea, erigida en clase universal en tanto su poderío económico y político le permite representar a la totalidad de la Nación, toma sobre sus hombros la tarea de consolidación de las nacionalidades. En las semicolonias, por el contrario, la burguesía nacional, incapaz de erigirse en clase universal por su debilidad ante la oligarquía, debe realizar el ciclo democrático-nacional burgués respaldada por el Ejército y el proletariado^[48].

Esta teoría de las etapas de la revolución (una etapa nacional a cargo de la burguesía y una etapa social a cargo del proletariado), reaparece en algunas interpretaciones de nuestro movimiento hechas por compañeros peronistas, quienes, aun variando los contenidos, mantienen el esquema evolutivo. Consiguen delinear, de este modo, una historia del desarrollo de la revolución peronista, que partiendo del *capitalismo justo* desemboca, a través de un continuado aunque zigzagueante proceso de radicalización política y actualización doctrinaria, en el *socialismo nacional*. Es lo que llamaremos la *darwinización* de nuestro movimiento. Volveremos sobre el tema en el capítulo siguiente.

Sindicalismo y populismo

La visión apocalíptica de un torrente de cabecitas negras inundando Buenos Aires allá por los años 40, ha seducido por igual a peronistas y antiperonistas. Para los primeros, estos obreros jóvenes y anónimos, vírgenes de las consignas europeas y reformistas de las viejas organizaciones sindicales, son la expresión de lo nuevo. Y si algo viejo traen, es el eterno e indomable espíritu de la montonera, ese ardor de lo telúrico que les estalla en la piel: nada de esto le está sobrando a la ciudad-puerto. Los enemigos del peronismo ven las cosas de otro modo: por nuevos, por telúricos y

por cuanta inocente virtud quiera agregarse, estos contingentes migratorios son fácilmente manipulables por las élites de poder.

Murmis y Portantiero oponen a este tipo de interpretaciones un estudio sobre el movimiento obrero en los orígenes del peronismo. Que intenta demostrar: a) que no hubo tal alud migratorio: las migraciones internas se venían produciendo, en forma encadenada, desde la década anterior, determinadas por el proceso de industrialización sin distribución propio de los gobiernos conservadores. M. y P. destacan este último elemento: «La presencia de un período de asincronía entre desarrollo económico y participación resulta decisiva para la apreciación de los rasgos específicos que asumirán algunos movimientos populistas, en especial el peronismo»^[49]; b) que este proceso no-distributivo de acumulación capitalista determinó que el sindicalismo preperonista se movilizara tras consignas de tipo reformista. La mayoría de sus exigencias, sin embargo, no pudieron concretarse. En 1942 se producen 113 huelgas que movilizan a 39 685 huelguistas: el 60% de los trabajadores de las empresas en conflicto. Sin embargo, sólo un porcentaje mínimo de huelguistas (el 10%) coronan con éxito sus peticiones. «El golpe militar de junio de 1943 encuentra, pues, a una clase trabajadora que, pese a haber intensificado la movilización en defensa de intereses propios, no ha resuelto a su favor, en la mayoría de los casos, las reivindicaciones planteadas»^[50]; c) que más apropiado que distinguir entre obreros «viejos» y «nuevos», será hacerlo entre *obreros con experiencia sindical anterior exitosa* (más proclives a mantener la autonomía organizativa en sus relaciones con la élite dominante), *obreros con experiencia sindical anterior frustrada* (quienes, determinados por sus fracasos, disminuyen la mediación sindical y adhieren al movimiento político que hegemoniza el sector propietario) y *obreros sin ninguna experiencia sindical anterior* (obviamente, los más propensos a la heteronomía); d) «que es difícil otorgar la caracterización de pasiva, heterónoma y con miras de corto alcance a la participación obrera en el proceso de constitución del movimiento nacional popular»; e) «que la participación conjunta de viejos y nuevos (obreros, JPF) implicaba un proyecto social de cierto alcance y tenía como componente importante la continuidad programática con reclamos previos de las organizaciones obreras» (p. 73). En resumen: si el movimiento obrero adhiere al proyecto populista, lo hace porque encuentra allí la posibilidad de satisfacer exigencias de tipo reformista por las que venía luchando largamente y con escaso éxito. No hay heteronomía porque la adhesión aparece mediatizada por las organizaciones sindicales autónomas del movimiento obrero. Y más aún: por su partido de vanguardia, el Partido Laborista. Este Partido, en efecto, es «percibido por la mayoría de los dirigentes gremiales como la realización de sus reclamos de autonomía en el nivel político» (p. 96).

Autónomo a nivel sindical y político, poco tiene que ver este movimiento obrero que M. y P. encuentran en los orígenes del peronismo, con nuestros bien conocidos e indefensos migrantes. Y aunque compartamos algunos puntos (en especial los

referidos a las migraciones en cadena y a la importancia, aunque más relativa, de los obreros y organizaciones «viejas»), no nos vamos a pronunciar aquí sobre el valor de verdad de estos análisis. Nuestro tema es otro: las condiciones de posibilidad de autonomía y heteronomía de la conciencia obrera. Y bien: para M. y P. no hubo heteronomía. Ocurrió, por el contrario, que el movimiento obrero del 43 se portó bien.

De todo este análisis, M. y P. derivan ciertas pautas metodológicas que no nos son ciertamente desconocidas. Por ejemplo: «Que la mayor o menor probabilidad de heteronomía obrera en un movimiento de tipo populista se relaciona con el peso que los trabajadores le otorgan, en tanto fuerza mediadora, al sindicalismo» (p. 123). Y habiéndose dado la participación obrera en el peronismo no sólo a través de organizaciones sindicales de larga tradición, sino incluso a nivel político mediante la formación del Partido Laborista, es posible derivar lo siguiente: «No habría, en este sentido, una disolución de la autonomía en favor de la heteronomía obrera en el momento inicial del peronismo en la Argentina...». Y ahora, atención: «... sino, en todo caso, en una etapa posterior» (p. 123). No hay nada que hacer: aquí no se salva nadie. ¿Y por qué otra vez esta cuestión de la heteronomía cuando todo iba tan bien? Hagamos memoria y recordemos cuál era, según Peter Worsley, la creación más original del populismo peronista: «La organización de los trabajadores en un sindicalismo controlado». Y bien: M. y P. piensan algo muy semejante. Distinguen tres etapas en las relaciones entre clase obrera y élite política. La primera corresponde al acuerdo inicial que ya conocemos: nada de heteronomía. Durante la segunda, la élite política, con el apoyo de la clase obrera, llega a dominar totalmente el aparato estatal. Y, finalmente, «se abriría un tercer momento, cuyo nudo estaría en la disolución por orden oficial del Partido Laborista, en el que la élite política, ya controlando el Estado, tiende gradualmente a liquidar la autonomía de los sindicatos»^[51]. Y aquí sí: en la medida en que la organización política es disuelta y la sindical integrada al Estado, el movimiento obrero se hunde en la más absoluta heteronomía. Es lícito preguntar, sin embargo, qué connotaciones políticas tiene que tener este Estado para que las organizaciones sindicales, al incorporársele, pierdan su condición de encuadramientos autónomos de la clase obrera. Para M. y P., el peronismo, en uno de sus planos y en el que más nos interesa aquí, expresa la «política de un sector de las clases propietarias cuyo rasgo diferencial consiste en ofrecerles canales de participación a las clases populares, promoviendo una apertura en las estructuras de poder» (p. 115). Hablando claro: estamos ante un perfecto Estado Burgués, y ninguna conciencia proletaria puede pretender integrarse a un Estado tal y continuar siendo autónoma^[52]. Ismael Viñas ha puntualizado bien esta situación: «Los sindicatos son (...) mucho más instrumentos del Estado que instrumentos de la clase para su lucha económica, pues no son usados en ella sino que sirven, sobre todo, para encuadrar a la clase obrera en el orden que pretende estabilizar la vanguardia de la burguesía independiente en su relación con el

proletariado y, además, como instrumentos para movilizarlo en su lucha política contra la burguesía oligárquica»^[53]. El sindicalismo de Estado, en resumen, es la más poderosa de todas las instituciones integradoras peronistas «que permitieron movilizar en su provecho a la conducta obrera»^[54].

Todo está muy claro hasta aquí. Y si bien la tarea no ha sido muy compleja y se parece bastante a esos dibujos que se hacen siguiendo una línea de puntos ya determinada, vamos a reconocer que todas estas interpretaciones del peronismo han salido bastante redondas. Pero eso sí: a condición de que no pretendan ir más allá del 52, «el momento de la verdad». O a lo sumo: del 55, «el estallido de todas las contradicciones no resueltas por el régimen». Vamos a explicarnos mejor: «El progreso económico (escribe Celia Durruty glosando interpretaciones que no hace suyas) sería la razón del peronismo (...). Las oportunidades de ascenso social, la vigencia de los derechos políticos y una legislación social avanzada, la organización sindical asociada al Estado, se realimentarían continuamente con el progreso del país y de este modo movilizarían la conciencia obrera en una dirección opuesta al conflicto de clases» (p. 16). Pero, según hemos visto, nuestros teóricos de izquierda marcan el año 52 con rojo en el calendario: allí quedó enterrada la ilusión peronista del progreso indefinido. Y comienza otra historia, la de las concesiones del peronismo, que los peronistas, según se dice, llevamos oculta en nuestra «mala conciencia»: «El congreso de la productividad, la ley de radicación de capitales, la nueva política agraria y petrolera, la contención salarial» (p. 14). Ante tan enormes renuncios y tan poca riqueza para repartir, era razonable confiar en que «el panorama de una sociedad dividida en clases antagónicas habría de quedar al desnudo. Y con él, se operaría la gestación de una conciencia de clases en la masa obrera al tiempo que enfrentara una realidad social que resistía sus esfuerzos de movilidad individual (...). Sin embargo, este cambio en la conciencia obrera no se produjo. Su adhesión al peronismo se mantuvo, matizada por algunos conflictos laborales que si bien indicaban el impacto de la situación económica, no se plantearon nunca como un enfrentamiento y una ruptura con el gobierno. No fueron los sectores populares los que con su acción alteraron el equilibrio de fuerzas sobre los que se asentaba el peronismo» (p. 15). Este último párrafo dice muy poco: los sectores populares no sólo «no alteraron el equilibrio de fuerzas», sino que fueron en todo momento los más decididos sostenedores del movimiento nacional. Y por alguna de esas oscuras razones que el clasismo no puede explicar, lo continuaron siendo aún después del 55 y lo continúan siendo hoy. ¿Cómo es posible esto? ¿No se nos ha demostrado ya detalladamente que el peronismo fue el resultado de una coyuntura económica feliz? ¿Cómo puede continuar suscitando la adhesión obrera una vez que esa coyuntura ha entrado en desgracia? También, es cierto, se nos ha dicho que el peronismo fue un exitoso intento de manipulación de la conciencia obrera a través de una bien urdida red de instituciones integradoras. Y no lo hemos olvidado, pero ocurre que después del 55, no sólo son barridas esas famosas generadoras de heteronomía, sino que

incluso el líder del movimiento marcha al exilio, y muchos de los más valiosos militantes son apresados, torturados, fusilados. Sin embargo, por sobre todo esto, la clase trabajadora continúa encontrando en el peronismo su identidad política, y hace del retorno incondicional del general Perón a la Patria, la más movilizadora y revolucionaria de sus consignas. Celia Durruty, en un texto que respetamos mucho por su autenticidad política e intelectual, extrae las necesarias conclusiones de estos hechos: «Esta imposibilidad de explicar la nueva etapa por la que atraviesa el movimiento obrero a partir de 1955 pone entre paréntesis el conjunto de la explicación misma» (p. 16).

Poner entre paréntesis es, en realidad, una expresión demasiado suave. Lo cierto es que las explicaciones del peronismo que hemos analizado hasta aquí, sencillamente, no sirven. Y por partida doble: ni para explicar el peronismo, ni para ser peronista, que es más grave todavía. Aunque es necesario también dejar en claro para qué sirven. Es decir en qué organizaciones políticas concretas intentan encuadrar a quienes aceptan sus postulados. Porque nada más lejos de nosotros que haber emprendido este trabajo como un intento libresco o universitario de criticar a determinados autores, todos alegremente descolgados y representándose a sí mismos. Por el contrario, a través de la igualdad Perón-sistema, unívocamente esgrimida por todos ellos, determinan la conducta política a seguir. La cuestión se reduce a delinear la imagen de un Perón-gattopardista, siempre dispuesto a presionar - transar - seducir - renunciar en beneficio del sistema capitalista burgués, del cual es su más lúcido representante. En el 45, se trataba de paliar el peligro latente de la concentración urbana del proletariado. Perón no duda: basándose en el axioma fundamental que guiará por siempre sus actos políticos, cambiar algo para que nada cambie, concede al proletariado las ventajas por las que éste, de lo contrario, hubiera luchado, y le resta toda capacidad autónoma de movilización revolucionaria. En el 55, se trataba de evitar el enfrentamiento armado de clases. Entre tomar medidas de radicalización revolucionaria y dar armas al pueblo o eliminarse políticamente y salvar al sistema, Perón elige esto último. Y también hoy se trata de lo mismo: a través del «renunciamento patriótico», de los pactos a espaldas del pueblo o del retaceo de su retorno al país a causa del proceso de incontrolada agitación popular que podría desencadenar, Perón, ya en el final de su vida, le está por dar al sistema un grande y postrero abrazo salvador. Así se ven las cosas desde la izquierda argentina. Y no vaya a creer que es de Perón o del peronismo de quien están hablando: hablan, como siempre, del sistema. Como siempre, porque para ellos toda la historia argentina no es sino un largo monólogo del sistema, un prolongado y frecuentemente deslumbrante intento de reajustar sus partes en relación a cada coyuntura histórica. El triunfo electoral del radicalismo, por ejemplo, será una carta lúcidamente jugada por la oligarquía, y no el resultado de un proceso de movilización popular que arranca como conquista la posibilidad electoral. La devolución del cadáver de Eva es acreditado en la cuenta del GAN: nos dibujan entonces a un Perón estático que, cortados los hilos

telefónicos de Puerta de Hierro, permanece absorto ante la genialidad táctica de Lanusse. *No hay conquistas populares en la Argentina, sólo hay astucia del régimen.* Esta certeza determina que cuando intentan encuadrarse en torno a una publicación, deban buscar nombrarla a través de alguna conquista del proletariado europeo, la Comuna preferentemente, pues no encuentran en nuestro pasado banderas para levantar. También su clasismo, sus concepciones sobre una vanguardia dirigente socialista y todos los esquemas que les hemos visto manejar, los llevan a concebir la viabilidad revolucionaria de un sindicalismo opuesto a las convicciones políticas y a las tradiciones de lucha de las bases obreras. Deliberadamente, son tan desaprensivos con su propio pasado como con el nuestro, pues parece bastarles el mero agregado de una letra a la sigla de su tradicional encuadramiento político, para borrar, autocrítica mediante, una prolongada historia de errores.

A medida que vayamos mostrando con mayor detalle las causas del fracaso de estas interpretaciones, deberemos también, por vía negativa o positiva, desarrollar nuestra explicación del peronismo. Que, por supuesto, es otra más. Aunque debe quedar en claro que no decimos esto motivados por alguna secreta creencia en la gratitud del pensar y el opinar, sino porque creemos que la verdad no va a surgir del choque entre nuestras explicaciones y las de los que no piensan como nosotros, pues las mismas, sustantivadas, son absolutamente no significativas. Lejos de esto, la verdad de cualquiera de estas explicaciones estará dada solamente en la medida en que sean expresión, y por ende instrumento potencializador, del único nivel fundante y generador de significatividad política: el de las luchas populares. Y en esto sí que nuestra explicación se va a diferenciar, desde su manifiesto propósito inicial, de las analizadas hasta aquí. Porque nuestro nivel explicativo estará dado por el propio peronismo. O más claramente: porque consideramos que sólo desde el peronismo es posible explicar el peronismo. *Una afirmación de este tipo debe buscar sus fundamentos en una teoría del conocimiento que haga de éste un momento más, el momento comprensivo, de la práctica política. Y en tanto consideramos al peronismo el movimiento de liberación nacional de nuestra patria, nada más correcto que intentar su explicación por medio de las categorías que, a través del desarrollo de las luchas populares, ha ido creando para su propia inteligibilidad.* Este punto de partida nos librará de la recurrencia a esos esquemas socio-constitutivos, cuya vertiginosa funcionalidad se nos ha revelado en los análisis de los impugnadores del movimiento nacional. Nos permitirá también devolver a las masas peronistas de Octubre, el eminente grado de autonomía de la conciencia que las llevó a movilizarse. Porque es cierto que no hubo entonces una «acabada organización sindical» y menos aún una «organización política con programa e ideología», y si hubo algún peso del viejo sindicalismo, de ningún modo fue lo más importante, como tampoco lo fue el Partido Laborista concebido como una prolongación de ese sindicalismo de reformas y ante el cual el Partido Peronista, pese a todos los vicios burocráticos y verticalistas que quieran encontrársele, significó un avance en la organización política de las

masas. Nada de esto fue lo determinante del proceso. Las masas peronistas lo dijeron claramente al vocear la consigna tras la cual se movilizaron: *Braden o Perón: he aquí el umbral de la conciencia política*. Y desde ahora debe quedar en claro que lo que en ella vamos a encontrar, no son esquemas de análisis elaborados a partir de procesos históricos europeos, ni modelos con tal grado de universalidad que nos permitan determinar siempre si estamos o no en presencia de un proceso revolucionario, si hay o no autonomía de la conciencia obrera en la medida en que ésta sea sujeto o predicado de ese proceso, *sino generalidades cuyo valor de verdad ha de estar condicionado a una constante recurrencia al nivel fundante de las luchas populares y que serán extraídas de nuestra propia experiencia histórica y de la de los países del Tercer Mundo en general*. Nada de esto tiene por qué condenarnos a ningún tipo de ciego empirismo. Encontraremos, por el contrario, tres elementos fundantes y con un elevado nivel de generalidad en las movilizaciones populares por la liberación nacional: *la relación líder-masa, la visualización del enemigo principal y la consecuente enunciación de consignas políticas*. *Braden o Perón* lo contiene todo: el surgimiento de una conciencia de pueblo sin la cual es impensable toda conciencia de clase, la determinación del enemigo principal y la consigna revolucionariamente llevada por las masas como bandera movilizadora.

CAPÍTULO TERCERO

El peronismo como sujeto

Economía de posguerra, industrialización, concentración urbana, sindicalismo, etc. Este esquema podrá pasar como una descripción más o menos correcta del desarrollo del capitalismo en la Argentina, pero es, sin duda, una mala explicación del peronismo. Porque explicar al peronismo como reflejo superestructural (ya sea como *reflejo reaccionario* o *respuesta revolucionaria*) de una determinada estructura, *es no explicarlo*. Se explica al capitalismo pero no al peronismo. O al menos, al determinarlo como *reflejo* o *respuesta*, se lo explica meramente como *predicado*. Será necesario, entonces, proponer una explicación del peronismo que lo conciba ante todo como empresa política: *como sujeto*.

El peronismo como sujeto: la tarea es singularmente opuesta a la emprendida por los impugnadores del movimiento, aquellos a quienes dedicáramos nuestra atención en el primer capítulo de este libro. Pues bien, ya no se la dedicaremos más. Y por una razón muy simple: sería erróneo reducir una explicación del peronismo a la negación de las tesis que sobre él han formulado sus adversarios. Volveremos, sin duda, a mencionarlas, porque son expresión, aunque falsa, de las luchas políticas de nuestro tiempo. Pero no nos desesperaremos tratando de demostrar, por ejemplo, que *Perón no es burgués*, porque una concepción del peronismo como sujeto debe utilizar un nivel autónomo de explicación.

Este capítulo desarrollará determinados conceptos básicos: líder-masa, clases sociales, contradicción principal, práctica política, cuestión nacional y social, partido y movimiento, etc.

El líder

Toda lectura colonizada de nuestra realidad política acaba por hacer del líder un hecho irracional. Vaya entonces la siguiente advertencia: este trabajo disgustará a quien no valore el papel jugado por el líder, a quien encuentre en él una oposición a sus rigurosas ideas sobre la organización revolucionaria de las masas, o a quien lo visualice como un cuestionamiento a su intransferible individualidad. Porque aquí, largamente, vamos a hablar del líder. Y más aún: *vamos a postular la relación líder-masa como el hilo conductor de toda auténtica explicación del peronismo, en tanto son sus elementos constantes y los que han determinado el sentido revolucionario del movimiento*.

Lo sabemos: hablar del líder tiene mala fama, es ser «de derecha». Pero no mencionamos esto porque nos alarme o preocupe (nosotros no somos derechistas ni

izquierdistas, somos peronistas), sino porque es un buen punto de partida. El principio nazista del Jefe fue, en efecto, el lugar de aposición de dos filosofías: el vitalismo irracionalista nietzschiano y el racionalismo individualista liberal. De allí en más, hablar del Jefe o del Líder fue correr el riesgo de quedar ubicado en el primero de los bandos. Y en mala compañía: Hitler, Mussolini y también Franco.

La cuestión, sin embargo, no aparece con el surgimiento de los totalitarismos monopolistas europeos. Líderes, jefes y caudillos hubo siempre. El nazismo meramente le ha adosado al concepto ese *aroma derechista* que hoy todavía lo distingue. Aquí, sin embargo, no vamos a preocuparnos por la búsqueda de los orígenes: suele retrocederse tanto en tareas de este tipo que uno ya no puede volver. Lo más apropiado, inicialmente, será explicitar los contenidos que el concepto guarda para quienes acostumbran a abominar de sus manifestaciones concretas.

«El populismo (se dice) tiende a arrojar a los grandes líderes a un contacto místico con las masas»^[55]. No es ciertamente la primera vez que escuchamos afirmaciones de este tipo. «El común ciudadano peronista (afirman los monopolios que dominan nuestra patria) tiene depositada una fe candorosa y elemental en Perón, a quien ve como la figura paternal que lo protegió y le dio personalidad y peso político»^[56]. Subyace a estos textos la tipología de la dominación que estableciera Max Weber: dominación racional, tradicional y carismática. Entre los tipos uno y tres se establecen las mayores diferencias y oposiciones. La dominación de carácter racional «descansa en la creencia en la legalidad de ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad (autoridad legal)». Obsérvese el carácter objetivo, impersonal e institucional del proceso. Por el contrario: «En el caso de la autoridad carismática se obedece al caudillo carismáticamente calificado por razones personales en la revelación, heroicidad o ejemplaridad, dentro del círculo en que la fe en su carisma tiene valor»^[57]. Y Weber define: «Debe entenderse por “carisma” la cualidad que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas —o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otra—, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe caudillo, guía o líder» (p. 193).

La relación líder-masa, según vemos, se establece en el engañoso mundo de lo sensible. Cautos y prolijos, los monopolios aconsejan desconfiar de este tipo de realidades: «En el análisis conviene distinguir los datos objetivos correspondientes a una realidad verificable, para separarlos de las meras apariencias de veneración de ciertos sectores del electorado o de subyugación mítica». Retengamos esta palabra: *subyugación*. No dice poco.

Antes que la Nueva Fuerza, y no es casual, ya Sarmiento había charlado sobre estos temas: tampoco a él le gustaban los caudillos. Y a Facundo creyó descubrirle el

secreto de su poder sobre las gentes de su tierra: era el más sanguinario, el más bárbaro y temido entre todos. Se decía de sus dones que eran sobrenaturales, que si miraba a un hombre a los ojos, no necesitaba más para darlo por bueno o por malo, por leal o traidor^[58]. Y después de Sarmiento, empachado de psicología y positivismo, vino Ramos Mejía y cometió un libro sobre las multitudes y los caudillos que decía exactamente lo mismo que el del sanjuanino: no en vano fue un hombre de la oligarquía que supo siempre ser fiel a sus orígenes. Y varios años después, Martínez Estrada quedó paralizado de espanto al oír la voz de Perón surgiendo del aparato de radio: *era, sin duda, un hecho demoníaco*.

Resumiendo: *la relación sensible que las masas establecen con su líder es siempre una relación alienante*. El líder, determinado por innominables ambiciones de poderío, seduce, engaña y subyuga. Las masas, por «miedo a la libertad», por inmadurez, por desorganización o por vaya-uno-a-saber-qué, terminan siempre depositando su Yo en el cálido regazo del líder. El muy liberal lápiz de Quino supo dibujar, en la revista *Siete Días*, una interminable manifestación de decapitados que levantaban un estandarte con el rostro sonriente y único de Perón. También Américo Ghioldi gustaba hablar de un país con varios millones de colas y una sola cabeza. Y Alastair Hennessy, lo hemos visto, explicaba la figura del líder como un exitoso intento de traslación de los valores rurales de compadrazgo y paternalismo al orden urbano. En suma: tanto desde el individualismo burgués (ese organismo de seguridad del Ego), con su letal recurrencia a conductas tribales, simbologías, mitos, ritos y demás esoterismos de la fenomenología de las religiones, como desde la izquierda liberal (y frecuentemente de la «revolucionaria»), se visualiza el papel alienante del líder a través del intento por mantener al pueblo en estado de anarquía e inorganicidad. Sobre estos temas, algo tiene que decir Perón.

Líder-masa: la transformación del número en fuerza

Conducción Política encuentra su punto de partida en la tajante oposición de dos conceptos: el de *conductor* y el de *caudillo*. La antigua conducción política argentina, explica Perón, era «una forma de caudillismo o de caciquismo; hombres que iban detrás de otros hombres, no detrás de una causa»^[59]. Este hecho tiene una consecuencia fundamental: «Así como envejecía el caudillo, envejecía el partido». El verdadero conductor debe tener vocación por lo orgánico, porque «hay que tener en cuenta que el hombre no vence al tiempo, lo único que vence al tiempo es la

organización»^[60].

La organización política del pueblo se convierte así en la clave para diferenciar al caudillo del conductor. Perón lo explica con claridad: «El caudillo explota la desorganización y el conductor aprovecha la organización (...) Si un conductor, después de haber manejado a un pueblo, no deja nada permanente, no ha sido un conductor: ha sido un caudillo»^[61].

El sentido más profundo de la tarea emprendida por el líder y las masas es la de vencer al número: *donde desaparece el número, donde los hombres ya no se cuentan de a uno sino que trascienden aquello que el sistema ha hecho de ellos para dominarlos, aparece la política*. «Hay un principio (recuerda Perón) según el cual lo único que vence al número es la organización»^[62]. Siempre conoció este hecho que describe Cooke: «El número es un inconveniente para la clase trabajadora: políticamente, por cuanto nuestro carácter mayoritario es lo que determina que se nos proscriba; desde el punto de vista de las condiciones de vida, porque cuanto mayor sea el número de brazos disponibles, con relación a la demanda de fuerzas de trabajo, en peores condiciones se encuentran los obreros para negociar con los patrones»^[63].

Si el líder tiene vocación por lo orgánico, es porque lejos de buscar el número para alimentar una supuesta voluntad de poderío, intenta conducir una política. Y hay algo que sabe bien: *sólo la organización y la movilización política del pueblo pueden transformar el número en fuerza*.

Peronistas, no caballeros

Braden o Perón: los dos polos de la consigna llevan nombre propio. Porque la oligarquía también generó su líder. Aunque con una desventaja inicial: tuvo que traerlo de afuera. No contaba en el 45 con la elocuencia de Mitre o la eficacia de Roca. Ni siquiera podía jugar otras cartas, quizás secundarias, pero siempre cautivantes: esa elegancia de Quintana, esa placentera sonrisa de Justo. Nada: a la hora del comicio, apenas si pudo pegotear en las paredes una fórmula con oscuras reminiscencias de lodazales lácteos (*tambo/orín/mosca*).

Pero a Braden lo tuvo. Y hay que prestarle atención: es el líder del *antipueblo*. «Era el señor Spruille Braden (recuerda Manuel Gálvez) un hombre rechoncho, de mediana estatura, de tipo bastante vulgar y rostro tirando a cuadrado»^[64]. Que también era extranjero, es cierto. Pero esto no preocupó a la oligarquía: la

democracia, por ese entonces, era algo que se desembarcaba. Los aliados en Europa, Braden en la Argentina: distintos frentes de una misma batalla contra las fuerzas del Mal.

Braden presenta sus credenciales el 21 de mayo de 1945. De ahí en más, su imagen se identifica con la del líder banqueteador. Y no es casual: el banquete es el sitio en el cual los poseedores se reúnen para ofrecerse mutuo reconocimiento. «Llegaron los sirvientes con la champaña —narra Gálvez—. Los dueños de casa y los invitados más conspicuos brindaron con el embajador.» (p. 237) Está claro: se trata de una reunión de caballeros. Un hombre de la democracia, afirma: «Nos falta un caudillo. Sin un jefe de garra, sin un hombre que arrastre, los argentinos jamás hemos ido a ninguna parte». Aquí está Braden para remediar esa carencia. Y si a veces se aleja de los banquetes oligárquicos, sólo lo anima la sagaz determinación de sumar fuerzas: «Sabrás que Braden fue visitado por una delegación obrera —informa otro “democrático”—. Los comunistas nos ayudan enormemente, y tanto han hecho que ya nadie tiene miedo al comunismo» (p. 233). Nadie tenía miedo a nada. Excepto, eso sí, a cierto ignoto coronel que había acabado por hacer de un oscuro puesto burocrático, una herramienta de peligrosa concientización para las masas. Y allí fue Braden a enfrentarlo: no una, sino varias veces. Sin mayores vueltas, le expone todo aquello que la oligarquía y el imperialismo desean que haga. El coronel, esgrimiendo un lenguaje poco usual en entrevistas diplomáticas, le responde que no piensa hacer nada de eso porque no es un hijo de puta. Y ni siquiera le pide disculpas por la expresión. Braden se enfurece y se va: ese sombrero que deja olvidado en el despacho de Perón, es algo así como el primer trofeo que éste arrebató al enemigo en una guerra que aún no ha terminado.

Con Perón y el peronismo —es decir: con la irrupción de las mayorías en las decisiones de gobierno— desaparece todo un modo de hacer la política en la Argentina: el del acuerdo entre minorías dirigentes. El mismo Perón lo anuncia en un discurso de diciembre del 44: «La era del fraude ha terminado». Había comprendido como ninguno el sentido de los años que acababan de vivirse: «Los métodos de libertad y democracia no han sido incompatibles con la explotación del hombre por el hombre»^[65]. También Zoilo Laguna, un bardo del peronismo, supo evocar aquellas miserias del pasado: «¡Libertá...! ¡Si habrán hablao/D’ella en otras ocasiones/Ganando las elecciones/A garrotazo pelao!.../Libertá de andar tirao,/Sin techo, pan ni trabajo;/Ésa era pa’los de abajo/La libertá del pasao». Y derivaba una clara opción política: «¡Sin asco a darle cruzao/Que’n esta tierra el destino/Tiene ya un hombre argentino:/Perón!!... ¡y asunto arreglado»^[66]. El tema es retomado por la revista de Cooke, en julio del 55, al enfrentarse a los sectores conciliadores del peronismo y al gorilaje en acecho, «para quienes “paz” era lo que existía en el país antes de 1943. Para quienes “no violencia” significa convertir la política en un juego de caballeros que celebran pactos en la penumbra. Para quienes la masa debe desempeñar un rol pasivo, sin intervención en las grandes decisiones»^[67]. Años

después, el mismo Cooke lo resumía todo: «Nosotros somos peronistas, no caballeros» (p. 74).

No hay liberación nacional sin movilización popular

Al modo de Rosas, también Perón viene a «cumplir las leyes». Porque es cierto: las leyes estaban, no las inventó Perón. Pero tampoco se las arrebató a nadie. Si las reivindicaciones socialistas habían acabado invariablemente sepultadas en los archivos de las cámaras legislativas, la responsabilidad les cabía únicamente a ellos. Una concepción reformista y elitista de las luchas obreras, los conducía a no trascender el horizonte del reconocimiento profesional y la participación económica en el Estado fraudulento. Como si esto fuera poco, padecían una extrema sensibilidad por las coyunturas políticas internacionales que los alejaba de las reivindicaciones concretas de las masas. Libertad/totalitarismo y democracia/fascismo eran las abstractas y falsas antinomias a través de las cuales intentaban apropiarse de la realidad. Y acaso porque la historia gusta de los caminos sinuosos, estas carencias del movimiento obrero determinaron su realización más profunda: a partir de ellas comienza Perón a edificar su liderazgo.

«Yo prefiero ser más empírico», es la certidumbre inicial del líder. Entre los dirigentes de aquella patria del 45, es quizás el único que acierta a hilvanar reflexiones como ésta: «No hay una seguridad del método ideal. En cambio, los acontecimientos suelen ser mucho más sabios. ¿Por qué? Uno, no aferrado a ideas viejas, que no ha hecho, diremos, un canon del cual no se puede apartar, tiene una libertad de acción superior que le permite (...) ir ejecutando en forma empírica (...) En otras palabras: se ejecuta el hecho, se sacan las enseñanzas, se perfectibiliza al máximo y, sobre eso, se cristaliza una verdadera doctrina». Perón no parte de ninguna ideología en su enfrentamiento a los hechos. Algo así, aventuramos, apuntaba a decir Cooke cuando lo definía como un *premarxista*. Y si bien la idea es acertada, no deja de ofrecer riesgos. Por ejemplo: interpretar ese «pre» como un juicio de valor. Perón no es ni pre ni posmarxista: ocurre que su accionar político implica una estructuración estratégica de la realidad en la cual todo objeto cobra sentido a partir del juego de fuerzas que se establece entre nosotros y el enemigo. «La conducción (reflexiona) es un arte que especula sobre todas las cosas y sobre todos los momentos». Si Perón, en su lucha contra el régimen, decide apoyarse en la clase trabajadora, no es porque crea en algo así como «la misión histórica del

proletariado», sino porque encuentra en las masas obreras *el mayor número* que, políticamente organizado, habrá de convertirse en *mayor fuerza* dispuesta a movilizarse contra el enemigo. Lo real, para el líder, es campo de batalla y oposición de fuerzas: «Unos quieren la independencia económica, y otros no la quieren. Unos quieren la justicia social, y otros no la quieren. Unos quieren la soberanía política, y otros no la quieren». Lo real, en suma, es enfrentamiento, porque «la acción política es una lucha de voluntades».

El líder echa una mirada hacia el pasado y anota en la cuenta del dolor del pueblo una larga década de humillaciones, fraude y vasallaje. «Nosotros (confiesa) comenzamos por hacer una reforma social porque necesitábamos el predicamento de las masas». Años después, algunos teóricos de las ultrautopías le reprocharán esta actitud: ¿por qué no aprovechar ese brillante momento de la posguerra para desarrollar industrias de base?, ¿por qué invertir en lo social en lugar de hacerlo en las estructuras productivas?, ¿por qué no convocar el sacrificio del pueblo en el 46 si se lo hizo en el 52? Objeciones de este tipo —esbozadas por admiradores del GOU que hoy, coherentemente, sólo podrían optar por un golpe nacionalista-militar sin pueblo— harán sonreír seguramente a Perón: nada se podía hacer en el 45 sin el pueblo como sujeto, mucho menos —después de esa década larga e infame— pedirle sacrificios. Si algo diferencia a Perón de los militares del GOU, es que mientras éstos, entregados a un ardiente idilio con la siderurgia, no pensaban en el pueblo ni siquiera para pedirle sacrificios, Perón era incapaz de concebir un alto horno al margen de una política basada en las mayorías: *la liberación nacional no se confunde con la aventura eficientista del desarrollo de las fuerzas productivas, sino que implica la movilización revolucionaria del pueblo expresada en un proyecto político que determine los objetivos de la Nación.*

No concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones

En octubre de 1943, Perón ocupa la titularidad del Departamento Nacional del Trabajo. Esta dependencia, un mes más tarde, se transforma en la Secretaría de Trabajo y Previsión. El general Ramírez y sus asesores creyeron haber hecho una inteligente maniobra política: entregarle a Perón esa Secretaría era matar dos pájaros de un tiro. Primero: porque era cumplir con Perón —el único integrante del GOU emberretinado con el movimiento obrero— al dotarlo del organismo más apropiado a sus inquietudes. Y segundo: porque hacer esto significaba, de rebote, neutralizarlo en

un puesto burocrático y, según pensaban, sin mayor futuro político. Que se equivocaron, de medio a medio, ya se sabe. Importa destacar solamente cómo esos «nacionalistas» y siderúrgicos militares del 43 miraban con recelo el obrerismo de Perón.

Las cosas cambian con Farrell: le dio carta blanca a Perón y éste comenzó a prepararse para gobernar. Los años del 44 al 46 —Secretaría de Trabajo y Consejo Nacional de Posguerra— fueron empleados para la preparación técnica y humana del nuevo gobierno: «Esto fue lo que hicimos durante 1944 y 1955, tomando como base la posibilidad de llegar a los distintos sectores populares con realizaciones efectivas en la justicia social»^[68]. La cuestión era no ocupar el gobierno como «peludo de regalo», según dice Perón de Onganía y Levingston al azorado coronel Cornicelli.

La Secretaría de Trabajo y Previsión se transforma en la «Casa del Trabajador», y el hombre que está a su frente, empeñado en obligar al cumplimiento de las leyes, comienza a ser reconocido como líder de los trabajadores. La serie de conquistas que se obtienen desde esa casa (decreto-ley de Asociaciones profesionales, Estatuto del Peón, jubilaciones, aguinaldo, vacaciones pagas, indemnizaciones, etc.) provoca la repulsa de los sectores patronales. Porque el resultado objetivo de estas medidas trasciende, y en mucho, lo que los poseedores están dispuestos a entregar. La soberbia del peón de campo ahora protegido por el Estado ante la arbitrariedad patronal, la irritativa presencia de los delegados fabriles y los abogados sindicales, la imposibilidad del despido por medidas de racionalización empresaria o meramente punitivas: todo esto alarma a las clases dominantes. Y lo más grave es que estas conquistas populares, lejos de implicar algún «control social» —como insisten en creer los que charlan sobre la «integración del proletariado al proyecto burgués»—, eran entregadas al pueblo y recibidas fervorosamente por éste como trofeos arrancados al enemigo en una guerra sin cuartel. Perón es bien claro: hay que imponerse a los patrones, hay que arrancarles las cosas, derrotarlos. Nada se puede esperar de ellos: sólo la clase trabajadora, nucleada alrededor de su naciente líder y desde esa Secretaría que debe cuidar porque es obra suya, podrá obtener los derechos que le pertenecen. ¿Qué dice el decálogo para los votantes de febrero del 46? ¿Quién es el enemigo, ante quién no hay que ceder? Las consignas son bien claras: «No concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones el día 23 (...) Si el patrón de la estancia (como han prometido algunos) cierra la tranquera con candado, ¡rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado, y pase para cumplir con la Patria! Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles ni camiones, concurra a votar a pie, a caballo o en cualquier otra forma. Pero no ceda ante nada. Desconfíe de todo; toda seguridad será poca». Curioso burgués este que mete desconfianza y recelo en las masas obreras, que habla de no ceder, que desnuda implacablemente las ignominias patronales. «Su presencia (dicen los monopolios) es el más activo de los agentes divisivos en el seno de la sociedad argentina». Y bien: sí. Porque nunca hubo «familia argentina», porque esta expresión

fue un invento de la oligarquía para mentar aquellas épocas durante las cuales gozó sin contradicciones de sus privilegios. Perón no viene a dividir a los argentinos: estaban divididos desde siempre. Viene, sí, a restablecer una contradicción y levantar unas banderas sofocadas por largos años de fraude y proscripciones.

Lenguaje y liderazgo

Perón se afirma también a través del lenguaje. Aprende a pronunciar esas palabras directas y simples en las que el pueblo ha depositado sus experiencias más ricas. Conoce los giros, los modismos y el sonido íntimo que adquiere el idioma cuando es dicho entre compañeros. Se muestra hábil en el manejo de la frase irónica, colorida, de todo ese lenguaje resentido pero burlón que los sometidos, entre guiños, hablan secretamente de sus patrones. Pronuncia los nombres prohibidos, aquellos que la respetable fraseología oligárquica trata de enmudecer. Dice *década infame*, *cipayo*, *vendepatrias*, *semicolonia*, *explotación*. Llama *compañeros* y *muchachos* a sus amigos, *contras* a sus enemigos, *bolichero* al comerciante, *pegiagudo* a lo difícil, *queso* a lo que ambicionan los políticos, *cuento chino* a la mentira, *pan comido* a lo fácil, *bosta de oveja* a lo indefinido: la frase entradora a la explicación: «En otros tiempos, con perder tres cosechas hubiéramos estado todos corriendo la liebre», «como el sofá-cama: se sienta mal y se duerme peor», «no vamos a esperar que el chico se ahogue para tapar el pozo». Introduce nuevos vocablos: *justicialismo*, *cegetistas*, *contras*^[69]. Aunque el mejor ejemplo lo constituye una palabra arrojada por el enemigo: *descamisado*. Quisieron ser agraviantes aquellos socialistas de *La Vanguardia*, y entregaron al peronismo un poderoso instrumento de identidad política. «Unos cuantos descamisados», había sido el juicio sobre las jornadas de octubre. Evita no dejó de comentarlo: «Así, despectivamente, con el vano propósito de subestimar un movimiento de proyecciones históricas, se intentaba lesionar, quebrar la moral de millones de almas, que buscaban la total liberación del pueblo. Un nuevo cabildo, el 17 de octubre de 1945, tocó a arrebató en el alma nacional. Y de allí parte la significación social del “descamisado”. Lanzado su nombre como un insulto, fue recogido y transformado en bandera de justicia»^[70].

Perón comienza a dar batalla desde un frente abandonado por los dirigentes sindicales: el de las reivindicaciones inmediatas^[71]. Las masas, con ritmo creciente, lo van reconociendo como a uno de los suyos. En diciembre del 44, frente a la

Secretaría de Trabajo, alrededor de doscientas mil personas se juntan para oírlo hablar. En junio del año siguiente, y como respuesta a ese *Manifiesto de la Industria y el Comercio* firmado por cerca de trescientas entidades patronales, vuelven a agruparse centenares de obreros que tienen propuestas definidas para su naciente líder: «Por la participación activa y directa de los trabajadores en la solución de los problemas sociales, económicos y políticos del país; contra la reacción capitalista; contra la especulación y el alza de precios». Hablan representantes de la CGT, habla Borlenghi. Habla, finalmente, Perón. Y se vocea, por primera vez, una consigna que definía *que no el peronismo*, pero aún no aclaraba a qué y a quiénes se oponía: *ni nazis ni fascistas, pe/ro/nistas*.

El 9 de octubre, Perón renuncia a sus cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión. Esa delegación obrera que llega presurosa para visitarlo en su casa, le deja una frase definitiva: «Usted ya cumplió con el Ejército. ¡Ahora es nuestro líder!». Horas después: se realiza un acto frente a la Secretaría. Es una despedida, pero ninguno de los que allí están se siente derrotado: *Perón presidente*, es la consigna. El líder les recuerda, una vez más, que «la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero». Nada iba a demostrarlo mejor que las cercanas jornadas de octubre, y Perón iba a saber reconocerlo: «Si la masa no hubiera tenido las condiciones que tuvo cuando el diecisiete de octubre perdió el comando, perdió la conducción, no hubiera procedido como lo hizo; actuó por su cuenta, ya estaba educada». Secretamente, a través de ese fogoso diálogo entre el líder y las masas, había ido surgiendo una *conciencia de pueblo* que estallaría en las jornadas de octubre, determinando, con clara univocidad, los exactos pasos que era necesario dar para el rescate del comandante cautivo. A la conciencia política, sin embargo, se le pone un requisito. Lo hemos visto: es el partido revolucionario de vanguardia. El peronismo no lo tuvo. Antes de condenarlo a la heteronomía, nos tomaremos el atrevimiento de cuestionar esta tesis del partido como contraseña de la conciencia política.

Partido y conciencia de clase

Hay un hecho conocido y frecuentemente lamentado: los conceptos de clase social y partido político no aparecen en Marx acabadamente contruidos. Existen textos, sin embargo, como para obtener algunas conclusiones. La primera: que entre ambos conceptos hay profundas relaciones de implicancia. Y que lo diga Marx: «En

su lucha contra el poder colectivo de las clases propietarias, el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose en partido político»^[72]. El texto más difundido sobre la cuestión (junto con otros del *Manifiesto* y la carta a Bolte de 1871) es el que aparece en las últimas páginas de *Miseria de la filosofía*. Marx, aquí reflexionando sobre las conquistas obreras en Inglaterra, advierte que la organización sindical «se desenvuelve simultáneamente con las luchas políticas de los obreros, que constituyen hoy un gran partido político, bajo el nombre de *cartistas*»^[73]. Y algunas líneas más abajo, se comprueba cómo el proletariado realiza su transformación de clase en sí en clase para sí: «Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha (...) esta masa se une, se constituye como clase para sí» (p. 171). Toda una teoría sobre las relaciones universales y necesarias entre partido político y conciencia de clase ha surgido de estos textos. Y la cuestión, claro está, es bastante compleja. Porque vino Lukács y escribió un libro, y después aparecieron los estructuralistas y lo acusaron de ontológico-genético y hegeliano, y antes estuvo Lenin y habló de la teoría revolucionaria que el partido debía introducir como «elemento externo» en el proletariado, y Rosa Luxemburgo (con razón) se enojó. Pero todo esto, por ahora, no nos interesa. Solamente retengamos que el partido es el «lugar» de la conciencia revolucionaria, «la vanguardia consciente a través de la cual la clase supera su inmediatez fragmentaria y subalterna»^[74]. Las cosas, por lo pronto, pintan mal para el peronismo: porque el 17 de octubre no hubo partido ni por asomo. Entonces: ¿espontaneísmo, alienación, heteronomía? Propongamos el revés de la trama: ¿y por qué un partido? ¿Es realmente condición de posibilidad de la conciencia política? No será ocioso, creemos, analizar brevemente qué supuestos maneja este concepto de partido político como determinante de la conciencia de clase.

Siempre que los dirigentes traicionan, es hábito pronunciar una frase ya célebre: no han querido, se les dice, arriesgar las migajas obtenidas en el festín del sistema. Quienes así acusan están reconociendo algo: que el partido obrero es parte del sistema, aún cuando sólo reciba sus migajas. Y lo que lamentan es, precisamente, que esa traición le impida desarrollar aquello que lo constituía en elemento superador del sistema: su ideología revolucionaria. Pero nosotros tenemos algo por cierto: funcione o no la ideología, partido y democracia burguesa van juntos. Y si no, hagamos memoria.

Breve (muy breve) historia política de la Europa moderna

Hace mucho tiempo, hubo el absolutismo monárquico. Luis XIV, a quien poco le gustaba compartir poderes, decidió establecer estrechos lazos entre su persona y la divinidad. Fue un acierto: el mejor modo de escatimar su poder al juicio y la voluntad de los hombres. A partir de 1661 (muerte de Mazarino) decide bastarse por sí mismo. Durante sus primeros años, es cierto, lo tuvo a Colbert, pero jamás llegó a oscurecerlo este personaje. En cuanto a la nobleza: la encerró en Versalles y la embotó de placeres. Reinó solo, incuestionado e incuestionable. Así las cosas, la política era imposible. Algo tenía que cambiar.

Y cambió. Pero por el lado de Inglaterra, donde (se sabe) los reyes tuvieron menos suerte. Tempranamente, en el siglo XIII, aparece el Parlamento. Fue durante el reinado de Eduardo I (1272-1307), a quien, no sin razón, llamaron el «Justiniano inglés». «La invitación al Parlamento de 1295 (escribe Heinz Hoply) contenía la célebre sentencia: *Lo que a todos toca, por todos ha de ser aprobado*». Pero esta frase no quería decir lo que realmente decía, hubiera sido un despropósito. Por el contrario, la composición del Parlamento estaba bien lejos de ser universal: «Las ciudades solían delegar a miembros distinguidos del ayuntamiento; los condados, a representantes de los terratenientes. Esta composición no sufrió ninguna modificación decisiva hasta la reforma electoral de 1832»^[75]. Habrá que ver por qué.

Esta integración elitista del poder político tenía fundamentos, al parecer, económicos y filosóficos: sólo los propietarios privados, los poseedores, eran aptos para gobernar. Por cultura, ante todo, pues no había otro camino para acceder «a la comprensión *racional* de la finalidad política»^[76]. Y esta racionalidad no era teórica sino práctica: *sólo podía ejercerla quien poseyera un determinado interés social*. Es decir, el propietario privado. Nunca los asalariados, los dependientes, pues esta misma dependencia les vedaba toda posible autonomía de criterio. Benjamín Constant no se quedó corto para decirlo: «Aquellos a quienes la indigencia mantiene en una eterna dependencia y ha condenado a trabajar por el jornal, no tienen sobre los asuntos públicos más ilustración que los niños (...), sólo la propiedad hace a los hombres capaces para ejercer los derechos políticos» (en Cerroni, p. 19). No eran estas las circunstancias apropiadas para el surgimiento de los partidos políticos modernos. Porque la administración racional del Estado permanecía, meramente, en manos de una élite ilustrada, cuya condición de propietaria garantizaba no sólo su interés social, sino también su autonomía de criterio. Los asalariados, por el contrario, quedaban confinados a la pasividad: si bien tenían, como los poseedores, intereses sociales, su dependencia les impedía superarlos racionalmente y ejercer la libertad del juicio ante el hecho social. Sólo en el propietario privado, en tanto hombre libre de toda dependencia, el interés conocía pero superaba racionalmente el mundo social que le había dado origen: *el interés de los propietarios era un interés*

desinteresado. El Estado moderno, en suma, encontraba sus fundamentos «en la soberanía *abstracta* del pueblo y en la actividad *concreta* de unos pocos» (p. 19). También aquí algo tenía que cambiar. *Así como la burguesía, para acceder a las decisiones de gobierno, había necesitado rescatar a la política de los dominios de la religión, la tarea del proletariado estaba ahora en desmistificar esta correspondencia entre propiedad privada y política.*

Prehistoria del movimiento social, así gustan llamar algunos a las luchas políticas del proletariado central durante los primeros treinta años del siglo XIX. No había conciencia de clase, dicen, pues los obreros compartían proyectos de otros grupos sociales sin diferenciarse claramente de ellos. Tienen algo de razón: hasta la reforma electoral de 1832, el proletariado inglés enarbola las mismas consignas que la pujante burguesía industrial, es decir, sufragio universal y derogación de la ley de cereales. Porque es cierto: a esta burguesía, que estaba marcando en lo económico los rumbos del imperio, no le iba bien en lo político. Ciudades como Manchester y Liverpool, surgidas durante el siglo XIX al calor de la revolución industrial y con cien mil habitantes cada una, no tenían un solo representante en los Comunes. La aristocracia terrateniente, por el contrario, era dueña del aparato político y sabía utilizarlo: en 1815 dicta la ley de cereales por la que impide la entrada de trigos extranjeros al mercado inglés. Proletarios y burgueses industriales se indignan a dúo. *Ley del hambre*, llaman los primeros a la promulgada por los terratenientes. Los segundos agreden con pesados tomos de Adam Smith y Ricardo: nada de proteccionismo retrógrado, nada de sistemas tarifarios, todo lo hará (y bien) la *mano invisible* del libre comercio (sí, la misma que tanto seducía a nuestro Alberdi).

Tenían sus motivos para quejarse así: cerrando la importación de granos, caían las exportaciones inglesas, se encarecían las materias primas y (colmo de males) no era posible reducir el costo de la fuerza de trabajo. La aristocracia cerealera, sin embargo no estaba de acuerdo: toda esta cuestión del sufragio universal le olía a Bastilla y regicidio, nada bueno. Perdió por supuesto, y por lejos, porque la historia no pasaba por su casa. Eran la burguesía industrial y el proletariado, los elegidos para construir la grandeza imperial de la Inglaterra moderna. En 1832, renuncia de Wellington mediante, se promulga la ley electoral: el número de electores pasa de cuatrocientos treinta y cinco mil a ochocientos mil. Pero ni un solo obrero entra en los Comunes, todo lo conquistado es para la burguesía industrial. Y aquí surge, según parece, la conciencia de clase: el proletariado, ante la traición burguesa, descarta todo tipo de alianzas y comienza a organizarse políticamente. Aparece el *cartismo*, el para sí de la clase obrera: el partido político moderno que no por azar surge entre los hombres dependientes. «La formación y difusión del partido político (escribe Cerroni) se vincula, pues, con un profundo desequilibrio del Estado representativo...» (p. 28). Y la unión de los trabajadores determina la unión de los restantes sectores de la sociedad civil.

El partido político moderno, en suma, con sus características de elevado nivel

organizativo y visión totalizadora de la estructura social, aparece con los partidos obreros británicos^[77]. Porque los *whigs* y los *tories*, por ejemplo, no eran partidos, o en todo caso, y como lo quiere Duverger, eran partidos de «tipo antiguo» o «tipo burgués», para los cuales la «intervención electoral y parlamentaria representaba la misma meta de su existencia, su única forma de actividad» (en Cerroni, p. 146). Eran los también llamados *partidos de opinión*: se opinaba sobre tal o cual aspecto del sistema, a favor o en contra, pero siempre desde el sistema y sin cuestionarlo, pues quienes opinaban eran los propietarios privados, los poseedores que nada querían cambiar. El partido obrero, por el contrario, al nacer entre hombres que no están ya organizados en tanto propietarios, entre hombres dependientes cuya sola posibilidad de unidad es la sindical y política, incorpora un nivel organizativo cualitativamente distinto del de los viejos partidos. Y también, al tener que negar en el plano teórico esa correspondencia de privilegio entre propiedad privada y racionalidad política, introducirá una concepción totalizadora del sistema social que, lejos de reducirse a emitir opiniones sobre el mismo, intentará superarlo críticamente. Pero hay algo que lo liga a las formaciones políticas anteriores: también él, por más desequilibrio que implique, es hijo del Estado representativo, de los derechos de libertad y asociación que la democracia burguesa reconoce a las personas jurídicas. Y si bien en los momentos iniciales de enfrentamiento, el Estado burgués puede llegar a perseguir a las asociaciones obreras, no por ello dejan éstas de ser expresiones, aunque extremas, de sus postulados jurídicos. *En los países centrales, en suma, el partido obrero surge de la democracia burguesa para incorporar al proletariado a la democracia burguesa.*

En Inglaterra, el proceso fue vertiginoso. La reforma de 1832, si bien no trajo electores para los obreros, creó la posibilidad de satisfacer sus demandas. Porque la burguesía industrial supo hacer las cosas: abolió la ley de cereales, fomentó las exportaciones de manufacturas, abarató las materias primas al dar libre acceso a las de ultramar, desarrolló la industria, pudo pagar mejores salarios, elevar la situación de la clase obrera y aumentar su propia plusvalía relativa. En 1867, el conservador Disraeli, ejecutando la política liberal que correspondía, lleva a cabo la segunda reforma electoral. Gladstone, en 1884-1885, la tercera. Y se está cerca del sufragio universal, una de las más anheladas conquistas del proletariado inglés.

Pero todo esto, es hora de decirlo, tiene un oscuro trasfondo que lo posibilita: la política imperialista británica. Durante todo el siglo XIX, ya sea por penetración económica o por conquista armada, Inglaterra va construyendo su poderoso imperio. A fines de siglo, ocupa un territorio de veintinueve millones de kilómetros cuadrados con trescientos millones de habitantes. Burguesía y proletariado, entre tanto, hace tiempo ya que han vuelto a marchar juntos: *adiós conciencia de clase*. Se lo dice Engels a Kautsky en una carta de 1882: «Usted me pregunta qué piensan los obreros ingleses sobre la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general: lo que piensa el burgués»^[78]. El proletariado ha comprendido

que su mejor negocio es la democracia. Engels, a poco de muerto Marx, «se inclinará de más en más hacia la democracia parlamentaria, considerada como el terreno verdaderamente favorable a la lucha de clases y la revolución»^[79]. El propio Cerroni, hoy, afirma: «Se dirá que sólo una transformación de las estructuras sociales fundamentales pueden transformar el terreno para la elaboración de nuevas relaciones políticas. Pero también es verdad que esa transformación hoy debe hacerse a través de la mediación de la democracia...» (p. 52). Rubel, por su parte, desesperado ante el fracaso secular de los partidos revolucionarios metropolitanos, propone abandonar la política y la democracia: «Sólo la conquista del poder social (...) puede volver a dar un sentido y un alma al movimiento obrero»^[80]. Como síntoma, el texto es interesante. Aunque Rubel, en tanto siga buscando la revolución por donde no puede producirse, seguirá desesperado: el modo capitalista de producción no se quiebra por el centro sino desde la periferia.

Partido obrero y movimiento peronista

El concepto de partido obrero como estructura interna y condicionante de la conciencia de clase, se origina en el proceso de nucleamiento del proletariado central a través de su incorporación a la vida democrática. No sabemos si era necesario molestarlo hasta a Luis XIV para afirmar esto, pero había que decirlo, porque gran parte de la literatura de izquierda (desde el marxismo sociológico hasta la ortodoxia comunista) llora la inexistencia de un partido en el movimiento obrero que dio origen al peronismo. Los comunistas, obviamente, no lloran su inexistencia fáctica porque existía el de ellos: condenan la demagogia de Perón que impidió canalizar a las masas obreras por sus cauces naturales, *democráticos*. En resumen: condenar al movimiento obrero peronista al irracionalismo y la heteronomía porque no tuvo su «partido revolucionario de vanguardia» (o variante Murmis-Portantiero: porque lo perdió al disolverse el Partido Laborista), es una vez más pedirle a la clase trabajadora argentina que repita los moldes europeos de integración a la vida política. *También es creer, con Germani, que «lo racional habría sido el método democrático» y que es irracional todo otro camino emprendido*^[81].

Y bien: la clase trabajadora argentina no eligió el método democrático, lo eligió a Perón. Y no vamos a cuestionarnos aquí si este camino fue racional o irracional, porque no nos valemos de estas categorías para interpretar nuestra realidad política.

Las utilizamos, por el contrario, para caracterizar a toda la línea de pensamiento antinacional y dependiente que se ha servido de ellas para efectuar una lectura colonizada de nuestra historia. Tampoco negaremos la importancia que pueda tener el partido como factor organizativo de las luchas obreras, porque creemos que siempre hay que mediar organizativamente. Y Perón no fue parco hablando sobre el tema. Pero lo que jamás se nos ocurriría afirmar, es que allí donde no hay partido obrero no hay conciencia política. Porque la experiencia peronista poco tiene que ver con esta tesis. Por el contrario, en el peronismo, la conciencia política se dio a través de la relación con una entidad que no es un partido ni un grupo ni una organización de base, pero que es un elemento constante y fundamental en nuestras luchas populares: *el líder*.

Y algo más: de *movimiento* antes que de partido obrero se habla en el peronismo. Y no por algún inconfesable afán burgués de ocultar las raíces clasistas de los conflictos sociales, *sino por saber comprender que en una nación sometida, el criterio de unidad y organización debe ser ante todo político*. El movimiento es organizativamente más dinámico y totalizador que el partido obrero, porque al definir su acción política en relación directa a la contradicción principal del país dependiente (*Imperialismo/Nación*), engloba en su estructura a todos aquellos sectores objetivamente perjudicados por el imperialismo y dispuesto a movilizarse tras el proyecto de liberación nacional. «Somos un movimiento (explica Perón) y como tal no representamos intereses sectarios ni partidarios; representamos sólo los intereses nacionales». Lo veremos mejor, pero vaya desde ahora la afirmación de que lo *nacional*, en Perón y el peronismo, lejos de identificarse con lo burgués, implica la liberación total de la patria a través de la conquista del poder por el pueblo.

Perón y la clase obrera se organizan en un movimiento, porque su tarea es la de hegemonizar el mayor número posible de fuerzas sociales capaces de enfrentar al imperialismo. Se trata, por otra parte, de la exacta aplicación al campo social de un principio que Perón había encontrado en Clausewitz y que es central en su pensamiento estratégico-político: *el de la economía de fuerzas*. «Debemos llevar el mayor número posible de tropas sobre el punto decisivo del combate», proponía Clausewitz. Acorde con esto, Perón intentará siempre «ser superior en el lugar donde se busca la decisión»^[82].

Y ya que estamos en Clausewitz, aclaremos algo: sería absurdo que cuestiones tales como *el principio de la economía de fuerzas* y otras, lleven a pensar que hay que ser clausewitziano para ser peronista. Clausewitz no es la clave de la revolución, porque muchos militares lo habían leído y sólo Perón se acercó al pueblo. Lo esencial, en Perón, es su percepción de los problemas políticos y su vocación popular. Lo esencial es el pueblo que supo y sabe seguirse siguiendo a su líder. Clausewitz, en manos de Perón, deja de ser Clausewitz y se transforma en un instrumento de mero valor formal que cobra un sentido absolutamente inédito al mezclarse con el movimiento de masas. Ningún autor, ningún libro, es pasaporte o impedimento para

la revolución, porque son otros los elementos determinantes de los procesos históricos. Tanto Mao como Juan B. Justo leyeron a Marx...

El movimiento (y volvemos al tema central de este apartado) puede requerir al partido como estructura interna suya, pero será siempre el movimiento quien comprenderá al partido y nunca al revés. El partido, por otra parte, conservará su vitalidad y vigencia sólo en la medida en que su acción política se vea inundada de continuo por los contenidos populares del movimiento. En resumen: hay que desechar el concepto de partido como vanguardia de la clase obrera y elemento condicionante de la conciencia política, para explicitar el elevado poder de movilización y concientización revolucionaria que implica la relación líder-masa, en tanto estructura originaria, permanente y hegemónica del movimiento peronista.

La conciencia política gana la calle

Pero atención: este título hay que aclararlo. Porque sería erróneo imaginar a una conciencia política casera y ya construida que decide luego salir a la calle para aplicarse a los hechos. Por el contrario, no hay conciencia previa o marginada de la acción política. Y las jornadas de octubre se encargarán de demostrarlo.

La renuncia y cárcel de Perón fueron adecuadamente celebradas por la prensa de la oligarquía: había terminado, decían, un nuevo personalismo. Y si bien le erraron feo en eso del «había terminado», no se equivocaron en la del «nuevo personalismo». Porque era cierto: la bendición de Yrigoyen no caía sobre ese partido radical oportunista y claudicante, reducido a funcionar apenas como máquina electoral al servicio del sistema, sino sobre Perón, ahora preso en Martín García y a la espera de los acontecimientos.

El 17 de octubre no es un hecho casual: nada de espontaneísmo ni irracionalidad hay que encontrar allí. ¿Qué las masas superaron las direcciones burocráticas? Es cierto, pero si siempre que ocurre esto nos vamos a poner a teorizar sobre las ventajas y desventajas del espontaneísmo, no vamos a entender nada y, lo peor, aceptaremos algo que no fue: esa famosa *espontaneidad de las masas*, tan cercana a las categorías de instinto e irracionalidad. Y también, no hay que olvidarse, a los colorinches frondifrigeristas de quienes ronronean extasiados al creer comprobar que «todo se daba misteriosamente, milagrosamente, esa mañana»^[83]. Pero es mentira: ni milagros ni misterios. Porque en las calles se gritaba por Perón, y esto era algo bien real y concreto. Y si los dirigentes no fueron vanguardia, *fue porque no eran vanguardia*.

Porque la vanguardia fueron el líder y las masas, organizados a través de los objetivos políticos que se plantearon desde la Secretaría de Trabajo y detrás de los cuales se movilizaba ahora el pueblo.

«¡Vayan a cobrárselo a Perón!»^[84]. Hay frases que hacen historia, ésta es una. Los obreros habían cobrado su quincena y ahora querían el pago por el feriado del 12 de octubre. Y no lo querían porque sí, sino porque Perón había firmado el decreto. Los patronos, seguros y confiados, se dieron el lujo de una rabieta irónica: a Perón, vayan a cobrárselo a él. Desgraciadamente para ellos, así fue.

Las clases populares acababan de encontrar en el enemigo su modelo de acción. La respuesta patronal, en efecto, empuja a los trabajadores junto a su líder. Los obreros saben ahora que no sólo el feriado del 12 de octubre, sino todo lo que tengan que cobrarse del sistema injusto que los explota, habrán de conseguirlo a través de su relación revolucionaria con el líder cautivo. Por eso cuando salen a la calle pronuncian un solo grito que Marechal oyó retumbar como un cañonazo: *una cosa que empieza con pe/Perón.*

¿Qué hacían entre tanto los dirigentes de la CGT? Mercante, que trataba con ellos, se había movido bien. El resultado: una huelga para el 18. Después se movió para Campo de Mayo, preso. El martes 16 se reúne la Comisión Central Confederal de la CGT: se discute, se discute demasiado. Por fin sale la huelga, pero por 21 votos contra 19. Un dirigente socialista afirma que es imprudente jugarse tanto por Perón: «Otros coroneles —remata— no van a faltarnos». No todos piensan lo mismo, pero la cosa es que entre la larga lista de medidas que solicitan en la convocatoria, no aparece la libertad de Perón. Hablan de todo: de aumento de salarios, del mantenimiento de las conquistas de los trabajadores y hasta de la reforma agraria. A Perón ni lo nombran. Las masas —al día siguiente— lo nombraron hasta el hartazgo. Demostraban, entre otras cosas, un gran poder de síntesis. Nada de tediosas enumeraciones reivindicativas: *Perón y asunto arreglado.*

A Plaza de Mallo, es la consigna. No importa quién la larga, la largan todos. Cada compañero, con su propia conducta, señala al otro y encuentra en el otro el adecuado camino a seguir. Se decide ir a Plaza de Mayo mientras se está yendo, porque no hay un propósito candente antes del acto, acto y conciencia se dan juntos. Sólo se descubre el sentido de la acción a través de la acción misma. Por eso —advertimos ya— la conciencia política no está terminada en casa y sale a la calle después, sino que se realiza en y a través de la práctica. *Ganando la calle, la conciencia política se gana a sí misma.*

¿Por qué a Plaza de Mayo? Tampoco es un misterio: porque en la medida en que los obreros llegaban al centro, ocupaban una ciudad que no les pertenecía. Ir a Plaza de Mayo fue una consigna revolucionaria porque un obrero nunca iba allí, al lugar donde se decidía: al lugar del patrón, pues también el derecho a decidir —y éste más que ninguno— era patrimonio de los poseedores. Ir a Plaza de Mayo, entonces, cruzar puentes y llegar al centro, era entrar en casa del patrón. Entrada que por más

pacífica que fuera, era ya un acto de agresiva irrespetuosidad: un acto subversivo.

Pero hay que insistir: nada de esto es «espontaneidad de las masas». Porque cuando a un movimiento social se le cuelga este cartelito, siempre se hace referencia a su falta de organización y conducción revolucionaria, a su bajo nivel de conciencia política. Y cuando el cartelito se lo cuelgan al peronismo, una calidez jubilosa inunda muchos pechos gorilas: pueden hacer pasar por ahí todas esas viejas ideas de manipulación, alienación y heteronomía, que han elaborado para justificar compasivamente al pueblo en tanto condenan a su líder. Porque si de conductores se trata, no faltaron el diecisiete: Evita, Cipriano Reyes y tantos otros. Pero no es esto lo fundamental. Perón tuvo razón al decir que la masa se condujo a sí misma porque ya estaba educada. Y cuando habla de educación, no se refiere a domesticación o manipulación, sino a conciencia política. Porque reducir la jornada del 17 de octubre a la acción decidida y heroica de algunas individualidades —aun cuando entre ellas figure nada menos que Evita— es una clara maniobra gorila. Y no es casual que Lanusse la haya empleado en su discurso del Colegio Militar. Por el contrario, sólo el nivel de conciencia revolucionaria alcanzado por la clase trabajadora mediante el diálogo abierto con Perón a través de la Secretaría de Trabajo, puede entregar la clave de la jornada histórica. Porque el mero hecho de que los dirigentes declaren la huelga para el dieciocho y las masas se movilicen el diecisiete, no autoriza a nadie a encontrar allí la prueba esplendente del espontaneísmo. Y por una razón bien concreta: *no se puede deducir la espontaneidad de un movimiento a partir de su desobediencia a unas direcciones inexistentes*. Las masas de octubre, por el contrario, obedecieron a otra conducción política: la de Perón. *Y es en la renuncia y en la prisión del líder, donde saben leer la verdadera fecha de la huelga general y la orden de la movilización masiva*.

Las consignas políticas expresan el nivel de conciencia alcanzado por las masas

Las consignas políticas, esos latigazos del lenguaje, expresan siempre, aun en forma contradictoria, el nivel de conciencia alcanzado por las masas. En octubre del 45, el grito unánime es Perón: *queremos a Perón*. Con lo que se está diciendo *Perón al poder, Perón presidente*. Y si bien las masas peronistas no tenían una «teoría del traspaso del poder» (esa otra contraseña que la ciencia de la revolución exige a la

conciencia política), sus consignas decían claramente que querían el poder, el poder para Perón. Es decir: el poder para el pueblo. Porque la política que Perón había desplegado desde la Secretaría de Trabajo, no se había detenido en las reivindicaciones inmediatas. Partía de allí, es cierto, y no podía ser de otro modo, porque toda política revolucionaria (y ya Lenin había estado de acuerdo en esto con Perón) debe partir de la satisfacción de esas reivindicaciones. Pero lo que Perón proponía era una política de poder popular: empieza la era del gobierno de las masas, afirmaba, las conquistas sólo habrán de conseguirse definitivamente a través del acceso del pueblo al poder. Por eso cuando en octubre se dice *queremos a Perón* se está diciendo *queremos el poder*: el poder para el pueblo y para el líder del pueblo.

La consigna *ni nazis ni fascistas, pe/ro/nistas*, lanzada en diciembre del año anterior, se completa ahora con otra: *Perón no es comunista/Perón no es dictador/Perón es hijo del pueblo/y el pueblo está con Perón*. Ambas están expresando los postulados teóricos de la tercera posición justicialista, que desde el vamos, en su nivel profundo, nada tenía que ver con la conciliación de clases, ni con la tercera vía entre capitalismo y socialismo, sino que expresaba la elección de un camino nacional (*Perón es hijo del pueblo*) y autónomo para la revolución. Esta revolución, a su vez, fue siempre concebida como un proceso de movilización popular tendiente a conquistar (con los lógicos avances y retrocesos determinados por cada coyuntura histórica y por el nivel de organización alcanzado por el pueblo) no el gobierno sino el poder. Por eso cuando hoy Perón habla de socialismo nacional, no hace sino explicar las tendencias más profundas que expresó el peronismo desde sus orígenes.

Las consignas *Haga patria, mate un estudiante y Alpargatas sí, libros no*, son lanzadas contra la inteligencia cipaya y su residencia permanente: la Universidad, lugar al que no entraban los obreros sino los hijos de los patrones para convertirse en los abogados, los médicos y los literatos de los patrones. Las pedradas que se le arrojan al Jockey Club contribuyen a marcarlo como el santuario de la antipatria. Son, también, la exacta prueba de que los trabajadores saben distinguir a sus enemigos.

Pero también a sus aliados: *Farrell y Perón un solo corazón, Perón encontró un hermano/Hortensio Jota Quijano*. La clase obrera, en la calle, demostraba con sus consignas que no emprendía sola la tarea de la liberación nacional. Que existían sectores sociales (Quijano) e instituciones (Farrell), que podían acompañarla en la tarea revolucionaria.

Las consignas de octubre, demuestran que si bien la conciencia política se había elaborado a través del diálogo abierto desde la Secretaría de Trabajo, es en la calle donde acaba por realizarse en su completitud. Porque allí los obreros se reconocen a sí mismos, advierten su poder numérico y su capacidad de decidir (ellos, los eternos postergados) la vida política del país. Y el grito que recibe a Perón cuando aparece por los balcones de la casa de gobierno expresa no solamente la alegría del pueblo ante la libertad del líder cautivo, sino también el jubiloso festejo por la victoria de la

movilización masiva. Y ya que las cosas están así, los trabajadores, aparte de elegir a quienes deben o no tener el poder, deciden también señalar los feriados del calendario: *Mañana es san Perón/que trabaje el Patrón*.

La cuestión de la contradicción principal

Algunos meses más tarde, durante la campaña para las elecciones de febrero del 46, Perón lanza la consigna *Braden o Perón* que es recibida y voceada fervorosamente por las masas. Y no podía ser de otro modo: allí estaba señalado el enemigo contra el cual era necesario movilizarse. También se marcaba a fuego la contradicción principal del país dependiente. El tema requerirá toda nuestra atención, porque es básico para el peronismo.

«El descubrimiento de América y del paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza (es Adam Smith quien lo dice) son los sucesos más grandes e importantes que se registran en la Historia de la Humanidad»^[85]. Casi nada. Pero no hay que asombrarse: ¿qué otro hecho histórico podía conmover más íntimamente al vocero de la naciente burguesía industrial británica? Smith lo sabía: toda la grandeza de Inglaterra, y aun de las otras naciones capitalistas en desarrollo, se había originado en aquel lejano siglo xv, cuando las principales potencias europeas —España, Portugal, Holanda, Francia y la misma Inglaterra— se habían lanzado a la conquista de los territorios periféricos del planeta. También Marx, en su capítulo sobre la acumulación originaria del capital, vio la cuestión con claridad^[86]..

Es el saqueo del mundo colonial el que permite a Europa su despegue capitalista. Desde esta perspectiva, queda claro que el imperialismo fue desde los orígenes de este sistema productivo, condición fundante de su estructura. Este hecho corre el riesgo de oscurecerse cuando se aplica el nombre de *colonialismo* a esa primera etapa del sistema, y el de *imperialismo* a la de exportación de capitales. Para nosotros, desde la periferia, considerar al imperialismo como etapa superior del capitalismo, sería correr el riesgo de tener que ubicar la contradicción principal del sistema (*metrópoli-colonia*) recién a partir de 1870, lo cual conduce a oscurecer la contribución fundante de la explotación colonial en la acumulación primitiva.

El sistema capitalista tiene la necesidad interna de estructurarse a nivel planetario. A través de este proceso, el capital comercial europeo posibilita el surgimiento de un «mundo» nuevo, y este «mundo» es creado en tanto imperio: y el imperio de Europa.

Aparecen dos realidades distintas: los poseedores del Imperio y los poseídos por el Imperio. Los primeros se encuentran en el *centro* del mundo, los restantes ocupan su *periferia*. Este somero análisis —que aquí no hacemos más que indicar— nos presenta una clara conclusión: la contradicción principal del sistema de producción capitalista ha sido, desde su inicio, la de *metrópoli-colonia*. O también: *imperialismo-nación*. La misma aparece compuesta por un polo en desarrollo y otro en subdesarrollo, siendo el subdesarrollo del segundo la posibilidad del desarrollo del primero. El polo dependiente, para ocupar el lugar de antítesis en la contradicción principal, debe ser: a) el más explotado en lo *social*; b) el que, a través de esta misma explotación, contribuye con mayor intensidad a mantener y desarrollar en lo *histórico* la dinámica del sistema; c) el que más excedentes produce en lo *económico*; d) el que más radicalmente se enfrenta al sistema en lo *político*, impugnándolo en su totalidad a través de una práctica de liberación que excluya toda posibilidad de negociar aspectos parciales.

No es difícil advertir que han sido y son los pueblos periféricos (los pueblos de lo que desde Yalta llamamos Tercer Mundo), quienes cumplen dolorosamente las condiciones que requiere el polo dependiente en la contradicción principal. Porque si bien en el momento de la revolución industrial europea —donde se produce el surgimiento de las grandes fábricas, las concentraciones urbanas, la proletarización del campesinado, las huelgas obreras y la represión estatal—, es el proletariado metropolitano el que padece la más intensa explotación y el que más excedentes económicos produce, *no es, de ningún modo, el que impugna al sistema en su totalidad. Porque si la estructura interna del capitalismo requiere su planetización imperialista, no cuestionar este nivel fundante es no cuestionarlo en totalidad.* Y la protesta de los países centrales es una protesta contra la explotación social y nunca contra la explotación internacional, nivel más profundo y fundante del sistema. ¿Que en ese momento el proletariado europeo no podía ver el hecho del colonialismo tal como lo vemos nosotros ahora? Es muy discutible. Pero lo terminante es que cuando sí lo vio, sus proposiciones no cambiaron: siguió protestando contra la explotación social. Y esto significaba, perdón por la dureza, que exigía su parte del botín imperialista. Disraeli y Gladstone le abrieron el camino para discutirla en el Parlamento.

Como vemos, el proletariado central no ha sido muy fiel a las teorías sobre la conciencia de clase. En Inglaterra, por ejemplo, ¿cuánto dura esa conciencia? ¿De 1832 a 1867 o a 1844? Por lo menos: justo hasta donde el proletariado comienza a advertir que su destino —tal como cuando protestaba contra la *ley del hambre* de los terratenientes— está unido al de la burguesía. Y si hiciéramos caso al esquema de Lukács sobre la conciencia de clase —que es más o menos así: el proletariado es la única clase que, por su ubicación objetiva en la estructura social, adquiere una visión totalizadora del sistema capitalista que le permite superarlo revolucionariamente si hiciéramos caso a esto, decíamos, tendríamos que concluir que el proletariado

europeo nunca tuvo conciencia de clase, porque al haber aceptado y compartido los proyectos imperialistas, jamás pudo generar una conciencia superadora del sistema capitalista mundial. Generó, sí, una *conciencia totalizadora*. Es decir, *una conciencia social-imperialista*. Engels, en unos textos bastante espeluznantes, la expresa claramente: «En mi opinión las colonias propiamente dichas, es decir, los países ocupados por poblaciones europeas —Canadá, El Cabo, Australia— se independizarán todos; por otra parte, los habitados por poblaciones nativas —India, Argelia, las posesiones holandesas, portuguesas y españolas— deben ser tomados por el momento por el proletariado y conducidos con toda la rapidez posible hacia la independencia». Sabe que surgirán dificultades, y lo confiesa: «Es difícil decir cómo se desarrollará este proceso». Pero no tiene dudas sobre la victoria final: «Una vez lograda la reorganización de Europa y Norteamérica, ello proporcionará un poder tan colosal y un ejemplo tal, que todos los países semicivilizados nos seguirán espontáneamente. Las propias necesidades económicas se encargarán de ello»^[87]. Esta conciencia social-imperialista del proletariado determina que hoy, en los países centrales, los grupos más lúcidos sean las minorías —sectores marginados y del estudiantado— que conciben su acción política en conexión con las luchas liberadoras de los pueblos del Tercer Mundo, considerados como vanguardia del proceso revolucionario.

Si hemos destacado esta cuestión de la contradicción principal, es porque, como ya dijimos, se trata de un instrumento teórico básico para el peronismo. Porque si partiéramos de la contradicción *burguesía-proletariado*, como expresión de la lucha de clases y motor de la historia, deberíamos concluir, al comprobar en el peronismo la existencia de otros sectores sociales que el proletariado, que se trató, por ejemplo, de un intento burgués de conciliación de clases en beneficio, precisamente, de la burguesía. Pero la contradicción *imperialismo-nación* permite comprender que si hubo otros sectores sociales que acompañaron en el peronismo a la clase obrera, fue porque un movimiento antiimperialista no se define a partir de una clase sino que aglutina en una política nacional a todos aquellos sectores objetivamente enfrentados al imperialismo. Y ya que hablamos de clases, ¿qué papel juegan?

Política y clases sociales

El manuscrito de *El Capital se interrumpe* en un momento dramático: Marx comenzaba a ocuparse del problema de las clases. Lo poco que alcanzó a decir fue

suficiente para determinar los equívocos de sus continuadores. *El Capital*, en efecto, al referirse principalmente a la esfera economía del modo de producción capitalista, define las clases a partir de su ubicación en el aparato productivo. De aquí en más, muchos dejaron de preguntarse si esto era ya suficiente para elaborar el concepto de clase social. O si Marx, como todo lo hacía prever, no hubiera sido partidario de intentar una totalización utilizando elementos ideológicos, jurídicos y políticos. Al fin y al cabo, era él quien había dicho que toda lucha de clases era una lucha política.

La determinación de las clases por la economía ha sido el error más frecuente en las teorizaciones sobre el tema. Porque una clase social no se define meramente por el lugar que ocupa en el proceso del trabajo como agente del aparato productivo. Se define también a nivel histórico, ideológico, jurídico y político: *hay que totalizar*. Si la clase obrera es hegemónica en el proyecto político peronista, lo es por su fidelidad histórica, por su explotación secular y por su permanente movilización política. Y si bien la determinación está dada por todos estos elementos, es la región política (*la de la práctica política*) la que en los países dependientes cumple el papel dominante. Desde el 45 hasta el presente, la clase obrera argentina es aquella que se ha descubierto y se ha revelado a sí misma a través de su movilización peronista contra el imperialismo. *En un país dependiente, en suma, las clases sociales se definen desde un nivel político en cuanto a su relación con la contradicción principal.*

La consigna *Braden o Perón* nos entrega, una vez más, la clave para comprender el problema. En el 45, estaban con Braden todos los sectores que, en relación a la contradicción principal, se definían por el imperialismo: los estudiantes (FUBA), el Partido Comunista, el Partido Socialista, la mesa directiva de la Unión Cívica Radical, la Unión Industrial, la Sociedad Rural, la Bolsa de Comercio, la gran prensa, importantes sectores de las fuerzas armadas, etc. Y también las clases medias que, pese a sus *intereses objetivos* (económicos), habían sido ganadas por la colonización cultural del imperialismo. El lenguaje peronista encontró un nombre para todas las fuerzas: eran el *antipueblo*. El *pueblo*, por el contrario, lo formaban quienes en relación a la contradicción principal, se definían contra el imperialismo y a favor de Perón y la nación. Eran la clase obrera y el sector industrialista del ejército. Aunque también se les unieron comerciantes de clase media baja, jubilados, artesanos, etc. De la burguesía «nacional» ya hablaremos. En resumen: *pueblo y antipueblo* no son categorías abstractas carentes de determinaciones, no han sido inventadas con el maligno propósito de evaporar los conflictos sociales en la nebulosa populista de los conflictos nacionales. Sus contenidos son bien claros: *pueblo* son todos aquellos sectores sociales que se movilizan políticamente contra el imperialismo. *Antipueblo*, los que realizan en la patria la política del imperio. Y ya sabemos que en el seno del pueblo hay contradicciones (lo que se denomina *cuestión social*, de la que ya hablaremos), y todo militante peronista lo sabe y ninguno trata de ocultarlo. Pero hay algo que conviene destacar: *sólo puede hablarse efectivamente de una contradicción allí donde existe una práctica política diferenciada que la expresa.*

Todo esto permite comprender por qué la clase obrera no se comporta en forma heterónoma al movilizarse junto a otros sectores sociales. Cuando las clases son definidas a nivel político y en relación a la contradicción principal, es necesario llevar a primer plano la visualización que cada una de ellas, en una determinada coyuntura histórico-política, hace tanto de su enemigo principal como de sus aliados. Para nosotros, que la clase obrera vivara a Farrell o a Quijano, lejos de revelar su alienación o heteronomía, demuestra la madurez de su conciencia política: sabía quiénes la estaban acompañando en ese proceso, quiénes estaban dispuestos a movilizarse junto a ella contra Braden y el imperialismo. Quiénes estaban con el pueblo y quiénes con los enemigos del pueblo. Y todo esto no lo había descubierto por su ubicación objetiva en el aparato productivo, sino por su relación con el líder y por sus luchas políticas. La conciencia de pueblo que la clase obrera paseó y gritó por las calles el 17 de octubre nada tenía que ver con el mero reflejo de su inserción en el aparato productivo, porque un reflejo tal no haría más que acompañar la serena reproducción de las estructuras del sistema sin intentar destruirlas jamás. Hay que reivindicar aquí el sentido hegeliano de la palabra *conciencia*, en tanto *escisión*, *oposición*, para afirmar luego que sólo desde la acción política es posible romper con el sistema. «El obrero (explicaba Cooke) es un ser humano malogrado por la posición que ocupa en el sistema productivo, despojado de parte del valor que su trabajo crea, pero despojado también de su humanidad (...). *Sujeto* para sí, es *objeto* para quienes lo explotan (...). El primer paso para dejar de ser objeto no es la cultura, que los regímenes de trabajo extenuantes no le permitirían formarse, sino la acción revolucionaria.» (p. 55) En resumen: *una conciencia que simplemente reflejara el lugar que ocupa el obrero en el aparato productivo no haría más que integrarse al sistema como uno más de sus momentos y sólo el reformismo sería su conducta política consecuente*. La conciencia revolucionaria, por el contrario, surge allí donde el obrero supera el lugar donde lo ha metido el sistema, rompe con él, y no lo hace desde, el pensamiento, sino que esta ruptura se produce en y por la acción política. Y mientras las cosas sigan siendo así, mientras aún existan pueblos capaces de pronunciar el lenguaje de la ruptura, va a ser muy difícil librarse del *humanismo*, que, en fin de cuentas, es lo único que permite explicar la acción política, esa lucha de voluntades^[88].

Los países dependientes no tienen otra posibilidad que la política

Dijimos que en los países dependientes la región política era dominante. Y esto se debe, en lo esencial, a que son países pobres, económicamente débiles. Pero no son dependientes porque son pobres, sino al revés. Y esta dependencia les ha sido impuesta por las naciones imperialistas, quienes han realizado su política de dominación con la más poderosa de sus armas: la economía. ¿Por qué el librecomercio de Smith y Ricardo? ¿Por qué esa confianza en la *mano invisible*, en las leyes objetivas de los procesos? Porque ahí ganaban ellos, los dueños de la economía. Lo dice Canning cuando festeja la liberación de Hispanoamérica: «Si llevamos bien los negocios es nuestra». Nada de cañonazos ni soldados, la economía se encargará de la política de dominación. Y actualmente, también la tecnología^[89].

Esto no tiene por qué oscurecer el papel fundante de la conquista en el despegue del capitalismo. Ni tampoco el de la guerra. Porque cuando es necesario, el imperialismo abre los mercados a cañonazos y después entra con la economía. Y si el esquema se aplica con mayor justeza al caso inglés, es porque esta nación, al haber poseído el más avanzado desarrollo capitalista, fue la que realizó con mayor ejemplaridad *el principio imperialista del primado de la economía*. No ocurrió así, por ejemplo, con Alemania. Por algo, en Hegel, el Estado, como síntesis superadora de los conflictos de la sociedad civil, se identifica con el desarrollo del concepto lógico. Nada más alejado del Estado liberal prescindente (*dejar hacer, dejar pasar*), o aun de la concepción del Estado como mera superestructura. Y es que el caso de Alemania es también ejemplar: nación atrasada, realiza su desarrollo capitalista en forma tardía y llega al nivel de potencia imperialista cuando el mundo ya está dividido. No puede, en consecuencia, confiar su suerte a las leyes objetivas de los procesos: *deberá forzarlos con la política*. Por eso generará de continuo regímenes políticos de fuerza, Estados imperialistas beligerantes que conquistarán, aun a sangre y fuego, el espacio vital y los mercados que la economía reclama. Pero, desde Yalta, el mundo ha vuelto a dividirse. Y en medio de esta pacífica coexistencia, los imperialismos tratan nuevamente de llevar bien sus negocios: *aparecen las ayudas progresivas, las misiones salvadoras, los préstamos desarrollantes, las transferencias de tecnología*, etcétera.

¿Qué les queda a los países dependientes? Solamente la política. En nuestro país, por ejemplo, no es casual que los gobernantes y los ideólogos de los monopolios tengan una misma meta: *despolitizar*. Así lo intentó Onganía, así lo proponen los desarrollistas. Porque para los países dependientes, generar una conciencia económica y determinarse a partir de la economía, es aceptar el campo y las reglas de juego del enemigo: es, sencillamente, condenarse a perder. Sólo quienes poseen la economía pueden hacer de ella su arma de combate y confiarle sus proyectos

políticos. *Pero los pueblos sometidos no tienen economía, la economía los tiene a ellos.* O más claramente, la economía que tienen no les pertenece, porque es a través de ella que el imperialismo y sus aliados nativos ejercen su dominación. Por eso no les queda otra posibilidad que la política. Es decir, la negación de la *mano invisible*, de la *ayuda* financiera y tecnológica, del *ejemplo* de las naciones desarrolladas: de todo camino trazado por el enemigo. Y la afirmación de la organización del pueblo para canalizar la voluntad política de la liberación nacional.

Cuestión nacional y cuestión social

Hay muchas maneras de valorar al peronismo, condenándolo. Consciente o inconscientemente se las utiliza a menudo. Aquí va a ocuparnos aquella que divide la revolución en dos etapas cualitativamente distintas: una primera e inferior liderada por la burguesía nacional, y una segunda y superior liderada por la clase obrera. Según se afirma, cuestión nacional y cuestión social, aunque participan del mismo proceso, son dos instancias distintas que requieren dos sujetos distintos (burguesía nacional y clase obrera) para su resolución. Y no estamos glosando aquí interpretaciones de la izquierda antiperonista (aunque también ella las utiliza y, en su caso no hay duda: *conscientemente*), sino de muchos compañeros, de auténtico sentir y probada militancia peronista, cuya definición presente por el socialismo nacional, los conduce a ubicar esta instancia estratégica en un nivel cualitativamente superior a la que orientó al peronismo en su etapa de gobierno. Lo realmente peligroso de la cuestión es que al considerar a esta segunda etapa hegemónizada por la clase obrera, cuyo objetivo no se detendría en la liberación nacional sino que implicaría también la liberación social, se deriva que la primera etapa (la del gobierno peronista) fue hegemónizada por la burguesía nacional. Y entonces no queda otro remedio, cuando se es peronista, que hacer la apología del papel revolucionario que esta clase juega en los países dependientes. Y cuando no se es peronista, ya se sabe qué pasa: el peronismo es burgués, es reformista y todo eso^[90].

Digámoslo ya: *la famosa burguesía nacional de nacional nunca tuvo nada.* Sus integrantes, sin duda, votaron por Perón en febrero del 46, pero lo hicieron cada uno por su cuenta, ni siquiera en fila, porque no estaban agrupados ni tenían peso político. Y aquí entra la teoría del rebote, que algo de cierto tiene: porque fueron los militares, a través de la doctrina de la *Defensa Nacional*, quienes representaron, *de rebote*, los intereses históricos de la naciente burguesía industrialista. De cualquier forma, es

cierto que los burgueses industriales se movilizaron políticamente a través del peronismo. ¿Qué buscaban en él? Para comprenderlo mejor, habrá que formular antes otra pregunta: ¿quiénes eran estos hombres, cómo habían surgido? Alguien que mucho los ama, lo describe como sigue: «Y éstos sí, *serían los verdaderos enemigos de la oligarquía*. Los que en 1943, en 1945, montaban unos telares en San Martín, un tallercito en Avellaneda, una fundición en Lanús (...), esos patrones improvisados, casi iguales a sus obreros en el aspecto»^[91]. Conmovero.

Esta burguesía «nacional», es cierto, se moviliza a través del peronismo, pero lejos de adherir al proyecto de liberación nacional que expresa el movimiento, lo hace, meramente, a su mediación industrialista. Lo único que desea es desarrollarse en lo económico. Por eso acepta complacida la política proteccionista que el Estado nacional-popular debe llevar adelante. Porque Perón no tenía opciones en esto: imposibilitado por el equilibrio de fuerzas y el nivel organizativo de las masas, de conquistar todo el poder para el pueblo, debía apuntalar, ante la ofensiva imperialista, a los sectores más dinámicos de la estructura productiva. Por eso la burguesía «nacional» crece y se cohesiona durante el peronismo, llegando a adquirir peso político a través de los representantes que consigue ubicar en el gobierno para expresar la diferenciación de sus proyectos (misión Cereijo). Pero esto no quiere decir que haya sido la clase hegemónica de la etapa. Porque mucho más creció y se cohesionó la clase obrera, que fue la que el 17 de octubre desencadenó el proceso y la que no lo ha abandonado hasta hoy. La burguesía «nacional», simplemente, logró relevancia porque fue la encargada de cubrir, en ese momento de la revolución, una de las mediaciones del proyecto político peronista: la de la industrialización. Pero quienes desde el comienzo hegemonizaron las grandes instancias estratégicas del proceso, fueron la clase trabajadora y Perón. Y a esas instancias no adhirió nunca la burguesía «nacional», por eso es exagerado hablar de su traición. Lo único que buscó en el peronismo fue la posibilidad de un desarrollo facilitado por el Estado. Pero nada más, porque el horizonte estratégico de la burguesía nacional es el mero crecimiento económico. Claro que para quienes tienen su corazoncito desarrollista, y creen que la liberación nacional se da *objetivamente* a nivel del desarrollo de las fuerzas productivas, esto ya es suficiente para justificar el cartelito de «nacional» que le ponen a esta clase. Pero creemos nosotros que no basta. *Lo nacional no se determina a nivel de la economía sino de la política*. Sólo puede hablarse de nacionalismo allí donde existe una práctica política que expresa un proyecto de liberación de la patria a través de la movilización de las mayorías. *No hay, en suma, nacionalismo burgués, sino únicamente nacionalismo popular liderado por la clase obrera*^[92].

Y volviendo al tema de la conciencia política, encontraremos su mejor expresión en esa *conciencia de pueblo* que acompaña al concepto de liberación nacional que venimos explicitando. Una conciencia de clase, en un país dependiente, no puede concebirse al margen de una conciencia de pueblo, porque ésta, lejos de ser una conciencia primera (más general y abstracta) que la de clase, constituye el grado más

eminente de la conciencia política en un país sometido, y posee a la conciencia de clase como estructura interna suya. Para la clase obrera, la conciencia de pueblo implica: a) conciencia de la nación oprimida; b) conciencia de su propia opresión; c) conciencia de los reales aliados y enemigos en el proceso liberador. Son tres instancias de una misma estructura. La conciencia de pueblo, como vemos, es una conciencia estratégico-táctica que se expresa en el proyecto de liberación de la nación y sabe determinar los posibles aliados para esa empresa.

Y todo esto porque para el peronismo *nunca* la liberación social fue un agregado o una segunda etapa de la liberación nacional: el concepto de liberación nacional que maneja ya desde su etapa de gobierno, nada tiene que ver con el tradicionalmente elaborado para categorizar a las burguesías coloniales y sus conflictos con el imperialismo. Pues al haber sido desde siempre la clase obrera, en tanto clase hegemónica del movimiento, la que estuvo a la base de este concepto de liberación nacional, fue imposible que el mismo no incluyera, como estructura sustancial suya, a la liberación social. Por el contrario, en un proyecto de liberación nacional hegemónico por la burguesía, el concepto expresa solamente una etapa del proceso liberador y deberá contar como «segunda etapa», o «agregado» con un concepto de liberación social *exterior y antagónico* al primero en tanto es otra fuerza social —en conflicto con aquélla— quien habrá de realizar este segundo concepto. *Pero el concepto de liberación nacional hegemónico por la clase obrera es inseparable del de liberación social y forman una unidad política y conceptual indisoluble.* Y si bien es correcta la fórmula *movimiento de liberación nacional y social*, porque apunta a negar todas esas burdas calificaciones —nacionalismo burgués, ideólogos de la pequeña burguesía— que se hacen al peronismo y a los peronistas, creemos que se trata de dos formas de decir lo mismo. Más aún cuando la liberación nacional, hegemónica por la clase obrera, sólo puede tener como desemboque el concepto de poder popular, que es equivalente al de socialismo nacional. En resumen: *liberación nacional/poder popular/socialismo nacional son tres conceptos que definen un mismo proceso y una misma conquista que el lenguaje del peronismo supo nombrar: la felicidad del pueblo y la grandeza de la nación.*

CAPÍTULO CUARTO

El Estado peronista

Historia de la ilegitimidad liberal

Toda revolución, desde su mismo surgimiento, implica la negación de un determinado pasado y la actualización de otro. Ni siquiera esa ambigüedad que suelen presentar los procesos históricos nuevos minimiza este hecho: se sabe, siempre, qué es lo que ya no se puede tolerar y quiénes, en el pasado, abogaron por lo intolerable o testimoniaron en su contra. La revolución peronista constituye un ejemplo luminoso de esta situación: las mayorías populares, el 17 de octubre, irrumpieron nuevamente en nuestra historia para quebrar su rumbo y para teñirla con la épica jocunda de sus consignas victoriosas. Surgía, también, un nuevo Estado, *el Estado Nacional Popular*, cuya legitimidad más profunda anclaba en la movilización de las mayorías y la autonomía de la Nación. *Estado, Pueblo y Nación* volvían, de este modo, a integrarse en una totalidad instrumental y política que es condición insoslayable de los procesos de liberación tercermundistas. Y otro modelo de Estado, hegemónico hasta entonces en nuestra patria, era cuestionado en profundidad: el Estado liberal. Cuya oscura historia, que es la de su ilegitimidad, vamos a contar aquí.

Las causas profundas de las asimetrías entre países imperialistas y países semicoloniales pueden encontrarse en el distinto concepto de Estado que cada uno de ellos realizó en su comunidad. En los países de la Europa capitalista, que encuentran su despegue histórico en la *expropiación originaria* del mundo periférico cumplida a partir del siglo xv, el Estado se estructura a través de los procesos de formación de las nacionalidades y adopta, en cada coyuntura histórica, el papel que pueda convertirlo en propulsor de esa comunidad nacional. *El Estado capitalista europeo nunca fue un Estado débil*. Su frecuente prescindencia ante los procesos económicos (la del *laissez-faire-laissez passer*) no fue más que la expresión de la fuerza de los sectores sociales en que ese Estado basaba su legitimidad. Había que dejar hacer a la burguesía manufacturera, pues el Estado no es un fin en sí mismo sino que forma parte indisoluble de la Nación, y todo lo que fortalece a la Nación fortalece al Estado. Así ocurrió en Inglaterra: el Estado adopta el liberalismo económico recién cuando la burguesía manufacturera, ya definitivamente fortalecida, ha conseguido establecer una indisoluble identidad entre sus proyectos políticos y la legalidad espontánea de los procesos históricos. No es casual, entonces, que Inglaterra haya adoptado y hecho adoptar este sistema recién al asegurarse el dominio del mercado mundial. Antes, nos lo va a decir Engels, había obrado de otro modo: «Bajo el ala del proteccionismo se incubó y desarrolló en Inglaterra, durante el último tercio del siglo xviii, este sistema de la gran industria moderna: la producción mediante máquinas impulsadas por el vapor. Y como si las tarifas protectoras no fueran suficientes, las guerras contra la Revolución Francesa ayudaron a que Inglaterra se asegurara el monopolio de nuevos métodos industriales»^[93]. También Marx describió adecuadamente la cuestión: «El sistema proteccionista es solamente un medio para crear en un pueblo la gran

industria (...). Por eso vemos que, en aquellos países en que la burguesía comienza a imponerse como clase, en Alemania, por ejemplo, hace grandes esfuerzos por implantar aranceles protectores»^[94]. El proteccionismo bismarckiano, el que más acabadamente realizó Alemania, significó la comprensión profunda del siguiente problema: *una Nación en atraso no puede abandonar su destino a la espontaneidad de los procesos históricos, pues las llamadas leyes objetivas de la historia jamás son otra cosa que la expresión del poder de las naciones que detentan la hegemonía mundial. Y si de definir se trata, digámoslo así: el poder, en el plano internacional, no es sino aquello que permite a una nación o grupo de naciones hacer de su propia legalidad la legalidad espontánea de los procesos históricos*^[95].

Ante esta situación, ¿qué respuesta ofreció el Estado que la política liberal erigió en nuestro país? Acabó por dictar, según se sabe, una Constitución, la del 53, que encontraba sus fuentes doctrinarias en las *Bases* de Alberdi, el *Dogma Socialista* de Echeverría y el *Federalista* de Hamilton, y sus fuentes materiales en los sectores mercantiles y ganaderos del litoral (porteño y entrerriano) que, luego del triunfo de Caseros, habían decidido estructurar el país en base a sus intereses, discutiendo solamente (batallas de Cepeda y Pavón, Urquiza y Mitre) quién habría de mantener la hegemonía de ese proceso y usufructuar sus principales beneficios. La Nación, de este modo, quedaba abierta «para todos los hombres del mundo que quieran habitar suelo argentino» (*Preámbulo*), se otorgaban al extranjero «todos los derechos civiles del ciudadano» (*artículo 20*), se declaraba libre para todas las banderas la navegación de los ríos interiores de la Nación (*artículo 26*) y se concedían considerables privilegios al capital extranjero. «La Constitución federal argentina (escribía Alberdi refiriéndose a esos capitales) es la primera en Sud América que, habiendo comprendido el rol económico de ese agente de prosperidad en la civilización de estos países, ha consagrado principios dirigidos a proteger directamente el ingreso y establecimiento de capitales extranjeros»^[96]. El Estado liberal, de este modo, fue constituido en contra de los intereses de la Nación y del Pueblo. Lejos de significar el punto de integración de la comunidad nacional, expresó meramente los intereses de una parcialidad que encontraba en el sometimiento a los poderes extranacionales la realización de su destino. Integró al país en exterioridad, *en tanto entidad colonizable*, y acabó por convertirse en eficaz instrumento mediador de la penetración imperialista. *Para esto sirvió el liberalismo en nuestra Patria*.

Para lo que no sirvió, jamás, fue para integrar al pueblo a ese proyecto. Ante esta evidencia, los liberales decidieron hacer la historia al margen o en contra de las mayorías, optando siempre, según las circunstancias, por el acuerdo entre dirigentes o la violencia desembozada. En setiembre de 1826, el partido unitario rivadaviano dictó una Constitución cuyo artículo sexto decía así: «Los derechos de ciudadanía se suspenden 1.º, por no haber cumplido veinte años de edad, no siendo casado; 2.º, por no saber leer ni escribir (esta condición no tendrá efecto hasta diez años después de la fecha)...; 6.º, por el (estado) de doméstico a sueldo, jornalero, soldado, notoriamente

vago, etc.». En el mismo Congreso que dictó esta Constitución, un diputado unitario, Manuel Antonio Castro, lanzó una frase reveladora: «*La democracia es un vicio*»^[97].

Del esplendente humanitarismo de los dogmas liberales europeos, los representantes de la burguesía mercantil porteña sólo estaban en condiciones de aplicar los referentes al intercambio económico, nunca los que eran expresión de los derechos y garantías que la democracia política aseguraba a los ciudadanos. Es el costo que debe pagar toda política hecha en contra de los intereses de las mayorías populares. Un ideólogo del litoral no porteño, un apasionado antimilitarista, supo describir como pocos, en página célebre, los orígenes antinacionales de la política liberal realizada por Buenos Aires: «La revolución de Mayo de 1810 (es Juan Bautista Alberdi quien lo dice), hecha por Buenos Aires, que debió tener por objeto único la independencia de la República Argentina respecto de España, tuvo además el de emancipar a la provincia de Buenos Aires de la autoridad de la Nación Argentina o más bien el de imponer la autoridad de su provincia a la nación emancipada de España. En ese día cesó el poder español y se instaló el de Buenos Aires sobre las provincias argentinas (...) Fue una doble revolución contra la autoridad de España y contra la autoridad de la Nación Argentina. Fue la sustitución de la autoridad metropolitana de España por la de Buenos Aires sobre las provincias argentinas: el coloniaje porteño sustituyendo al coloniaje español (...) Para Buenos Aires, *Mayo* significa independencia de España y predominio sobre las provincias: la asunción por su cuenta del vasallaje que ejercía sobre el virreynato en nombre de España. Para las provincias, Mayo significa separación de España, sometimiento a Buenos Aires; reforma del coloniaje, no su abolición. Ese extravío de la revolución, debido a la ambición ininteligente de Buenos Aires, ha creado dos países distintos e independientes, bajo la apariencia de uno solo: el estado metrópoli, Buenos Aires, y el país vasallo, la república. El uno gobierna, el otro obedece; el uno goza del tesoro, el otro lo produce; el uno es feliz, el otro miserable; el uno tiene su renta y su gasto garantido; el otro no tiene seguro su pan»^[98].

La política liberal argentina puede reducirse a dos conceptos claves: *complementación* y *exterminio*. En el orden económico, la burguesía porteña, aceptando el pacto imperialista de división internacional del trabajo, instauraba una economía complementaria de las industrias británicas. Importadores de manufacturas y productores de materias primas, el rol de la Argentina en el mundo ya estaba fijado en las obras de Adam Smith y Ricardo. Que esta política arruinaba a las provincias, en especial a las mediterráneas, es cierto. Pero aquí entra en juego el segundo concepto que instrumentó la burguesía liberal: el de *exterminio*. Si el pueblo persistía en oponerse a la política de complementación al mercado europeo, entonces esa política se haría sin el pueblo. O sea, con la violencia, que es la única forma de hacer política cuando se reniega del pueblo^[99]. De este modo, con toda justicia, puede escribir Cooke lo siguiente: «La cabeza del Chacho asesinado simboliza a la clase dominante argentina mucho mejor que los mármoles con que ella se ha

idealizado»^[100].

A partir de la derrota nacional de Caseros, la política liberal se escinde en dos alas atrincheradas, una en Buenos Aires y la otra en el litoral entrerriano: *el liberalismo ultragorila* y *el liberalismo integracionista*. Las expediciones punitivas a las provincias, el intento de instaurar el Estado de Buenos Aires y la Guerra del Paraguay, constituyen los hechos más detonantes producidos por la primera fracción. Mitre y Sarmiento fueron sus planificadores más decididos y encarnizados, pues pudieron generar los exactos sentimientos que la ejecución de esa política requería: un odio inculdicable al pueblo argentino y una vocación exterminadora que, trágicamente, volvería a expresarse una y otra vez en nuestra historia a través de sus sectores dirigentes. La segunda fracción, la *integracionista*, se realizó a través de la política del litoral entrerriano. Fueron los *hombres de Paraná*, entre quienes figuraron, ciertamente, varias de las más notables inteligencias que produjera nuestra Patria: Alberdi, Andrade y José Hernández entre muchos otros. Son los que pierden los frutos de un triunfo que era de ellos, el de Caseros, al producirse el golpe unitario del 11 de setiembre de 1852, los que vuelven a la carga y triunfan en Cepeda, los que sufren posteriormente la traición de su máximo caudillo militar, Urquiza, y deben retirarse del campo de Pavón dejando el poder en manos de Mitre.

Eran tan liberales como los hombres de Buenos Aires, pero, federalistas por vocación y destino, buscaban antes la unión que el enfrentamiento con las provincias mediterráneas.

Alberdi, su representante más lúcido, proponía una integración de *todo* el litoral (porteño y entrerriano) a través de una política que nacionalizara la Aduana, abriera los ríos y complementara nuestra economía con la de Europa. Es la política que, recién en el 80, realiza Roca. Y no es casual que haya ocurrido de ese modo: para que el integracionismo alberdiano-roquista pudiera imponerse era necesario, antes, que Mitre y Sarmiento barrieran a sangre y fuego las resistencias provincianas y arrasaran el Paraguay con el beneplácito británico. Sarmiento-Mitre y Alberdi creían en las mismas cosas, pero los primeros, hombres más prácticos y decididos, advertían que, para realizar el proyecto liberal de complementación económica, era necesario antes exterminar las resistencias populares, proclamar que «la democracia es un vicio» y hacer «la unidad a palos». El integracionismo alberdiano, como todo integracionismo, requiere ciertas concesiones democráticas que no podían permitirse los liberales del siglo XIX, y que los que vinieron después sólo concedieron cuando fueron obligados por el avance de las fuerzas populares. Lo que Alberdi realmente no comprendió es que esa *República Argentina consolidada en el 80*, tan festejada y deseada por él, tuvo en su condición de posibilidad la política exterminadora mitrista. Tal como el integracionismo frondi-frigerista sólo fue posible luego de la brutal política represiva que la revolución fusiladora desató sobre el pueblo peronista.

El Estado liberal instaura un orden de violencia represiva en el frente interno y de extrema liberalidad en el externo. Se pronuncian las frases terribles: aquella de

Sarmiento, *no ahorre sangre de gauchos*, esa otra de Paunero, *no se pueden comer huevos sin romper las cáscaras*, que abren una línea histórica retomada por el *se acabó la leche de la clemencia* de Ghioldi o *las armas no las llevamos de adorno* pronunciada por Lanusse sobre el recuerdo cercano y terrible de Trelew.

Contrariamente al Estado Nacional Popular (democrático en el frente interno porque basa su legitimidad en el pronunciamiento y la movilización del Pueblo, y fuerte en el externo para defender a la Nación ante la estructuración imperialista del mundo), el Estado represor liberal ofrece al poder imperial, a través de su Constitución, un país debilitado y en disponibilidad para el vasallaje. «La oligarquía (resume Scalabrini Ortiz) impuso un orden legal y un orden jurídico de estructuras extraordinariamente liberales para el poderoso y extraordinariamente tiránico para el desnutrido de riquezas»^[101]. Comprendemos ahora por qué, para aquel constitucionalista rivadaviano del 26, la democracia era un vicio: acababa de enunciar, quizás sin saberlo, los exactos alcances y límites de la política liberal argentina. Ellos consisten, en efecto, en que pese a haber llenado sus Constituciones, Códigos y tratados académicos de bellos conceptos democráticos, *el liberalismo jamás ha podido ejercer la democracia en nuestra Patria*. Porque la democracia es un asunto del pueblo.

El Estado Peronista y su espacio jurídico: la Constitución del 49

La experiencia estatal del peronismo es inseparable de la experiencia política del Pueblo y su proyecto de instaurar la autonomía estratégica de la Nación. Concretamente: *el Estado Nacional Popular no es sino un instrumento creado por la voluntad del Pueblo para la defensa de los objetivos nacionales*. Como tarea sustancial para la realización de estos objetivos se presenta la de encuadrar a la Nación en su marco geopolítico correspondiente. Tercera Posición, Tercer Mundo y Continentalismo fueron los conceptos que utilizó y utiliza el peronismo para nombrar esta empresa: *fijar el encuadre geopolítico del socialismo nacional*. Pueblo-Estado-Nación-Continente forman una totalidad estructurada e indisoluble que el poder peronista ha creado como instrumento y objetivo de su lucha por la liberación nacional y social. El concepto de Pueblo es, sin embargo, el fundamento último sobre el que descansa ese poder. Pues el poder es poder del Pueblo y para el Pueblo, obra de

su organización y de su capacidad movilizadora. Desde este punto de vista, el peronismo, como toda revolución auténtica, expresa una concepción humanista de la realidad, en tanto es el *Hombre* quien impone un sentido y un orden a las cosas. Es difícil, por otra parte, que puedan generar otra filosofía aquellos pueblos que, en su lucha por la liberación, comprueban casi cotidianamente su poder para transformar el rumbo de la historia. Desde que la revolución es una cosa que hacen los hombres a través de la práctica política, estos tres conceptos, *Hombre-Revolución-Política*, son inseparables: *una revolución es siempre humanista*.

La cuestión, claro está, es más compleja. El tema del humanismo viene de lejos y no se resuelve en cinco renglones. Pero lo que queremos marcar aquí, es que la práctica política, fundamento de todo cambio revolucionario, es siempre humanista pues es expresión de la capacidad de los hombres para enfrentar y quebrar las leyes objetivas de los procesos. Porque se sabe que las condiciones objetivas de los procesos nunca están dadas, pues la historia no cambia a partir de sí misma, sino que es siempre un pronunciamiento de la voluntad humana lo que produce ese cambio. No es posible, por otra parte, endilgar el concepto de humanismo a todo cambio histórico, porque entonces serían humanistas, pongamos, la «revolución libertadora» o la «revolución argentina», que, en fin de cuentas, también fueron resultados de la práctica de los hombres. Pero no es así: si los peronistas escribimos entre comillas y minúsculas los nombres de esas revoluciones es, precisamente, para marcar que no fueron tales. Porque no toda práctica política es revolucionaria y no toda práctica política es humanista. Por el contrario: *sólo puede hablarse de revolución allí donde hay una práctica política que expresa un proyecto de liberación del Hombre a través de la supresión de toda realidad que lo oprima*. Por eso, para Leopoldo Marechal, la revolución peronista era «una revolución en todo el grave sentido de la palabra»^[102]. Y así lo expresó: «Nuestra revolución no se basa en una doctrina del Estado, tendiente a lograr una adecuación del Hombre a los intereses del Estado, sino en una doctrina del Hombre, tendiente a lograr una adecuación del Estado a los intereses del Hombre. Este punto de partida, verdaderamente “humano”, da la tónica más original de nuestra revolución y la asienta sobre la más firme de las bases, es decir, sobre esa “realidad” eterna y también sobre ese eterno “misterio” que es el hombre. Nuestra revolución ni lastima esa realidad ni profana ese misterio, tras el siempre arriesgado afán de someter la una y el otro al patrón de una forma estatal cualquiera; por el contrario, ha concebido y realiza una forma estatal hecha a “la medida del hombre”»^[103].

La Constitución del 49 fue la expresión jurídica del proceso revolucionario abierto por Perón desde la Secretaría de Trabajo y consolidado en las jornadas de octubre. El texto constitucional, en efecto, bloqueaba la posible continuidad del sistema que el peronismo venía a suprimir: «La economía autorregulada por el mercado, el papel neutral del Estado en lo económico-social, el Estado mal administrador, la supuesta igualdad de todos los contratantes, el respeto ilimitado por

la propiedad privada, etc. etc.»^[104]. Era, desde este punto de vista, una Constitución en el más clásico y profundo sentido de la palabra. Tal como el mismísimo Aristóteles se encargó de definirla: «La Constitución es la ordenación de los poderes gubernativos de una comunidad política, de cómo están distribuidas las funciones de tales poderes, de cuál es el sector social dominante en la comunidad política y de cuál es el fin asignado a la comunidad por ese sector social dominante»^[105]. *Una auténtica Constitución, en suma, debe ser expresión del proyecto político creado por el Pueblo y por el cual se moviliza el Pueblo.*

Si el Estado Peronista había surgido como negación del Estado liberal histórico, la Constitución del 49 debía significar la expresión formal de esa realidad. La tarea, según lo ha dicho Scalabrini Ortiz, no era de ningún modo sencilla: «Nacimos con nuestros sentimientos ya educados en la reverencia del mito. La Constitución de 1853 era el hecho perfecto, concluso y tan intangible como la Soberanía misma de la Nación. Pretender enmendar un solo inciso de uno de sus artículos era idea que parecía agraviar tanto como una manchilla a los símbolos de la nacionalidad»^[106]. Sin embargo, la parte esencial de los constituyentes del 49 ya había sido realizada por las mayorías populares, pues fueron ellas quienes negaron victoriosamente el orden real de la oligarquía del cual la Constitución del 53 era expresión formal. *El nuevo texto constitucional, para ser auténtico, debía ahora introducir en el antiguo las exactas normas jurídicas a través de las cuales pudiera expresarse el poder popular en ascenso.*

A) EL ARTÍCULO 97 Y LA FIJACIÓN CONSTITUCIONAL DEL PUEBLO

La redacción del *Preámbulo*, si bien aceptaba en general la del 53 y su planteo de un Estado débil y abierto «para todos los hombres del mundo», lo hacía ratificando, a renglón seguido, «la irrevocable decisión de constituir una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana». El anteproyecto de reforma elaborado por el Partido Peronista, y aprobado por el Consejo Superior el 6 de enero de 1949, contenía la siguiente aclaración: «Las Constituciones han de contener declaraciones de principios a los cuales se ha de ajustar la vida de la Nación en todos sus aspectos: políticos, sociales, económicos. Promulgada nuestra Carta Magna actual a mediados del siglo XIX, es natural que en ella predominasen los conceptos políticos

de aquella época y que los económicos y sociales quedasen relegados a vagas referencias, inspiradas, además, en las ideas de un liberalismo burgués»^[107].

Las críticas a las concepciones liberal burguesas son una constante doctrinaria en las reformas del 49. La justificación a la reforma del artículo 14, con la inclusión de los derechos del trabajador, de la familia y de la ancianidad, insiste en esas críticas y afirma a su vez los fundamentos doctrinarios del peronismo: «La modificación de este artículo está justificada porque en él se incluyen los Derechos del Trabajador, y ha sido ésta una de las aspiraciones de carácter popular más intensamente sentida. En cierto modo, se puede decir que esa inclusión ha sido el principal motivo determinante de la reforma constitucional. Tiene, además, un profundo sentido político-jurídico y económico, *porque afecta a los conceptos del liberalismo capitalista predominante en los constitucionalistas del siglo XIX*»^[108].

Junto a los Derechos del Trabajador (artículo 37), que fijaron las obligaciones por parte del Estado con las bases sociales en las cuales fundaba su legitimidad *fueron cuatro los artículos de la Constitución del 49 que significaron la más elevada expresión del nuevo poder popular: el 38, 39, 40 y 78.* Será necesario analizarlos con detenimiento.

B) EL ARTÍCULO 38 Y LA FUNCIÓN SOCIAL DE LA PROPIEDAD PRIVADA

Ya conocemos las opiniones de Alberdi, que eran las de los constitucionalistas del 53, sobre el tema. *La propiedad, para el hombre capitalista, es inviolable porque significa la manifestación objetiva de su libertad. En tanto individuo aislado, el sujeto económico sólo encuentra su identidad a través de las cosas, con las cuales, en su afán por apropiárselas, termina por identificarse.*

«La propiedad privada (afirma el artículo 38 de la Constitución peronista) tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común». Y a continuación, señalaba a la propiedad agraria como destinataria central del artículo: «Incumbe al Estado fiscalizar la distribución y la utilización del campo e intervenir con el objeto de desarrollar e incrementar su rendimiento en interés de la comunidad, y procurar a cada labriego la posibilidad de convertirse en propietario de la tierra que cultiva». Al analizar el papel del IAPI, veremos cómo el peronismo aplicó a la cuestión agraria el precepto

doctrinario de la función social de la propiedad.

La justificación de la reforma ofrecida por el anteproyecto del Partido Peronista afirmaba lo siguiente: «La modificación del artículo 17 es una de las más trascendentales en orden a las proyectadas. La Constitución del 53 declara que la propiedad es inviolable (...) La propiedad no es inviolable ni siquiera intocable, sino simplemente respetable a condición de que sea útil no solamente al propietario sino a la colectividad. Lo que en ella interesa no es el beneficio individual que reporta sino la función social que cumple» (p. 13). Asimismo, en otro trabajo elaborado especialmente para comparar los nuevos preceptos constitucionales con los del texto de 1853, se decía: «El sentido quirritario de la definición de 1853 (sobre la inviolabilidad de la propiedad, JPF) se hace patente en la indiferencia ante los hechos, las conmociones y las tragedias a que la Nación puede verse envuelta. Ni las necesidades militares en tiempo de guerra podían ser atendidas en gracia a la inviolabilidad de la propiedad. Este tabú trágico podía hacer morir de hambre a los ejércitos de la Patria antes de permitir una requisación salvadora. *Ni en la paz ni en la guerra se conmovía el concepto de la propiedad ni la sensibilidad de los propietarios*»^[109]. Si el peronismo había surgido como antítesis de la Argentina liberal, su texto constitucional se proponía, sin duda, ser la expresión jurídica de esa realidad.

C) EL ARTÍCULO 39 Y LA HUMANIZACIÓN DEL CAPITAL

Dice así: «El capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social. Sus diversas formas de explotación ni pueden contrariar los fines de beneficio común del pueblo argentino». Veamos ahora la justificación que de esta reforma presentaba el anteproyecto del Partido Peronista: «Se justifica por las mismas razones que la modificación del artículo 17. En definitiva, es llevar a la idea de capital el mismo concepto de función social atribuido a la propiedad. Consecuencia indeclinable del postulado ha de ser que: *ni el capital ni quienes lo poseen pueden emplearlo para la explotación del hombre; y que quien aplique su libertad individual a esos fines, incurre en delito penado por la ley*»^[110].

Acabamos de leer un texto revolucionario. Y hay que marcarlo bien porque, aún hoy, suele encontrarse en este concepto de *capital humanizado* un fuerte componente

reformista. No es así. Se trataba de algo mucho más profundo que, pongamos, «corregir los excesos del capital» o «impedir que los ricos se hagan demasiado ricos». Para comprenderlo hay que ubicarse en la coyuntura histórica en que esa consigna es lanzada y analizar las relaciones de poder entonces vigentes. Queda claro que el peronismo no podía suprimir en nuestra patria el sistema de la propiedad privada y la civilización del capital. *No hizo disparates, hizo política: que es, como siempre ha dicho Perón, el arte de hacer lo posible.* Y lo posible fue lo que entonces se hizo: *el Estado Peronista, en tanto instrumento del poder popular, modificó el orden natural del capitalismo privado obligándolo a jugar en el sentido de la comunidad nacional.* No fue otro el proyecto político que orientó las realizaciones económicas del peronismo^[111].

D) EL ARTÍCULO 40 Y EL INTERVENCIONISMO DE ESTADO

Scalabrini lo llamó «bastión de nuestra soberanía». Era, exactamente, eso. Y también una obra maestra del constitucionalismo argentino. Los gorilas de la «libertadora» se apresuraron a eliminarlo. Pero allí está: *es el famoso artículo cuarenta.* Una de las más elevadas expresiones del poder popular en nuestra Patria.

Comenzaba así: «La organización de la riqueza y su explotación tienen por fin el bienestar del pueblo, dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social». Era la explicitación justicialista del concepto de riqueza: sólo es útil aquello que está al servicio del pueblo, toda investigación, toda explotación, toda producción debe estar orientada hacia la cobertura de las reales necesidades de las mayorías. Continuaba diciendo: «El Estado, mediante una ley, podrá intervenir en la economía y monopolizar determinada actividad, en salvaguardia de los intereses generales y dentro de los límites fijados por los derechos fundamentales asegurados en esta Constitución». Esto, sin duda, merece un párrafo aparte.

El intervencionismo de Estado no era nuevo en nuestro país. Luego de la crisis de 1929 (y luego también de la aparición del contundente texto de Keynes, *The end of laissez faire*, de 1926) los ganaderos de la década infame decidieron recurrir a las bondades de un Estado que, en fin de cuentas, los representaba por completo, para paliar los tremendismos de esa crisis. El perenne debate entre proteccionismo y libre cambio, que venía enfrentando, aunque no demasiado, a los sectores agrarios con los

surgentes industriales, comienza a encontrar un punto de solución. Con esa enorme capacidad que han tenido siempre para renegar de sus presupuestos teóricos en defensa de sus verdaderos intereses, los liberales comienzan a hablar de intervención estatal, planificación, regulación económica, etc. ¿Qué había pasado? Lo necesario y suficiente como para obligarlos a cambiar posiciones.

Con un comercio internacional quebrado por una de las más grandes crisis de su historia, la Argentina no podía contar ya con una adecuada provisión exterior de bienes manufacturados. Era necesario, entonces, para mantener el equilibrio del sistema oligárquica-dependiente, promover una cierta política proteccionista que pudiera generar un desarrollo industrial (*bajo control oligárquico*) capaz de cubrir el espacio abierto por la crisis del comercio mundial.

El intervencionismo estatal de la década infame poco tuvo que ver, salvo en aspectos meramente formales, con el de los gobiernos peronistas. *Primero*: porque fue promovido por los sectores dominantes de la oligarquía para paliar la crisis del sistema fraudulento-entreguista. *Segundo*: porque no desarrolló, de ningún modo, una auténtica política de industrialización. Sus medidas proteccionistas se limitaron a estructurar ciertas barreras arancelarias destinadas a la defensa de un limitado grupo de industrias: aquellas, justamente, que pudieran elaborar las manufacturas que la crisis mundial impedía al imperialismo entregar al país. *Ni siquiera hubo una verdadera política de sustitución de importaciones, porque se sustituyeron, meramente, aquellos productos que no podían llegarnos: no se amparó la producción interna de ningún bien que pudiera conseguirse en el exterior. Y no podía ocurrir de otro modo: porque todo el sistema estaba montado en beneficio de las clases oligárquicas, y una auténtica política de sustitución de importaciones hubiera limitado considerablemente los márgenes de exportación de esos sectores*^[112]. El mismo Pinedo, en sus conocidas consideraciones sobre el Plan de 1940 (que no llega a ser aprobado por el Parlamento: *ni siquiera ese Plan admitía por completo la oligarquía*), aclara debidamente que no todas las industrias deberán ser fomentadas. Y agrega: «Debemos precavernos del error de promover aquellas producciones que tiendan a disminuir las importaciones de los países que sigan comprando nuestros productos en la medida suficiente para permitirnos pagar esas importaciones. De lo contrario, crearemos nuevos obstáculos a las exportaciones: hay que importar mientras se pueda seguir exportando».

Nada tuvo que ver con todo esto el intervencionismo estatal peronista. Primero: porque el *Estado* no era expresión de un determinado grupo social, sino que expresaba los intereses del *Pueblo* (es decir: de todos aquellos sectores sociales movilizados contra el imperialismo) y los de la *Nación*. *Segundo*: porque los planes de industrialización que el Estado peronista impulsó no tenían como finalidad la defensa del orden dependiente, sino que se encuadraban en un proyecto político de liberación nacional y social. Volveremos sobre esto.

Continúa el artículo 40: «Salvo la importación y exportación, que estarán a cargo

del Estado de acuerdo con las limitaciones y el régimen que se determine por ley, toda actividad económica se organizará conforme a la libre iniciativa privada, *siempre que no tenga por fin ostensible o en cubierto, dominar los mercados nacionales, eliminar la competencia o aumentar usurariamente los beneficios*» (subr. nuestro). Uno de los más entrañables dogmas del liberalismo es reconocido en este párrafo: *la libre iniciativa privada*. Pero hasta por ahí nomás. Por otra parte: «La misma Constitución de la República Popular China (anota con acierto el compañero Eggers Lan) garantiza el capital privado, con ciertas limitaciones, en el texto precedente (se refiere al del artículo 40, JPF), las limitaciones son bastante delineadas antes y después de la frase libre iniciativa privada»^[113]. Hay que comprender, asimismo, lo siguiente: *el capital nacional tenía un importante rol estratégico a jugar en el proyecto político peronista*. En un fundamental discurso de 1946, sobre el que volveremos más adelante, Perón, marcando los objetivos del Primer Plan Quinquenal, lo dice con todas las letras: «No somos de manera alguna enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos amigos»^[114]. Esta frase, citada hasta el hartazgo por teóricos tipo Ismael Viñas que pretenden encontrar en ella la prueba esplendente del burguesismo de Perón, plantea meramente el necesario aporte del capital nacional al fortalecimiento de la estructura productiva: era, entre tantas otras, una medida más para frenar la penetración imperialista. Así lo aclaraba Perón: «Es menester discriminar claramente entre lo que es el capitalismo internacional de los grandes consorcios de explotación foránea, y lo que es el capital patrimonial de la industria y el comercio. Nosotros hemos defendido a estos últimos, y atacado sin cuartel y sin tregua a los primeros». *Pues el Estado Peronista, en tanto expresión del poder del pueblo, ejercía un férreo control político sobre las actividades del capital, tanto del internacional como del nativo*. Y así lo expresó Perón: «No somos enemigos del capital, aun foráneo, que se dedica a su negocio (es decir: que no se propone quebrar la autonomía estratégica de la Nación, JPF); *pero sí lo somos del capitalismo, aun argentino, que se erige en oligarquía para disputarle a la Nación el derecho de gobernarse por sí, y al Estado el privilegio de defender al país contra la ignominia o contra la traición*» (subr. nuestro). *La libre iniciativa privada, en suma, sólo era reconocida a condición de que sus objetivos no entraran en contradicción con aquellos que el poder popular había fijado como metas de la comunidad nacional*.

Continúa el artículo 40: «Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto que se convendrá con las provincias» (subr. nuestro). Más de veinte años después, en 1971, el gobierno popular de Salvador Allende utiliza este pasaje de la Constitución peronista para instrumentar la defensa de la riqueza minera chilena. Entre las modificaciones incorporadas al artículo 10 de la *Constitución Política del Estado*, figura la siguiente: «El Estado

tiene el dominio absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible de todas las minas, las covaderas, las arenas metalíferas, los salares, los depósitos de carbón e hidrocarburos y demás sustancias fósiles, con excepción de las arcillas superficiales»^[115].

Continúa el artículo 40: «Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se hallaren en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación, con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine». Este pasaje era expresión de la política de nacionalizaciones emprendida por el Estado Nacional Popular, la cual, más allá de las consideraciones numéricas que puedan hacerse sobre si, por ejemplo, se pagó mucho o poco o demasiado por la compra de los ferrocarriles, significaba sustraer al imperialismo los resortes estructurales que le permitían el dominio de nuestra economía. Porque es absurdo afirmar, según suele hacerse, que la nacionalización de los ferrocarriles fue un buen negocio para Inglaterra. Quizás los ingleses negociaron bien esa derrota, pero no por eso la operación dejó de constituir para ellos justamente eso: *una derrota*. El trazado de las líneas ferroviarias, realizado por los liberales durante el período de nuestra des-organización nacional, fue una de las expresiones más acabadas del proyecto político que esos sectores lograron finalmente imponer: la integración al mercado mundial como exportadores de materias primas e importadores de manufacturas, la incondicional aceptación de los dogmas smithianos y ricardianos sobre la división internacional del trabajo, la unificación del país bajo la hegemonía represiva (*exterminadora*) de la ciudad portuaria, la Patria abierta, entregada, ultramarina, de espaldas al pueblo y a la tierra, mirando hacia el Imperio. Es cierto, según reza la crítica frigerista, que el peronismo no modificó el trazado de esas líneas, pero no es menos cierto que comprendió y realizó la urgente tarea de imponer sobre ellas un *control nacional* opuesto al *control imperial* que hasta entonces habían ejercido los ingleses. *Ante este logro político, todas las consideraciones numéricas que puedan ofrecer quienes hacen de la política un asunto cuantificable, pasan a ocupar un lugar subordinado.*

El anteproyecto del Partido Peronista, con marcada profundidad doctrinaria, desarrollaba, para justificar la inclusión del artículo 40 en el nuevo texto constitucional, las siguientes consideraciones: «En su aspecto fundamental, las ideas contenidas en este nuevo artículo no son sino continuación o consecuencia lógica de los conceptos vertidos en las innovaciones precedentes a partir de la nueva redacción del artículo 17 (recordemos: el artículo 17 de la Constitución del 53 era el que consagraba la inviolabilidad de la propiedad privada, JPF). Las principales innovaciones que contiene están representadas por la facultad del Estado a intervenir en el dominio económico y monopolizar determinada industria o actividad, sin más limitación que el interés público, y los derechos asegurados en la Constitución; y la determinación de que los servicios públicos han de ser argentinos, bien en el sentido

de su nacionalización, bien en el de su estatificación. *El desarrollo de una economía moderna ha de cumplir los requisitos de una posible dirección por parte del Estado, porque no es ya tolerable que los intereses particulares prevalezcan sobre los colectivos. Por otra parte, los servicios públicos tienen que ser argentinos, porque ello resulta indispensable para la independencia económica del país, complementaria de su soberanía política»*^[116].

E) EL ARTÍCULO 78 Y LA FIJACIÓN CONSTITUCIONAL DEL LÍDER

Dice, muy simplemente, así: «El presidente y el vicepresidente duran en sus cargos seis años; y pueden ser reelegidos». El gorilaje ha insistido siempre en que éste era el objetivo central de la Constitución del 49. Concretamente: *la reelección de Perón*. Y bien, claro que sí. *Pero por muy distintos motivos*. No, por ejemplo, porque Perón quisiera perpetrarse en el poder para saciar sus apetitos o porque quisiera hacer politiquería o porque, en fin de cuentas, todos los demás artículos de la Constitución fueran letra muerta y el único que realmente se deseaba cumplir era este de la reelección. No. *Si el artículo 78 era el más importante de los artículos de la Constitución del 49, era porque significaba la condición de posibilidad de cumplimiento de todos los otros*. Porque la revolución política y social que esa Constitución expresaba había surgido de la relación entre un líder y un pueblo que lo había reconocido como tal. *En consecuencia: la continuidad de ese liderazgo era inseparable de la continuidad de los objetivos revolucionarios*. No había revolución sin Perón ni había revolución sin el Pueblo, y esto que Perón y el Pueblo sabían y querían debía figurar necesariamente en el texto constitucional. De aquí que los Derechos del Trabajador (*fijación constitucional del Pueblo*) y la reelección del presidente (*fijación constitucional del líder*), signifiquen las reformas más importantes que contiene la Constitución del 49. Pues todas las demás, tanto las económicas como las financieras, les están subordinadas por encontrar en ellas sus posibilidades de realización^[117].

La economía como mediación instrumental de la política

No es poco lo que se ha escrito ya sobre las medidas que el peronismo impulsó en economía. El tema, en sus grandes líneas al menos, suele ser conocido: los planes quinquenales, las nacionalizaciones, el IAPI, la cuestión agraria, el plan económico del 52, etc. Nosotros, aquí, no vamos a hablar de economía. Intentaremos, sí, averiguar los orígenes de las medidas que el peronismo desarrolló en el campo económico. Es decir: qué significado político tienen, por ejemplo, la nacionalización del Banco Central, el IAPI o los planes quinquenales. *Y si partimos de la política para estudiar la economía, es porque la economía del peronismo sólo puede ser comprendida a partir del proyecto político que le dio orientación y sentido.*

En un memorable texto de 1951, Perón afirmaba lo que sigue: «Los países que todo lo confían a su poder poseen la política de su fuerza y suelen renunciar a la habilidad. Los débiles, generalmente, desde que carecen de poder, deben servirse de su habilidad y tienen sólo la fuerza de su política»^[118]. La fuerza de la política no es sino la capacidad que tiene la voluntad humana para quebrar el orden natural de las cosas. Sabemos, por otra parte, que lo que se denomina «orden natural de las cosas» no es sino el orden que los grupos de poder, en su práctica de dominación, han conseguido imponer a los procesos. Los que someten siempre intentan naturalizar, objetivar o cuantificar la historia, pues su propósito es, precisamente, inmovilizarla. Hablan de las cosas tal cual son, no tal cual están. Es cierto que también pueden recurrir a la organización y movilización de grupos humanos: pero este aspecto, aunque importante, es secundario en la política de dominación. Más claramente: el imperialismo puede invadir países y sus agentes nativos pueden, por ejemplo, armar bandas de provocación o grupos para-policiales. Y aquí, sin duda, interviene la voluntad humana, desde que hay una organización que cumple objetivos políticos. Pero estas organizaciones, ante todo, no se proponen impulsar la historia, sino, por el contrario, impedir que otros la impulsen. No se proponen movilizar a las mayorías, sino atacar o eliminar a quienes pueden movilizarlas. La acción política (es decir: la organización de la voluntad humana) es siempre secundaria para los dominadores pues su principal herramienta de poder es la del poder material: el poder económico, financiero, tecnológico, cultural (*cultura-objeto*), todo aquello que los dominadores llaman «el orden natural de las cosas» y que no es sino la expresión estructural de su propio poder.

Los sometidos, carentes de poder material, tienen como única posibilidad la de crear otro poder. *Porque es cierto que el poder se toma, pero no es menos cierto que el poder para tomar el poder es una creación del Pueblo.* Este poder se da también estructuras materiales, pues su tarea central es la de organizarse. Pero la organización política del Pueblo, antes que una estructura objetiva, es la expresión de la voluntad humana de la liberación nacional y social. A esto llamamos política: a la capacidad

que tienen los sometidos para quebrar el «orden natural de las cosas», para dejar de ser objetos económicos o agentes del aparato productivo y, tomando definitivas distancias ante los procesos objetivos, encauzar organizativamente esa voluntad de liberación. *Porque la revolución es algo que tiene que ver antes con la política que con la economía, antes con los hombres que con las estructuras.*

Para caracterizar la planificación económica del Estado Peronista, vamos a partir de la distinción, ya tradicional en ciencias sociales, entre *lo político* y *la política*. La esfera de *lo político* comprende, básicamente, al Estado en tanto superestructura jurídico-política de la sociedad. La esfera de *la política* comprende las prácticas de organización y movilización popular. Es característica básica del Estado Nacional Popular una subordinación de la primera instancia (*lo político*) a la segunda (*la política*). *Concretamente: el Estado Peronista basó la legitimidad de sus estructuras jurídicas y político-parlamentarias en las prácticas de organización y movilización del Pueblo, las cuales generaron un proyecto político que determinó el sentido en que debían orientarse esas estructuras del Estado.*

Y entonces se hizo economía, porque la economía es algo que solamente se hace desde el gobierno. Para aclararlo recordemos una frase de Fanon que gusta citar el compañero Horacio González: «La economía es una realidad burguesa, extranjera». «Quería afirmar (explícita González) que las fuerzas de la producción, sus estadios y desarrollos, encierran determinaciones que las vinculan internamente con el proyecto histórico del capitalismo»^[119]. Entonces, cuando un movimiento de liberación llega al gobierno e instaura un Estado Nacional Popular, debe comenzar por revertir el sentido y la orientación que el imperialismo ha impuesto a los procesos económicos. Debe *hacer economía* para transformar la economía de arma de dominación en arma de liberación. Porque solamente así la economía dejará de ser una realidad burguesa y extranjera para convertirse en una realidad popular y nacional. *Pero para efectivizar esta tarea hay que hacer economía a partir de la política, lo que significa oponer a la legalidad que el imperialismo ha introducido en los procesos objetivos, una nueva legalidad cuyo fundamento descansa en la práctica organizativa del Pueblo y su proyecto político de autonomía de la Nación*^[120]. Cómo el Estado Peronista realizó esta tarea es lo que ahora vamos a ver.

A) LA NACIONALIZACIÓN DEL BANCO CENTRAL Y DE LOS DEPÓSITOS BANCARIOS: PAPEL DEL AHORRO INTERNO EN LA LIBERACIÓN NACIONAL

En octubre de 1946, Perón se presenta en la Cámara de Diputados de la Nación con un claro propósito: explicitar los lineamientos ideológicos centrales del Primer Plan Quinquenal (1947-1951). Así lo dijo: «Antes de exponer el Plan quinquenal, deseo hacer una rápida interpretación ideológica de su contenido. Todo plan tiene su contenido formal y frío: inerte. La parte viva es su ideología, sin la cual la ejecución será también fría. Un buen plan, sin contenido ideológico, puede ser como un hombre sin alma; en el mejor de los casos, sólo un hermoso cadáver»^[121]. Se trataba, en suma, de marcar claramente los objetivos políticos que habían orientado la creación de ese plan. Y seguía diciendo Perón: «En una Cámara de un país, un legislador dijo: La República Argentina es nuestra mejor colonia, porque incluso se gobierna y se defiende sola. Desgraciadamente, señores, esta afirmación ha sido exacta. He dicho muchas veces que quienes se sentaban en el honroso sillón de Rivadavia, tenían el gobierno político de la Nación, pero no el gobierno económico ni el gobierno social del país. La economía ha sido en gran parte manejada desde el exterior por intermedio de los grandes consorcios capitalistas del país, y cuando un Presidente adoptaba una medida que incidía sobre los aspectos económicos interesados pasaba poco tiempo para que el crédito se viese comprometido sucediendo que, en oportunidades, transcurrían tres o cuatro meses sin pagarse a la administración, hasta que era necesario transar o exponerse a tener que renunciar al gobierno»^[122].

Toda la política fraudulenta y entreguista de los años infames había encontrado su lugar de residencia permanente en un organismo que el peronismo desmontó e hizo funcionar en sentido inverso: el Banco Central, ese monumento que los liberales levantaron para celebrar nuestro sometimiento nacional. En un párrafo notablemente preciso, Perón explicita los objetivos que esa institución había perseguido en el pasado: «¿Qué era el Banco Central? Un organismo al servicio absoluto de los intereses de la banca particular e internacional. Manejaba y controlaba los cambios y el crédito bancario y decidía la política monetaria de la Nación, con total indiferencia respecto de la política económica que la Nación debía desarrollar para la promoción de su riqueza. En nombre de teorías extranjeras, desoía los justos reclamos en favor de una mayor industrialización, que era la base de la independencia del país. Organizados como un perfecto monopolio, los bancos eran dirigidos a través de un “pool” cerrado, en el cual las entidades particulares podían imponer su criterio en asambleas, sobre los bancos oficiales y mixtos. Así, los bancos privados, con sólo un

aporte inicial de 30,4 por ciento del capital —unos seis millones, más o menos—, tenían el extraordinario privilegio de manejar las asambleas, custodiar el oro de la Nación, y el ejercicio de todas las facultades de gobierno, indelegables por razones de autonomía estatal. El Banco Central promovía la inflación contra la cual aparentaba luchar, violando el artículo 40 de su ley orgánica y emitiendo billetes sin limitación, contra divisas bloqueadas en el exterior, de cuyo oro no se podía disponer en el momento de su emisión. En otras palabras, se confabulaba contra la Nación y se actuaba visiblemente en favor de los intereses foráneos e internacionales. Por eso, su nacionalización ha sido, sin lugar a dudas, la medida financiera más trascendental de estos últimos cincuenta años»^[123].

La nacionalización del Banco Central y de los depósitos bancarios implica la clara incidencia del Estado sobre la legalidad espontánea de las leyes económicas. *Orientar el crédito en el sentido de los intereses nacionales*: ésta es la consigna. Su realización comienza el 25 de mayo de 1946, cuando, por decreto-ley N.º 8503, se nacionaliza el Banco Central. Los fundamentos que se ofrecen de la medida en el Boletín Oficial del 5 de abril de 1946 son los siguientes: «Las funciones otorgadas al Banco Central por la antigua ley 12 155 como Banco mixto, dominado por la mayoría de la banca privada, para emitir billetes, comprar y vender oro, concentrar reservas para las fluctuaciones que afectan el valor de la moneda, regular la cantidad de créditos y los medios de pago, *no deben estar sometidos a los intereses privados ya que son fines propios del Estado. No puede trazarse en normas aisladas y distintas la política económica del Estado. El interés privado no constituye una garantía de coincidencia con las necesidades del interés general*»^[124]. Y el 24 de abril de 1946, por decreto-ley N.º 11 554, se nacionalizan los depósitos bancarios. A partir de ese momento, los depósitos que tiene a su cargo el Banco Central, tienen la siguiente evolución:

diciembre 31, 1946..... m\$. 11 075 millones
abril 15, 1951..... m\$. 24 813 millones^[125].

El 6 de junio de 1950, en la Casa Central del Banco de la Nación, Perón, ante una reunión de gerentes de sucursales y agencias del Banco, habla sobre *La reforma bancaria como promotora de la economía de la Nación*. Y dice: «Es interesante recordar aquí la principalísima función que ejercen los bancos en la promoción de la economía, cumpliendo en la sociedad una función equivalente a la que desarrolla el sistema circulatorio en la vida orgánica. Traslada el ahorro flotante de las manos pasivas a las manos activas, facilita las posibilidades del crédito y hace posible la más rápida circulación de los medios de pago por el mecanismo de la compensación. El Gobierno de la Revolución recurrió a la planificación de la economía como medio de llevar a la práctica sus postulados fundamentales. Para ello necesitaba contar con el

poderoso instrumento del dinero y del crédito y lo hizo mediante la nacionalización de los depósitos bancarios. La consecuencia final de este proceso fue que el Banco Central está ahora en condiciones de hacer su política cuantitativa y cualitativa del crédito, lo que le permitirá encauzar la economía nacional, con el propósito de elevar la producción y de asegurar el mayor nivel de vida y de felicidad colectiva. La reforma llevada a cabo por el Gobierno de la Revolución ha habilitado el sistema bancario nacional para responder eficazmente a las necesidades generales de la economía de la Nación, *y no a la de los grandes consorcios capitalistas que anteriormente controlaban el proceso económico en función de sus intereses particulares. Actualmente, es el Estado el que orienta con finalidades de interés general la función crediticia a través del redescuento.* Cuando los bancos disponían libremente de sus depósitos podían invertirlos en forma discrecional, mientras cuidaran la seguridad de su colocación que era lo único que preocupaba al anterior Banco Central. Ahora es el Ministro de Finanzas, por intermedio del Banco Central de los bancos del sistema, quien fija el destino que tendrán los préstamos, puesto que es él quien da el dinero para que se hagan; esto es de una importancia enorme, porque significa dar sentido social al crédito, *o sea la posibilidad de que el ahorro del país se emplee a través del crédito bancario, en la forma que más convenga a los superiores intereses de la colectividad»*^[126].

El Estado Nacional Popular accedía, de este modo, al manejo del ahorro interno para orientarlo en el sentido de la liberación nacional. El capital financiero, por su parte, encontraba bloqueados los canales a través de los cuales había conseguido, hasta ese momento, manejar a su arbitrio los fondos nacionales. El hecho revolucionario que se produce entonces en la Argentina, consiste en que, por primera vez, es utilizado el ahorro interno para impulsar un desarrollo económico de signo emancipador. Este proceso determina una clara merma en la participación del capital monopolista en la economía nacional. El capitalismo privado (la banca privada y las empresas privadas) disminuye notoriamente su posibilidad de acceder a las fuentes del crédito. El Banco Central canaliza las cifras del ahorro interno hacia el fortalecimiento de las empresas estatales. El Estado utiliza, así, el 48% de los créditos otorgados. Este porcentaje de participación, que corresponde a 1955, comienza a disminuir a partir del gobierno de la *libertadura*. El cambio de poder político incide de inmediato en la estructura económica: «La “libre empresa” (escribe Juan Carlos Esteban) comienza a ser beneficiaria absoluta del crédito, en una maniobra deliberada de liquidación por asfixia de las empresas estatales que, en 1956, apenas participan con un 20% y, en 1957, con un 9%. Esta tendencia se consolida en una maniobra sin precedentes que restituye la facultad a los bancos privados de manejar el crédito producto del ahorro nacional (...) Conforme con lo dispuesto en el artículo 14 del Decreto-Ley N.º 7125/57, a partir del 1.º de diciembre de 1957, y remedando el más crudo liberalismo manchesteriano, los bancos privados volvieron a disponer libremente de sus depósitos que a esa fecha superaban los 68 000 millones de pesos,

fruto del auténtico ahorro nacional»^[127]. Volveremos sobre esto al analizar, brevemente, el proyecto de *desperonización de la economía* que impulsaron los gorilas del 55.

B) EL IAPI: SENTIDO POLÍTICO Y MOVILIZADOR DE LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL EN LA INDUSTRIA

A Perón le gustaba hablar del IAPI. En todo acto público o protocolar en que pudiera hacerlo, largaba algunos párrafos sobre el papel primordial desempeñado por la nacionalización del comercio exterior en el proyecto económico justicialista. El 1.º de mayo de 1951, en el Congreso Nacional, se explayó a gusto sobre el tema. Y dijo así: «Un factor importante dentro de nuestro comercio exterior es, sin duda, el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, organismo que en 1950 totalizó en exportaciones un volumen de 5 600 000 toneladas y 3800 millones de pesos. Si tenemos en cuenta que las cifras de todo cuanto exporta el país suman 5000 millones de pesos y 6 millones de toneladas, fácil es advertir que el IAPI cubre aproximadamente el 75% de nuestras exportaciones. Se cumple así uno de los aspectos básicos de nuestra reforma económica, el que más discutieron nuestros adversarios, cuyos objetivos, en éste como en tantos otros casos, coincidió con el de los grandes intereses extranjeros e internacionales que teníamos que doblegar y que vencer en nuestro afán por conquistar la independencia económica»^[128]. Y luego puntualizaba lo siguiente: «El IAPI (ha sustituido) a los antiguos monopolios que comercializaban la cosecha argentina explotando al productor»^[129].

Quedaban derrotados, así, los grandes trusts cerealeros como Bunge y Born y Dreyfus, quienes, aprovechando sus vinculaciones en el terreno internacional, capitalizaban en beneficio propio la intermediación que ejercían sobre la producción agrícola nacional. La creación del IAPI venía a llenar los siguientes objetivos centrales: 1.º) eliminar la intermediación parasitaria de los trusts cerealeros y ceder este papel al Estado, quien, al pasar a beneficiarse con los excedentes surgidos de la colocación de los productos agrarios en el mercado internacional, disponía de un enorme caudal financiero para impulsar las estructuras más dinámicas de la economía nacional; 2.º) a través de la consigna *oponer un vendedor único al comprador único*, se acababa por constituir una concentración monopólica de signo nacional para

enfrentar a la imperialista.

La incidencia del IAPI en las exportaciones es del 99,0 por ciento en 1949, del 70,5% en 1950, del 68,6% en 1951, del 60,5% en 1952 y del 70,4% en 1953^[130]. Esteban ofrece un excelente resumen del papel financiero jugado por el IAPI en la impulsión de la política industrial: «En 1945, el 42% de la inversión es centralizada por organismos como el Banco Central y el IAPI, quienes la movilizaron y encauzaron por canales de inversiones constructivas. Vale decir que el excedente social disponible o, en términos correctos, la parte de la plusvalía total apropiada hasta allí por sectores burocráticos y parasitarios que la realizan en su mayoría fuera del mercado local, es a partir de 1945 realizada por el Estado e invertida en el país»^[131]. El sentido final de la política financiera del IAPI era evitar la estructura industrial en desarrollo. *Entre 1943 y 1955 el crecimiento de la producción es del 5,4%, entre 1945 y 1950 el promedio anual de acumulación del capital en la industria es del 8% y entre 1944 y 1955 el 18,8% de la población activa ingresa al sector industrial, en tanto que al sector agrario sólo lo hace el 4,3%. ¿Qué sentido político tenía este proceso?*

El proceso de industrialización del país, lo hemos visto, venía produciéndose de diversos modos: 1.º) a través de la política económica que los sectores oligárquicos habían instrumentado para impedir el desquebrajamiento del sistema fraudulento-entreguista; 2.º) como resultado mecánico de la crisis que la guerra civil europea había desatado sobre la economía imperialista. Ante la imposibilidad de equiparse en la metrópoli, la colonia genera un proceso mecánico-reflejo de sustitución de importaciones que, aunque leve, es) un proceso de industrialización.

Pero el peronismo no se conforma con esa tendencia refleja (es decir: producida como *efecto* de una *causa* externa: la crisis europea), sino que decide influir activamente sobre ella y orientarla en el sentido de sus objetivos políticos. *Por eso nosotros hablamos siempre del peronismo como sujeto*: porque lejos de ser el reflejo de una determinada coyuntura, utilizó, orientó y transformó esa coyuntura poniéndola al servicio de la movilización del Pueblo y la autonomía de la Nación. Pues si bien es cierto que existía un proceso de industrialización, no es menos cierto que se trataba de un proceso mecánico y reflejo: *crisis en la metrópoli = industrialización en la colonia*. El peronismo, por el contrario, se hace cargo de ese proceso y lo transforma de pasivo en activo, de condicionado en condicionante, pues lo incorpora a un claro proyecto político. Con todo esto se estaba dando respuesta a la siguiente cuestión: *no es posible abandonar los procesos a su propia legalidad, pues la legalidad espontánea de los procesos es, siempre, la legalidad del imperialismo*.

Todo cuanto venimos diciendo destruye una argumentación tan falaz como frecuente, que se empeña en describir al peronismo como el resultado feliz de una coyuntura feliz. *No hay coyunturas felices: sólo hay formas felices de enfrentar e instrumentar las coyunturas. Es decir: formas adecuadas de hacer política*. El mismo Perón, en un discurso de julio de 1971, se encargó de explicitarlo así: «La reacción ha

sostenido que la prosperidad y la felicidad de los diez años justicialistas, se han debido a una etapa propicia de la posguerra. *Ninguna falacia puede ser mayor que ésta (...)* Todo eso fue posible hacer con sólo liberar al país e impedir la explotación capitalista. *Si el pueblo argentino gozó de diez años de dignidad y felicidad, no fue porque la situación nos ayudaba sino porque nosotros supimos ayudar a esa situación, resolviendo los problemas que mantenían al país sumergido como consecuencia de su estado colonial y de su desorganización, mantenida precisamente para hacer posible el saqueo de nuestra riqueza y la explotación de nuestro trabajo»* (subr. nuestro).

¿Qué sentido político tenía el proceso de industrialización impulsado por el peronismo? Todo cuanto hemos venido explicitando hasta el momento obtiene su sentido en la respuesta a esta pregunta. Está claro, según creemos, que la nacionalización bancaria y la del comercio exterior constituyen las dos medidas más importantes que el peronismo adoptó a nivel económico. No es casual que sean medidas en lo fundamental, de orden financiero. *Pues en un mundo regido por los arbitrios del capital financiero, es primordial para una Nación que intenta liberarse mantener un estricto control sobre ese campo.*

El Banco Central impide al capital monopolista el manejo del ahorro interno, y lo canaliza, a su vez, tras los objetivos de la industrialización del país. El IAPI, emplazándose en el lugar ocupado anteriormente por el mediador monopolista, impide al sector agrario las suculentas ganancias del pasado y transfiere al sector industrial los recursos financieros obtenidos de ese modo. Así, la práctica económica del peronismo desencadena un proceso de clara transferencia de recursos financieros, técnicos y humanos del sector agrario al sector industrial: *¿qué finalidad política se intentaba obtener con esto?*

Perón sabía que el sector social más ineludiblemente opuesto a su política era el de la oligarquía terrateniente. *Y de ningún modo esta clase se encontraba en retirada.* Porque son falsas todas esas leyendas sobre el avance incontenible de una burguesía «nacional» o industrialista ante la cual la oligarquía, derrotada y confusa, habría de retirarse incondicionalmente. Nada de esto existía, y ya lo hemos visto. El poder ante el cual habían cedido posiciones los hacendados, no era el de los burgueses industriales (*aquellos del tallercito en Avellaneda*), sino el de la clase obrera y el de Perón. Y si bien es cierto que habían cedido posiciones, no es menos cierto que los resortes económicos y financieros fundamentales de la Nación continuaban en sus manos hasta que el peronismo advino al gobierno. Una vez allí, Perón les arrebató lo que puede: parte del poder financiero, en especial. Y de este poder decide valerse, en el terreno económico, para enfrentar al de la oligarquía terrateniente.

El peronismo aplica el poder financiero del Estado a la promoción del sector industrial por dos razones centrales: 1.º) porque era el sector más dinámico de la estructura económica y, en consecuencia, el que más iba a contribuir a fortalecerla y

posibilitarle independencia ante el avance imperialista; 2.º) porque una dinámica política de industrialización, forzosamente movilizaba hacia ese sector a la mayoría de la población trabajadora, consiguiendo, de este modo, restarle bases de sustentación social al poder de la oligarquía. *Y ésta fue la reforma agraria que hizo el peronismo*. Porque si por reforma agraria entendemos, exclusivamente, una política que se realiza a través de la expropiación lisa y llana de las tierras de la oligarquía, entonces, es cierto, el peronismo no hizo la reforma agraria. O mejor aún: no hizo *esa* reforma agraria. Es decir: no hizo una reforma absoluta del régimen de propiedad de la tierra. Y no la hizo por una muy simple razón: porque no podía. Porque, como ya dijimos, no hizo disparates sino política. *Y las relaciones de poder vigentes durante la década de los primeros gobiernos peronistas, hacían absolutamente imposible una reforma del régimen de tenencia de la tierra*. Esto lo veremos mejor cuando analicemos el papel que las FF. AA. en tanto factor de poder, jugaron durante el transcurso de aquella década. Pero el peronismo hizo *su* reforma agraria: que no estaba inspirada en ningún manual del tipo *qué-sé-yo-acerca-de-la-revolución*, sino en las complejas relaciones de poder vigentes en la sociedad argentina de aquellos años.

La cosa empezó con el famoso *estatuto del Peón*. «El *peón de campo* (decía Perón) ha estado sujeto a la omnímoda voluntad del dueño del establecimiento. El *patrón* supo reeditar todos los privilegios del feudalismo medieval pero tuvo la habilidad de eludir los compromisos que el *señor* estaba obligado a guardar con sus *mesnadas*. La *técnica industrial* enseñó a nuestros feudales del siglo xx que podían servirse a su antojo del peón y su familia con sólo pagarle un salario al término de la quincena o a fin de mes. No importaba la cuantía del salario con tal que alcanzara el límite mínimo que les impidiese morir de hambre»^[132]. Y es justamente esta cuestión del salario la que desencadena el primer enfrentamiento entre Perón y los hacendados. En agosto de 1944, la Sociedad Rural ofrece la siguiente respuesta a una consulta que, sobre salarios, le había formulado la Secretaría de Trabajo y Previsión: «En la fijación de salarios es primordial determinar el estándar de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente trae destinos socialmente poco interesantes. Últimamente se ha visto en la zona maicera entorpecerse la recolección debido a que con la abundancia del cereal y el buen jornal por bolsa, resultaba que con pocos días de trabajo se daban por satisfechos, holgando los demás»^[133].

El *Estatuto del Peón* tiene por objeto dotar al trabajador de campo de los elementos legales necesarios como para enfrentar al hacendado. Todo esto contribuye a evitar su sometimiento y a separarlo de la directa influencia patronal. En resumen: *si la política industrialista restaba bases sociales a la oligarquía, los derechos del peón de campo impedían a ésta un dominio efectivo sobre aquellos asalariados que aún retenía*.

El IAPI, por otra parte, significaba la concreta aplicación a la propiedad

oligárquica del artículo 38 de la Constitución del 49. Aquel, recordemos, que reformando el texto del artículo 17 de la Constitución del 53, proclamaba la función social de la propiedad privada. *A través del IAPI, el Estado Nacional Popular se adueña de las superganancias de la propiedad oligárquica para ponerlas al servicio de los intereses del Pueblo.* No en vano, en la *Memoria* de la Sociedad Rural correspondiente a los años 1948-49, se plantean profundos temores ante esta nueva redacción del texto constitucional: «Interpretando la incertidumbre que provoca entre los productores agropecuarios la forma en que se redactó el nuevo texto del artículo 17 de la Constitución nacional, se dirigieron notas al Primer Magistrado. Se manifestó que esta Sociedad no desconocía la evolución que en el campo de la doctrina y del derecho positivo universal se ha venido operando con respecto al derecho de propiedad, en el sentido de subordinarlo al interés colectivo, pero que era necesario precisar o aclarar conceptos en la definición del mismo en la nueva Constitución»^[134].

En resumen, la política agraria del peronismo se desarrolló a través de los siguientes momentos: 1.º — *Estatuto del Peón*: se desmitifica la figura patriarcal e incuestionable del patrón. El trabajador de campo, munido de derechos, no resulta ya tan vulnerable a la influencia y la manipulación oligárquica; 2.º — *Nacionalización bancaria*: se impide a la oligarquía manejar en su beneficio (y en el del imperialismo) el ahorro interno nacional; 3.º — *IAPI*: se le expropián a la oligarquía las superganancias que sus vinculaciones con el mercado internacional le permitían realizar; 4.º — *Acumulación del capital en la industria*: la mayor parte del poder financiero del Estado se vuelca al sector industrial. Se acentúa el proceso de migraciones internas y se le restan bases sociales a la política oligárquica. Y se consigue, fundamentalmente, transformar este proceso de movilidad social en un proceso de movilidad política a través de la organización integral de la clase obrera. Éste fue, en suma, el sentido político y movilizador de la acumulación del capital en la industria.

C) LOS PLANES QUINQUENALES Y LA CUESTIÓN DE LA INDUSTRIA PESADA

El peronismo centró sus principales objetivos en la *reforma social*: el énfasis puesto en la impulsión de la industria liviana apuntaba también a este objetivo. Si se

hicieron heladeras, por utilizar un ejemplo caro a los desarrollistas, fue porque la población necesitaba heladeras. La crítica que suele hacerse a esta política económica consiste en afirmar que la misma mantenía el signo dependiente de la estructura productiva. Su más correcta y seria formulación aparece en un trabajo de Juan Carlos Torre sobre la economía peronista. Torre comienza por definir al proyecto peronista como un proyecto distributivo: una economía del consumo y no de la producción. Lo dice con todas las letras: *un banquete asiático*. Y luego: «En lugar de este banquete asiático, ¿existía otra propuesta alternativa? Sí, la que fue anunciada, con todas sus imprecisiones, en el proyecto industrialista de los militares del 43. Ésta implicaba indudablemente una asignación de las inversiones que, en el corto plazo, establecía un freno a los consumos inmediatos, pero a la vez creaba condiciones más permanentes de crecimiento económico. La voluntad de sacrificio de los trabajadores se comprobó en 1952, ¿por qué no convocarla en 1946?»^[135]. Vayamos por partes. *Primero*: el rescate del proyecto siderúrgico de los militares del 43 ubicaba a Torre, cuando escribió este trabajo, en 1970, junto a quienes proponían como salida un golpe nacionalista militar sin pueblo. Su concepción del papel de las FF. AA. como propulsoras de un desarrollo industrial liberador, lo coloca hoy junto a los militares pseudoperuanistas y a los burócratas que claman por la unidad Pueblo-Ejército: es el alto precio que se paga cuando se hace política a partir de las fuerzas productivas. *Segundo*: si la implantación de la industria pesada tenía como condición, en 1946, el sacrificio de los trabajadores (y realmente así era), entonces Perón tuvo razón en no incluir sus objetivos entre los del Primer Plan Quinquenal. Para Perón se trataba de movilizar, organizar y politizar a la clase obrera, y esto sólo era posible conseguirlo a través de una política de profundo contenido social. La producción de bienes de consumo, de este modo, cumplía varios de los objetivos de Perón: 1.º — desataba una intensa movilidad social que, según vimos, el peronismo transformó en movilidad política a través de la organización de la clase trabajadora; 2.º — restaba bases de sustentación social a la oligarquía terrateniente; 3.º — era el sector de la producción que estaba en mejores condiciones de ser impulsado, el que aceleraba el proceso de migraciones internas (que el peronismo *politizó*) y el que satisfacía, además, las necesidades que la concentración urbana generaba en la esfera del consumo. En resumen: el peronismo impulsó el proceso de industrialización de bienes de consumo para movilizar, concientizar y organizar a las mayorías populares. No creemos que hubiera sido posible hacerlo de otro modo. Fue, entonces, un proceso industrialista auténticamente liberador. Porque hoy sabemos sobradamente que el desarrollo de las fuerzas productivas, por sí solo, no constituye un proceso de liberación, ya que el imperialismo aprendió a controlarlo e instrumentarlo según sus objetivos. No es casual que quienes más chillan hoy por la siderurgia sean los desarrollistas. Perón, por el contrario, impulsó lo único que realmente libera: *la organización del Pueblo a través de la conciencia revolucionaria de su opresión*.

El resto de lo que afirma Torre es lo de siempre: que era necesario «ejecutar una

profunda reforma de la estructura económica que (...) modificara los patrones de dominación de la sociedad». La respuesta correcta la ofrece él mismo: «¿Esta propuesta se alimenta de una excesiva impaciencia revolucionaria?, ¿no se compadece con las limitaciones que acompañan al ejercicio del poder?». Allí donde responde quizás, hay que responder *sin duda*. Y punto.

El Segundo Plan Quinquenal lleva a nivel prioritario los objetivos de la industria pesada: «La actividad industrial del país (decía en su fundamentación doctrinaria) será conducida por el Estado, con la cooperación de las organizaciones interesadas cuando corresponda, con el fin de lograr la autarquía en la producción esencial para la economía social y la defensa del país; y de manera especial debe llegar al establecimiento y consolidación de la industria pesada». Y más adelante: «A fin de cumplir con el desarrollo de las actividades básicas del país (...), la acción del Estado, en materia de promoción industrial, será desarrollada según el siguiente orden de prioridades: 1. Siderurgia. 2. Metalurgia. 3. Aluminio. 4. Química. 5. Mecánica. 6. Eléctrica. 7. Construcción. 8. Forestal. 9. Textiles y cuero. 10. Alimentaria».

Los objetivos de la industria pesada son planteados a partir del Segundo Plan Quinquenal porque el peronismo considera ya cumplidos ciertos requisitos centrales para hacerlo: 1.º — control estatal del poder financiero, lo que determina la disponibilidad por parte del Estado de recursos como para financiar, sin ayuda del capital imperialista, las obras de infraestructura. Esta conquista se había realizado a través de la política de nacionalizaciones: servicios públicos, comercio exterior, Bancos, etc.; 2.º — se dan por consolidados los objetivos políticos que determinaron la impulsión de la industria liviana: movilidad interna, reforma social, politización y organización del Pueblo bajo los objetos de la liberación nacional.

Pero surgen dos elementos con los cuales no contaba la planificación peronista. *Primero*: se pierden dos cosechas, la de 1949-1950 y la 1951-1952. *Segundo*: no se declara una tercera guerra «mundial». La cuestión de la pérdida de las cosechas es otra de las graves acusaciones que se lanzan contra la planificación económica peronista. En un librito que salió no hace mucho, un economista, recientemente malogrado, decía más o menos así: «Toda la compleja planificación económica peronista se echó a perder... porque llovió». Luego de lo cual no nos queda sino reírnos como locos de la ingenuidad de Perón y sus asesores, o pensar melancólicamente cómo pudieron ser tan torpes.

La crítica eterna y repetida hasta el hartazgo que se le formula a la economía peronista es la siguiente: no modificó la estructura agropecuaria del país, no echó las bases de una industria pesada y todo quedó tal como era entonces. La cuestión apunta, invariablemente, a negar el carácter revolucionario de nuestro movimiento a través de un enfoque clásicamente stalinista de la cuestión agraria: donde no hay una reforma absoluta del régimen de la tierra no hay revolución. Y esto se complementa con el asunto de la industria pesada: si el peronismo no la impulsó fue porque, a causa de sus limitaciones de clase, no se animó a expropiar a la oligarquía. Entonces,

al quedar todo el sistema apoyado sobre la estructura agraria, sólo restaba desear... que no lloviera. O que lloviera lo justo: algo así como una tercera posición climatológica.

Dado el avance de las luchas sociales y políticas en nuestra patria, es difícil que con este cuento de hadas economicista se pueda encuadrar a alguien al margen de la organización revolucionaria del Pueblo. Conviene, de todos modos, aclarar y repasar ciertas cosas: 1.º — durante el periodo abarcado por el Primer Plan Quinquenal, lo que se propone la planificación económica peronista, es un objetivo político: *movilizar al Pueblo*. Por eso emprende, ante todo, una reforma social: *porque sólo es posible movilizar a las masas a partir de sus intereses inmediatos*. Entonces, antes que exigir el sacrificio popular para implantar la industria pesada, y antes que hacer una reforma agraria de acuerdo con la dogmática estalinista, se prefirió movilizar y organizar al Pueblo mediante el cumplimiento de sus necesidades postergadas, y hacer una reforma agraria a través de la orientación nacional de las bases sociales y del poder financiero de la oligarquía. No se podía hacer otra cosa. En el plano de lo real, al menos.

Pero el colapso del sector agrario no significó el colapso de la economía peronista. La situación real, a partir de 1952, es la siguiente: se han perdido dos cosechas y se han reducido los márgenes de exportación, no ha estallado una tercera guerra interimperialista y las grandes potencias, fortalecidas, vuelven a inclinar en su favor los términos de intercambio. En el marco político interno, los sectores de la burguesía «nacional» comienzan a mostrar serios recelos ante el poder popular en ascenso y elaboran una estrategia alternativa de complementación al imperialismo. Perón, por el contrario, intentará siempre mantenerlos en el campo del Pueblo para evitar fisuras en el frente interno.

Para paliar la crisis, el peronismo recurre a su arma más genuina: la organización y la movilización popular. *Esto es el plan económico del 52*. Y así lo explicó Perón en una disertación radial del 5 de marzo de 1952: «Determinado en el contenido del Plan económico lo concerniente a la economía nacional, popular y familiar, su ejecución depende más que nada de la buena voluntad que cada argentino debe poseer cuando se trata del porvenir de la Patria y del bienestar de su pueblo. Sabemos que contamos de antemano con esa buena voluntad que asegura la cooperación popular a nuestros propósitos. Sabemos también que las ciudades y los campos argentinos están poblados por hombres patriotas y de buena voluntad, que se empeñarán en los objetivos señalados. Pero ello, que conforma lo fundamental, no es todo. Es menester que podamos seguir la ejecución del Plan y controlar ajustadamente su desarrollo en todas sus etapas y su intensidad para accionar en consecuencia. Ello nos obliga a pedir la cooperación orgánica y racional a todas las organizaciones estatales y populares, de manera que su intervención inteligente y activa nos permita intensificar la ejecución, ajustar el control y mantener una información fehaciente y oportuna. *El Gobierno* centralizará mediante el Consejo Económico Nacional, los ministerios,

Dirección Nacional de Vigilancia de Precios y Abastecimiento, Control de Estado, Coordinación de Informaciones, etc., toda la dirección y control. *El Estado*, por medio de los ministerios, reparticiones y agentes del Estado, tendrá a su cargo la ejecución del Plan. *El Pueblo*, mediante todas sus organizaciones, cooperará activamente en la ejecución del Plan y en el control necesario»^[136].

El Plan había sido lanzado por Perón el 18 de febrero de ese año (1952) en su discurso sobre los precios de la cosecha. En ese mismo mes de febrero, la presidenta del Partido Peronista Femenino había impartido las siguientes directivas de organización: «1) Cada mujer peronista será en el seno de su hogar, centinela vigilante de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción; 2) Las mujeres peronistas vigilarán en el puesto o tarea que desempeñan fuera de su hogar el fiel cumplimiento de las directivas generales del plan del General Perón; 3) Cada mujer peronista vigilará atentamente en sus compras el cumplimiento exacto de los precios que se fijan; 4) Todas las unidades básicas femeninas realizarán permanentemente, durante los meses de marzo y abril, reuniones de estudio y difusión del Plan Económico del General Perón. Esta declaración pública deberá ser leída en todas las unidades básicas del país, juntamente con el Plan Económico del General Perón y las unidades básicas deberán informar a la Presidencia del Partido acerca de la labor cumplida y de los resultados obtenidos. Eva Perón, Presidenta del Partido Peronista femenino»^[137]. Siempre nos ha gustado este texto de Evita: en él, nuestra entrañable compañera no aparece sólo como un torbellino de ardor combatiente (que lo era, y profundamente), sino también como un valioso engranaje de la política táctica y coyuntural del movimiento peronista. Quienes ataquen como reaccionario al plan económico del 52 (afirmando, por ejemplo, que significaba sacrificar al pueblo en beneficio de la burguesía), convendrá que tengan en cuenta que Evita, la mismísima Evita, difundió y organizó ese Plan con la misma fuerza con que afirmaba que el peronismo sería revolucionario o no sería nada. Comprendía, sin duda, que los objetivos de una revolución transitan caminos varios y que el plan económico del 52 era, justamente, uno de ellos.

El plan significa, concretamente, la unidad de los sectores populares y del empresariado nacional para enfrentar la crisis sin recurrir a la «ayuda» imperialista. Sin embargo, el empresariado nacional no era muy nacional que digamos. Y menos a esa altura del partido. Que quede claro: Perón necesitaba recurrir a los sectores empresariales ligados al mercado interno para fortalecer a la Nación ante la reestructuración imperialista. Pero esos sectores consideran, veladamente, que el fortalecimiento nacional que propone Perón implica el ascenso, cada vez más peligroso, de la organización popular. Comienzan, entonces, a propiciar la «ayuda» externa. «El crecimiento del capital extranjero en la Argentina (escribe Esteban) desde 1949 a 1955 es de 282 millones de dólares, a valores corrientes, cifra exigua que no llega a representar un aumento del 20% sobre el capital existente en 1949. En general se produce este crecimiento partiendo de las grandes dificultades económicas

de 1952 que paralizan las nacionalizaciones y hacen que el sector conciliador de la burguesía nacional gane posiciones en el gobierno peronista»^[138]. Este proceso explica la sanción, en 1953, de la ley N.º 14 222 de radicación de capitales. La cual, sin embargo, establecía claros límites a la remisión de utilidades. «Por primera vez (escribe Esteban) un gobierno argentino ataca justamente en sus bases a la penetración imperialista al reducir y regular la salida de utilidades. Debe quedar bien en claro que no es lo mismo la reinversión que la remesa de beneficios. Éste es el rasgo típico, genuino, el objetivo final del capital financiero». No en vano, el informe de la Cepal sobre el desarrollo económico argentino, reprueba «los topes anuales uniformes impuestos a las repatriaciones por la ley 14 222»^[139]..

De cualquier forma, la crisis determina la paralización de los proyectos del Segundo Plan Quinquenal en el área de industrias. Aquí, en esta coyuntura, es donde la mayoría de los teóricos economicistas vuelven a insistir en la transformación radical del régimen de propiedad: era, dicen, el único modo de paliar la crisis. Pero resulta que, en 1952, Evita quiere ser vicepresidente y no puede: *así estaban entonces las relaciones de poder*.

El plan económico del 52 fue el gran instrumento que el peronismo forjó para enfrentar la reestructuración del poder imperialista. Unidad a nivel de bases, organización, movilización y control popular, unidad empresarial, fijación de límites a las inversiones extranjeras, búsqueda de recursos financieros en las posibilidades del ahorro interno, etc. La adecuada realización de este plan permitiría abrir nuevamente el campo de la industria pesada. Pero el plan fracasa, no por razones económicas sino por razones políticas. Y no podía ocurrir de otro modo: la planificación económica peronista estaba claramente subordinada al logro de las metas políticas del movimiento, en la medida en que éstas no consiguieran realizarse necesariamente iban a fracasar aquéllas. De este modo, el fracaso del plan económico del 52 habrá que buscarlo en las causas que, finalmente, conducen al movimiento peronista a la derrota táctica del 55. Y que en el próximo capítulo habremos de analizar^[140].

En 1954, el peronismo podía exhibir orgullosamente las siguientes realizaciones cumplidas en nueve años de gobierno:

1946	<i>Político</i> <i>Económico</i> <i>Social</i> <i>Cultural</i>	Gestación de la Doctrina Nacional: Objetivos fundamentales: Independencia Económica. Nacionalización bancaria - IAPI. Legislación laboral (Todos los decretos de trabajo y previsión). Capacitación sindical (Delegados obreros).
1947		
<i>Político</i>		
<i>Económico</i>		
<i>Social</i>	1° Plan Quinquenal - Derechos políticos de la mujer. Independencia económica - Consejo Económico Nacional. Derechos del trabajador - Política migratoria. Régimen universitario - Enseñanza religiosa.	
<i>Cultural</i>		
1948		
<i>Político</i>		
<i>Económico</i>	3° Posición Justicialista - Coordinación gubernamental. Recuperación Nacional de los servicios públicos y de las fuentes de energía - Colonización. Derechos de la ancianidad - Turismo social. Universidad obrera - Folklore.	
<i>Social</i>		
<i>Cultural</i>		
1949		
<i>Político</i>	Constitución Justicialista - Régimen de los partidos políticos. Cooperación económica - Fomento industrial. Propiedad en función social - Asistencia social. Cultura cívica.	
<i>Económico</i>		
<i>Social</i>		
<i>Cultural</i>		
1950	Organización política - 20 Verdades del Peronismo. Control de precios y abastecimientos - Mapa ecológico. Ayuda social (FEP) - Carta de Buenos Aires - Seguridad Social. Conciencia Sanmartiniana - Plan de mil escuelas.	
<i>Político</i>		
<i>Económico</i>		
<i>Social</i>		
<i>Cultural</i>		

1951	
<i>Político</i>	Soberanía política - Realizaciones del 1º Plan Quinquenal - Elecciones generales. Crédito y plan agrario - Cooperativismo. Incremento de la vivienda - Obras sociales. Investigaciones científicas y técnicas - Adoctrinamiento (Escuela Superior Peronista).
<i>Económico</i>	
<i>Social</i>	
<i>Cultural</i>	
<hr/>	
1952	
<i>Político</i>	Solidaridad Nacional (Incorporación de los representantes de los territorios). Plan Económico - Fomento de ahorro. Organización del Pueblo, encuadramiento. Educación física - Argentinización de la educación.
<i>Económico</i>	
<i>Social</i>	
<i>Cultural</i>	
<hr/>	
1953	
<i>Político</i>	2º Plan Quinquenal - Conciliación política. Organización económica del Pueblo - CGE - Unión Económica Continental. Previsión social y mutualismo. Reforma cultural.
<i>Económico</i>	
<i>Social</i>	
<i>Cultural</i>	
<hr/>	
1954	
<i>Político</i>	Racionalización y reestructuración. Radicación de capitales - Convenios. Organización profesional - CGP - Estatuto docente. Cultura social popular (Arte para el Pueblo).
<i>Económico</i>	
<i>Social</i>	
<i>Cultural</i>	

[141]

Poco después de haber lanzado el plan del 52, Perón trazaba claramente el horizonte ideológico que orientaba sus proyectos económicos: «Que nadie se engañe: la economía capitalista no tiene nada que hacer en nuestro país. Sus reductos todavía en pie serán objeto de implacable destrucción (...), por una natural evolución de nuestro sistema económico, los trabajadores adquirirán progresivamente la propiedad directa de los bienes capitales de la producción, del comercio y de la industria, pero el proceso evolucionista será lento y paulatino». Es el célebre discurso del 19 de mayo de 1952: no es casual que por ese entonces los empresarios «nacionales» comenzaran a tender lazos de unión con el imperialismo. Veinte años después, en el discurso ya citado del 8 de julio de 1971, Perón, haciendo un repaso de su obra de gobierno,

desarrollaba los objetos trazados entonces: «*Se trataba, en consecuencia, de promover y acelerar una evolución que llevara progresivamente a la República a un cambio fundamental de estructuras, hacia un nuevo régimen y un nuevo sistema en el que el Estado, la política y las condiciones socioeconómicas, se orientaran hacia un socialismo nacional*».

Los restauradores liberales del 55 y la desperonización del Estado

La restauración liberal comienza por destruir las estructuras del Estado Peronista. Esta tarea, lo saben, es la más inmediata: *pues el poder del Estado Peronista se ejercía a través del aparato del Estado Peronista*. Esta identificación que nuestro movimiento había conseguido durante su experiencia de gobierno constituye una de las características centrales de toda revolución auténtica: *conseguir que las estructuras del Estado sean reflejo fiel del poder del Estado*. Vamos a aclararlo: cuando un movimiento político *ocupa* el Estado, se adueña, por ese acto, del poder del Estado. Pero ocurre que este poder debe necesariamente manifestarse a través del aparato del Estado. Es decir: a través de las estructuras del gobierno, la administración, el sistema jurídico y el parlamentario. Y también las de control militar, penal e ideológico: Ejército, Policía, cárceles, escuelas, universidades, etc. *Todo esto constituye lo que denominamos aparato del Estado*. Por su parte, el poder del Estado no es sino la posibilidad que un movimiento político tiene de proyectar sobre la sociedad sus objetivos estratégicos. Pero esta tarea (y aquí reside el problema) debe realizarla a través de las estructuras que forman el aparato del Estado, estructuras heredadas del régimen anterior y expresión también de sus proyectos políticos.

Nuestro movimiento ocupa el Estado liberal para revolucionar su estructura: *no había (ni hay) otro camino para que el poder del Estado fuera expresión del poder del Pueblo*. Pero la estructura del Estado liberal no era, de ningún modo, una materialidad dócil y dispuesta a ceder posiciones sin resistencias. Por el contrario, había sido cuidadosamente montada a través de casi un siglo de existencia. Porque salvo el interregno yrigoyenista, el Estado argentino fue siempre el Estado liberal, expresión de los proyectos oligárquicos, obra maestra de los prohombres de esta clase social. La tarea del peronismo fue, entonces, inmensa: *se trataba de eliminar todas*

aquellas estructuras del aparato del Estado que fueran expresión del poder oligárquico para reemplazarlas por otras que expresaran el poder popular.

Los gorilas del 55 tuvieron también ardua tarea. Pero la destrucción que hicieron del aparato estatal peronista no constituyó un acto revolucionario: fue, por el contrario, un retorno al pasado, a las gloriosas épocas en que el liberalismo se espejaba en el Estado. Se trataba, para ellos, de aniquilar todas aquellas estructuras que fueran expresión del poder del Pueblo (la Constitución del 49, el IAPI, las organizaciones obreras, etc.) para restaurar, en su reemplazo, otras que expresaran las necesidades presentes del poder oligárquico. *Se trataba, en suma, de desperonizar al Estado.* Tarea que se realizó en todos los frentes: económico, jurídico, político, sindical, cultural, etc. Aquí, vamos a ocuparnos del proyecto económico que el gorilaje impulsó a partir de setiembre del 55.

Raúl Presbisch, el insigne tecnoburócrata en quien deposita su confianza la libertadura, comienza su diagnóstico del «problema argentino» recordando a Avellaneda: ¡tan mal nos había dejado Perón! Así lo dijo: «La Argentina atraviesa por la crisis más aguda de su desarrollo económico; más que aquella que el presidente Avellaneda hubo de conjurar “ahorrando sobre el hambre y la sed” y más que la del 90 y que la de hace un cuarto de siglo, en plena depresión mundial»^[142]. No cabían dudas: horas de dolor y miseria aguardaban al pueblo argentino, pues los técnicos de los grandes consorcios financieros habían incorporado ya su hambre y su sed a los organigramas de la dependencia.

En 1956, la Secretaría de Prensa edita un pequeño folleto «educativo». Se llama: *Síntesis del Informe Preliminar Presbisch acerca de la situación económica*. Los gorilas se proponían «llegar al pueblo» y adoctrinarlo sobre las urgencias de la situación. Ante todo: *nada de aumentos de salarios*. Candorosamente, con sarmientino esmero pedagógico, así lo explicaba el folleto: «Para poder dar más mercaderías y comodidades a cada habitante no basta con darle más salario. Esto crea la ilusión de poder comprar más cosas pero cuando vamos a comprarlas nos encontramos que el precio sube por la inflación y al final tenemos menos que antes». Sobre el final del folleto, en un capitulito optimista y rosa titulado «Hay soluciones», se indican las fuentes de la esperanza: «Indudablemente, la industria nuestra que nos da más divisas es la producción del campo: del 92 al 95%». A pie de página: el dibujo de un gauchito saludable y dispuesto para el trabajo.

Pero sigue latente la cuestión de la *falta de capitales*. El tecnoburócrata Presbisch sabe que no se puede recurrir al ahorro interno popular (¿de dónde si al pueblo se le reservaba lo justo para ir tirando?) o a la utilización de la renta parasitaria oligárquica (jamás: esa revolución pertenecía a estos sectores). Por otra parte, estas medidas eran características del «totalitarismo peronista». ¿Qué quedaba entonces? El folletito sarmientino lo explica sin retaceos: «¿Qué hace Ud. cuando quiere hacer su casa propia, la necesita y no tiene todo el dinero que le hace falta? Busca un crédito, es decir pide un préstamo al Banco Hipotecario. La Argentina está en igual situación: le

es indispensable mejorar y aumentar sus transportes, sus minas eléctricas, sus fábricas, para poder así aumentar la producción agraria, industrial, minera, etc., y aumentar el nivel de vida de su pueblo, pero no tiene ahorros de los que valen para el exterior. Entonces tiene que comprar a crédito, obtener préstamos o empréstitos en el extranjero, sea cual fuere el país, siempre que no se le exijan condiciones desdorosas». Como vemos: *el camino ideal para tener la casita propia*. En cuanto a lo de las «condiciones desdorosas», era, por supuesto, una mera declaración de forma para no lesionar el respeto que por la soberanía nacional había inculcado el peronismo en el pueblo.

Una de las más claras exposiciones del plan económico de los gorilas del 55 es formulada por Eugenio Blanco en una conferencia que pronuncia en noviembre de 1956 en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Blanco era ministro de Hacienda del aramburato y, también, un fervoroso defensor de los «principios republicanos», esas vaporosas esencias en cuyo nombre ha cometido la oligarquía sus más grandes iniquidades.

Según Blanco, el golpe del 55 ha restablecido «el imperio del honor y la dignidad en la Argentina»^[143]. Su caracterización de la década peronista no es precisamente amable: «Fueron diez años de obscuridad y de silencio» (p. 9). Esto del silencio fue una idea fija en los gorilas de aquella época. También hicieron una película: *Después del silencio*. Que nosotros sepamos, no eran muy silenciosas esas reuniones que Perón y el pueblo organizaban el 1.º de mayo o el 17 de octubre. Pero claro: la oligarquía no se acercaba al centro en esos días, sino que cerraba sus puertas y se quedaba en casa. Y ya se sabe: cuando la oligarquía enmudece, enmudece la patria. Por eso lo del silencio: diez años sin abrir la boca. Y también hay que comprender lo de la oscuridad. Que se relaciona con el tema de la cultura: si los años del gobierno peronista constituyeron una era de oscuridad, fue porque durante ellos el haz luminoso de la cultura oligárquica no consiguió proyectarse sobre el suelo de la patria.

Blanco comienza por embestir contra el intervencionismo de Estado: «La crisis de 1930 trajo la caída de uno de los primeros gobiernos populares que tuvo el país bajo los auspicios de la Ley Sáenz Peña, iniciándose un período de intervencionismo estatal que iba a adquirir características totalitarias durante el régimen depuesto» (p. 8). Obsérvese la caracterización que hace del surgimiento de los gobiernos radicales: *fueron posibilitados por la ley Sáenz Peña, es decir, por la generosidad democrática de la oligarquía*. Nada tienen que ver con esto, según parece, las revoluciones radicales ni el liderazgo de Hipólito Yrigoyen: es la oligarquía la que permite la representación gubernamental de las masas rurales e inmigratorias que se movilizaron tras las banderas yrigoyenistas.

Seguidamente, Blanco inicia la urgente y apasionada reivindicación del sector agropecuario: «La producción agropecuaria disminuyó, la industria no compensó ese menor ritmo productivo y los servicios del gobierno aumentaron en forma

significativa. Fue así como el país empezó a sentir los efectos de la vulnerabilidad exterior, pues constituyendo la producción agropecuaria el elemento fundamental en la creación de divisas, fue imposible mantener el ritmo ascendente de la producción industrial debido a la sangría de las reservas monetarias que se hizo cada vez más sensible a medida que dicho proceso avanzaba en su curso» (p. 11). La oligarquía terrateniente, así, se complacía en exhibir ante el sector industrial su papel hegemónico en la nueva planificación económica. Por otra parte, los industriales debían estar dispuestos a admitir un papel subordinado en esos mismos planes: habían apoyado, en fin de cuentas, la gestión del peronismo y, contrariamente a la oligarquía, se habían beneficiado con ella.

La impulsión que los fusiladores del 55 destinan al sector agropecuario responde a variadas causas: había sido el sector más perjudicado por el «totalitarismo peronista», el más perseguido y el más expoliado. La intromisión estatal en las relaciones de patronazgo, el bloqueo a los trusts cerealeros, la transferencia de ingresos a los sectores que respaldaban la gestión peronista, fueron los ejes centrales de una clara política antioligárquica. Los hacendados, entonces, a través de sus influencias en las FF. AA. (Marina, en especial) y sus contactos con el imperialismo, se convirtieron en los protagonistas e ideólogos del golpe del 55. No era de ningún modo casual que ahora pretendieran capitalizarlo por completo. Por otra parte, el sector industrial no-oligárquico (es decir: no vinculado con la manufacturación de productos primarios) no había demostrado tanta furia antiperonista como para merecer la absoluta confianza de los hacendados. Está claro que no podía haberlo hecho, pues su tarea consistió en minar al Estado Peronista desde adentro, es decir, desde los puestos que la política nacional del movimiento le había permitido obtener en el aparato estatal. Y esto lo sabían los terratenientes, pero no estaban dispuestos a reconocerlo pues esperaban usufructuarlo para mantener el rol hegemónico del proceso.

Por eso, cuando Blanco se pregunta cómo salir de la situación en que el peronismo había ubicado al país, señala un solo camino: «Tratando de crear el factor favorable para el incremento de las reservas monetarias del país, que en los momentos actuales no puede ser otro que la producción agropecuaria. Sólo de este modo será posible seguir importando y crear las condiciones aptas para la expansión industrial (...) Dicho planteamiento implica de modo incuestionable el sostén del agro como elemento principal para estabilización industrial y su progreso ulterior» (p. 12).

Estos textos contienen todo un programa de desarrollo económico absolutamente opuesto al del Estado Peronista. *Primero*: la economía vuelve a girar en torno a la producción primaria, tal como había ocurrido durante los momentos más esplendentes del dominio liberal en nuestra patria. *Segundo*: el desarrollo industrial queda subordinado al agrario y su impulsión pasa a guardar relación directa con el ritmo de las exportaciones. *Tercero*: en el orden político e ideológico, la oligarquía

terratiente se adueña de la conducción estratégica del proceso para orientarlo, fundamentalmente, en su propio beneficio. Esto no lo consiguió en plenitud. No podía hacerlo, por otra parte, pues el proceso posterior a 1955 fue demasiado complejo como para que pudiera manejarlo una sola clase. Se establece, por el contrario, un bloque de fuerzas entre las FF. AA., la oligarquía terrateniente, la burguesía industrial y los sectores burocráticos del peronismo. De cualquier forma, la conducción económica, al centrarse sobre el desarrollo agrario, responde en lo esencial al proyecto de los hacendados. *Cuarto*: la hegemonía oligárquica sobre la conducción económica, es compartida por los sectores industriales que sustentan un claro proyecto de complementación al imperialismo. *Todo esto determina la eliminación del sistema financiero nacional que el peronismo había montado y su reemplazo por el de los grandes consorcios monopolistas.*

Así lo dijo Blanco: «Resulta evidente la necesidad de completar el esfuerzo nacional con el proveniente del exterior. La radicación de capitales extranjeros es a este respecto imprescindible para enfrentar la actual situación económica. Por otra parte, las ventas de oro que viene soportando el país en la segunda parte del corriente año exigirán —mientras no se ofrezcan al mercado internacional el fruto de las próximas cosechas, que prometen ser muy satisfactorias— la utilización de los créditos que a breve término suministrará el Fondo Monetario Internacional, que según es sabido es uno de los organismos mundiales al que se ha incorporado recientemente la Argentina. El otro es el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento que nos suministrará los fondos necesarios en moneda extranjera para proseguir la tarea del restablecimiento económico nacional» (p. 13). Ante la propuesta de iniciar un desarrollo centrado en el ahorro interno y en la reducción de las importaciones, el ministro del aramburato exime una cólera olímpica: «Otros críticos se colocan en el plano opuesto, y sostienen muchas veces en un lenguaje airado y dogmático, que el país tiene actualmente sus propios recursos y que es suficiente que los ejerza con soltura para obtener los propósitos enunciados de la recuperación nacional, con prescindencia del apoyo financiero del exterior. Se trata, como es fácil deducir, de un razonamiento de claro origen xenófobo y reaccionario, que llega a sostener, por parte de algún polemista exaltado, que no es necesario vender ahora el oro, que deben reducirse las importaciones y que el país reanudará en un nuevo equilibrio económico su ritmo ascendente. Cómo contestar a este argumento demagógico sino con una respuesta sumamente simple. *Si se deja de exportar oro, se habrá comprometido la solvencia de nuestro país en el extranjero. Habremos retrogradado en el concepto de la honrosa tradición argentina de cumplir puntualmente nuestras deudas*» (p. 14, subr. nuestro). Otra vez el emocionado recuerdo de Avellaneda. Porque, hay que reconocerlo, así fue la mayor parte de nuestra historia: la oligarquía se enriqueció contrayendo deudas con el imperialismo y el pueblo vivió en la explotación trabajando para pagarlas. Esto es lo que los hacendados llaman «la honrosa tradición argentina».

A partir de setiembre del 55, la «actividad privada» vive su gran hora. El Estado liberal vuelve a surgir: fuerte y represor en el orden interno, débil y complaciente en el externo. Criticando al peronismo, afirma Blanco: «El gobierno se hizo negociante a través del IAPI, industrial por intermedio de muchas empresas que competían con la actividad privada, y al hacerlo descuidó entre otras, una de sus funciones esenciales que es la de la educación pública, que vivió sometida y humillada especialmente en la Universidad, que nunca trabajó con recursos tan pobres como durante la dictadura» (p. 16). No es otro el proyecto oligárquico para la actividad estatal: la economía en manos de los propietarios y la educación en manos del Estado. Para enseñar, claro está, la ideología de los propietarios.

El ministro del aramburato insiste, pues tiene pasión por el tema, en marcar la dependencia absoluta que el desarrollo económico nacional mantiene ante el poder financiero externo: «La adhesión de la República Argentina a los pactos bancarios mundiales, son actos de mutua cooperación y convivencia internacional que de ninguna manera afectan la soberanía y la dignidad de la Nación. Si no fuera así, no habrían sido suscriptos por los hombres de la Revolución Libertadora. La Argentina, en los momentos difíciles que ha tenido que enfrentar después de la década del desgobierno dictatorial, ha buscado en la cooperación internacional y en la confianza de los inversores del exterior, los complementos indispensables de sustentación de la recuperación, que iniciada en los sectores agropecuarios, por ser los generadores de las divisas que requiere el país, se desparramarán luego a los sectores fabriles que constituyen un todo armónico en la estructura productiva nacional» (p. 15). *El control nacional del aparato financiero, esa obra maestra de la planificación económica peronista, es arrasado por los liberales del 55, quienes abren el país a la penetración desembozada del capital monopolista.* Los organismos financieros privados e internacionales elevan incesantemente su monto de participación en el crédito, en tanto que el Banco Industrial lo disminuye. El Fondo Monetario Internacional y el Eximbank, en especial el primero, pasan a desempeñar el oscuro papel que el Banco Central había jugado durante la década infame^[144].

Y en cuanto a la política de salarios, he aquí el proyecto de los restauradores liberales: «Durante el régimen depuesto se hizo alarde de una mejora en las retribuciones a los trabajadores mediante aumentos masivos en los salarios que no correspondían a crecimientos correlativos en la productividad. Más pesos y menos bienes fue la realidad de la dictadura. Más pesos con emisión monetaria y menos bienes por el estrangulamiento de la actividad agropecuaria, que al disponer de menos divisas dificultó los abastecimientos del exterior y atascó la producción industrial» (p. 21). ¿Cómo solucionar todo esto? Simplemente así: «La única forma en que la mejora en las remuneraciones sea efectiva y real, existe cuando la misma proviene de un incremento en la productividad ya sea de origen tecnológico o de racionalización en el esfuerzo y la distribución de la mano de obra (...) De ahí, la importancia que reviste una política de aumentos de los salarios en función de la productividad, que

no responde a ningún propósito reaccionario de empobrecimiento de la clase trabajadora, sino muy por el contrario, a la única salida realista que permita valorizar el salario en términos de bienes y servicios» (pp. 22/23). *Productividad y racionalización*, cuando la clase obrera escucha este lenguaje, sabe, por larga y dolorosa experiencia, que el régimen ha resuelto ahondar su explotación.

Y así terminó su charla aquel ministro de las horas triunfales de la restauración oligárquica: «Vosotros, jóvenes egresados, tenéis una enorme responsabilidad que cumplir en estos años cruciales en que vais a asistir *al retorno de la Argentina de vuestros padres y abuelos*, que vieron crecer a este país en una atmósfera de libertad, de decoro, de decencia y de austeridad republicana» (p. 25, subr. nuestro). No volvió, sin embargo, esa Argentina. Un 17 de noviembre de 1973, el líder de los trabajadores pisaba nuevamente el suelo de la Patria: volvía, traída por la lucha del Pueblo, la Argentina de Perón.

CAPÍTULO QUINTO

El peronismo y las Fuerzas Armadas

PRIMERA PARTE:

Entre 1943 y 1955

El 4 de junio de 1943, una vez más, las FF. AA. abandonaron sus lugares naturales de residencia e irrumpieron en la sociedad civil para imponer sus concepciones estratégicas. Acababan de abandonar también, y lo sabían, un concepto castrense delicadamente elaborado durante la década infame: el de *profesionalismo*. El general Manuel A. Rodríguez, ministro de Guerra de Justo, lo expresó como sigue: «El ejército no tiene aspiraciones propias, no pretende arrogarse poderes o facultades reservadas a otras entidades (...) No seduce a los oficiales en actividad la participación en funciones de gobierno, pues saben que no es desempeñando tareas dignísimas en sí, pero que en el juego regular de las instituciones han quedado reservadas a otros órganos, como el ejército logrará cumplir con la misión que le corresponde (...), *el ejército-institución no debe tener intervención alguna en la solución de los problemas de política interna*»^[145]. Lo que ocurría era bien simple: la oligarquía había instaurado su férreo sistema fraudulento-entreguista y el Ejército se hacía el distraído^[146]. Todo perfecto. Rodríguez ingresa al panteón liberal como «el hombre del deber». Que esto estaba mal, ni dudarle: había muchas cosas malas por esos años. Pero cuidado: porque detrás de todas esas lamentaciones sobre el «profesionalismo» y el «apoliticismo» del Ejército de Rodríguez, suele esconderse una línea política (no sólo presente en ciertos teóricos de la izquierda nacional —lo que no sería grave— sino también en sectores importantes de nuestro movimiento) que postula la unidad Pueblo-Ejército como herramienta insustituible para la liberación nacional. Donde el Ejército aparece como el brazo armado del Pueblo, y el Pueblo... desarmado. Es decir: *sin una organización política que posibilite sus objetivos de poder a través de la transformación de su número en fuerza*. Volveremos sobre esto.

El antiprofesionalismo de los militares del 43

Los oficiales del GOU decidieron ser la antítesis del profesionalismo^[147]. Había que actuar, introducir en el putrefacto cuerpo civil la cohesión, moralidad y unidad de fines de los cuerpos militares. Eran hombres nuevos, en todo sentido. Sus apellidos

asombraron a la oligarquía cuando salieron a luz: Perón, Ramírez, Farrell, González, Mercante. ¿De dónde venían? Eran los hijos de los inmigrantes, de la laboriosa clase media yrigoyenista que los había introducido a la vida militar buscando la ansiada meta del ascenso social. Habían participado del golpe del 30. Habían padecido los años de Justo, eran católicos, nacionalistas, simpatizantes del Eje más por formación profesional y teórica que por real identificación política. Se habían educado en los grandes textos de los estrategas germanos: Clausewitz, von der Goltz, etc. Y ahora estaban decididos a hacer política.

Pero las cosas no marchan bien. El gobierno del 4 de junio va quedando fatalmente aislado, sin ningún apoyo social. El horizonte estratégico de sus hombres es la industrialización del país, pero ninguno acierta con los medios políticos necesarios para respaldar esa empresa. La oligarquía los enfrenta con desprecio: los tilda de nazis, totalitarios, usurpadores y otras cosas que gusta decir. Del otro lado del cuerpo social, hay una presencia vital y misteriosa: el movimiento obrero. Los militares-siderúrgicos no quieren saber nada con él: esas masas repentinas y anónimas representan para ellos la anarquía, lo amorfo, la amenaza de un mundo rojo. La Secretaría de Trabajo se la dan a Perón. Y que se arregle.

Hay un hecho clave para comprender a estos militares del 43: la solemne celebración que, a tres meses de haber tomado el poder, realizan del golpe uriburista del 30. Aquí está todo. Y más se aclara la cuestión cuando advertimos que algunos desarrollistas afirman no comprender el hecho, o lo computan como un error de los oficiales del GOU. Ocurre que para esta gente, como para muchos teóricos de nuestra izquierda con alma frigerista, los militares del 43 eran muy progresistas y hasta revolucionarios. ¿Por qué? Porque eran industrialistas: amaban la siderurgia, los altos hornos, el acero. Y para un desarrollista no hay nada más hermoso que un militar siderúrgico, es la figura acabada del frigerismo: poder y desarrollo económico, en orden y (sobre todo) sin pueblo. Y también suelen compartir esta fantasía nuestros teóricos marxistas, saturados de economismo, que reducen nuestra historia al conflicto entre una conciencia agroexportadora y una conciencia industrialista, entre proteccionismo y librecambio. Así las cosas, Mosconi, Savio, Baldrich, pasan a ser grandes héroes de nuestra liberación nacional. Y (con todo el respeto que nos merecen esas figuras) *no es así*. Porque detrás de Mosconi estaba Yrigoyen, y detrás de Savio ya estaba Perón. Porque no basta ser industrialista para ser revolucionario, porque no hay siderurgia que valga si no está sostenida por un proyecto político que implique la movilización revolucionaria de las mayorías.

Si los militares del 43 festejan la revolución uriburista, *es porque se sentían sus herederos*. Estaban arrepentidos de lo que siguió a esa revolución, es cierto, de Justo, de Rodríguez, del fraude, pero no de los motivos que la desencadenaron. Uriburu, como ellos, salió de los cuarteles a poner orden, a acabar con la corrupción del aparato político. Que este aparato fuera el de Yrigoyen, y el de los oficiales del GOU el de la oligarquía, no importa aquí. Para los militares (del 30 y del 43) *eran lo*

mismo: el caos y la descomposición civil, el vacío de poder. Los militares del 43 estaban tan alejados del pueblo como los del 30. Y también como ellos eran nacionalistas de elite, clericales, principistas e infinitamente ingenuos como políticos. Si el golpe militar del 43 constituye el único acto de los nacionalistas castrenses no copado por los liberales, es porque Perón se encargó de salvarlo. Perón y el movimiento obrero argentino.

La Defensa Nacional según Perón

El pensamiento estratégico-político de Perón se elabora a través del conocimiento de las obras de los teóricos alemanes anteriores al nazismo. El libro de von der Goltz, *La Nación en Armas*, le proporciona elementos claves. Para este mariscal prusiano, la guerra era un fenómeno social, cultural y político inevitable: «Mientras las naciones de la tierra aspiren a bienes materiales, mientras traten de asegurar para las generaciones siguientes el espacio para su desarrollo, tranquilidad y respeto, mientras guiadas por grandes espíritus anhelan más allá de los estrechos límites de las necesidades diarias, de realizar ideales políticos e histórico-culturales, siempre habrá guerras»^[148]. Las naciones, en suma, deberán organizarse a través de la movilización total de sus elementos en una perspectiva de guerra.

Siguiendo esta línea conceptual, Perón, el 10 de junio de 1944, da una célebre conferencia en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. Su título «Significado de la Defensa Nacional desde el punto de Vista militar». El tema sobre el que más brillantemente se explaya es el de la industrialización: «Referido el problema industrial al caso particular de nuestro país, podemos expresar que él constituye el punto crítico de nuestra defensa nacional (...). Durante mucho tiempo, nuestra producción y riqueza ha sido de carácter casi exclusivamente agropecuario (...). La Defensa Nacional exige una poderosa industria propia y no cualquiera, sino una industria pesada. Para ello, es indudablemente necesaria una acción oficial del Estado». Y finalmente puntualiza tres conclusiones: «1.º — Que la guerra es un fenómeno social inevitable. 2.º — Que las naciones llamadas pacifistas, como es eminentemente la nuestra, si quieren la paz, deben prepararse para la guerra. 3.º — Que la Defensa Nacional de la Patria es un problema integral que abarca totalmente sus diferentes actividades»^[149].

Hasta aquí, Perón no ha dicho nada a lo cual no puedan acceder los hombres del golpe del 43. Pero detrás de sus palabras, detrás de todo ese lenguaje castrense,

extraído de los tomos frecuentemente tediosos de la Biblioteca del Oficial, empiezan ya a recortarse las rotundas masas del 17 de octubre. El concepto de *Nación en Armas* seduce al coronel Perón por la *idea movilizadora* que implica: *todos* los elementos de la Nación deben organizarse. Sólo que cuando Perón dice *todos* ya está pensando, fundamentalmente, en los sectores obreros y populares necesarios para impulsar una política. Para los teóricos prusianos (y también para los hombres del GOU), la Nación debía armarse como resultado de situaciones concretas en el campo internacional. Pero ninguno pensaba, ni por asomo, en el problema de *la liberación de las naciones*. Los prusianos, porque sólo concebían la cuestión de *la conquista armada*. Y los hombres del GOU, porque no trascendían la idea de una economía de guerra, industrialista y pujante. *Y si los más lúcidos de entre ellos llegaban a glosar el tema de la liberación de la Patria, jamás se les hubiera ocurrido relacionarlo con el de la movilización de las mayorías populares.*

Para Perón ambas cosas se dan necesariamente unidas. Y por eso comienza por hacer, ante todo, *la reforma social*. Era necesario devolverle la esperanza y la fortaleza para la lucha y la organización política a ese pueblo que acababa de atravesar los amargos años de la década infame. Movilizar significó entonces incorporar a la clase obrera y demás sectores populares al proyecto de liberación nacional y social que comenzaba a gestarse.

Perón: Presidente del Pueblo y Presidente de las FF. AA.

En octubre de 1945, el Ejército no disparó contra el pueblo. De este hecho se han extraído muchas teorías. Una de las más difundidas es la que coloca al Ejército junto al movimiento obrero y lo rescata en lo que parecería ser uno de sus momentos más gloriosos: el de la comprensión, aceptación y hasta favorecimiento de las luchas y conquistas populares. El 17 de octubre y sus hechos consecuentes entregarían el ejemplo luminoso de algo que hay que volver a conseguir hoy: la unidad Pueblo-Ejército. Para otros, desde los teóricos ultrarrevolucionarios y clasistas hasta los redactores de semanarios que atacan a Perón desde la izquierda porque está fuera de onda llamarlo fascista, para éstos, en fin, el Ejército fue infinitamente lúcido en el 45. Advirtió que Perón era una garantía contra «el bloque marxista que se estaba gestando» (¿dónde?) o «que podía gestarse» (¿cuándo?) y decidió entregar el gobierno a este compañero de armas con vocación populista y esencialmente frenadora. Porque ya se sabe: es culpa de Perón si en este país aún no se ha logrado la

expropiación de la pampa húmeda, la reforma agraria y la socialización de los medios de producción.

Pero las cosas no fueron así. El Ejército toleró la presencia del pueblo en la calle porque no hubiera sabido en nombre de qué o de quién reprimirlo. Ya no tenían una política: algunos estaban a la defensiva, otros esperando los acontecimientos. Quienes realmente conducían el proceso y determinaban sus opciones, eran Perón y el movimiento obrero y la oligarquía y sus aliados. Los hombres de armas no habían logrado elaborar nada realmente propio. El 8 de octubre, cuando encarcelan a Perón, parecen inclinarse por la oligarquía. ¿Pero podían realmente identificarse con ese sector social que los humillaba recordándoles sus anónimos orígenes y pedía —lo que ya era el colmo— la entrega del gobierno a la Suprema Corte? Jamás. Y si finalmente se inclinan por Perón es porque se trata de un compañero de armas, y porque entre un militar y un civil no hay opciones para el Ejército: siempre el militar. Y también porque Perón, aunque demasiado obrerista para el gusto castrense, no había dejado nunca de hablar —como ellos— de la Defensa Nacional, la industrialización y la siderurgia. Algo era.

Los acontecimientos que se inician el 8 de octubre tienen importancia para calibrar las relaciones *internas* entre Perón y las FF. AA. La rebelión contra el entonces Vicepresidente, Ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión, surge ya de dos focos que habrán de serle permanentemente hostiles: la Marina y Campo de Mayo (Caballería). Estas dos fuerzas las veremos aparecer repetidamente enfrentadas a Perón y a sus proyectos políticos: en octubre del 45 y en setiembre del 51 y del 55 hacen sus apariciones más notables durante la década del primer gobierno. Hoy, son las que más se encuentran al acecho e intentan condicionar al segundo.

Perón asume el gobierno el 4 de junio de 1946: todo un símbolo. Se considera el auténtico heredero y el más vigente representante de los móviles políticos del golpe militar. También, está claro, se considera el presidente de las FF. AA. Y el 17 de octubre ya lo ha consagrado presidente del pueblo. Si ambas fechas son siempre entusiastamente festejadas durante los años de gobierno, es porque simbolizan el doble poder de Perón: Presidente del Pueblo y de las FF. AA.

Primera etapa: satisfacción profesional y neutralización política de las FF. AA. (1946-1951)

Pero no hay un equilibrio real entre ambos poderes. Desde el comienzo, resulta claro que Perón ha decidido ser el presidente del pueblo hegemonizado por la clase obrera. Su verdadero poder —lo sabe— ha surgido de allí y es en el fortalecimiento de la organización popular —a la cual entrega su vida— donde habrá de consolidarse. «Los dirigentes socialistas (dice) eran burgueses que levantaban la bandera del proletariado sin gloria ni fortuna. De ninguna manera podían servir intereses de la clase proletaria los que defendían al capitalismo mediante su propia burguesía. *Si los capitalistas, con un pequeño número, han dominado el mundo, imagínense lo que serán los obreros organizados*»^[150]. A la concepción movilizadora y concientizadora de las masas a través de objetivos políticos claros, Perón adosa siempre el concepto de organización popular unido al de la liberación de la Patria. Sólo el pueblo salvará al pueblo, pero el pueblo organizado. Y el sindicalismo es la herramienta más sólida y adecuada que Perón visualiza por esos años. Es necesario, afirma, «tener sindicatos bien organizados para que defiendan los derechos de todos los trabajadores y para poder, el día que la reacción capitalista se produzca, oponer una fuerza poderosa»^[151]..

La liberación nacional y social, objetivo estratégico vigente en el peronismo desde sus inicios, tiene como eje a la clase obrera. Para Perón, esta primera etapa de la revolución debe caracterizarse por el fortalecimiento de las estructuras organizativas del movimiento obrero. ¿Qué hacer con los otros sectores sociales que acompañan el proyecto político justicialista? A la burguesía industrialista le permite desarrollarse en lo económico a través de la cobertura de una instancia estratégica clave que no podía ser asumida en ese momento por ningún otro sector: el fortalecimiento de la estructura productiva nacional. A los militares los neutraliza de distintos modos que van desde el equipamiento profesional y técnico hasta las satisfacciones de orden personal. «Dádivas y sobornos» llamaría Lonardi a estas últimas en su proclama del 17 de setiembre de 1955. Pero veamos:

Por decreto del 29/5/46 el entonces coronel Perón pasa a revistar como general de brigada con mando de tropas. «El Senado ratifica el decreto posteriormente y promueve a Perón al grado de general de división el 1.º de marzo de 1950»^[152]. Algunos días después, el 3 de junio, jefes y oficiales del Ejército le ofrecen una demostración en los salones del Colegio Militar. A través del discurso que Perón pronuncia aparecen repetidamente las palabras «profesión», «profesional» y otras semejantes. «La República Argentina (dice) puede estar profundamente orgullosa de los profesionales que forman el Ejército de la Nación». A estos profesionales, les recuerda las ventajas que a través de sus actos de gobierno ha recibido la Institución a que pertenecen: «Recibimos en 1943 un Ejército de harapientos, sin cuarteles, sin armamentos, 20 años atrás en la evolución militar del mundo (...) y devuelvo, después de varios años, un Ejército al día, aumentado y perfeccionado en sus cuadros, con una férrea disciplina, con las armas modernas que un Ejército necesita para instruirse y cumplir su misión». Pero aun aquí, en el mismísimo Colegio Militar,

Perón no retrocede y afirma algo contundente: a la revolución del 43 la salvó el pueblo. «Para mí, soldado (afirma), el momento más triste de mi vida hubiera sido si esa revolución, que habíamos provocado y producido nosotros para no fracasar, hubiera tenido que caer de nuevo en manos de esos políticos venales que vendieron al país (...) pero, afortunadamente, tenemos un pueblo que sabe que en los momentos de decisión ha de acompañar a quien lo sabe conducir y a quien sabe interpretarlo. Todo eso salvó la revolución.»^[153].

Perón sabe que en el Ejército «no está el horno para bollos». La revolución nacional instrumentaba, en ese momento, tres instancias: la movilización y organización popular, el fortalecimiento de las estructuras productivas nacionales y la neutralización política de las FF. AA. Este último proceso se desarrolló a través de la satisfacción de las necesidades de equipamiento y modernización de los cuadros militares: «Queda muy atrás el pequeño Ejército de tiempo de paz que en 1931 incorporaba sólo 25 715 conscriptos y contaba con 1935 oficiales combatientes. Siete años después de finalizada la guerra, en 1952, el Ejército solo cuenta con cerca de 80 000 hombres de tropa (77 432) y 5520 oficiales»^[154].

Perón instruye en economía a sus compañeros de armas

Pero ya en ese mismo año de 1950, comienza a notarse inquietud en las FF. AA. El motivo: la política social del peronismo. Los militares sienten que va aumentando peligrosamente el poder de decisión del movimiento obrero en la política nacional. Los políticos opositores, por otra parte, alertan a los altos mandos sobre los peligros incontrolables de la política peronista. Esa vieja y oscura desconfianza por las masas vuelve a recorrer las guarniciones.

Perón afronta la situación hablando en la comida anual de camaradería de ese año (1950). «Frente a este programa realizado (afirma refiriéndose a su política económica y social) se han levantado verdaderas campañas de rumores, de desprestigio, de calumnias de todo orden (...) Las promueven los grandes consorcios y los que siempre comerciaron con el patrimonio y la dignidad de los argentinos». Para convencer y tranquilizar a los militares decide informarlos sobre las realizaciones del gobierno *en el campo económico*. La clave del éxito ha residido en «el desplazamiento de los monopolios por la comercialización estatal de la producción». Y ahí están los resultados: se ha liquidado la deuda externa, se han comprado los ferrocarriles y teléfonos, nacionalizado los servicios públicos y los

seguros y reaseguros, y se ha cumplido un Plan Quinquenal que involucró obras por casi 6000 millones de pesos. Casi con delectación, Perón informa luego sobre los mecanismos y logros del IAPI: «Frente a la inorganicidad de nuestra indefensa economía, donde al “comprador único” opusimos miles de vendedores, la consecuencia no podía ser otra que una baja ruinosa de los precios (...) El IAPI tuvo la virtud de oponer al “comprador único” también un “vendedor único” y los precios subieron (...). Con esta valorización de la producción nacional se evitó la ruina y se impidió que los voraces consorcios monopolistas de origen foráneo se llevaran el producto del trabajo argentino al extranjero»^[155].

Perón elude hacer referencias claras a su política social y al ascenso del poder obrero. Los militares quedan relativamente tranquilos: la economía, por lo menos, va bien. Por las dudas, Perón continúa entregándoles órdenes para adquisición de automóviles.

1951: un año decisivo

En mayo de 1951, al inaugurar las sesiones del Congreso Nacional, Perón, entre muchos otros temas, vuelve a hablar de las FF. AA. Se muestra complacido por las tareas profesionales llevadas a término por los hombres de armas y les recuerda algunas de las muchas cosas que ha hecho el gobierno para modernizar la Institución. Pero lo realmente importante es esto: «Las fuerzas armadas —dice— son parte del pueblo y a su creación y sostenimiento contribuye el pueblo (...) lógico y justo es que sus organismos intenten realizar trabajos y servicios que compensen en cierta medida los sacrificios que el pueblo realiza por sus ejércitos. Las fuerzas armadas han comprendido perfectamente bien estos principios de doctrina justicialista»^[156]. Estas breves palabras sintetizan la concepción que Perón tenía de las FF.AA. y su papel hasta 1951: 1.º — Las FF. AA. no tienen nada que ver con las tareas de gobierno: gobiernan Perón y las mayorías populares hegemónicas por la clase obrera; 2.º — Las FF. AA. deben realizar —aparte de las tareas netamente militares— contribuciones en el campo industrial y social; 3.º — Nada de esto se les deberá reconocer especialmente pues es mucho más lo que el pueblo hace por ellas que lo que ellas hacen por el pueblo.

A) PAPEL DE LA BURGUESÍA INDUSTRIAL

Para determinar el juego de fuerzas que se establecía en ese año de 1951, tan crítico y decisivo para las relaciones entre el peronismo y las FF. AA., es necesario analizar brevemente el papel desempeñado por la burguesía industrial no oligárquica. Este sector, surgido a través del proceso de sustitución de importaciones, ingresa al peronismo no como grupo político estructurado sino como suma de industriales individuales pero identificados por su ligazón al aparato productivo nacional. Apoya inicialmente el proyecto peronista pero sólo en uno de sus aspectos, justamente el que le permita desarrollarse y enriquecerse: el proteccionismo económico y la ayuda financiera estatal. Pero los burgueses industriales tenían tanta desconfianza del avance de las masas como los militares: apenas advirtieron el rumbo cierto del proyecto político peronista —la gestación de un Estado nacional antiimperialista con aumento paulatino del poder popular— comenzaron a elaborar su propia estrategia. De este modo, el 3 de abril de 1950, en el Business Advisory Council de Washington, Ramón Cereijo declararía que el Estado no debe alterar los principios de la libertad económica. Y el 13 del mismo mes, en la Cámara Argentino-Norteamericana de Comercio, sería más explícito: «Argentina —era el título del discurso— ofrece inmejorables perspectivas al intercambio con EE.UU. y al aporte de la técnica y los capitales extranjeros»^[157]. Y se encargaba de tranquilizar a los posibles inversores yanquis: «Nuestro país se ha caracterizado tradicionalmente por el fiel cumplimiento de sus obligaciones. En materia financiera, figura en nuestro récord el hecho —poco frecuente— de que nunca hemos dejado de cumplir nuestras deudas internacionales por más grandes que hayan sido los sacrificios que —en alguna oportunidad— ello haya demandado»^[158]. Se refería, obviamente, al «ahorraré sobre el hambre y la sed de los argentinos», de Avellaneda.

Cereijo representaba a los técnicos que habían comenzado a encaramarse en el aparato estatal. Podían invocar a las masas, es cierto, pero jamás admitir que tomaran un poder que superara lo estrictamente necesario que un Estado debe otorgar para conseguir el consenso social. La burguesía industrialista, en suma, comenzó a buscar en la complementación con el imperialismo el reaseguro más eficaz contra el avance del poder popular que Perón impulsaba.

B) LA CLAUSURA DE LA PRENSA

Más que la huelga ferroviaria de ese año o la cuestión del estudiante Mario Bravo, lo que realmente conmocionó a los militares y constituyó una de las causas inmediatas del golpe del 51, fue la clausura de *La Prensa*. Bravo, en fin de cuentas, era un comunista. Y los ferroviarios, aunque objetivamente estaban sirviendo intereses antiobreros (cosa que no advertían los militares pues no hilaban tan fino), eran obreros. La clausura de *La Prensa*, por el contrario, tocaba los intereses sagrados de la oligarquía, sector al que se sentían histórica y espiritualmente unidos los hombres que promovieron el golpe del 51.

Y para agravar aún más el cuadro, los sectores combativos del peronismo supieron asumir el hecho con una lucidez política absoluta. Cooke, ante las voces que clamaban en nombre de la libertad de prensa, afirmó en la Cámara de Diputados el 16 de marzo: «La libertad de prensa (...) ha venido a constituir un instrumento más de aherramientamiento, de sometimiento de los pueblos coloniales y semicoloniales. ¡Qué nos vienen a hablar de libertad de prensa! El propósito es querer embaucarnos con una supuesta igualdad jurídico-formal, que es el punto de arranque de la exacerbación de la desigualdad social y económica»^[159]. Y Perón, también entonces, supo ser el más combativo de los peronistas: «Este órgano (escribió refiriéndose a *La Prensa*), por su origen, por los capitales que lo financian, por su prédica foránea y los testaferros que lo representan, es un foco de traición a la Patria (...) En este país, donde los poderes del Estado son representación genuina del pueblo y no asociaciones de intereses o delincuencias, no existe libertad para atentar contra la libertad y menos aún para traicionar al Pueblo y a la Patria»^[160].

C) LA VICEPRESIDENCIA DE EVITA

Los hechos son conocidos: en el *Cabildo Abierto del Justicialismo* del 22 de agosto de 1951, la CGT propone la candidatura de Evita a la vicepresidencia de la Nación. El 31 de ese mismo mes, Evita da un discurso por la cadena nacional de radiodifusión y, dramáticamente, renuncia. ¿Qué había pasado?

Suponer que *no hubo presiones militares* es absurdo. Las FF. AA. apenas si habían tolerado medianamente el casamiento Perón-Evita. Ya desde entonces, una actitud recelosa y casi despreciativa los había caracterizado en sus tratos con la esposa del presidente: actriz, en fin de cuentas, con todas las connotaciones de marginalidad y pecado que este adjetivo tenía por entonces (y aún suele tener) en el lenguaje militar. Si aceptamos que *no podía haber sino resistencia militar a la*

candidatura de Evita, la cuestión siguiente es ésta: ¿tenían los militares tanto poder como para vetar la propuesta de la CGT? Si no lo tenían: Evita renunció por propia decisión. Si lo tenían: Evita no tuvo otra opción que renunciar.

Para nosotros, el poder militar, en ese momento, era superior al que habría de derrocar al gobierno del pueblo en 1955. Primero: porque Perón aún no se había propuesto debilitar al Ejército como comenzó a hacerlo después del golpe del 51. Segundo: porque *todos* los militares —salvo una que otra excepción que no hace sino confirmar nuestra tesis— se opusieron a la candidatura de Evita. Que la CGT era, en ese entonces, mucho más fuerte, combativa e infinitamente menos burocratizada que en el 55, también es cierto. *Pero no era todavía lo suficientemente poderosa como para poder imponer la medida revolucionaria que había impulsado, y éste fue su gran error.* Si hay algo imperdonable en política es la carencia del *criterio de oportunidad*, que es el criterio político por excelencia, pues eso es la política: justeza, equilibrio, el filo de la navaja. *Una propuesta, por más revolucionaria que sea en sí misma, es siempre reaccionaria si está hecha al margen de la cuestión del poder para imponerla, pues conduce a las masas a la derrota y el desaliento.* Entre las lamentaciones de los burócratas para los cuales nunca están dadas las condiciones y las estridencias de los *ultras* para los cuales hay que hacerlo todo ahora, se despliega la línea estrecha y difícil del acto revolucionario.

Evita vicepresidenta, siempre unida al pueblo a través de la Fundación, era una garantía de auténtica profundización del proceso revolucionario: uno de los intentos más radicales por copar el poder del Estado. ¿Cómo no iba a querer Evita la vicepresidencia? Sólo una concepción exclusivamente *basista* puede interpretar que corría el peligro de burocratizarse. ¿Burocratizarse Evita? Ni dudarlo: jamás. Pero no por esto dejó nunca de advertir la importancia de la lucha por el aparato del Estado. *No hagamos de Evita, compañeros, solamente una llamada de pasión revolucionaria porque entonces sí, también nosotros, vamos a contribuir a convertirla en un mito.*

Si los militares reaccionan contra esa candidatura, es porque saben que representa la concreción militante del poder popular en ascenso. Ante este peligro, abandonan su vigilia profesionalista y enfrentan, por primera vez, al gobierno popular. El segundo enfrentamiento es el del general Menéndez y los oficiales de Caballería de Campo de Mayo.

D) EL GOLPE DE LA ESCUELA DE CABALLERÍA

Desde el 8 de octubre del 45, Perón sabía que sus enemigos más incondicionales dentro de las FF. AA. estaban en la Marina y la Caballería. No estará de más analizar por qué.

La Marina, donde todavía se llora la muerte de Nelson, no ha encontrado sino motivos para olvidar la vocación independentista del legendario almirante Brown. Luego de la constitución liberal del país, su tarea se redujo fundamentalmente a vincularse con los mercados ultramarinos compradores de nuestras materias primas. Es decir, con el Imperio. Los hombres de mar, ya alejados del país *físicamente* por las necesidades del oficio, comienzan también a enajenarse en lo cultural: los oficiales, antes que hijos de la Patria, se sienten embajadores de la Patria, y como tales se dedicarán desde siempre a cuidar sus maneras de mesa para comportarse dignamente en los ágapes ofrecidos por los altos jefes y oficiales del Almirantazgo británico. La tradición del mar, por otra parte, es la tradición de Inglaterra, Reina de los mares, lo cual alejó aún más a nuestros marinos de las tradiciones nacionales y terminó generando en ellos una actitud hostil y extranjerizante.

En cuanto a la Caballería, ya a Lavalle le habían advertido que nada tenía que ver con ella la política. El general Lanusse acaba de comprenderlo recientemente. Perón, por otra parte, *en tanto coronel de Infantería*, buscó siempre sus apoyos en este sector del cual extrajo sus dos únicos ministros de Guerra (entre 1946-1955) y todos los comandantes en jefe del Ejército hasta 1953. Asimismo, los militares más adeptos al gobierno popular habrán de surgir de este sector: Tanco, Embrioni, etc. En 1955, en carta al general Lagos —comandante de la rebelión en Cuyo— Lonardi confesaba: «Nuestra crisis es de Infantería» (*La Nación*, 22/11/58).

Según sus promotores, el golpe del 51 tenía dos motivos centrales: a) no «permanecer impasibles ante este proceso de descomposición general»; b) impedir que se produzca en la República el «derrumbe total de aquellos valores sustanciales que concitaron siempre la consideración y el respeto de los pueblos civilizados»^[161]. Y ya sabemos cuáles son estos «valores sustanciales». Los mismos, por de pronto, a que hacen referencia quienes hablan hoy de «gobierno de las mayorías con respeto por las minorías» o afirman que desenvainarán nuevamente la espada para defender los intereses de la democracia. Es decir, de las clases dominantes y el imperialismo.

Las masas peronistas, apenas tienen noticias del golpe, salen a la calle decididas a impedir el libre acceso de los tanques y efectivos rebeldes a la capital: se apoderan de varios colectivos y levantan barricadas en los cruces de acceso a la ciudad. El general Ángel Solari, leal al gobierno popular, comentaría años después, entre asombrado y desdeñoso, la actitud obrera: lo de las barricadas era «una orden absurda», no sabía realmente quién podía haberla impartido. Claro está: la represión a los rebeldes militares era cuestión de los militares, un asunto estrictamente profesional. ¿Qué tenía que ver el pueblo con eso?

Segunda etapa: hacia la disolución del ejército profesional (1952-1955)

El golpe del 51 cambia la situación por completo. De aquí en más, el Ejército deberá abandonar su postura profesional. Ya no se le exigirá que defienda las fronteras y la soberanía territorial de posibles ataques. O al menos, no solamente se le exigirá esto. Ahora el Ejército debe ingresar a la revolución peronista como uno más de sus pilares: debe, en suma, defender al gobierno. «El concepto de lealtad (escribe Rouquié) va a sustituir al de subordinación constitucional, la adhesión a la doctrina justicialista y a la persona del presidente serán pronto parte de los nuevos deberes militares»^[162]. En los actos del 17 de octubre de ese año 51, la CGT exhibe su poderío de convocatoria: se festejan, simultáneamente, la derrota del golpe militar y el seguro y cercano triunfo electoral de noviembre. El Ejército participa de los festejos y la CGT distribuye medallas de la lealtad a los oficiales que reprimieron a los rebeldes: el poder militar aparece claramente subordinado al poder sindical. Perón resuelve también promover el *estado de guerra interna*. Su artículo 2.º es contundente: «Todo militar que se insubordine o subleve contra la autoridad constituida o participe en movimientos tendientes a derrocarlas o desconocer su investidura será fusilado inmediatamente» (noviembre de 1951). La severidad de este artículo pretendía evitar para el futuro las penalidades relativamente leves que los rebeldes del 51 habían recibido de sus compañeros de armas. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, a pesar de las presiones peronistas, condenó a Menéndez a sólo 15 años de prisión. Fue la pena máxima dictada contra los insurgentes. «Estupor ante el fallo», tituló *Democracia* su editorial del 4 de octubre. La cuestión era clara: los militares seguían decididos a arreglar entre sí las cuestiones que consideraban internas.

Con anterioridad al golpe del 51, Evita, como parte de su plan de creación de milicias populares, comenzó el adoctrinamiento dentro del Ejército a partir de los suboficiales. «Inició un viaje por todo el país (escribe el compañero Dardo Cabo) y visitaba cada guarnición; luego de la visita protocolar al Casino de Oficiales, se dirigía expresamente al de los suboficiales, “ahora vamos a ver a los nuestros” dijo en más de una oportunidad a los miembros de la comitiva»^[163]. La medida era por demás atinada: si por algún flanco iba a ser posible controlar políticamente al Ejército, ése era, sin duda, el de los suboficiales, cuyos orígenes los vinculaban con los sectores obreros y medios de la población. La ley de 1947, por otra parte, destinada a promover becas que facilitarán el acceso de los sectores humildes a los Liceos castrenses, fue un paso decisivo para la democratización del Colegio Militar. «Mientras tanto, el presupuesto militar disminuye año tras año hasta un 15 por ciento de los gastos estatales en 1955. Se promueve, *para compensar un déficit en los haberes del personal*, la función empresarial del Ejército y demás armas merced a la

ley de autoabastecimiento que permite *no aumentar el presupuesto*, y, transformando al soldado en labrador, *promover la producción agropecuaria e industrial, la explotación de los bienes a su cargo (...) y el autoabastecimiento de la institución*. Esta ley, que se sumaba la baja en el presupuesto y a la utilización de los suboficiales en la Fundación Eva Perón y las oficinas del movimiento, añadida a la amenaza vaga y lejana de la creación de milicias armadas, hace pensar a muchos oficiales que la hora de la disolución del Ejército se acerca.»^[164]. Y no estaban tan equivocados. Perón, decidido a incorporar al Ejército a su proyecto político, sabe, sin embargo, que no puede confiar demasiado en él y comienza a debilitarlo. Y en cuanto a las milicias armadas, siempre fueron algo más que una amenaza «vaga y lejana».

Las milicias populares

Sus primeras acciones se desarrollaron a través de los llamados *jefes de manzana*, cuadros de probada convicción y militancia peronista, que realizaban operaciones de vigilancia y control en determinados sectores de la ciudad. El llamado *operativo cruz* constituyó su manifestación más estridente. Cierta mañana, varias casas de la Capital aparecieron pintadas con cruces: era la señal con que los jefes de manzana designaban a los opositores de las zonas a su cargo. Un terror infinito envolvió al gorilaje y muchas valijas se prepararon ese mismo día. Otros habitantes, sin embargo, que no eran gorilas y que hubieran podido y debido ser captados por el peronismo, también se aterrorizaron. Y no sin alguna razón: el poder de los jefes de manzana fue a menudo personalista y arbitrario. Gorila o no, solían pintarle la casa a quien más bronca le tenían.

La formación de milicias populares comenzó a ser impulsada por Evita luego del regreso de su exitoso itinerario europeo. Convocó a su despacho de la Fundación a aquellos dirigentes sindicales que mayor confianza le merecían. No le fue difícil conseguirlos, pues no escaseaban hombres de valor en aquella CGT aún no atacada por Méndez San Martín, Borlenghi y Atilio Renzi, y a cuyo frente no estaban todavía hombres como Vucetich o Di Pietro. «El Secretario de la CGT (escribe Dardo Cabo) solicitó a todas las organizaciones sindicales agremiadas que confeccionaran un padrón con los obreros que estuvieran por incorporarse al servicio militar. De ellos, se seleccionarían los más formados política y sindicalmente para que ejercieran funciones de delegados de cuartel cuando fueran soldados. A más, cada sindicato también debería seleccionar un número de activistas —que iban desde los doscientos

en las organizaciones grandes a cincuenta en las chicas— para comenzar la instrucción de los futuros oficiales de milicias. Evita mandó comprar a la fábrica Ballester Molina mil pistolas mientras gestionaba con la familia real de Holanda — con la que trabó amistad durante su viaje— el envío de un barco con armamento en más cantidad y más peso».

La presión militar fue inmediata. Sosa Molina y Lucero, que eran realmente dos de los hombres más leales al gobierno dentro de las FF. AA. (aunque ya veremos los límites exactos de esta lealtad), visitaron a Perón y se manifestaron indignados. «Especialmente Sosa Molina, con exaltación, hizo el planteo al presidente. Calificó el proyecto como atentatorio y destinado a producir la anarquía en las FF. AA.; los delegados por cuartel lo enfurecían y la captación de los suboficiales hecha por Evita lo hacía transpirar»^[165]. Porque desde ese año de 1951, ya las FF.AA., *leales y gorilas*, habían comenzado a recorrer el camino que las llevaría al 16 de setiembre del 55.

Las FF. AA. en su totalidad derrocan al primer gobierno del pueblo peronista

De los hechos de setiembre del 55 debemos los peronistas extraer enseñanzas fundamentales: cómo perdimos ese gobierno y qué será necesario hacer para no perder el que acabamos de conquistar. La madurez organizativa y política de nuestro movimiento nos permite hoy revisar con total libertad esos sucesos y capitalizarlos para las luchas políticas del presente.

En 1955, el poder organizativo y movilizador del movimiento peronista era ostensiblemente más bajo que en años anteriores. Lo que seguía inalterable y vigente era la conciencia política y social que habían generado las masas. El contrato con la California, por ejemplo, desata un formidable debate público. Y no nos referimos a los chillidos histéricos del gorilaje (¡eran grandes nacionalistas y patriotas por esos días quienes después traficaron el país!), sino al debate que se lleva adelante en el seno mismo del movimiento peronista. Contratos como ése (mejor dicho: infinitamente peores, pues el de la California no era malo y estaba respaldado por un gobierno popular) se firmaban antes en la penumbra, sin que nadie llegara casi a enterarse de la traición perpetrada. Sólo la acción revolucionaria y concientizadora del peronismo permite entender que la firma de un contrato, aparentemente lesivo

para nuestros intereses, generara un debate público y apasionado sobre el tema de la soberanía nacional.

Las fallas de aquel gobierno heroico estaban ahora en su escaso poder organizativo y movilizador. El peronismo, que había surgido de una coyuntura histórica capaz de generar cosas tan buenas como malas, que había tomado entre sus manos esa coyuntura para hacerla jugar en la dirección del fortalecimiento productivo nacional y la organización política de la clase obrera, que había sido el auténtico sujeto de la historia por su poder, para transformarla de acuerdo con un proyecto político determinado, era ahora objeto, inercia pura. Y por una razón muy simple: ya no tenía capacidad para generar hechos nuevos.

Los burócratas se habían apoderado casi totalmente del aparato político y sindical. «Necesitamos hombres para servir a los puestos (decía Perón), no para que se sirvan de ellos». Y también Evita confesaba a menudo que no le temía tanto a la oligarquía que había sido derrotada el 17 de octubre, como a la que podía surgir en el corazón mismo de los dirigentes peronistas. Su muerte constituyó una pérdida irreparable para la lucha contra la burocracia pactista.

Es necesario comprender (para no caer en una visión ahistórica del proceso) la enorme soledad que padecía aquel gobierno popular peronista en aquella América de los años 50. Su aislamiento internacional, las presiones y ataques del imperialismo y el cipayaje nativo, la indiferencia profesionalista de las FF. AA., lo condujo —en los últimos años— a generar un Estado autoritario y defensivo que pudiera asegurar la paz social necesaria para proseguir la tarea que lo justificaba históricamente: *la organización política de la clase obrera, instancia fundamental a la cual Perón refirió siempre la posibilidad o no del cambio revolucionario*. Pero un Estado autoritario-represivo tiene sus enormes riesgos y nuestro primer gobierno los padeció casi todos. Pues no sólo no aseguró la paz social —lo cual no hubiera sido tan grave—, sino que frenó el proceso de organización popular. Y esto sí, era grave. Un Estado de este tipo, asediado sin tregua por sus enemigos, tiende a colocarse a la defensiva y a fortalecer sus estructuras internas, con lo cual se condena a una inercia casi absoluta. La consigna es defender lo conquistado, lo propio, mostrar los riesgos imprevistos que implica todo cambio y, de inmediato, impedirlo. Es la hora de los burócratas, de los adulones y alcahuetes que Perón lamentaba encontrar siempre a su lado. De aquellos mismos que llenaron el país con sus bustos y retratos para suplantar su figura de líder obrero y combativo por la del Presidente estático, oficial, fatalmente alejado de las masas^[166].

Menos aún podía esperar Perón de las FF. AA. Habían reprimido el golpe del 16 de junio, es cierto, y hasta Lucero (en presencia de los entonces *generales leales* Aramburu, Videla Balaguer, Bengoa, Uranga y Lagos) había entregado a Perón el *Decálogo del Soldado*. Pero la cosa no daba para más. Las FF. AA. (y ya lo veremos mejor) son, ante todo, una Institución, y esto es lo que básicamente intentan salvar siempre sus integrantes. Los generales leales a Perón, por mero profesionalismo,

reprimieron hasta donde no corría el peligro de quebrarse la estructura disciplinaria y jerárquica de la Institución. Más allá, se replegaron y dejaron paso a los rebeldes. Si entre nuestros militares no han habido casi encuentros sangrientos, no es porque sean cobardes (estúpida teoría pequeñoburguesa y torpemente antimilitarista que para nada sirve) sino porque priva siempre entre ellos la tendencia al acuerdo antes que al enfrentamiento. Sus conflictos se resuelven de dos modos: a) si ambos grupos contendores están igualmente decididos en sus actitudes, se procede a la evaluación de las fuerzas con que cuenta cada uno y cede posiciones el que menos efectivos ha nucleado; b) si uno de los grupos está más decidido que el otro en sus propósitos y móviles de acción, el triunfo es suyo aun cuando el otro sea más poderoso desde el punto de vista estrictamente militar. Esto fue lo que pasó en setiembre del 55: el Ejército leal era más poderoso que el rebelde, pero, contrariamente a éste, no estaba de ningún modo decidido a la lucha. Lo deja hacer, entonces, y se convierte en cómplice de sus acciones.

La renuncia que Perón eleva a la CGT para provocar la concentración del 31 de agosto, el fogoso diálogo que se establece entre el líder y las masas, la designación antiburocrática de Cooke como interventor del Partido Peronista en la Capital Federal, son todos hechos valiosos pero tardíos: la suerte estaba echada. Así las cosas, Perón hizo exactamente lo que tenía que hacer: irse, optar por una retirada estratégica que le permitiera reorganizar el movimiento desde la resistencia. Afirmar que abandonó indefensa a la clase obrera es una canallada: le dejó sus organizaciones y una conciencia política lo necesariamente fuerte como para enfrentar a burócratas y explotadores. Afirmar que hubiera debido darle armas, es confundir nuestra historia con un *western* o una película de Eisenstein, porque, entonces sí, Perón hubiera entregado a los obreros al martirologio y la masacre. Nuestro conductor estratégico es de aquellos hombres que creen que la revolución, aunque a veces estalla, no es estallido sino proceso: el proceso de la liberación nacional y social a través de la organización y movilización revolucionaria de las mayorías. Bajo su conducción, a 18 años de aquel setiembre del 55, hemos reconquistado ya el gobierno. Ahora buscamos el poder.

SEGUNDA PARTE:

Cinco puntos contra el Socialismo Nacional

Del 55 al presente, el Ejército atraviesa una de las etapas más oscuras y crueles de su historia. Inicialmente, Aramburu y Rojas encuentran directa inspiración en el Ejército exterminador de Mitre, el mismo que asoló las provincias después de Pavón afirmando llevar a cabo una «guerra de policía». La maniobra era clara: al considerar al adversario, gaucho montonero, como «salteador» o «delincuente común» se lo apartaba de las leyes de guerra, es decir, de las leyes humanas, y ya nada impedía su brutal exterminio. Para emprender esta tarea, sin embargo, Mitre tuvo que apoyarse en oficiales extranjeros: Rivas, Flores, Arredondo y Sandes eran uruguayos, integrantes del Partido Colorado, mercenarios que cubrieron de sangre nuestro interior mediterráneo. La *Fusiladora*, por el contrario, no tuvo necesidad de recurrir a extranjeros: fueron argentinos quienes admitieron y promovieron la matanza de obreros en los basurales de León Suárez y fusilaron a un general de la Nación.

De estos últimos años, sin entrar a analizar nada, evocaremos solamente algunas imágenes que han quedado grabadas en la paciente pero estremecida conciencia del pueblo. El golpe del 62, azules y colorados, los tanques por las calles sin que nadie supiera por qué, ese farsesco gobierno de Guido, la obsecuencia ante el Pentágono y la OEA, la «revolución argentina», Onganía llegando en carroza descubierta a la Sociedad Rural, Onganía jugando al polo con el príncipe Felipe, la Junta de Comandantes informando al pueblo —por radio y televisión, un sábado a la tarde— que habían elegido un nuevo presidente y que venía de EE. UU., el Ejército represor, antiobrero, movilizador de huelgas, el Ejército proscriptivo, negador del peronismo y difamador de su líder, el Ejército paternalista, mesiánico, el que a través de Lanusse pidió al pueblo que reflexionara —ante el inminente regreso de Perón— sobre el incierto destino que podría aguardarle si no estuvieran los hombres de armas para protegerlo. Para protegerlo, justamente, de su líder.

A partir de 1955 las concepciones estratégicas de las FF. AA. comienzan también a efectuar virajes de importancia. Los mismos no alcanzan a ser formulados claramente sino hasta ya avanzada la década del 60. No podía ser de otro modo: los altos mandos se habían desgastado hasta entonces en pugnas internas. El ala ultragorila y el ala integracionista discutían la dirección del proceso de desperonización del país. Una vez concluido el conflicto entre azules y colorados, comienzan a imponerse ciertas concepciones comunes a ambos grupos aunque más explicitadas por el bando azul. Se abandona la doctrina de la *defensa nacional*. Deja ya de tener importancia la posible agresión de un enemigo externo: los pactos internacionales con la potencia hemisférica hegemónica permiten a los militares argentinos abandonar la defensa exterior de las fronteras en manos del Pentágono. Para ellos, la cuestión es, ahora, interna: *el enemigo se encuentra dentro de las fronteras nacionales*. Se trata, ni más menos, que de la «subversión». Esta interiorización del enemigo determina que el concepto de *Seguridad* reemplace al de *Defensa Nacional*. Los presupuestos industrialistas de los militares del 43 son mantenidos, pero no a través de una doctrina de fortalecimiento de la Nación ante el

posible agresor externo, sino como requisito fundamental para lograr un desarrollo económico capaz de disolver los conflictos internos y dejar sin margen de *protesta social* a la agitación subversiva. Los conceptos de *Desarrollo* y *Seguridad* pasan así a complementarse a través de un mismo objetivo que los militares, con escasa medida, llaman «nuestro destino de grandeza». No les fue muy bien con todo esto.

Ahora están desorientados. Más de seis millones de votos pesan en los proyectos y la conciencia de nuestros militares como un dato irreductible. Ese hombre, Perón, ese general degradado sobre quien pesan las acusaciones más atroces que hayan formulado alguna vez los altos mandos, ese soldado cobarde, abyecto y lujurioso, ese ladrón que enajenó los fondos de la patria para construirse un exilio dorado, ese hombre a quien Lanusse insultó infinitas veces recorriendo las guarniciones del país, ha sido consagrado, alegre y abrumadoramente, por la mayoría del pueblo argentino. ¿Cómo es posible? Lentamente, los cuadros de las FF. AA. vuelven a entrar en estado deliberativo. Ya veremos qué es lo que el peronismo puede y debe esperar de esta actitud.

El proyecto militar 1973: Cámpora al gobierno, el Ejército al poder

Poco antes de las elecciones del 11 de marzo, el comandante del Primer Cuerpo de Ejército, general Sánchez de Bustamante, deslizó, ante un auditorio que aún no había almorzado, una serie de conceptos sobre la situación política del país. Expresaba no solamente su opinión sino la de los altos mandos de las FF. AA. en general.

Hablar de política a hombres subordinados, tiene sus riesgos. Los mandos militares argentinos, pese a ser profesionales de la política, son escasamente afectos al espíritu de deliberación entre sus cuadros. El general Manuel Rodríguez, ejecutando el plan de las clases dominantes, extremó sus desvelos en profesionalizar a las FF. AA. para hacerles olvidar que habían sido ellas, justamente, las determinantes del hecho de poder que había entronizado nuevamente a la oligarquía. Cumplida la tarea restauradora, los hombres de armas debían volver a los cuarteles y dejar el gobierno en las expertas manos de los ganaderos. Hoy, sin embargo, las cosas son notablemente más complicadas. Luego de largos años de fracasos estratégicos, chirinadas insignificantes o vacías grandilocuencias, los generales no pueden sino

hablar de política.

Insistirán, sin embargo, en inculcar el más amado de sus valores: la disciplina. Citando a un general alemán, Sánchez de Bustamante enumera los «cuatro pilares básicos del edificio militar: disciplina, organización, reclutamiento e instrucción»^[167]. Y si alguien quisiera preguntarle sobre el orden prioritario de estos valores, no vacilaría un instante en conceder el lugar primero a la disciplina. «Disciplina, organización, reclutamiento e instrucción apuntan en pro de esto: a la disciplina. Como que en la instrucción misma el orden cerrado tiene importancia sólo porque crea el hábito de la obediencia mecánica». Es la idea más acariciada por nuestros generales: las FF. AA. como Institución cerrada, monolítica, no deliberativa, ajena al cambio y las turbulencias de la vida civil, eternamente igual a sí misma. Pero a más de cuarenta años en que los militares llevan haciendo política, ya no alcanza la mera disciplina para lograr la obediencia mecánica. Ahora, más que nunca, hay que hablar, adoctrinar.

«¿Qué significa no retornar al pasado? (pregunta a sus subordinados este comandante). Eso ha sido escuchado por Uds. en repetidas ocasiones: que el año 30, que el golpe de Estado, que el 1943 (...) Pero, esencialmente, nadie puede llamarse a engaño que cuando hablamos de un no retorno al pasado nos estamos refiriendo al peronismo, al peronismo como régimen, al peronismo como expresión política de la arbitrariedad en el ejercicio de gobierno». Existen, sin embargo, ciertas técnicas cuidadosamente elaboradas por las camarillas ministeriales, que permitirían al peronismo ingresar al cuerpo democrático sin corromperlo. ¿Cómo anhela este comandante que se comporte el movimiento de masas? Así: «Como partido justicialista sujeto a las reglas de juego que están expresadas en el estatuto de los partidos políticos». ¿Será posible esto? Sólo hasta cierto punto, porque este general cree advertir hoy que el peronismo «se presenta con un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad, que llama a preocupación a los hombres de armas y a los hombres de orden, y también a los hombres de orden que hay dentro de sus propias filas». Todo esto determina que, ante la gravedad de esta encrucijada histórica, el comandante del Primer Cuerpo de Ejército desgrane con inusitada franqueza sus conclusiones políticas: «La única garantía que el Ejército puede tomar es consigo mismo. Ésa es la gran garantía para el país y para las FF. AA.: que las FF. AA. se comprometan consigo mismas a hacer que determinados valores y determinadas pautas continúen rigiendo en el país, más allá de la transferencia del poder (...) E incurriendo en una tremenda heterogeneidad democrática, y frente al eslogan de “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, yo le antepongo éste: “Cámpora al gobierno, el Ejército al poder”».

Los cinco puntos de la camarilla militar

Los famosos *cinco puntos* de los altos mandos militares constituyen un intento por fijar constitucionalmente las dos consignas estratégicas con que han enfrentado al peronismo en esta coyuntura: a) «no permitir que se retorne a los vicios del pasado» (reafirmada en la reunión de almirantes del 20/3/73); b) «gobierno de las mayorías con respeto por las minorías». Esta cuestión de los «vicios del pasado» pretende hacer referencia a aquello que se ha dado en llamar «el régimen peronista». Pero no hay que engañarse: lo que en el fondo molesta no es, por ejemplo, que se le haya puesto el nombre de Perón a las calles, plazas o provincias del país, porque la gran burguesía y los monopolios son muy capaces de digerir estas cosas si no se tocan sus reales intereses, y también de hacérselas digerir (medios de difusión mediante) a nuestra emotiva clase media, tan celosa de su individualismo y libertad de conciencia. No son éstos los «vicios del pasado» que molestan a quienes detentan el poder en la Argentina (aunque suelen escudarse en ellos), sino que lo que temen es una determinada política que el peronismo implica por esencia: la de la movilización revolucionaria de las mayorías. Porque no hay visión más estremecedora para las clases dirigentes que la del pueblo protagonizando la historia.

La segunda consigna, la que establece el juego democrático entre mayorías y minorías, escamotea intencionalmente el tema del poder. Porque una cosa es la inocente y teórica minoría de la mermelada democrática, cuya función sería dialogar en el parlamento sobre las libertades cívicas, y otra muy distinta es la minoría real, concreta, entreguista y represiva, que domina en la Argentina los resortes del poder. A esta minoría sólo podrá respetarla el peronismo al elevado costo de negar su destino revolucionario.

Toda una corriente inserta en nuestro movimiento intenta hoy hacernos pagar ese precio. Son los que, acordes con los organigramas del régimen, intentan transformar al movimiento en partido justicialista, atraparlo con las redes de la partidocracia liberal mutilando el proyecto de trascenderlas —como ha hecho siempre Perón— a través de una estrategia de poder. Peronistas de hace dos horas, planificadores socialdemócratas, *hablarán de nuestro socialismo nacional sólo para demostrarnos que de tan nacional que es... no tiene nada de socialismo.*

El socialismo nacional, sin embargo, no es una concepción estratégica que Perón haya adosado últimamente a su doctrina para ponerla a tono con los tiempos que corren. Es el proyecto político presente y vigente en el pueblo peronista desde el 17 de octubre de 1945, cuando las masas se movilizaron dispuestas a hacer la historia por su cuenta. Por eso, no es una cuarta bandera que agregamos hoy a las de Justicia, Liberación y Soberanía, sino que constituye la síntesis más profunda del proyecto político de poder popular que animó al peronismo desde sus orígenes.

El concepto de socialismo nacional está llamado a convertirse en el horizonte estratégico de nuestras luchas presentes, porque representa la necesaria actualización

que nuestro movimiento ha hecho de sus banderas de lucha. Entendiendo por actualización, no el pasaje a una etapa cualitativamente superior, sino la puesta en evidencia de las tendencias que expresó el peronismo en casi treinta años de lucha. Y si rechazamos el concepto evolucionista de «etapa superior», es porque creemos — como creía Hegel— que el todo es esencialmente resultado pero con aquello de lo cual resulta: si hoy hablamos de socialismo nacional es porque otros compañeros, ayer, fortalecieron los sindicatos, nacionalizaron la economía, movilizaron al pueblo, etcétera.

Volvamos, orgullosamente, a nuestros heroicos «vicios del pasado»: a la firme determinación de socavar el poder del imperialismo y sus agentes a través de una política de liberación apoyada en las mayorías. *Porque si gobernar es movilizar al pueblo en una perspectiva de poder, no habrá entonces reconstrucción nacional sin socialismo nacional.*

La unidad Pueblo-Ejército y el proyecto político de la burocracia pactista

En febrero de 1971, el entonces Secretario General del Movimiento Nacional Justicialista perpetró un informe (*Elementos de trabajo para encarar las soluciones argentinas*, se llamaba) en una de cuyas páginas podía leerse lo siguiente: «Las fuerzas armadas olvidaron que el Justicialismo había nacido en su seno». Esta falsedad era, sin duda, un reproche a las FF. AA., pero también una tierna invitación para que volvieran a ingresar en lo que este potable Secretario General llamaba «el juego grande». Era necesario, en suma, restaurar aquella suave armonía del 45, cuando las FF. AA. no sólo entregaron un líder a las masas, sino que las acompañaron y las protegieron contra el poder de la oligarquía. Y el informe del «gran olvidado del 11 de marzo» concluía como sigue: «Las fuerzas armadas deben reintegrarse al pueblo que fue el suyo antes que sea demasiado tarde (...) El destino de la Patria deben elegirlo todos sus hijos. Que los que tengan la fuerza la usen, pero para ayudar a reconquistar su dignidad de ciudadanos a los que no tienen la fuerza. El pueblo argentino devolverá con creces, como siempre lo ha hecho, los gestos de nobleza y amistad si las fuerzas armadas vuelven a ser *sus* fuerzas armadas».

Para una visión burocrática de las luchas sociales, el pueblo siempre está indefenso, pues eso es la burocracia: la negación de toda organización auténtica,

única fuente del poder popular. Las masas peronistas, para el burócrata, deben aportar número y no fuerza, un consenso aterciopelado sobre el cual puedan extenderse los sueños socialdemócratas de los pactistas traidores. Aquel delegado que tuvimos gustaba hablar, en los programas de TV o en las reuniones de empresarios, del «fin de las antinomias», excelso instante de la historia en el cual Ejército-Pueblo y Burócratas dejarían atrás los odios del pasado y comenzarían a marchar juntos, poniendo el Ejército la fuerza, los Burócratas los planes de gobierno y el Pueblo — por supuesto— el consenso. Y nada más.

Conclusiones: ¿Qué podemos y debemos esperar los peronistas de las FF.AA.?

En setiembre de 1806, Liniers hizo publicar un bando que llamaba a las armas a los hombres de 16 a 50 años. Formado por vecinos aguerridos y anónimos, enfrentando al agresor imperial en defensa de la soberanía de la Patria, nuestro Ejército tuvo, en verdad, un origen glorioso. Esta tradición se continúa en las luchas independentistas sanmartinianas, en la firma del *Acta de Rancagua* por la cual el Ejército libertador rehúsa convertirse en el brazo armado de la burguesía portuaria y reanuda su marcha hacia el Perú desobedeciendo al Directorio, en la sublevación de la *Posta de Arequito*, cuando los hombres del Ejército de Belgrano, liderados por el general Bustos, se niegan también a combatir contra los caudillos federales, cuyas montoneras, formadas por los pueblos de las provincias interiores, eran ya la recreación militante de los dos elementos que dieron origen y gloria a nuestro Ejército: su composición popular y su proyecto político de independencia nacional. Facundo, el Ejército rosista de la Vuelta de Obligado, Peñaloza, la montonera de Varela formada por los desertores del Ejército-represor mitrista, son los testimonios históricos de una triple equivalencia conquistada desde el campo popular: Pueblo-Ejército-Liberación. Esta línea política se encuentra hoy ausente en las FF. AA.

La que sí está presente es la de Fray Luis Beltrán (es decir, la que concibe al Ejército como protagonista del desarrollo industrial), *pero sin el proyecto político de liberación nacional que ubicaba al histórico fraile junto a San Martín*. «Los apologistas de Perón (escribe Félix Luna) y del gobierno militar que posibilitó su encumbramiento, no han señalado que el momento más glorioso de esa crónica ocurrió el 11 de octubre de 1945, cuando la primera colada de hierro producida en el

país saltó en el alto horno de Zapla, en Jujuy»^[168]. Para nosotros, claro está, ese momento fue el del 17 de octubre, cuando las mayorías populares se movilizaron para imponer una política de liberación nacional. Y es que para el frigerismo (lo hemos visto) no puede haber figura más seductora que la del general industrialista: Mosconi y Savio serán los padres de la Patria. Lo cierto, sin embargo, es que aun en estos generales de innegable patriotismo, el problema de la industrialización estaba relacionado con cuestiones de estrategia militar antes que con la liberación de la Patria. Y mucho menos aún, con la movilización popular. Los escritos de Savio son hoy publicados por el general Guglielmelli, militar desarrollista, heredero del GOU, a quien suelen visitar los burócratas de nuestro movimiento para sugerirle las delicias de la unidad Pueblo-Ejército.

El círculo se cierra y el panorama parece bastante sombrío. ¿Y la oficialidad joven? ¿Y los suboficiales? ¿No es posible esperar algo de ellos? ¿No hay acaso oficiales peronistas? Que debe haberlos, no lo vamos a negar. Pero no es ésta la cuestión. Sería de una peligrosa e imperdonable ingenuidad, elaborar una teoría sobre las posibilidades revolucionarias de las FF. AA. en base a casos individuales. Hay que comprender que las FF. AA. constituyen, ante todo, una estructura institucional, cuidadosa de sus estamentos jerárquicos y escasamente sensible al cambio, cuyo ideal más secreto es parmenídeo: ser lo que se es, con sobriedad y rigor. Esta cerrazón institucional —unida a una concepción autoritaria y jerárquica de la vida que les dificulta aceptar ideas de participación social igualitaria— acaba por convertirlas en el instrumento ideal para la defensa del orden establecido. *Es muy difícil que puedan generar el cambio a partir de sí mismas, y esto es lo que determina que el centro de gravedad del problema sobre la posible participación de las FF. AA. junto al pueblo en un proceso de cambio revolucionario, no esté en las FF. AA. sino en el pueblo mismo en tanto fuerza organizada y combatiente.*

Casos individuales, hay que insistir en recordarlo, fueron los de los generales Valle, Cogorno y Tanco, cuya heroicidad ejemplar no alcanzó para frenar el golpe del 55 ni para eludir la trágica derrota de junio del 56. Oficiales jóvenes tampoco faltan, pero hay que reconocer que detrás de la esperanza que suele depositarse en ellos, se esconde una concepción idealista y romántica que identifica, abstractamente, el concepto de juventud con el de revolución. Y en cuanto a los suboficiales, si bien es innegable su extracción popular, no hay que dejar de lado el poder de las FF. AA. como instituciones formativas, sólidamente basadas en el adecuado adoctrinamiento de sus cuadros.

Después de 18 años a través de los cuales el Ejército ha jugado en nuestro país el oscuro papel de fuerza de ocupación, no se nos puede pedir a los peronistas que depositemos en él nuestras esperanzas de cambio social. Pero no por esto somos antimilitaristas ni pensamos que haya que abandonarlo totalmente a su suerte. Será beneficioso, sin duda, que los compañeros que tienen sus contactos los mantengan, que sigan hablando, demostrando, convenciendo. Que el compañero Cámpora elabore

una estrategia cuidadosa, inspirada en alguna de las que empleó Perón durante nuestro primer gobierno, o no. Nada de esto será inútil, porque quizás pueda evitar enfrentamientos absurdos y ahorrarle a la Patria horas de dolor. Pero tampoco nada de esto será suficiente, pues no va a ser hablando, ni demostrando, ni convenciendo, como vamos a conseguir que el Ejército ingrese al campo popular. Porque si el general Bustos y sus hombres se sublevaron en la *Posta de Arequito*, fue porque frente a ellos, obligándolos casi, estaban los caudillos federales, organizados y fuertes, combatiendo por un proyecto político que sabían justo.

El Ejército, en suma, está allí: estructurado, jerárquico, institucional. Ni tan amigo ni tan enemigo como suele creerse. Incapaz de cambiar a partir de sí mismo, su cambio, por el contrario, dependerá de la profundización de las luchas populares. Por eso, a la pregunta «qué podemos esperar los peronistas de las FF.AA.», antepone esta: qué podemos esperar los peronistas de nosotros mismos, de nuestra organización, de nuestro movimiento y de nuestra potencialidad movilizadora^[169].

CAPÍTULO SEXTO

A propósito de la alianza de las clases

El peronismo y la unidad nacional

Por su condición de movimiento de liberación nacional y social, el movimiento peronista intentó siempre organizar al mayor número de sectores sociales dispuestos a movilizarse contra el imperialismo. De aquí que uno de los conceptos que más asiduamente utilizara fuera el de *unidad nacional*. Desde la izquierda, suele atacarse este concepto a través de una teoría que deposita en una determinada clase (la clase obrera) las tareas de la revolución y visualiza como alienantes aquellos objetivos que esta clase pueda compartir con otras. La unidad nacional, para quienes así razonan, se transforma en un objetivo estratégico altamente sospechoso, pues temen que allí los intereses históricos de la clase obrera puedan confundirse con los de la burguesía y ser aprovechados por ésta para su consolidación. La unidad nacional, sospechan, acabaría con convertirse en la unidad nacional burguesa.

Lo que subyace a este tipo de argumentación es una teoría que divide al proceso revolucionario en dos etapas diferenciadas: una de liberación nacional, hegemonizada por la burguesía y en la cual la clase obrera debe participar con justificados recelos; y otra de liberación social hegemonizada por la clase obrera y que tiene como objetivo la instauración del socialismo, previa derrota de la burguesía. De este modo, el peronismo sería un movimiento de liberación nacional-burgués cuyo objetivo se agotaría en la impulsión de la primera etapa, de aquí su contenido progresivo. Pero nada más. Porque el peronismo, en razón de su condición burguesa, no puede producir la liberación social de la Patria. En una palabra: no puede ni quiere hacer la revolución socialista. ¿Qué papel, ante esta certeza, debe jugar la clase obrera? Uno solo: acompañar al peronismo, en razón de su contenido progresivo, en las tareas democrático-burguesas de liberación nacional, *pero sin identificarse con él*. La clase obrera debe comprender que el movimiento no representa sus verdaderos intereses históricos, pues éstos sólo pueden realizarse a través de una revolución socialista que el peronismo, por esencia, no habrá de cumplir. El proyecto político que de todo esto se deriva para el movimiento obrero es muy claro: debe acompañar al peronismo pero manteniendo su autonomía y su identidad, las cuales, desde luego, sólo podrán lograrse a través de la creación de un Partido revolucionario. Esta teoría del Partido revolucionario marca el centro de la cuestión: el movimiento obrero sólo acompaña *tácticamente* al movimiento peronista, pues su proyecto estratégico es otro. Desde este punto de vista, es comprensible que el concepto de *unidad nacional* despierte profundas sospechas en quienes así razonan. *Lo que se teme es que los objetivos sociales de la clase obrera puedan ser disueltos o neutralizados por los objetivos nacionales de la burguesía*. Lo que a nosotros nos ha apartado siempre de este tipo de argumentaciones es lo siguiente: *comienzan por regalarle lo nacional a la burguesía*. Y es mucho regalar.

El concepto de *unidad nacional* que maneja el peronismo no es reformista, no apunta cosas así como la «conciliación de clases», ni se emparenta oscuramente con

los acuerdos nacionales impulsados por el cipayaje nativo. Por el contrario, el concepto de unidad nacional es un concepto antiimperialista y, en cuanto tal, anticapitalista. Porque toda postura consecuentemente antiimperialista es también anticapitalista, desde el momento que el capitalismo nació como imperialismo y ambos conceptos son absolutamente inseparables. En consecuencia: una auténtica revolución nacional es inseparable de una revolución social, pues el imperialismo solamente se lo derrota cuando son derrotados sus agentes nativos, los explotadores de adentro. Para producir este hecho, el peronismo convoca a la *unidad nacional*. Habrá que ver, entonces, cuáles son los contenidos concretos de ese proyecto.

Hay que comenzar por comprender lo siguiente: *el concepto peronista de revolución es esencialmente integrativo y no eliminativo*. Se trata de producir una tarea: la revolución nacional, que es, indisolublemente, revolución social. Para esta tarea, es necesario organizar a todos aquellos sectores sociales que puedan ser movilizadas en el sentido de la autonomía nacional. La revolución, entonces, es algo que produce el Pueblo en su conjunto, y a esta unidad del Pueblo el peronismo la llama *unidad nacional*, porque es una unidad puesta al servicio de la hegemonía estratégica de la Nación.

Afirmar que el concepto peronista de revolución es esencialmente integrativo es afirmar que es esencialmente político. Para las concepciones clasistas, el proletariado realiza la revolución socialista manteniendo una clara identidad determinada por su ubicación en el aparato productivo. Aquí, la política surge como resultado de la economía.

Nosotros, los peronistas, afirmamos la *primacía de la política*: la revolución, de este modo, es conducida por un movimiento político cuya proyecto organizativo y movilizador tiende a ampliar sus bases sociales a través de la integración del Pueblo en su conjunto.

Y como *integrar* es una tarea esencialmente política, la cuestión, para nosotros, apunta a eso: *a hacer política*. De aquí que las tareas que nos propongamos los peronistas sean siempre, en lo esencial, doctrinarias y organizativas: organizarnos en los barrios, en las villas, en las fábricas, en las universidades, en fin, donde haga falta. De toda esta tarea irá surgiendo una unidad política: *la unidad nacional que no es sino la unidad del Pueblo*.

Este mismo concepto de Pueblo, sin embargo, suele provocar inquietudes en algunos compañeros. Aceptan que sea equivalente al de unidad nacional, pero todo esto los lleva a la siguiente pregunta: ¿Cuáles son las estructuras internas de ese concepto de Pueblo? O más claramente: si acordamos que el concepto de Pueblo está integrado por una diversidad social, ¿cómo se resuelven las contradicciones en el seno del Pueblo? Todo esto merece un párrafo aparte.

La cuestión de las clases sociales

Las tareas fundamentales del movimiento peronista, antes que las que intentan las alianzas partidarias, son aquellas que impulsan a la organización integral del Pueblo. En este punto, el movimiento peronista se diferencia tajantemente del Partido Obrero, pues su propósito es organizar no sólo a la clase obrera sino también al mayor número posible de sectores sociales. Todo cuadro del movimiento peronista se define, ante todo, como un militante de la lucha por la liberación nacional y social de la Patria. Con esto queremos marcar la primacía absoluta de un criterio organizativo-político en nuestros análisis. *Para nosotros, las clases sociales son conceptos meramente descriptivos pero de ningún modo explicativos, pues lo explicativo es la política.* Pero surge esta cuestión: si dejamos de lado el análisis de clases, y si caracterizamos a todo integrante del movimiento peronista como un militante de la lucha por la liberación nacional y social, ¿cómo explicamos, entonces, las llamadas contradicciones internas del movimiento peronista? A eso vamos.

Vamos a tener que comenzar por tratar el tema de las clases sociales. Que no lo inventó, como se sabe, Marx, sino que fue introducido, según él mismo lo dijera a menudo, por los economistas ingleses (Smith, Ricardo) y los historiadores franceses (Tierry, Guizot). Y también por Hegel, quien, en su *Filosofía del Derecho*, largó profundas parrafadas sobre la miseria creciente de los trabajadores y la venta de la fuerza de trabajo. Pero Marx, es cierto, encontró la relación entre la plusvalía y la división de la sociedad entre propietarios y no-propietarios. Y aquí, en esta división, fundamentó, en la última página del manuscrito de *El Capital*, su concepto de *clase social*. Y después se murió y vinieron los marxistas. Y dijeron: «Son (...) las relaciones de producción el elemento más importante para definir las clases sociales» (Martha Harnecker). Y bien: *si las relaciones de producción son el elemento más importante para explicar las clases sociales, entonces las clases sociales no sirven para explicar los procesos históricos, porque los procesos históricos no pueden ser explicados a partir de las relaciones de producción sino a partir de la práctica política.* Son, en suma, dos concepciones distintas del *cambio histórico* las que están en juego aquí. Lo comprenderemos claramente a través de este otro texto de la discípula de Althusser que acabamos de citar, y que consigna fielmente la posición del marxismo sobre el tema: «Los cambios radicales de las estructuras sociales sólo se producen cuando las clases revolucionarias son capaces de aprovecharse de las crisis del sistema para producir cambios estructurales profundos, es decir, cambios revolucionarios». Los fundamentos del cambio revolucionario son ubicados en la estructura productiva: la práctica política, para desplegarse con éxito, tiene que esperar que el sistema entre en crisis a partir de sí mismo. Lo que se está afirmando con esto, es que si hay una práctica política es porque antes y como fundamento hay una crisis del sistema. Nosotros, justamente, afirmamos lo contrario: si hay una crisis del sistema, es porque antes y también como fundamento hay una práctica política.

Los oprimidos no descubren su opresión desde la economía sino desde la política. Las relaciones de producción fijan a los hombres en tanto propietarios o no propietarios, pero no en tanto opresores y oprimidos. Porque para que este pasaje tenga lugar, es decir: para que un no-propietario comience a visualizarse como un oprimido, es necesario todo un proceso de concientización revolucionaria, cuyo origen de ningún modo habrá de ser localizado en las estructuras productivas sino en la práctica y en la organización política.

Son, como dijimos, dos concepciones diferenciadas del cambio histórico. Para la primera, la política aparece como resultado de un proceso cuantitativo. Hagamos memoria: *la creciente acumulación de contradicciones estructurales insolubles para el sistema abre las posibilidades del cambio revolucionario.* La práctica política aparece así como el fruto maduro de la asincronía (desajuste) entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Lo que esta teoría impide valorar en su justa medida es la incidencia de la práctica política sobre las crisis del sistema. Porque si la política aparece *después* de las crisis estructurales y como consecuencia de las mismas, todo remite a una suerte de teoría de la esperanza o de la paciencia: confiar en que el sistema, necesariamente, habrá de desplegar toda la riqueza de sus determinaciones contradictorias para entrar en crisis sobre las cuales deberá ejercitarse la práctica política revolucionaria. Queda en claro lo siguiente: la práctica política es resultado de las crisis del sistema y debe esperar a que éstas se produzcan para poder desplegarse con éxito. Pero lo que no queda en claro es el papel que debe jugar la práctica política *antes* de las crisis del sistema. Es decir: qué posibilidades tiene la práctica política de producirle contradicciones al sistema sin esperar a que éste las genere de sí. Porque si para algo sirve la política es, precisamente, para acelerar el curso de la historia, y muy mal podría ejercitar esta tarea si no tuviera la posibilidad de conducir al sistema a crisis de creciente insolubilidad.

Se dirá lo siguiente: esta teoría, que concibe a la política como resultado de las contradicciones del modo de producción capitalista, de ningún modo niega la fundamental incidencia de la práctica sobre las estructuras, sino que propone fijarle un marco objetivo de condicionamientos. Se intenta, en suma, evitar cualquier tipo de *idealismo politicista*, entendiendo por tal toda teoría que haga de la práctica política un fin en sí, arrancándola de las estructuras que le dan sentido y existencia. A las concepciones *sobrepolitizadoras* se las intenta soslayar del siguiente modo: a) fijando las *posibilidades objetivas* de la práctica política; b) explicitando que si estas posibilidades son llamadas así, *objetivas*, es porque son expresión de las contradicciones internas del modo de producción capitalista (y ante todo de su contradicción fundamental: fuerzas productivas/relaciones de producción), y que son estas contradicciones las que entregan el marco referencial objetivo de la práctica política, que surge como resultado de las mismas y que debe aguardar su exacerbación para poder desplegarse con éxito. Toda teoría que se aparte de ese marco referencial acabará por sustantivar la práctica política para generar una especie

de voluntarismo histórico. Perderá de vista, en suma, el nivel de lo concreto.

Coincidimos en este último punto: también creemos que lo fundamental reside en no perder de vista *el nivel de lo concreto*. Pero la gran cuestión es ésta: ¿qué es lo concreto? El tema viene de lejos. Se sabe que voluntarismo y economismo son dos caras de una misma moneda. Si ponemos el acento en las estructuras productivas, ¿dónde queda la conciencia revolucionaria? Si ponemos el acento en la conciencia, ¿dónde quedan los condicionamientos estructurales? Voluntarismo y economismo, en consecuencia no son sino expresión de un mismo error: *totalizar desde una parcialidad*. ¿Cómo superar este error? ¿Cómo acceder, en suma al nivel de lo concreto?

El concepto de práctica política

Sólo hay, para nosotros, una respuesta: *el nivel de lo concreto es aquel en que surge, se desarrolla y organiza la práctica política*. Esto no significa dejar de lado los llamados condicionamientos estructurales. Pero atención: *para nosotros, los condicionamientos estructurales no son concretos sino materiales, pues lo concreto es la práctica política en tanto suma compleja de determinaciones*. Vamos a aclararlo: lo concreto constituye el momento más alto de la totalización dialéctica, aquel en el cual todas las determinaciones encuentran su punto de realización. De esta perspectiva, resulta inadecuado llamar condicionamientos concretos a aquellos que la estructura productiva ejerce sobre la acción política, pues lo concreto, en tanto suma de determinaciones condicionantes, no puede reducirse a ninguno de los momentos particulares que integran la totalidad. *Los condicionamientos de la estructura productiva son condicionamientos materiales y no concretos*. Exactamente ocurre con los provenientes de lo que se ha dado en llamar *superestructura*: es decir, los condicionamientos ideológicos, jurídicos, culturales, etc. Todo esto conduce a una necesaria reformulación de los conceptos de estructura y superestructura que más adelante desarrollaremos. Por ahora esto: voluntarismo y economismo encuentran su resolución en la práctica política, pues sólo ésta consigue enlazar los distintos *condicionamientos materiales* a través de su producto más genuino: el acto revolucionario. En consecuencia, una adecuada interpretación de los procesos, lejos de partir de las estructuras o de la conciencia, deberá explicitar ante todo las características del acto histórico por excelencia, *el acto revolucionario*, para lo cual deberá partir de la práctica política en tanto síntesis de todas las determinaciones y

fundamento último del cambio social.

Que las estructuras productivas no generan el cambio a partir de sí mismas es algo que se percibe claramente en varios textos de Marx. Sobre todo en uno del primer tomo de *El Capital*, bastante conocido, del cual creemos que pueden extraerse importantes conclusiones, distintas de las que en general han extraído los marxistas y hasta el propio Marx. Aquí está: «El proceso capitalista de producción reproduce, por tanto, en virtud de su propio desarrollo, el divorcio entre la fuerza de trabajo y las condiciones de trabajo. Reproduce y eterniza, con ellos, las condiciones de explotación del obrero. Le obliga constantemente a vender su fuerza de trabajo para poder vivir y permite constantemente al capitalista comprársela para enriquecerse. Ya no es la casualidad la que pone frente a frente, en el mercado de mercancías, como comprador y vendedor, al capitalista y al obrero. Es el molino triturador del mismo proceso capitalista de producción, que lanza constantemente a los unos al mercado de mercancías, como vendedores de su fuerza de trabajo, convirtiendo constantemente su propio producto en medios de compra para los otros (...) Por tanto, el proceso capitalista de producción, enfocado en conjunto o como proceso de reproducción, no produce solamente mercancías, no produce solamente plusvalía, sino que produce y reproduce al mismo *régimen del capital*: de una parte *al capitalista* y de la otra *al obrero asalariado*» (El Capital, FCE, p. 486, tomo I). Hay en este texto una esplendente verdad que es necesario desarrollar hasta sus últimas consecuencias: *las estructuras del sistema capitalista de producción no hacen sino reproducir a las estructuras del sistema capitalista de producción*. El acto revolucionario, en consecuencia, lejos de ubicarse a nivel de las estructuras, implicará siempre una toma de distancia ante ellas, una *ruptura* que sólo puede ser producida y comprendida a partir de la práctica política. Si las estructuras no hacen sino reproducir a las estructuras, a nadie extrañará, entonces, que a lo largo de toda la historia de los procesos populares el reformismo se haya expresado en la economía y la revolución en la política.

Marx, sin embargo, desarrolló en otros textos teorías que generaron una línea de interpretación opuesta a la que hemos recogido nosotros. Es comprensible que así lo hiciera: las crisis capitalistas que alcanzó a presenciar y su pasión hegeliana por las contradicciones internas de los procesos, lo llevaron a considerar al sistema capitalista como un sistema *estructuralmente condenado* por su imposibilidad para resolver las contradicciones por él mismo producidas. La revolución, de este modo, quedaba ubicada en las estructuras productivas, las cuales, a través de sus insolubles contradicciones internas, abrían las épocas de cambio revolucionario. Resulta difícil armonizar las dos tesis de Marx que hemos explicitado, pues si, como afirmaba la primera, las estructuras del sistema de producción capitalista no hacen sino reproducir a las estructuras del sistema de producción capitalista, no se advierte cómo es posible que durante ese mismo proceso esas mismas estructuras generen contradicciones tan radicales que conduzcan a su eliminación. Toda la vertiente

positivista del marxismo ha desarrollado, a través del mito de la Ciencia, la segunda tesis: la del cambio revolucionario como producto de las contradicciones estructurales. De la primera tesis, pese a haber sido frecuentemente comentada, no se ha extraído siempre su derivación más profunda. Que es ésta: *si las estructuras no hacen sino reproducir a las estructuras, la revolución sólo puede surgir de la política.*

Es razonable, y ya lo dijimos, que Marx se inclinara a creer que las contradicciones inherentes al sistema capitalista habrían de conducirlo a su destrucción. Las crisis que presencié y su insuficiente apreciación del problema colonial (en tanto no alcanzó a vislumbrarlo como el gran ejército de reserva del capitalismo), constituyen los datos centrales para comprender su actitud. Mucho menos comprensible es que sus seguidores continúen sosteniendo la misma teoría. Porque ya nadie puede dudar: si bien es cierto que el sistema capitalista de producción genera crisis periódicas, no es menos cierto que ha demostrado infinitas posibilidades para resolverlas. La verdad, entonces, no es otra más que ésta: *las estructuras capitalistas reproducen constantemente a las estructuras capitalistas e incorporan y disuelven en ese proceso a todas aquellas crisis y contradicciones que ellas mismas puedan generar.*

Por otra parte, las crisis estructurales producidas por el desarrollo mismo del sistema son las que menos afectan hoy al capitalismo. Vamos a explicarnos: cuando Marx escribió *El Capital*, el sistema capitalista de producción se expandía victoriosamente por el planeta. Las resistencias de los pueblos periféricos, algunas más profundas y radicales que otras, no alcanzaban a conmoverlo en totalidad. Las crisis por las que entonces atravesé fueron, de este modo, producidas justamente por el vigoroso desarrollo del sistema: *crisis de producción*. Pero hoy las cosas son diferentes: *el modo capitalista de producción puede paliar todas y cada una de las crisis generadas por el desarrollo de su estructura productiva, pero se muestra incapaz para solucionar aquellas que le son provocadas por los movimientos de liberación del Tercer Mundo.* Sería absurdo, por ejemplo, intentar una explicación de la caída del dólar que no encontrara su punto de partida en las luchas del pueblo vietnamita por su liberación nacional, pues son la práctica y la organización política de los pueblos del Tercer Mundo las que generan aquellas contradicciones que el sistema capitalista no puede ya resolver. En resumen: el capitalismo agoniza por la política antes que por la economía.

Estructura y superestructura

Volvemos, así, a la práctica política. Y ya lo hemos dicho: ella representa el nivel de lo concreto. Para desarrollar esta tesis con mayor amplitud, vamos a detenernos en la consideración de dos conceptos tradicionalmente utilizados para categorizar a los procesos sociales: *estructura y superestructura*.

También aquí la polémica viene de lejos. Si se pone el acento en la estructura: *economismo*. Si se lo pone en la superestructura, *idealismo, voluntarismo, politicismo*, etc. Quienes teorizan sobre el tema han intentado siempre precisar ambos conceptos. Se describen entonces los elementos que componen la estructura y la superestructura, con lo cual, fatalmente, se contribuye a aislar analíticamente ambos conceptos. Pero también suele emprenderse otra tarea, al parecer, más correcta: precisar *las relaciones* entre ambos conceptos. Se termina, también fatalmente, enunciando la siguiente proposición: las relaciones entre estructura y superestructura son dialécticas. Pero, lamentablemente, la empresa es abandonada allí con frecuencia como si la pronunciación de la palabra *dialéctica* bastara para solucionar el problema. Porque siempre ocurre así: cuando no se sabe qué diablos es una cosa, se dice que es dialéctica y listo. Se continúa entonces teorizando sobre los conceptos de estructura y superestructura, acentuando uno u otro y cubriendo con la famosa dialéctica aquello que sin duda constituye el núcleo del problema: *la vinculación entre ambos*.

Para nosotros, *estructura y superestructura* son conceptos abstractos, analíticos, de aquí la imposibilidad de totalizar (es decir: de alcanzar lo concreto) partiendo de cualquiera de ellos. Si totalizamos desde la estructura, caemos en el reduccionismo economicista. Si totalizamos desde la superestructura, caemos en el reduccionismo idealista o voluntarista. Sólo es posible totalizar, entonces, a partir de aquello que establece el vínculo entre estructura y superestructura, y esto no es otra cosa que la práctica política. Si ella, según venimos diciendo, representa el nivel de lo concreto, es porque retorna los condicionamientos en sí incompletos de la estructura y la superestructura para incorporarlos a una síntesis superior que los contiene y supera.

La práctica política incorpora los condicionamientos de la estructura porque es una práctica *situada*, que no se despliega en el reino de las ideas sino a partir de la realidad: la explotación que padecen los sometidos, es cierto, constituye un dato objetivo, verificable, inserto en la estructura productiva del país colonial, pero sólo en tanto sea descubierta *desde* la práctica política podrá ser incorporada a una visión totalizadora que impulse a la transformación de la realidad. Esta tarea revolucionaria, por su parte, sólo consigue alejarse del utopismo en tanto se hace cargo de la realidad material contra la cual se organiza. Pero debemos poner en claro lo siguiente: el fundamento del cambio revolucionario reside en la práctica política, porque sólo desde ella pueden los sometidos descubrirse en tanto sometidos y comprender el carácter esencialmente antinatural de aquello que los poseedores llaman el orden natural de las cosas, que, según se sabe, no es sino la expresión de su propio orden y

su propio poder. *La explotación, en suma, si bien constituye unir materialidad verificable a nivel estructural, sólo puede ser descubierta e incorporada al campo de la revolución desde la práctica política.*

Exactamente ocurre con aquellos elementos que constituyen lo que se ha dado en llamar superestructura: *así como la dependencia estructural no se quiebra desde las estructuras, la superestructura tiene muy poco que temer de aquellos ataques que se le dirigen desde su propio campo.* Un notable texto de Cooke, que siempre nos ha gustado citar, aclara en profundidad la cuestión: «El obrero no es simplemente un ser humano que trabaja con sus manos y que vende su fuerza de trabajo. El obrero es un ser humano malgrado por la situación que ocupa en el sistema productivo, despojado de parte del valor que su trabajo crea, pero despojado también de su humanidad, de sus posibilidades de desarrollo espiritual y cultural. *Sujeto* para sí, es *objeto* para quienes lo explotan, carente de bienes materiales y también de los bienes espirituales a los que se accede por la cultura y el desenvolvimiento de la personalidad. El primer paso para dejar de ser objeto no es la cultura, que los regímenes de trabajo extenuantes no le permitirán formarse, sino la acción revolucionaria» (Cooke, *La lucha por la liberación nacional*, Papiro, 1971, p. 55). Partiendo de la práctica política, en suma, eludimos los peligros del economismo mecanicista y el idealismo voluntarista. Los condicionamientos estructurales son insuficientes, pues las estructuras, por sí mismas, son incapaces de generar el cambio revolucionario; los condicionamientos ideológicos y culturales, si son sustantivados, sólo pueden conducir a aventuras utópicas y, finalmente, estériles. Sólo la práctica política, en tanto actividad esencialmente y totalizadora, incorpora en un proceso de cambio la infinita riqueza de determinaciones de lo real.

La característica central de la práctica política es la de ser una práctica organizada. Las organizaciones del Pueblo, de este modo, constituyen las estructuras más concretas de lo real. El movimiento peronista, en tanto expresión orgánica de las mayorías nacionales, tiene por tarea la de impulsar todos los elementos de la realidad social (económicos, ideológicos, jurídicos, históricos, etc.) en una sola dirección: la liberación nacional y social de la Patria. El siguiente texto de Cooke aclara bastante la cuestión: «El régimen está en crisis: muchas voces lo viene repitiendo. Pero no por eso ha de caer. También el capitalismo como sistema mundial está en crisis, y nada permite predecir su caída a plazo más o menos corto. Un sistema en crisis puede subsistir mucho tiempo; no hay ninguna garantía de que se derrumbe por sí mismo, o por acciones espontáneas que esa crisis desate. Caerá cuando lo volteen; cuando el movimiento de masas oponga a esa crisis —que es total— la superación de su propia crisis —que es superable—; a esa anarquía, su acción orgánica, coherente, ordenada» (Cooke, ob. cit., p. 55). Cooke toca aquí el centro del problema: *la organización del movimiento peronista.*

Cuando hablando de nuestra realidad política, decimos que el régimen está en crisis, afirmamos que su capacidad de iniciativa ha sido superada por la de las

organizaciones populares. Pues a través de todos estos años de lucha, los peronistas hemos ido incorporando ciertas certezas definitivas sobre estos temas, y una de ellas es ésta: *la acentuación de las crisis del régimen guarda relación directa con el fortalecimiento de las organizaciones del pueblo*. Como vemos, la práctica política, *en tanto práctica organizada*, aparece siempre en primer plano. Cuando Cooke define al burócrata, lo hace también a través de la práctica política, pues el proyecto del burócrata, precisamente, consiste en impedirla mediante el congelamiento y la regiminización de las organizaciones populares.

Desde el concepto de *práctica política* debemos ahora volver al tema de las clases sociales. Todo cuanto hemos intentado fundamentar hasta aquí (*en especial: el concepto de práctica política en tanto práctica política popular organizada*) nos conduce a la imposibilidad de visualizar a las clases sociales como eje explicativo último de los procesos históricos. Por eso dijimos: son descriptivas pero no explicativas, pues lo explicativo es la práctica y la organización política. Las clases sociales, sin duda, constituyen un valioso elemento para el análisis de la realidad, pues toda acción política se despliega siempre condicionada por el hecho material que supone la determinada ubicación de sus agentes en el aparato productivo. Pero este hecho, según lo hemos visto, es insuficiente para explicar los procesos de cambio revolucionario, pues si la historia es dialéctica y cambiante lo más adecuado será abordar su comprensión desde aquella realidad que constituye precisamente la irrupción de lo dinámico en el todo social.

Ninguna de las proposiciones hasta aquí esbozadas obedece a inquietudes de tipo meramente teórico. Creemos, por el contrario, que una interpretación exclusivamente clasista de nuestros procesos políticos y de nuestro movimiento suele conducir a errores tácticos y hasta estratégicos de importancia. En otros trabajos hemos analizado algunos de ellos. Aquí se trata de llevar al plano de la discusión el concepto de *alianza de clases*. Para ello hemos desarrollado los temas precedentes que ofrecerán el marco político-conceptual con el que nos manejaremos de aquí en más.

El concepto de alianza de clases

Un concepto repetido y al parecer necesario recorre los cuadros del movimiento peronista: el de alianza de clases. Su frecuente utilización en el trabajo barrial, fabril y universitario no hace sino revelar su notable funcionalidad. El militante político, en efecto, encuentra en él una herramienta teórica que le permite explicar con apreciable

comodidad varios de los problemas centrales que plantea la práctica organizativa y doctrinaria del peronismo, en especial los siguientes: a) *la articulación del Frente antiimperialista*; b) *las contradicciones internas de nuestro movimiento*. Pero, junto a estas virtudes, el concepto presenta también, en un nivel inmediato, ciertos inconvenientes que preocupan y hasta confunden a muchos compañeros. *Primero*: es innegable que el concepto de alianza de clases remite, invariablemente, al de *policlasismo*, el cual no pudo ser rescatado para el vocabulario peronista ni siquiera por la frecuente utilización a que lo sometiera nuestro Cooke. Pues los compañeros, también invariablemente, se preguntan si con esto del policlasismo no estaremos impulsando una concepción que haga de la lucha de clases el motor de la historia y desarrolle unilateralmente el tema de la cuestión social, marginándolo del de la cuestión nacional. También saben, por otra parte, que el policlasismo ha constituido un instrumento inapreciable en manos de quienes han impugnado al movimiento nacional a través del concepto de *conciliación de clases*. Pues así fueron las cosas: todos aquellos que tildaron de policlasista al movimiento peronista (menos Cooke, claro está), encontraron allí una esplendente vía para definirlo como un movimiento que intentó la conciliación y la armonía entre las clases, pero (y ésta es la trampa) en beneficio de la única clase social interesada en esa conciliación: la burguesía. Muchos compañeros, asimismo, sospechan justificadamente que esta cuestión del policlasismo escamotea, en última instancia, la hegemonía que la clase trabajadora detenta en el movimiento peronista (temas sobre el que volveremos más adelante). *Segundo*: el concepto de alianza de clases constituye una pieza clave en la filosofía política del desarrollismo. Ante esto, los peronistas no podemos sino preguntarnos cómo es posible que estemos utilizando el mismo lenguaje que Frondizi y Frigerio. ¿Es que los conceptos no tienen contenidos? ¿Es que pueden servir tanto para una como para otra cosa? Pensamos que no. Y de esta certidumbre habremos de partir: *un concepto plausible de transformarse en herramienta fundamental y expresión fidedigna del proyecto político del desarrollismo, autoriza a los peronistas, cuanto menos, a abrigar sobre él justificados recelos*. Ahora bien, ¿por qué les gusta tanto a los desarrollistas esta cuestión de la alianza de clases?

Desarrollismo y alianza de clases

Según los impugnadores del movimiento nacional, la cuestión de la industria pesada constituye otro (uno más) de los «grandes errores» del peronismo. Tan

importante, que figura con destacadas luces en la galería interminable de nuestros pecados. Allí, junto a la dilapidación de divisas para comprar hierro viejo, junto al oscuro propósito de integrar al proletariado al proyecto burgués, junto a las evidentes limitaciones de clase que impidieron la expropiación oligárquica, promovieron el plan económico del 52 o los contratos petroleros, y asimismo (corriendo la mira un poco más a la derecha) junto a la corrupción moral y política, la quiebra del tradicional estilo de vida argentino o la quiebra (también) de la joven Nelly Rivas y las niñitas de la UES, allí, decíamos, ocupa un lugar destacadísimo *la cuestión de la industria pesada*. Cuando los desarrollistas, por ejemplo, se refieren a ella pronuncian, invariablemente, la siguiente frase: *las oportunidades que el peronismo dejó pasar*. Recordemos sino aquella película, *¿Ni vencedores ni vencidos?*, en la cual, con voz compungida y llorona, el relator afirmaba: «Se combatieron los efectos pero no las causas, se construyeron heladeras pero no se echaron las bases de una industria pesada». Pues éstas son, ni más ni menos, «las oportunidades que el peronismo dejó pasar».

Coincidiendo con los desarrollistas, también los teóricos de la izquierda han embestido al peronismo por ese lado: al parecer, nuestro movimiento no habría atacado las causas estructurales de la dependencia, permaneciendo así en un plano superestructural propio, por otra parte, de toda política populista. Esta coincidencia entre desarrollistas e izquierdistas no es de ningún modo casual: cuando se hace de la economía el principio explicativo último de los procesos sociales, se coincide siempre en ubicar a la revolución en las estructuras productivas. No es de extrañar, entonces, que Rogelio Frigerio y, pongamos, Ismael Viñas hayan coincidido tanto. *Porque el desarrollismo es un pensamiento economicista y clasista*. Y vamos a aclararlo.

El proyecto político del desarrollismo comienza por negar su condición de proyecto político. *Se trata de un proyecto económico: una alianza de clases formalizada para posibilitar un desarrollo industrial impulsado por el capital extranjero*. El desarrollismo (sin duda el proyecto más lúcido que el neocolonialismo ha generado en nuestro país) se presenta como la negación de la práctica política. Entendiendo por práctica política lo que nosotros entendemos, es decir, la organización y la movilización del Pueblo en su conjunto. *No*, dice el desarrollismo, para eso están los sindicatos, pero en tanto estructuras profesionales de reivindicación económica y no política. ¿Dónde ubican entonces los desarrollistas la política? Convengamos, ante todo, en que mantienen una cierta superestructura que podemos llamar política: el MID. Pero esto es secundario, pues ellos ubican a la política en la economía, es decir, en las estructuras productivas. La siderurgia, la soda solvay, la petroquímica y hasta el papel prensa: esto es la política, esto es lo que habrá de transformar y liberar al país, a esto Frondizi lo llama «Revolución Nacional». Porque si de macanear se trata, no se quedan cortos los artífices de la dependencia argentina.

El desarrollista, en suma, comienza por negar la importancia y aún la necesidad

de la organización popular: *la política no es algo que tenga que ver con el pueblo sino con las fuerzas productivas*. Cuando el frondifrigerismo dice que «hay que desarrollar al país» está diciendo, ante todo, que hay que despoltizarlo. Es una lógica de la eficiencia (un eficientismo) que se articula del siguiente modo: 1.º, se afirma que la «revolución nacional» sólo habrá de producirse a través del desarrollo económico, eficiente e integrado del país; 2.º, con esto se ubica el centro del problema en la estructura productiva nacional: hay que crear una industria de base que nos permita colocar al país en un nivel de paridad con las grandes potencias. Especialmente con las europeas, cuyo modelo de desarrollo es el que, fundamentalmente, hay que realizar en la Argentina; 3.º, para impulsar el desarrollo de la estructura productiva (proceso que constituye el fundamento último de la liberación nacional) es necesario el aporte del capital extranjero, ante todo europeo, pues el proceso de acumulación del capital nacional va en retraso en relación a las necesidades de la estructura productiva. Y esto, aunque ahora no lo digan muy a menudo, se debe a los errores del pasado: a la dilapidación de divisas que produjo la demagogia y la imprevisión del peronismo, a esas oportunidades que dejó pasar; 4.º, para impulsar esta tarea el frondifrigerismo propone su proyecto de unidad nacional, al cual denomina, con maravillosa lógica, alianza de clases. *Y aquí es donde el clasismo, el economismo y el eficientismo desarrollista encuentran su esplendente punto de complementación en un único proyecto: la negociación de la práctica política*.

Cuando el peronismo habla de unidad nacional se refiere a una unidad política: la unidad organizativa del Pueblo para impulsar el proyecto de liberación nacional y social de la Patria. Cuando el frondifrigerismo habla de unidad nacional se refiere a una *alianza de clases*. ¿Por qué? Muy simple: *porque el concepto de alianza de clases es un concepto estructural y no político*. Las clases están aliadas cuando sus objetivos materiales son coincidentes y pasan a constituir un campo común de intereses. Pero este concepto marxista de «interés de clase» marca el nivel meramente inmediato y espontáneo de las clases sociales, aquel justamente, en el que aún no ha hecho su aparición la política. Por eso lo recoge el desarrollismo con tanto entusiasmo. En resumen: el concepto de *alianza de clases* marca el momento en el cual las clases permanecen unidas por intereses estructurales comunes. Interés de clase quiere decir inmediatez de clase, espontaneidad de clase. *Quiere decir, en suma, ausencia de la política*. Entonces, si la unidad nacional es meramente alianza de clases, todo el proceso continúa manteniéndose en la esfera económica, que es justamente lo que el desarrollismo quiere. Es decir: el desarrollo dependiente de la estructura productiva, la ausencia de toda organización y práctica política popular, la participación de la clase trabajadora en el proceso como mero agente de la producción, como sujeto económico que debe canalizar sus reivindicaciones, económicas también, a través de las estructuras sindicales. Y nada más.

Alianza de clases y fuerzas políticas

Contrariamente al frondifrigerismo, el peronismo jamás concibió la posibilidad del cambio revolucionario al margen de la capacidad movilizadora y organizativa del Pueblo para imponerlo. Recordemos sino algunos de los temas que hemos tratado en este libro. El proceso de industrialización que Perón alienta durante su primera etapa de gobierno tiende justamente a impulsar la movilización del Pueblo: *no fue otro el proyecto político que determinó la acumulación del capital en la industria*. Antes que impulsar la industria pesada, decidió Perón, era necesario comenzar con la liviana pues ello permitiría varias conquistas fundamentales: a) *la concentración urbana, proceso que significaba el debilitamiento de las bases sociales del poder oligárquico*. Pues el peronismo no «despobló al campo» como suele decirse, sino que despobló a la oligarquía: era una etapa necesaria en ese momento de la revolución. La tarea se completó, según ya hemos visto, entregando a las bases campesinas que permanecieron bajo la égida oligárquica, un fundamental instrumento de protección y de lucha: *el estatuto del peón*; b) *la transformación de ese proceso de movilidad social en un proceso de movilidad política a través de la organización del movimiento obrero*. Como vemos, la transferencia de utilidades del sector agrario al sector industrial era expresión de un determinado proyecto político, e intentaba, asimismo, impulsar aquellos procesos populares destinados a sostener y garantizar la realización de ese proyecto.

Creemos, en consecuencia, que resulta inadecuado y peligroso calificar como alianza de clases a los frentes nacionales antiimperialistas impulsados por el movimiento peronista. *El escamoteo de la cuestión de la primacía de la política conduce, con riesgosa y casi inevitable frecuencia, al economismo*. Porque un Frente Antiimperialista es mucho más que una alianza de clases: *es una alianza de fuerzas políticas*. Las clases no establecen alianzas deliberadas (políticas) sino alianzas objetivas (estructurales, económicas). *Entre una alianza de clases y una alianza política existe todo el complejo proceso que va desde la existencia objetiva de una situación común (verificable a nivel estructural) hasta el descubrimiento y la instrumentación política de esa situación por medio de sus agentes*.

Y queremos ser claros aun a riesgo de ser redundantes: determinadas clases sociales pueden configurar, a nivel estructural, un campo común de intereses. A esto sin duda es correcto llamarlo alianza de clases, y más correcto aún sería llamarlo *unidad de clases* para eliminar el matiz volitivo del concepto *alianza*. Pero cuando esas mismas clases deciden la conformación de un Frente antiimperialista, esa decisión se determina desde el campo de la práctica política y no desde el de las estructuras económicas. Se objetará, sin duda, que las fuerzas políticas no constituyen sino la expresión superestructural de las clases sociales, y que, en consecuencia, sólo es posible analizar la composición interna del Frente antiimperialista partiendo de los intereses objetivos de las clases que lo componen. A lo que respondemos: a) es

incorrecto ubicar a las fuerzas políticas en lo que se denomina superestructura. El movimiento peronista, por ejemplo, en tanto estructura organizativa de las mayorías populares, constituye una fuerza política que sintetiza las determinaciones, en sí incompletas, de la estructura y la superestructura: implica, en consecuencia, un nivel más elevado y totalizador de la realidad social. Los peronistas preferimos reservar el concepto de superestructura para marcar aquellas fuerzas políticas incapaces de lograr una efectiva inserción en las bases. Por eso decimos: *superestructura burocrática*. Pero, por el contrario, consideramos inadecuado ubicar allí a quienes realizan un efectivo trabajo de organización; b) para analizar la composición interna de un Frente antiimperialista, es necesario poner el acento en las fuerzas políticas que constituyen ese Frente y en los proyectos políticos que cada una de ellas sustenta. Se determinarán, de ese modo, los aspectos coincidentes que impulsan a la alianza de esos proyectos, como asimismo los alcances y límites de esas coincidencias y sus posibles (ceranos o lejanos) puntos de ruptura; c) es incorrecto interpretar mecánicamente a las fuerzas políticas como expresiones unívocas de una determinada clase. Ante este hecho, el concepto de alianza de clases encuentra serios inconvenientes cuando se lo intenta transformar en una herramienta de análisis político y no económico-social. Y vamos a ver por qué.

Más allá de versiones esporádicas, se ha presentado como altamente probable durante la presente coyuntura política argentina (1973), una integración del peronismo y el radicalismo en un Frente antiimperialista. Pongamos que llegue a efectivizarse, ¿cómo interpretarla según el concepto de alianza de clases? Concretamente: ¿una alianza entre el movimiento peronista y el partido radical es una alianza de clases? Para averiguarlo, analicemos primeramente qué sectores sociales encuentran su canalización política a través del radicalismo: pequeños comerciantes, pequeños industriales, trabajadores independientes, trabajadores rurales, pequeños propietarios rurales, sectores medios burocráticos y profesionales. *A nadie escapa que estos mismos sectores sociales encuentran también su representatividad política a través del peronismo*. En consecuencia, una alianza de clases entre peronismo y radicalismo plantea para el análisis clasista un hecho notable: *una alianza de determinadas clases consigo mismas*.

Por innumerables razones que ya conocemos, la clase obrera argentina encuentra su expresión organizativa y doctrinaria en el peronismo: no existen allí mayores problemas de hegemonía para nuestro movimiento. Es entre los sectores medios de la población donde el peronismo comparte áreas de influencia con otra fuerza política de larga trayectoria, *el radicalismo*. Porque nadie lo ignora: entre los sectores medios hay, por ejemplo, pequeños propietarios rurales peronistas y pequeños propietarios rurales radicales, pequeños comerciantes peronistas y pequeños comerciantes radicales, empleados burocráticos peronistas y empleados burocráticos radicales, y así sucesivamente. ¿Estaríamos en presencia, entonces, de dos clases medias, una radical y otra peronista? Absurdo. ¿Se trataría de fracciones de clase? Ni por asomo.

Las fracciones de clase se determinan a partir de las funciones diferenciadas que cada una de ellas ejerce en relación a la otra. Es así como resulta posible distinguir, por ejemplo, una burguesía industrial, una comercial y otra financiera. Pero en los casos que estamos desarrollando se trata de idénticos sectores sociales con funciones también idénticas. Una alianza entre pequeños propietarios rurales peronistas y pequeños propietarios rurales radicales no es una alianza de clases ni una alianza de fracciones de clases, pero es, sin duda, una de las alianzas que la constitución del Frente antiimperialista permitiría establecer. ¿Cómo interpretarla?

Ante este tipo de situaciones se revela la enorme riqueza del análisis político. Resulta sin duda absurdo imaginar una alianza de clases entre una clase media peronista y una clase media radical, pues la clase media, en tanto sectores ligados a las estructuras menos concentradas del aparato productivo o sectores dependientes burocráticos, es una sola. Y las clases no establecen alianzas consigo mismas. El problema aquí planteado, en consecuencia, no se resuelve desde el campo de las clases sino desde el de la política.

Una alianza entre peronismo y radicalismo, a través de la formación de un Frente antiimperialista, sólo puede ser interpretada como una alianza de fuerzas políticas que expresan y organizan a los mismos sectores sociales. A excepción, claro está, del sector obrero, sobre el cual el radicalismo ejerce una limitadísima influencia. Para el peronismo, la existencia del radicalismo, antes que una cuestión clasista, implica una cuestión organizativa y doctrinaria: no existe ningún impedimento para que las bases radicales sean movilizadas y organizadas por el movimiento peronista. Un primer paso en esta tarea lo constituye la alianza con la superestructura partidaria radical. Y aquí sí, deliberadamente, introducimos el concepto de superestructura, pues el partido radical, siempre imbuido del espíritu comiteril que lo caracterizó desde la caída de Yrigoyen, lejos de emprender una auténtica tarea organizativa y doctrinaria para movilizar a sus bases en el sentido de la liberación nacional, continúa adoptando el papel de maquinaria electoral, haciendo sentir su presencia, de este modo, sólo en las épocas de procesos electorarios. La alianza que establece el Frente antiimperialista constituye un intento por incorporar al radicalismo al proyecto de liberación nacional y social de la Patria, incorporación que habrá sido realizada en sus más profundos alcances cuando las bases radicales, a través de las tareas organizativas y doctrinarias de nuestros cuadros, puedan ser movilizadas por el movimiento peronista.

El concepto de alianza de clases, en suma, implica el riesgo de caer en una interpretación economicista, clasista o estructuralista del Frente de liberación nacional. La que nosotros venimos proponiendo, por el contrario, es una interpretación política. La única, por otra parte, que debemos dar desde el campo del peronismo.

Alianza de clases, policlasismo y conciliación de clases

El economismo clasista que destila el concepto de alianza de clases ejerce su riesgosa influencia a través del acercamiento al campo político-conceptual del Pueblo de dos categorías con un elevado índice de confusión ideológica: las de policlasismo y conciliación de clases. No es casual que los compañeros abriguen severas dudas sobre la utilización de las mismas en el trabajo de base, aun a pesar de la cómoda funcionalidad que revelan para explicar ciertos aspectos de la práctica política del peronismo. Pues esto es lo cierto: *los conceptos de alianza de clases, policlasismo y conciliación de clases, establecen entre sí un campo común de significatividades que determina que la utilización de cualquiera de ellos remita necesariamente a los otros dos.* Habrá que analizar, entonces, cómo y por qué se produce esta triple traslación de sentidos.

El hecho de la dominación imperialista atraviesa la realidad social de nuestra Patria e introduce en ella su contradicción fundamental: Imperialismo/Nación. El peronismo, en tanto movimiento de liberación nacional y social, ha intentado siempre la organización de todos aquellos sectores sociales objetivamente enfrentados al imperialismo y pasibles de ser movilizados políticamente en su contra. De aquí que su práctica política se haya expresado y se exprese a través de la formación de amplios frentes populares, es decir, frentes antiimperialistas. Definir este hecho mediante el concepto de alianza de clases remite de inmediato a la cuestión del policlasismo, pues implica la obvia afirmación de que son varias las clases que integran el frente antiimperialista. La cuestión revela su verdadera peligrosidad cuando las características propias del concepto de alianza de clases comienzan a desplegar su influencia. Pues si, según hemos visto en detalle, el concepto expresa ese momento en el que las clases permanecen unidas a nivel estructural, la influencia decisiva que indudablemente ejerce sobre el de policlasismo será suficiente para transformar a éste en un concepto estructural y no político. El *Frente antiimperialista*, entonces, es definido en tanto *Frente estructural policlasista*, quedando cerradas las posibilidades de introducir en él factores de fuerza o hegemonía política. *Pues un Frente policlasista implica la unidad estructuralmente determinada de todos los sectores que lo integran, e imposibilita la adecuada valoración de aquellos factores políticos tendientes a calibrar la hegemonía que uno u otro de esos sectores puedan detentar sobre el Frente.* Y esta cuestión de la hegemonía es fundamental, pues al margen de lo que en estos momentos se discuta sobre si la clase obrera *tiene* o *quiere* la batuta, lo que no se puede dejar de marcar es que la clase obrera es la clase hegemónica del proyecto político peronista y, en consecuencia, de los Frentes políticos que ese proyecto impulsa a establecer. Pues la hegemonía de la clase trabajadora en el movimiento peronista no se establece únicamente en relación al nivel de organicidad y representatividad que hoy pueda tener, sino que debe calibrar también todos aquellos factores que han conducido siempre a concebirla como

«columna vertebral del movimiento peronista»: su capacidad movilizadora y revolucionaria y su fidelidad histórica al proyecto político del movimiento que ella misma impuso y sigue imponiendo en la realidad nacional desde las jornadas de octubre del 45. Se puede y debe, entonces, discutir y fortalecer su organicidad presente, y siempre habrá que hacerlo pues sólo esa organicidad garantizará su triunfo, pero no es aconsejable ni siquiera correr el riesgo de proponer conceptos que puedan ocultar su hegemonía siempre vigente (con mayor o menor grado de efectividad) en el movimiento peronista, pues todos los sabemos: no hay peronismo sin clase obrera. Y todo esto es lo que oculta, peligrosamente, el concepto de policlasismo, pues definir al movimiento peronista como una estructura de clases sin marcar en él las cuestiones relativas a la hegemonía política, implica una abrupta caída en el economismo. Y de aquí al tema condenatorio de la conciliación de clases en beneficio de la burguesía no hay más que un paso. Pues como la burguesía, a nivel económico, es más fuerte que la clase obrera, cuya única posibilidad de poder es la política, toda interpretación que desde el concepto de alianza de clases haga del movimiento peronista un movimiento policlasista estará escamoteando la cuestión de la primacía de la política y, con ella, la de la hegemonía de la clase trabajadora. Y estará impulsando, así, una interpretación estructural y economicista que fatalmente otorga a la clase más concentrada a ese nivel, la burguesía, la hegemonía final sobre el proyecto histórico del peronismo. Que quedaría reducido, entonces, a la conciliación y la armonía entre las clases sociales, tarea que sólo puede redundar en beneficio de aquella cuyo poder ha alcanzado mayores grados de concentración a nivel económico, la burguesía. *Pues allí donde desaparece la política, la clase obrera va al muere.*

Como no creemos que todo esto sea sencillo, vamos a intentar resumirlo ordenadamente: a) el concepto de alianza de clases marca aquel nivel en el que las clases permanecen unidas estructuralmente, configurando un campo objetivo de intereses comunes. Se trata aquí de una mera unificación de las clases sociales a partir de aquellos intereses objetivos determinados por la ubicación de cada una de ellas en el aparato productivo. Esta unidad material está establecida por completo al margen de la práctica política; b) el concepto de policlasismo, que se determina a partir del de alianza de clases, queda así establecido también como un concepto estructural y no político. Esta ausencia de criterios políticos establece una amorfa igualdad entre aquellas clases que integran el Frente antiimperialista pues impide calibrar los distintos proyectos con que cada una de ellas ingresa a ese Frente; c) el concepto de policlasismo conduce al de conciliación de clases a través de la fatal definición del Frente antiimperialista como el lugar en el cual las clases armonizan. Y si hablamos de *fatalismo* es porque queremos marcar la determinación mecanicista que se establece a través de todo este razonamiento. En efecto, si el concepto de policlasismo, en tanto concepto estructural, escamotea la cuestión política, ¿cómo establecer entonces las *diferencias* entre las distintas clases del Frente? Pues esto es

lo cierto: *si algo impide caracterizar al Frente antiimperialista como el lugar en el cual las clases armonizan, es la puesta en evidencia de los distintos proyectos políticos que confluyen en ese Frente, de los objetivos comunes que permiten esa confluencia y de las diferencias estratégicas que determinarán las luchas internas por la hegemonía del proceso.* El concepto de policlasismo, por el contrario, al eliminar las cuestiones de hegemonía política y las diferencias que sólo ellas pueden introducir en el campo de la unidad de clases, define al Frente como mero reflejo superestructural de una amorfa unidad verificable a nivel de las estructuras productivas. Con lo cual, las cuestiones relativas a la hegemonía pasan a resolverse en el terreno económico y no en el político: la burguesía, entonces, en tanto clase social más concentrada a ese nivel, queda establecida como clase hegemónica de los Frentes populares impulsados por el peronismo a lo largo de su historia. De aquí a la caracterización de nuestro movimiento como nacionalismo burgués, bonapartismo y otras yerbas no hay ni siquiera un paso.

Nuestro propósito es marcar la hegemonía que la clase obrera ha detentado y detenta en el movimiento peronista, pues creemos (y si no lo creyéramos no seríamos peronistas) que el movimiento expresa sus verdaderos intereses históricos. *Pero el rescate de esta hegemonía (tendiente a no caer en caracterizaciones del peronismo que lo reduzcan a ser expresión de un proyecto burgués al cual la clase obrera meramente debe acompañar) no nos deben conducir a posturas triunfalistas que afirmen, por ejemplo, que la clase obrera tiene hoy la batuta y está conduciendo el proceso.* En la historia del peronismo hay, básicamente, dos líneas: una revolucionaria y leal y otra burocrática y regiminsosa. Ambas han compartido la hegemonía durante largos períodos. Lo que no es posible negar, *a riesgo de caer en una interpretación falsa de nuestro movimiento en totalidad,* es que la clase obrera tiene la hegemonía histórica del proceso. *Pero el señalamiento de esta hegemonía no nos debe ocultar el hecho de que la misma es seriamente dañada en momentos en que arrecian su embestida los sectores conciliadores, no leales al proyecto histórico del movimiento.*

En resumen: la definición del Frente antiimperialista como alianza de clases conduce a una visualización del peronismo (cuya práctica política siempre se desarrolló a través de la formación de este tipo de Frentes) que impide marcar la hegemonía de la clase obrera en el movimiento. Se sabe, por otra parte, que los objetivos de poder de la clase obrera implican la transformación de su número en fuerza. Pues bien: *el concepto de alianza de clases marca aquel nivel en el cual la clase obrera se expresa a través del número, de aquí que siempre pierda ante la burguesía cuando las cuestiones de hegemonía son resueltas a ese nivel. Pero la organización y la práctica política significan las mediaciones por las cuales la clase obrera transforma su número en fuerza.*

Contradicciones internas del Frente antiimperialista

En la Argentina, la herramienta política que el pueblo ha producido para la tarea de la liberación nacional es el movimiento peronista. Este movimiento, integrado por una diversidad siempre creciente de sectores sociales, realiza alianzas políticas con otros grupos. Estas alianzas, a su vez, las realiza por mediación de una estructura que ha creado para eso: *el Partido Justicialista*. En resumen a través de las alianzas establecidas por el Partido Justicialista con otros sectores políticos, el movimiento peronista integra a esos sectores al campo del Pueblo. Esto es, básicamente, el *Frejuli*. Cada uno de esos sectores, a su vez, ingresa al campo del Pueblo con su propio proyecto estratégico. El *Frejuli*, en suma, es una estructura que el movimiento peronista ha montado a través de las alianzas del Partido Justicialista para incorporar a cuanto partido político fuera posible al proyecto de liberación nacional.

Veamos ahora el Frente del 45. Confluyen allí: a) la clase obrera y demás sectores populares a través de un proyecto político movilizador y organizativo: un proyecto de poder popular surgido de la relación líder-masa; b) las FF. AA. cuya doctrina de Defensa Nacional las llevaba a acompañar al peronismo por los postulados industrialistas del movimiento; c) la llamada burguesía nacional, cuyos intereses económicos encontraban adecuada expresión en la política proteccionista del Estado Nacional Popular. Tenemos, en suma, tres proyectos políticos. *Clase obrera y sectores populares*: movilización, organización y poder. *Fuerzas Armadas*: industrialismo y defensa nacional. *Burguesía «nacional»*: desarrollo económico y proteccionismo estatal. Es obvio que los proyectos políticos de la burguesía «nacional» y de las FF. AA. presentaban características que terminarían por posibilitar una alianza de alcances más permanentes.

Un Frente antiimperialista, en resumen, constituye la formación de un bloque de fuerzas políticas ante un adversario común. Cada una de las fuerzas que lo constituyen ingresa al Frente con un proyecto político propio. Los distintos proyectos políticos, si bien son coincidentes en el nivel coyuntural de enfrentamiento al enemigo, se diferencian estratégicamente. *Las contradicciones internas del Frente antiimperialista, en suma, se expresan a través de las luchas que las distintas fuerzas políticas establecen entre sí para instrumentar las acciones del Frente en el sentido de sus propios proyectos estratégicos.*

Una adecuada caracterización política de un Frente antiimperialista no debe supeditarse a la enumeración y descripción de las clases sociales que lo constituyen. Será necesario analizar, además de eso, aquellos procesos a través de los cuales esas clases han descubierto e instrumentado su situación objetiva, su situación de clase. Sólo entonces comenzaremos a visualizar al Frente como el *lugar político* de confluencia de las organizaciones y proyectos estratégicos elaborados por las distintas fuerzas políticas. Más enriquecedor y hasta didáctico que afirmar, por ejemplo, que en el Frente antiimperialista confluyen la clase obrera, la pequeña

burguesía y los sectores burocráticos y empresariales, es caracterizar los proyectos estratégicos de cada una de esas fuerzas políticas, sus orígenes históricos en el movimiento peronista, sus organizaciones, sus métodos de lucha política, *las coincidencias coyunturales que les permiten una alianza táctica y las diferencias estratégicas que las enfrentan constantemente*, con mayor o menor fuerza según las circunstancias.

Nada de esto es sencillo ni está definitivamente resuelto. La práctica política popular recrea constantemente aquellas categorías que permitirán su inteligibilidad más profunda. A los peronistas, partícipes de un enorme proceso de transformación protagonizado por los pueblos del Tercer Mundo, nos está vedado elaborar teorías y métodos de investigación acabados y perfectos sobre los que solamente reste discutir tal o cual aspecto parcial. Que todas las presentes sean cuestiones abiertas no es sino otra manifestación de la continuidad de la lucha.

APÉNDICE

Justicialismo y socialismo nacional

Justicialismo

El segundo gobierno del pueblo peronista necesita el apoyo de un cuerpo doctrinario orientador y coherente. Así lo ha entendido el general Perón, pues sus primeras preocupaciones, una vez instalado en la patria para conducir la lucha del pueblo, han tenido ese objetivo. *«Nosotros —señaló enfáticamente— somos justicialistas»*. Ha fijado así aquello que debe ser fijado de una doctrina: sus grandes principios. Y el más profundo de los principios que orientan la doctrina peronista es justamente el de especificidad nacional: surgida del pueblo, enarbolada siempre como bandera de justicia, su primer principio consistió y consiste en ser la más fiel expresión de las creencias, las esperanzas y las luchas de los trabajadores de esta tierra. Somos justicialistas porque creemos en el camino original y autónomo de la revolución, somos justicialistas porque sabemos que la única y posible doctrina política de un pueblo es la que éste mismo elige para sí, somos justicialistas porque creemos en la capacidad creadora de las masas, somos justicialistas porque es ésta la doctrina que, desde hace ya treinta años, cotidianamente, viene surgiendo del diálogo movilizador, entrañable y combativo, entablado entre los sometidos de esta tierra y el más grande líder de masas que ella ha creado. *Somos justicialistas, en fin, porque así es como ha elegido nuestro pueblo expresar su proyecto de organización y poder, que es la condición insoslayable de su liberación.*

A través de diversas tácticas, consignas y enunciados doctrinarios, nuestro movimiento ha expresado desde sus albores, un claro proyecto político: el de la liberación de la patria a través del poder popular. *Porque del Justicialismo se podrán decir muchas cosas, tantas como hoy lo hagan necesario los distintos intereses políticos en juego en nuestra patria, pero nadie puede llamarse justicialista y negar que esta doctrina expresa un proyecto político de poder popular.* Entendiendo por poder (y atención: no porque hoy lo entendamos de este modo, sino porque siempre, desde el surgimiento del peronismo, fue así), no la mera participación de las mayorías en el Estado empresarial-distributivo, sino la posibilidad real para el pueblo de ir tomando entre sus manos todos los centros políticos y económicos de decisión a través de los cuales pueda determinarse el destino final de la patria: liberación o dependencia. Y entendiendo por popular, no la viscosidad parlamentaria del igualitarismo burgués, sino a todos aquellos sectores que, hegemonizados por la clase obrera, se organizan políticamente a través del movimiento que intenta el rescate del país enajenado: nuestro movimiento, el peronista.

La era del gobierno de las mayorías ha comenzado, decía aquel vertiginoso coronel Perón de los años cuarenta. Y no se equivocaba, porque, para espanto de la oligarquía y de los otros sectores dominantes, los trabajadores reconocieron a su líder en ese militar obrerista y movilizador. *La relación líder-masa es una relación de poder: con el peronismo surge para nuestra época la empresa liberadora de conquistar el poder para el pueblo.* El peón de campo consigue su estatuto y ya no se

somete a los arbitrios patronales, los obreros urbanos construyen sus sindicatos, tienen sus abogados, acceden a los puestos de gobierno. Todos los desplazados, los sometidos, los explotados, comienzan a alzar la frente, a organizarse, a ganar la calle para reclamar sus derechos. *Porque no hay que olvidarlo nunca: el Justicialismo nace el 17 de octubre de 1945, es hijo del poder del pueblo, de su vocación movilizadora y revolucionaria.* Por eso somos justicialistas. ¿Cómo podríamos ser otra cosa?

Socialismo nacional

Acostumbrado a tutearse con la historia universal, Juan Perón se detiene en una de sus encrucijadas y fija su devenir: «El mundo marcha hacia el socialismo». Se trata, claro está, de una comprobación empírica: saber leer en la madeja enmarañada de los hechos el sentido final de la historia es la tarea del conductor. Por eso: «La única verdad es la realidad». Ahora bien, ¿qué es esto del socialismo?

Perón, refiriéndose a la experiencia maoísta, gusta comentar a menudo: «China ya es un socialismo nacional, con algunas formas marxistas, pero muy achinado». Y en este achinamiento de los chinos está la clave del problema: *el socialismo nacional es el proyecto político a través del cual un pueblo instauro una comunidad organizada y justa.* Este socialismo, contrariamente al internacional y dogmático, es fruto del poder creador de las masas y se realiza en un ámbito geopolítico y cultural determinado: es un socialismo con fronteras, solidario con las experiencias liberadoras de otros pueblos, pero celoso de su rostro personal, que es el de su pasado histórico, el de sus luchas y el de sus mártires. Este socialismo es la expresión más radical del poder del pueblo, porque sólo el pueblo puede conquistarlo. Y si es verdad que «el mundo marcha hacia el socialismo», resulta claro entonces que ésta es «la hora de los pueblos» y la tarea del conductor, de aquel que conduce porque es conducido, una sola: «Hacer lo que el pueblo quiere».

El socialismo nacional del que habla Perón y hablamos los peronistas no es de ningún modo la expresión particular de un concepto universal. Cuando Perón señala la existencia de un socialismo internacional y dogmático, sustentado por la política de gran potencia de la URSS, menciona toda una concepción de la historia en la cual el Socialismo —así, con mayúsculas y adornado también con los oropeles de la Ciencia— se dirige al encuentro de los movimientos de liberación del Tercer Mundo para incorporarlos como un momento más de su periplo expansionista. Lo real es

justamente lo contrario: *el concepto de socialismo no les llega a los movimientos de liberación tercermundistas como algo externo, sino que ellos mismos lo generan de sí en tanto proyecto organizativo y movilizador que fija el punto de realización del poder popular*. Pues si el socialismo es lo nuevo, aquello que quiebra y supera los viejos moldes para impulsar a las sociedades hacia formas superiores de justicia, sólo puede ser producido por los movimientos de liberación de la periferia, en tanto son ellos los únicos que pueden generar una universalidad verdadera al introducir en el cuerpo de la historia las fuerzas de lo negativo, lo dinámico y original.

¿Qué formas concretas presenta el socialismo nacional? Es curioso que esta pregunta sea frecuentemente formulada como si se estuviera hablando en ella de algo futuro. Lo cierto es, sin embargo, que el socialismo nacional tiene a su base toda la infinita riqueza política del peronismo para definirse. *Socialismo nacional, entonces, no puede ser sino la organización política integral del pueblo, hegemonizado por la clase trabajadora y conducido por el general Perón, para instaurar una Patria Justa, Libre y Soberana*. Y hay ya demasiados años de peronismo en nuestra patria como para que sea posible embretar este proceso en formas tan escuálidas como «socialización de los medios de producción» o «reforma del régimen de propiedad de la tierra», por mencionar sólo las más corrientes. El peronismo ha expresado ya su proyecto socialista nacional de distintas formas: gestando un Estado antiimperialista y movilizador, nacionalizando la economía para ponerla al servicio del pueblo o haciendo servir a la propiedad privada en función social. Las nuevas formas que este proyecto pueda adoptar dependerán de las necesidades de las masas y de su organización para llevarlas a cabo. Podemos asegurar, eso sí, que serán siempre algo mucho más rico y complejo que una mera transcripción nacional popular del *Manual* de Nikitin.

Desde esta perspectiva, es fundamental la participación creadora del pueblo en el largo proceso de liberación y reconstrucción nacional que inicia el peronismo a partir de mayo de 1973. Y si decimos *largo proceso* es porque queremos marcar que la revolución es, siempre, un proceso de paulatinas mediaciones. El poder no se toma de un golpe, pero la cuestión de la toma del poder debe estar presente en cada acción popular y en cada medida de gobierno. Todo objetivo parcial deberá juzgarse por su capacidad para impulsar o no la conquista del objetivo final. Este proceso, claro está, de ningún modo es sencillo: ciertas medidas, aparentemente revolucionarias, pueden impulsar a las masas al fracaso y el desaliento si están hechas al margen del poder para imponerlas. En tanto que otras, aparentemente reformistas, habrán logrado el más profundo de los objetivos revolucionarios si consiguen ser asumidas por el pueblo y contribuyen a su organización y movilización.

Justicialismo y socialismo nacional

Es incorrecto afirmar que hoy es necesario postular el concepto de socialismo nacional porque nos encontramos en una etapa cualitativamente superior de las luchas populares. El peronismo, por el contrario, expresó desde sus orígenes un proyecto político de poder popular. «La verdadera democracia (se dice en la primera verdad justicialista) es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo». Cuando se trató de ponerle un nombre al movimiento, Perón pensó en el de *socialismo*. Y dejemos que él mismo nos explique por qué cambió de idea: «Nosotros le queríamos poner socialismo (...) pero como socialismo era un nombre gastado y desprestigiado por los socialistas que habían actuado en nuestro país, se decidió ponerle justicialismo». Pero para Perón no hay oposición entre ambos conceptos, y así lo dice: «Nuestro movimiento (...) es indudablemente de base socialista. ¿Por qué? Porque pivotea sobre la justicia social, que es la base de toda nuestra promoción revolucionaria».

Justicialismo, en suma, es el concepto que el líder de los trabajadores eligió para nombrar el proceso de poder popular que se inició en nuestra patria en octubre de 1945. *Justicialismo y socialismo nacional son, en suma, conceptos equivalentes*. El inculdicable mantenimiento del segundo en la doctrina peronista es aconsejable por dos motivos: 1.º — para desenmascarar a quienes interpretan al justicialismo como un mero proyecto distributivo, empresarial y capitalista, que nada tiene que ver con el poder popular; 2.º — para ubicar al movimiento peronista en la geopolítica que le corresponde: la de las luchas de los pueblos del Tercer Mundo que van elaborando un nuevo concepto de socialismo como expresión de su proyecto de liberación. Esto merece ser aclarado.

Acostumbra a decir Perón que nuestra era es la del *Continentalismo*: *es una forma más de afirmar la tercera posición. Tan lejos del imperialismo capitalista como del socialismo internacional y dogmático, las luchas de los movimientos nacionales de liberación buscan un camino hermanado y autónomo*. Perón, que sabe de la imperiosa necesidad de recorrer ese camino (pues «el año 2000 nos encontrará unidos o dominados»), incorpora al cuerpo doctrinario justicialista el concepto de socialismo, pues advierte en él la meta que los pueblos del Tercer Mundo han fijado a su proyecto de poder. Pero en tanto el Justicialismo constituye la forma específica de socialismo que las mayorías argentinas van creando para sí, Perón insistirá frecuentemente en señalar que Justicialismo y socialismo nacional expresan un mismo proyecto político: *la totalidad del poder para el pueblo*.



JOSÉ PABLO FEINMANN (Buenos Aires, 1943). Es licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y ha sido docente de esta carrera en esa casa de estudios. Publicó más de treinta libros, que han sido traducidos a varios idiomas. Entre sus ensayos, se cuentan *Filosofía y nación* (1982), *López Rega, la cara oscura de Perón* (1987), *La creación de lo posible* (1988), *Ignotos y famosos. Política, posmodernidad y farándula en la nueva Argentina* (1994); *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política* (1998); *Pasiones de celuloide. Ensayos y variedades sobre cine* (2000); *Escritos imprudentes* (2002), *La historia desbocada, tomos I y II* (2004), *Escritos imprudentes II* (2005), *El cine por asalto* (2006), *La filosofía y el barro de la historia* (2008), *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina, tomos I y II*, *El Flaco* (2010), y *Filosofía política del poder mediático* (2013). Entre sus novelas: *Últimos días de la víctima* (1979), *Ni el tiro del final* (1981), *El ejército de ceniza* (1986), *La astucia de la razón* (1990), *El cadáver imposible* (1992), *Los crímenes de Van Gogh* (1994), *El mandato* (2000), *La crítica de las armas* (2003), *La sombra de Heidegger* (2005), *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu* (2009), *Carter en New York* (2009), *Carter en Vietnam* (2009) y *Días de infancia* (2012). Es autor de las piezas teatrales *Cuestiones con Ernesto Che Guevara* (1999) y *Sabor a Freud* (2002), y de los guiones cinematográficos de *Últimos días de la víctima* (1982), *Eva Perón* (1996), *El amor y el espanto* (2000) y *Ay, Juancito* (2004). Su exitoso programa que emite Canal Encuentro, *Filosofía aquí y ahora*, inició este año su séptima temporada.

Notas

[1] Ciria, Alberto, *Perón y el Justicialismo*, Siglo XXI, 1971, p. 181. <<

[2] Cooke, J. W., *Apuntes para la Militancia*, Schapire, Buenos Aires, 1972, p. 98. <<

[3] Eludiremos aquí una discusión pormenorizada sobre las fuentes y orígenes de la escuela revisionista. Solamente esto: para nosotros, Saldías, Quesada, Peña o Alberdi pueden ser ubicados, a lo sumo, como precursores, pero ni por asomo fueron revisionistas. Saldías o Quesada son los que más se acercan a una línea de ruptura con la escuela liberal, pero sólo eso. David Peña no pasa de proponernos a un Facundo con estatura de prócer, angustiado por los problemas constitucionales y por la organización liberal del país. Por lo demás, justo es decirlo, su libro es la obra de un historiador digno y responsable, con pasajes de honda comprensión del drama argentino. Alberdi, por su parte, jamás dejó de ser un consecuente liberal. Sus obras póstumas son, ciertamente, antimitristas. Pero nada más, y no alcanza. <<

[4] Halperin Donghi, Tulio, *El revisionismo histórico argentino*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1970, p. 9. <<

[5] Sobre las relaciones entre peronismo y revisionismo se podría decir bastante. Aquí solamente esto: algunos revisionistas (Palacio, Sierra) llegan a militar activamente en el movimiento. Otros, como don *Pepe* Rosa (el más grande, sin duda, serio y profundo de los escritores revisionistas), acompañan el proceso con clara complacencia. A Rosa, sin embargo, en el 55, lo echan de la Universidad por rosista, no por peronista. La historia de Palacio llega hasta fines de los años treinta, Rosa piensa hacer llegar la suya hasta el 45. Adoptaron actitudes peronistas, pero no escribieron la historia *desde* el peronismo ni enfocaron al peronismo en su relación con el pasado. Sobre don *Pepe* Rosa recomendamos la lectura de un reportaje que le hizo *Envido* para su N.º 2. Allí, en forma magistral, nuestro historiador explica sus relaciones con el peronismo y su metodología historiográfica. <<

[6] Cooke, *Apuntes...*, p. 22. <<

[7] Cooke, *Apuntes...*, p. 42. <<

[8] Cooke, *Apuntes...*, p. 96. <<

[9] Cooke, J. W., *Peronismo y Revolución*, Papiro, Buenos Aires, 1971, pp. 57-58-59.

<<

[10] Cooke, *Peronismo...*, p. 60. <<

[11] Perón, Juan, *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder.* <<

[12] Cooke, *Peronismo...*, p. 103. <<

[13] Cooke, *Apuntes...*, p. 97. <<

[14] Viñas, David, *Rebeliones populares argentinas: De los Montoneros a los Anarquistas*, Carlos Pérez, Buenos Aires, 1971, p. 51. <<

[15] Viñas, ob. cit., p. 52. <<

[16] Althusser, Louis, *La filosofía como arma de la revolución*, Pasado y Presente, Córdoba, 1968, p. 38. <<

[17] Harnecker, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, 1971, p. 10. <<

[18] Cooke, J. W., *La Lucha por la Liberación nacional*, Papiro, Buenos Aires, 1971, p. 42. <<

[19] Cooke, *La lucha...*, p. 43. <<

[20] Cooke, *Peronismo...*, p. 18. <<

[21] Marx, apartándose en buena medida de los esquemas hegelianos con que se había manejado anteriormente en cuestiones similares, responde con una prolija delimitación de la teoría a su contexto histórico: «La “fatalidad histórica” de este movimiento (el desarrollo del capitalismo, JPF) está expresamente restringida a los países de Europa Occidental», Marx, Karl, edit. por Maximilien Rubel, Gallimord, 1968, pp. 1554-55, traducción de Ariel Sibileau. <<

[22] Ionescu, Ghita y Gellner, Ernest (compiladores), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu, 1970, Buenos Aires, p. 39. <<

[23] Ionescu y Gellner, ob. cit., p. 40. <<

[24] Ionescu y Gellner, ob. cit., p. 42. <<

[25] Ionescu y Gellner, ob. cit., p. 42. <<

[26] Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1971, p. 351. <<

[27] Germani, ob. cit., p. 353. <<

[28] Germani, ob. cit., p. 353. Las masas peronistas se han transformado en los eternos educandos de los últimos treinta años de nuestra historia. La izquierda estructuralista, por ejemplo, aconseja a los intelectuales peronistas «abandonar su populismo», entendido al modo de «creer en lo que el pueblo cree», y no confundir esas creencias populares, ese vago sentir peronista, con la teoría de la revolución, pues esto implicaría confundir al objeto empírico con el objeto de conocimiento. Toda la cuestión se fundamenta científicamente citando todas las citas de Marx que cita Althusser y recurriendo, ¡por supuesto!, al ejemplo del salario. En suma: la tarea de los practicantes de la teoría consiste en trascender la empiria de las masas, ese engañoso mundo de las ideologías, y, siguiendo cuidadosamente los pasos del nuevo *Discurso del Método* que Marx escribió en 1857, acceder al objeto de conocimiento. La «desperonización de la clase obrera», tarea en la que siempre coinciden la izquierda y el régimen, sólo será posible en tanto la misma acceda también a este nuevo objeto «*non ideologique*». Una vez más, se trata de educar al soberano. <<

[29] Ionescu y Gellner, ob. cit., p. 47. <<

[30] Ionescu y Gellner, ob. cit., p. 44. <<

[31] Ionescu y Gellner, ob. cit., p. 294. <<

[32] En cuanto a la recurrencia a Hobsbawm que seguidamente emprendemos, no creemos que debamos fundamentarla en demasía. Nos bastará con demostrar que los elementos metodológicos que este autor explicita, se encuentran presentes tanto en sociólogos académicos y dittellianos, como en estructuralistas que aconsejan no fiarse de las apariencias, como en marxistas rabiosos y no tan rabiosos. <<

[33] Hobsbawm, Eric J., *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1968, p. 82. De aquí en más, incluimos en nuestro texto la paginación de las citas. <<

[34] Hay diferencias: la burguesía liberal de Buenos Aires, lejos de iniciar un proceso de industrialización, no pasó de ser una clase intermediaria y menesterosa de la manufactura europea. Su tarea política se redujo a buscar la pacificación y el ordenamiento jurídico del país: era el único modo de asegurarle un mercado a las industrias británicas. Su poder se fortalece después de Caseros, con Mitre, al sellar un fructífero pacto con los ganaderos bonaerenses, sector estructuralmente más dinámico por estar ligado en forma directa al aparato productivo. El interior, por su parte, y especialmente el interior mediterráneo, se hunde en el estancamiento y la miseria, no sólo por no estar respaldadas sus industrias y artesanías (que se venían desarrollando desde el Virreynato) por un efectivo proteccionismo económico, sino también por no contar con Buenos Aires como potencia compradora. <<

[35] «Las montoneras (escribe Milcíades Peña) no aportaban consigo un nuevo orden de producción (...), no eran progresivas en el sentido hegeliano de la palabra, es decir, no significaban el tránsito a otro sistema social (...), si las montoneras hubieran aplastado a Buenos Aires poniéndose a la cabeza de la Nación, se hubieran visto forzadas a reconstruir lo destruido, porque no podían organizar la sociedad de ningún modo», Peña, Milcíades, *El paraíso terrateniente*, Fichas, Buenos Aires, 1969, p. 27.

<<

[36] Hemos escrito «formas más elevadas» y sabemos que ello implica un juicio axiológico. Pero no es otra cosa lo que piensa Hobsbawm: «La distinción entre “primitivo” y “moderno” es a la vez un aserto histórico y un juicio de valor» (p. 269).

<<

[37] De este tipo de esquemas es que había comenzado a librarse Marx en la carta a Zassoulitch que citamos al comienzo. Y si decimos «había comenzado» es porque no lo había conseguido totalmente: los borradores sobre la comuna rural rusa están quebrados de altibajos. De cualquier forma, constituyen una pieza de alto valor sobre los peligros de toda teoría universal y necesaria de la evolución de las sociedades. <<

[38] En nuestros trabajos anteriores para *Envido* (especialmente en «Felipe Varela y la lógica de los hechos», *Envido*, N.º 2), hemos examinado con mayor detalle crítico la aplicación de estos esquemas de análisis (transformados ya en categorías constitutivas kantianas) a las montoneras del siglo XIX. Si hemos vuelto sobre el tema en este trabajo, es porque queremos marcar la unidad metodológica con que los teóricos antiperonistas interpretan tanto a nuestro movimiento como a las montoneras. Esta unidad del campo enemigo es reflejo de nuestra propia unidad. Es decir: de la línea ideológica peronista que vivifica en y para su lucha política actual, las banderas de los movimientos antiimperialistas del pasado. <<

[39] Peña, Milcíades, *Masas, caudillos y elites*, Fichas, Buenos Aires, 1971, p. 68. <<

[40] Peña, ob. cit., p. 70. <<

[41] Cfr. Torre, Juan Darlos, «La economía del Peronismo y la política de los sindicatos», en Revista *Los Libros*, año II, N.º 14, diciembre de 1970. <<

[42] Peña, ob. cit., p. 71. <<

[43] Peña, ob. cit., p. 83. En la figura de Evita encuentra este autor uno de los símbolos más trágicos de la heteronomía obrera: «Jamás (escribe refiriéndose a la Fundación Eva Perón) nadie había especulado más simplemente sobre la simpleza de las masas» (ob. cit., p. 109). Sólo a través de esta simpleza es posible comprender que el pueblo haya amado tanto «a esta “abanderada de los humildes” que vestía modelos de Christian Dior y lucía la orden franquista de Isabel la Católica» (ob. cit., p. 109). Se ha dicho que de haber continuado en vida, Peña no hubiera publicado estos escritos. No lo creemos: toda su interpretación de la historia, desde Mayo a Irigoyen, lo imposibilitaba para comprender el peronismo. Es posible, eso sí, que hubiera pulido algunas expresiones: escribió estos ensayos durante los exultantes y victoriosos años 1955/57, en que los enemigos del peronismo decían lo que realmente pensaban. <<

[44] Viñas, Ismael, «Sindicatos 1968: los límites del reformismo», *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, Buenos Aires, N.º 2, diciembre de 1968, p. 44. El trabajo lo firma también José Vazeilles, pero la parte que utilizamos fue escrita por Viñas. <<

[45] En el planteo de Hobsbawm, el desarrollo de las fuerzas productivas desencadena, como paso previo al surgimiento de la racionalidad política, el fenómeno de la concentración urbana. Es a partir de esta nueva situación que el proletariado comienza a crear sus propias formas orgánicas. Tanto Hennessy como Peña o Viñas, que se manejan con los mismos supuestos de Hobsbawm, encuentran que las causas de la heteronomía proletaria se deben a que el Estado burgués comienza su acción manipulativa apenas se produce la concentración urbana. Impide, de este modo, que los obreros pasen en forma autónoma a la segunda etapa que el desarrollo de las fuerzas productivas fatalmente genera: la etapa organizativa. La burguesía, en suma, torna heterónimo al proletariado pues lo sorprende en la etapa inorgánica de la concentración urbana; conseguido esto, poco le cuesta mantenerlo en esa heteronomía al organizarlo de acuerdo con sus propios objetivos políticos. Este aspecto, es del sindicalismo controlado, lo veremos con mayor detalle en el párrafo siguiente. <<

[46] Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1965, tomo II, p. 619. <<

[47] Spilimbergo, Jorge Enea, *La cuestión nacional en Marx*, Coyoacán, Buenos Aires, 1968, p. 18. <<

[48] Ciertos textos de nuestro Cooke parecen suscribir esta interpretación: «Era el paso de la semicolonía pastoril a la nación burguesa moderna, pero a cargo de un movimiento que tenía por eje al proletariado. Era demasiado pronto para que la clase obrera tuviera su propio proyecto de organización social, y demasiado tarde para que una burguesía ligada al mercado interno asumiera la conducción del proceso», Cooke, John William, *Peronismo y revolución*, Papiro, Buenos Aires, 1971, p. 173. Coincidimos, sin embargo, con el compañero Horacio González, en que sólo «una mala lectura de Cooke» puede ligarlo, en sus aspectos centrales, a las tesis de la izquierda nacional. Para Cooke, en efecto, el peronismo significa ante todo la participación directa del pueblo en las tareas del Estado, tarea que implica la movilización y organización de la conciencia popular. Cfr. González, Horacio, «Humanismo y estrategia en Juan Perón», *Envido*, N.º 4. <<

[49] Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972, p. 71. Murmis y Portantiero anteceden su estudio sobre el peronismo con otro sobre la industrialización bajo control conservador durante la década del treinta. Tienen sus motivos: el peronismo, para ellos, «puede ser categorizado como una respuesta a los problemas que plantea una estructura económico-social en la que ya existe un significativo peso de la industria» (ob. cit., p. 3). En este sentido, «el estudio de la década del 30 resultará pertinente, pues puede servir para mostrar cuál fue la primera respuesta al proceso» (ob. cit., p. 3). *Habría, como vemos, una unidad sustancial entre el conservadorismo del 30 y el peronismo del 40. Esta unidad está dada en la estructura por la industrialización, y encuentra su correlato en la superestructura a través de los proyectos políticos con que las clases propietarias intentan dar respuesta al proceso.* <<

[50] Murmis y Portantiero, ob. cit., p. 92. La paginación de las citas sigue en el texto.

<<

[51] Murmis y Pontantiero, ob. cit., p. 124. Sobre la disolución del Partido Laborista, Peña tiene un texto que no queremos dejar pasar. Luego de comentar cómo Perón le anuncia al pueblo, reunido en Plaza Mayo, la resolución adoptada sobre la cuestión, escribe: «Las masas ovacionan a Perón y celebran alegremente la destrucción del primer intento de organización política autónoma del nuevo proletariado argentino», Peña, ob. cit., p. 106. Es frecuentemente patético este odio oscuro y resentido, que nuestros teóricos de la ultrarrevolución suelen generar por las clases populares, incomprensiblemente empeñadas en guiarse por sus propias convicciones políticas.

<<

[52] La negación del carácter «burgués» del Estado peronista y la crítica de la tesis de la «manipulación demagógica» han sido desarrolladas por el compañero Pablo Franco en «Notas para una historia del peronismo», *Envido*, N.º 3. <<

[53] Viñas, ob. cit., p. 47. <<

[54] Durruty, Celia, *Clase obrera y peronismo*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969, p. 15. Las siguientes referencias a páginas pertenecen a este libro. <<

[55] Ionescu y Gellner, ob. cit., p. 204. <<

[56] Documento de *Nueva Fuerza* en *La Opinión* del 1/6/72. <<

[57] Weber, Max, *Economía y sociedad*, FCE, México, 1964, tomo 1, p. 173. <<

[58] Cfr. nuestro trabajo «Racionalidad e irracionalidad en *Facundo*», *Envido*, N.º 3, abril de 1971. <<

[59] Perón, Juan D., *Conducción Política*. Todos los restantes textos de Perón que iremos citando en este capítulo pertenecerán, salvo expresa indicación, a esta obra.

<<

[60] Perón, Juan D., *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder.* <<

[61] Al introducir y determinar este concepto de «caudillo», Perón está pensando en los caudillos conservadores tipo Barceló, o en esos dirigentes radicales «que arreglan todo a sillazos en el Comité». Sólo a ellos estarían correctamente aplicadas esas notas de compadrazgo y paternalismo que menciona Hennessy, no al conductor. <<

[62] *La organización a través del pensamiento de Perón*. Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1954, p. 17. <<

[63] Cooke, John William, *La lucha por la liberación nacional*, Papiro, Buenos Aires, 1971, p. 55. Todas las restantes citas de Cooke que habremos de utilizar pertenecen a este libro; incluiremos su paginación en nuestro texto. <<

[64] Gálvez, Manuel, *El uno y la multitud*, Alpe, Buenos Aires, 1955, p. 237. <<

[65] Perón, Juan D., *Situación política y social anterior a la revolución de 1943*, Buenos Aires, 1948, p. 10. <<

[66] Zoilo Laguna, *Se vienen las votaciones*, Buenos Aires, 1954. <<

[67] *De frente*, N.º 69, 4/7/55. <<

[68] Revista *Así*, N.º 415, 10/11/71. <<

[69] Cfr. *El lenguaje popular de Perón en Una nación recobrada: enfoques parciales de la Nueva Argentina*, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1952, pp. 183/199. <<

[70] Perón, Eva, *Significación social del descamisado*, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1951. <<

[71] Este tema, en el que aquí no insistiremos, está muy bien tratado por Puiggrós (Cfr. *El peronismo, sus causas*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969). Importa destacar las distintas actitudes adoptadas por Perón y el dirigente comunista José Peter, en torno a la huelga declarada por el gremio de la carne: «Los argumentos esgrimidos por Peter para incitar a la vuelta al trabajo (escribe Puiggrós) reflejaban la línea política del Partido Comunista: los frigoríficos angloamericanos contribuían al esfuerzo de las potencias aliadas en la guerra contra el nazifascismo y no debía malograrse ese esfuerzo con la paralización de los envíos de carnes. Pedía a los obreros sacrificios en momentos en que los frigoríficos ganaban sumas fabulosas». Por el contrario: «En su despacho del Ministerio de Guerra, el coronel Perón conminó a las empresas a aceptar el pliego de reivindicaciones de los obreros y les anunció que su intransigencia obligarla al gobierno a intervenir los frigoríficos. Al vencer Perón la resistencia de las empresas, Peter y los comunistas perdieron la dirección del gremio de la carne» (Puiggrós, ob. cit., p. 49). <<

[72] Estatutos de la Primera Internacional (1866), citado por Poulantzas, Nicos, *Clases sociales y poder político en el estado capitalista*, Siglo XXI, México, 1969, p. 63. <<

[73] Marx, Karl, *Miseria de la filosofía*, Ediciones en Lenguas extranjeras, Moscú, p. 170. <<

[74] Magri, Lucio, *Problemas de la teoría marxista del partido político en teoría marxista del partido político*, Pasado y Presente, Córdoba, 1971, p. 67. <<

[75] Hopfl, Heinz, *Breve historia de Inglaterra*, El Ateneo, Buenos Aires, 1961, p. 43.

<<

[76] Cerroni, Umberto, *Para una teoría del partido político* en *Problemas de la teoría marxista...*, ed. cit., p. 18. Las siguientes citas pertenecen a este trabajo, incluimos su paginación en nuestro texto. <<

[77] «En Francia (escribe Daniel Guérin), cuando la democracia lanzó sus primeros vagidos a través de la Revolución francesa, la noción de partido tenía todavía un carácter bastante flojo y episódico. Ni los *Feuillants*, ni los Girondinos, ni los Montañeses, formaban, hablando con propiedad, un partido político en el sentido británico del término, con su disciplina, su aparato, su programa rigurosamente definido, sus investiduras electorales. En la última fase de la Revolución francesa, no hubo nunca, contrariamente a la leyenda, “partido jacobino”. La “Sociedad de los Jacobinos” era sobre todo un club parisiense de discusión...» (Guérin, Daniel, *Del Club revolucionario al partido único*, en *Partido y revolución*, Rodolfo Alonso, Buenos Aires, 1971, p. 76). <<

[78] Marx, K. y Engels, F., *Sobre el sistema, colonial del capitalismo*, Ediciones Estudio, Buenos Aires, 1964, p. 368. <<

[79] Rubel, Maximilien, *De Marx al bolchevismo: partidos y consejos en Partido y revolución*, ed. cit., p. 17. <<

[80] Rubel, M., ob. cit., p. 31. <<

[81] Que los moldes europeos se aparezcan siempre por estos planteos sobre el peronismo, ya no sorprende a nadie. Y si se aparecen no es por casualidad sino por simple «colonización pedagógica». Un pensamiento de la dependencia siempre se maneja con categorías elaboradas en los centros imperiales: es uno de los requisitos de todo colonialismo. Un pensamiento nacional, por el contrario, sólo puede ser producido desde y por el movimiento político que se organiza para rescate del país enajenado. <<

[82] Mayor de E. M. Perón, Juan, *Apuntes de Historia Militar*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, volumen 398, Buenos Aires, 1951, p. 316. <<

[83] Luna, Félix, *El 45, crónica de un año decisivo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1971, p. 279. Este autor —cuyo mérito habrá de encontrarse en la recopilación de algunos documentos de interés— no concede mayores luces a las masas peronistas: «Un instinto certero (...) los llevaba a la plaza histórica» (p. 275). Literato al fin, lo conmueve la visión del pueblo en la calle: «Aire fresco, popular, saludable, bárbaro, vital» (p. 279). ¿Qué lindo, no? Parece que el 17 no hubo más que unos cuantos muchachones, carajeadores y morochos, que seguían a Perón instintivamente, casi como el perrito a Pavlov. <<

[84] Cfr. Belloni, Alberto, *Del anarquismo al peronismo, historia del movimiento obrero argentino*, La Siringa, Peña Lillo, Buenos Aires, 1960, p. 53. <<

[85] Smith, Adam, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, FCE, México, 1958, p. 556. <<

[86] Marx, Karl, *El Capital*, FCE, México, 1964, tomo I, p. 638. <<

[87] Engels, ob. cit., p. 368. <<

[88] Todo esto disgustará seguramente a los practicantes de la teoría marxthusseriana. Pero hay algo cierto: nunca han podido explicar con éxito la acción política. Y no es casual: una filosofía que delimite tan férreamente el campo de lo científico, que se manifieste tan celosa de la autonomía de esta esfera, que encuentre en las estructuras y en las relaciones entre ellas el sentido y —guste o no— el sujeto de la historia, debe necesariamente encontrar serios problemas para explicar la acción política. Porque como dice el mismo Poulantzas: «No pueden descubrirse intereses en las estructuras» (ob. cit., p. 131). Y allá él si no saca las debidas conclusiones de tan sensata afirmación. Althusser, por su parte, acorralado por los compatriotas y herederos del historicismo gramsciano, confiesa: «En nuestro libro *falta* algo muy importante: digamos, el eco de la *práctica* política de los partidos comunistas» (Althusser, Dal Sasso, Badaloni y otros, *Discusión sobre el pensamiento de Gramsci en Materialismo histórico y materialismo dialéctica*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1972, p. 94).

<<

[89] Cfr. Abrales, Héctor, «La transferencia de tecnología, arma del imperialismo», *Envido*, N.º 6, julio de 1972. <<

[90] La cuestión es seria, y su importancia se revela mayor al comprobar que la teoría es manejada también a nivel periodístico por compañeros peronistas, quienes la difunden así como verdad aceptada en nuestro movimiento. En el N.º 497 de *Primera Planta*, se lee: «Jamás podrá comprender (se hace referencia a Rodolfo Ghioldi, JPF) el papel progresista de las burguesías nacionales de los países oprimidos que luchan contra las burguesías de las naciones opresoras». El análisis se afina en un trabajo publicado por *Cenap (El Pueblo)*, en el cual, luego de superar las trabas impuestas por una exposición excesivamente abstracta, puede entenderse lo siguiente: «El acceso de la clase obrera al rango de clase hegemónica introduce un cambio cualitativo en el frente (se refiere al frente del 45, JPF) haciéndolo ingresar en su última gran etapa de desarrollo». Esta etapa es más radical que la primera, pues «no son idénticas los programas de liberación nacional planteados por un frente popular hegemónico por una burguesía nacional y por uno hegemónico por la clase obrera; aunque indudablemente forman parte del mismo proceso» (p. 16). <<

[91] Luna, Félix, ob. cit., p. 47. <<

[92] En lugar de burguesía «nacional», hay que hablar de burguesía industrial no oligárquica, que se diferencia tanto de los sectores tradicionales agropecuarios, como de la burguesía industrial oligárquica que surge a través de la manufacturación de las materias primas vinculadas con la producción de los sectores agrarios, y que es solamente una rama diferenciada de estos mismos sectores. <<

[93] Marx-Engels, *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, ed. cit., p. 334. <<

[94] Marx, *Discurso sobre el problema del librecambio*, Ediciones del Siglo, Buenos Aires, 1972, p. 210. <<

[95] Este proceso, claro está, solamente ocurre cuando una nación ha llegado a su máxima concentración de poder. Yalta, por ejemplo, significa la imposición de dos legalidades de diferente origen, *pero coexistentes*, que delimitan los campos en que habrán de expresarse. Y el surgimiento del Tercer Mundo no es sino expresión de la voluntad organizativa y política de los pueblos sometidos para quebrar ese orden que los poderosos acordaron imponer a la historia. <<

[96] Alberdi, Juan Bautista, *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, Raigal, Buenos Aires, 1914, p. 103. <<

[97] Busaniche, José Luis, *Historia Argentina*, Hachette, Buenos Aires, 1969, p. 448.

<<

[98] Alberdi, Juan Bautista, *Escritos póstumos*, Buenos Aires, 1898, tomo v, p. 106. Textos como el que acabamos de citar, de extraordinaria profundidad política, sin duda, han conducido a varios analistas de nuestra historia a entronar la imagen de un Alberdi nacionalista. Ya lo hemos dicho: no es así. En tanto ideólogo de los sectores del litoral federalista entrerriano, Alberdi, el máximo representante (con José Hernández) del liberalismo integracionista en nuestra patria, denuncia acabadamente la política de Buenos Aires. Fue, sin duda, antimitrista, pero no fue nacionalista. Nacionalistas fueron Artigas, Rosas, Peñaloza y Varela. Alberdi, al hablar de las provincias, se refirió siempre a las provincias litorales, las únicas, según él, que podían conducir una política debido a sus posibilidades de vinculación con Europa. Jamás dejó de ver en nuestro sometimiento a los poderes expansionistas europeos la posibilidad de nuestro despegue histórico. En una obra de próxima aparición analizaremos la totalidad de su pensamiento político. <<

[99] Los pueblos también pueden y suelen (y frecuentemente deben) recurrir a la violencia. La diferencia con las minorías represivas, se encuentra en que para las mayorías la violencia no es, de ningún modo, el único camino posible. No por otros motivos, ha insistido siempre Perón en un concepto de revolución pacífica únicamente posible a través de la integración siempre creciente de los distintos sectores sociales. Si la revolución peronista se planteó desde sus orígenes como una revolución pacífica, y si aún lo continúa haciendo así, es porque nucleó y nuclea al más importante movimiento de masas de nuestra historia que se haya movilizó tras un proyecto político. <<

[100] Cooke, *Peronismo y revolución*, ed. cit., p. 59. <<

[101] Scalabrini Ortiz, Raúl, *Yrigoyen y Perón*, Ed. Plus-Ultra, Buenos Aires, 1972, p. 16. <<

[102] Marechal, Leopoldo, *Proyecciones culturales del momento argentino*, en *Argentina en Marcha*, Comisión nacional de Cooperación intelectual, tomo I, Buenos Aires, 1947, p. 124. <<

[103] Marechal, ob. cit., p. 125. <<

[104] Cooke, ob. cit., p. 60. <<

[105] Citado por Sampay, Arturo Enrique en «La reforma constitucional debe favorecer la modernización de las estructuras», *La Opinión*, 6/5/1972. <<

[106] Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 105. <<

[107] *Anteproyecto de Reforma de la Constitución*, Partido Peronista, Buenos Aires, 1949, p. 5. <<

[108] *Anteproyecto...*, p. 10. Subr. nuestro. <<

[109] *Reforma de la Constitución Nacional, Anexo I, Principios y preceptos que contiene el anteproyecto de reforma, comparados con la Constitución de 1853*, Partido Peronista, Buenos Aires, 1949, p. 16. Subr. nuestro. <<

[110] *Anteproyecto...*, p. 14. Subr. nuestro. <<

[111] Esta consigna de humanización de capital arrancó a Scalabrini Ortiz ciertas reflexiones que no queremos dejar pasar. Con prosa sencilla y emotiva, así las dijo: «“Humanizar el capital”, he allí una frase que parece un absurdo, un contrasentido, que posiblemente habrá provocado la crítica mordaz de los teóricos anticapitalistas que con frecuencia son los que mejor hacen el juego al capital, y que es, sin embargo, una fecunda fuente de reflexión analítica. Hace muchos siglos, quizá en el mismo momento en que comenzó a tener noción de su existencia, el hombre se consoló de su fugacidad imaginando un ser semejante a él, pero perfecto, un ser en quien los años se mellaban. La primera idea de una eternidad lleva el nombre de Dios (...) El segundo ente eterno que el hombre crea, en un acto de orgullosa suficiencia, se llama *capital* (...) Pasa sobre las cosas perecederas sin perecer, pasa sobre los hombres mortales sin fenecer (...) El capital no fenece y por eso fundamentalmente es inhumano. “Humanizar el capital” significa a mi entender emplazarlo, transformarlo en mortal y perecedero como las cosas a las cuales está aplicado. La frase del general Perón entreabre un nuevo mundo de posibilidades técnicas y matemáticas en que parece factible una nueva relación entre los seres humanos. Por otra parte, afirmar implícitamente que la propiedad es violable, con fines de utilidad pública, se sobreentiende, es proyectar de inmediato nuevas perspectivas para la convivencia. Sin la inviolabilidad de la propiedad, todo el artificioso edificio de la Constitución (del 53, JPF) se derrumba con estrépito, porque toda ella ha sido concebida, como bien lo comenta Alberdi, para sostener y apuntalar esa inviolabilidad» (Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 124). <<

[112] Los ganaderos demostraron estar dispuestos a cualquier tipo de concesiones con tal de no disminuir sus márgenes exportables. El tratado Roca-Runciman ha quedado en nuestra historia como el más claro ejemplo de esta vocación entreguista. En junio de 1951, en un discurso tendiente a marcar las diferencias entre la economía social peronista y la economía oligárquica, Perón describió con notable elocuencia el vasallaje de los años infames: «En 1936 (dijo) un enviado argentino fue a comercializar a Londres las carnes argentinas. Comenzó su discurso inaugural diciendo que, económicamente, la República Argentina formaba parte del Imperio Británico. En cierta manera tenía razón. (...) Señores: cuando llegó ese emisario, estuvo allí cuatro meses, planteó el programa y dijo: “Vengo a vender las carnes de la República”. Y le dijeron: “Nos parece bien. Pero nosotros tenemos un tratado, que hemos firmado en Ottawa hace pocos años, que no nos permite comprar la carne fuera de los dominios de nuestro imperio”. El que tenía que vender el setenta por ciento de las carnes argentinas, me imagino que se pasó unos cuantos días sin dormir, y habrá dicho: Señor, esto es la ruina de la República Argentina. Entonces se buscó una combinación y se dijo: Bien, lo que podríamos hacer nosotros, sería tomar el monopolio de todos los transportes de la ciudad de Buenos Aires, y en compensación de eso que ustedes nos dan les vamos a comprar las carnes. En otras palabras: ustedes nos dan la plata y nosotros les compramos las carnes. Me parece que lo más justo habría sido que el gobierno hubiese tomado el monopolio de los transportes de Buenos Aires y comprado la carne para regalarla a los argentinos y no a los ingleses. A los ingleses no hay que achacarles ninguna culpa; ellos hicieron un negocio y defendían sus intereses. ¡Los miserables fueron aquellos malos argentinos!» (*Perón habla sobre la independencia económica argentina*, Buenos Aires, 1951, S. de I., p. 17). <<

[113] Eggers Lan, Conrado, *Peronismo y Liberación Nacional*, Ed. Búsqueda, Buenos Aires, 1973, p. 99. <<

[114] *Plan de Gobierno 1947-1951*, Presidencia de la Nación, Secretaría Técnica, Buenos Aires, 1946, tomo I, p. 7. <<

[115] Citado por Sampay, Arturo Enrique, *Constitución y Pueblo*, Cuenca Ediciones, Buenos Aires, 1973, p. 209. <<

[116] *Anteproyecto...*, p. 15. Subr. nuestro. ¿Qué pasó con este artículo después del golpe gorila del 55? Lo dice Arturo Sampay: «Fue derogado el 27 de abril de 1956 por una proclama del gobierno *de facto*. Este gobierno había dictado, el 7 de diciembre de 1955, las *Directivas Básicas* de la Revolución Libertadora, cuyas disposiciones tenían fuerza de norma constitucional. Una de estas *Directivas* disponía: «Crear sobre la base del respeto y garantía a la propiedad privada, las condiciones propicias a la inversión de capitales extranjeros». Este precepto, cuyo contenido fue ratificado por las Actas de la llamada Revolución Argentina, es la contrafigura del artículo 40, pues su intención es garantizar los bienes de los monopolios extranjeros, lo cual importa consagrar la impunidad de estos monopolios para explotar al país» (Sampay, ob. cit., p. 186). <<

[117] El doctor Arturo Sampay, la más brillante autoridad sobre el tema, ofrece el siguiente resumen de las reformas que el peronismo introdujo en el texto constitucional: «La reforma constitucional de 1949 tendía: 1.º) a hacer efectivo el predominio político de los sectores populares mediante la elección directa del presidente de la República y mediante la posibilidad de reelegir como presidente al jefe de esos sectores populares victoriosos; 2.º) a estatizar los centros de acumulación y de distribución del ahorro nacional, las fuentes de materiales energéticos y los servicios públicos esenciales; 3.º) a estatizar el comercio exterior; 4.º) a asignar a todos los bienes de producción la función primordial de obtener el bienestar del pueblo; 5.º) a generalizar la enseñanza, a cuyo efecto debía ser absolutamente gratuita, y a los alumnos se les debía conferir becas y asignaciones a sus familias; 6.º) a regionalizar la enseñanza de las universidades, a fin de vincular dicha enseñanza a la producción de las respectivas zonas geo-económicas del país; 7.º) a estatizar las Academias, con el propósito de que ellas se ocupen de la alta investigación científica, necesaria para que el país posea una industria moderna independiente. En síntesis, pues, la llamada “Constitución de 1949” se proponía hacer efectivo el gobierno de los sectores populares, a liberar al país del imperialismo, estatizando el manejo de los recursos financieros, de los recursos naturales y de los principales bienes de producción, con la finalidad de ordenarlos planificadamente para conseguir un desarrollo económico armónico e independiente, que conceda el bienestar moderno a todos y a cada uno de los miembros de la comunidad. Apuntaba, así, a consumir en la Argentina la revolución social requerida por el mundo contemporáneo». Sampay, Arturo E., ob. cit., p. 120. <<

[118] Perón, Juan (Descartes), *Política y estrategia: no ataco, critico*, Buenos Aires, 1951, p. 12. Se trata del artículo que lleva por título: «Errores de la conducción política». <<

[119] Revista *Envido*, N.º 4, setiembre de 1971, p. 30. <<

[120] La misma relación que establecemos aquí entre política y economía, debe plantearse respecto del controvertido problema de la Ciencia. Durante muchos años, en nuestro país, se intentó separar a la Ciencia de la Política y la Ideología. Fue una de las tantas maniobras del neocolonialismo. Apareció así un tipo especial de científico que unió su imagen a la del laboratorio cerrado y la Razón atemporal. Alejados de la realidad social y política de nuestro país, estos hombres vivieron condenados a generar verdades cuya utilización final caía en manos que ellos desconocían por vocación y convicción. Pues el técnico, al carecer de un adecuado marco ideológico-político que le permita orientar su práctica, termina siempre por aceptar pasivamente el papel que la sociedad dependiente le impone. Su idolatría por la Ciencia, por el conocimiento objetivo, riguroso y verificable (valores todos que la cultura neocolonial se ha esmerado en inculcarle), lo conduce necesariamente a separar su práctica científica del mundo, para él, turbulento y engañoso de la historia y la ideología. Atrincherado en su laboratorio, considerará que su misión en la vida es producir verdades objetivas y verificables, y dejar en manos de otros especialistas (los hombres de Estado o de Empresa) la utilización social y política de esas verdades. No jura por Dios ni por la Patria, mucho menos por la madre, sólo lo hace por la neutralidad de la Ciencia. Su pasión por los datos verificables, su trato cotidiano con las cosas, lo determinan a trasladar estos valores al orden social, al cual, necesariamente, termina por cosificar. Y ésta es su mayor tragedia. Porque no lo olvidemos jamás: las cosas, en sí mismas, son siempre reaccionarias desde que no expresan sino el orden establecido. La acción política, que es la organización de la voluntad popular revolucionaria, es un acto de pura trascendencia, que niega y supera el orden establecido en función de valores siempre crecientes de justicia social. El hombre de Ciencia advertirá, de este modo, que sus valores más preciados, la neutralidad de su Ciencia y la objetividad y pureza de su Saber, no son sino manifestación de una realidad trágica y total: la dependencia argentina. Es necesario, entonces, desmistificar esa entelequia de la neutralidad de la Ciencia, y demostrar, que un técnico, en un país dependiente, sólo puede asegurarse la honesta utilización de sus esfuerzos de investigación si une su Ciencia con el proyecto y con las luchas políticas de su pueblo. *Porque la Ciencia no es neutra: o sus objetivos son marcados por los intereses de la Nación o son instrumentados por el neocolonialismo paga nuestro sometimiento.* <<

[121] *Plan de Gobierno*, ed. cit., p. 11. <<

[122] *Plan de Gobierno*, ed. cit., p. 11. <<

[123] *Plan de Gobierno*, ed. cit., p. 12. <<

[124] *Boletín oficial* del 5 de abril de 1946. Subr. nuestro. <<

[125] Cfr. Gómez Morales, Alfredo, *Política Económica Peronista*, Escuela Superior Peronista, Buenos Aires, 1951, p. 141. Gómez Morales, a quien, al margen de las discrepancias políticas que podamos tener con él, no se le puede negar conocimiento del tema, lo expuso así: «El Banco Central nacionalizado empezó a actuar en el período de transición de la posguerra y debió servir nada menos que a la nueva política económico-financiera concebida y creada por el General Perón. El Banco debió realizar una acción de promoción industrial y de apuntalamiento a la independencia económica del país. Las divisas acumuladas durante el período bélico, que no se pudieron utilizar por las contingencias de la guerra, debieron ser otorgadas por el Banco para facilitar el Plan de fomento industrial, reponer las maquinarias desgastadas, introducir nuevas plantas industriales, adquirir los transportes para movilizar nuestras cosechas, adquirir equipos de vialidad y realizar la recuperación económica, a través de la nacionalización de los servicios públicos...» (Gómez Morales, ob. cit., p. 159). <<

[126] Perón, Juan, *La reforma bancaria como promotora de la economía de la Nación*, S. de I., Buenos Aires, 1950, p. 9. <<

[127] Esteban, Juan Carlos, *Imperialismo y desarrollo económico*, Ed. Palestra, Buenos Aires, 1961, p. 60. <<

[128] *Mensaje del Presidente Perón*, S. de I., Buenos Aires, mayo de 1951, p. 82. <<

[129] *Mensaje...*, ed. cit., p. 83. <<

[130] Esteban, ob. cit., p. 41. <<

[131] Esteban, ob. cit., p. 46. <<

[132] Perón, Juan, *La Reforma Social*, S. de I., Buenos Aires, 1948, p. 4. <<

[133] *Anales de la Sociedad Rural*, agosto de 1944, citado por Cúneo, Dardo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Pleamar, Buenos Aires, 1967, p. 153. <<

[134] Cúneo, ob. cit., p. 164. <<

[135] Torre, ob. cit., p. 31. <<

[136] *Plan económico de 1952*, Consejo Económico Nacional, 1952, pp. 60/61. <<

[137] *Habla Eva Perón*, Partido Peronista Femenino, febrero de 1952, pp. 5/7. <<

[138] Esteban, ob. cit., p. 83. <<

[139] Esteban, ob. cit., pp. 89/90. <<

[140] De los procesos desencadenados a partir de 1952 suele extraerse toda una mitología antiperonista que pretende encontrar en los años 1954 y 1955 sus pruebas más esplendentes. Consiste en interpretar, por ejemplo, la visita de Prebisch, el Congreso de la Productividad y el Contrato con la California como tremendos atentados contra los intereses del pueblo y del país. Nosotros no nos ocuparemos aquí, y dudamos también que en otro lado, de «refutar» esas acusaciones contra el movimiento popular. Esta tarea, por otra parte, ya ha sido realizada por el peronismo a través de trabajos como los de los compañeros Pablo Franco y Fernando Álvarez. Aquí, solamente esto: si entre 1954 y 1955, Perón recibía a los tecnócratas de la dependencia, incentivaba la explotación de la clase obrera, apoyaba abiertamente la iniciativa privada y firmaba contratos viciados de entreguismo y cipayaje, ¿por qué diablos, entonces, la oligarquía y el imperialismo se tomaron el trabajo de voltearlo? Porque hoy ya nadie se traga el cuento de que a la oligarquía le molestaba «el régimen peronista». Lo real era que, al margen de algunas medidas reformistas y aun reaccionarias determinadas por el juego de fuerzas internas del movimiento, el peronismo implicaba necesariamente una política de movilización y concientización revolucionaria para la clase trabajadora. Y esto sí era intolerable para el imperialismo y la oligarquía. <<

[141] *Síntesis cronológica de las realizaciones del general Perón*, S. de I., Buenos Aires, 1954. <<

[142] Prebisch, Raúl, *Informe Preliminar acerca de la situación económica*, Secretaría de Prensa de la Presidencia, Buenos Aires, 1955, p. 11. <<

[143] Blanco, Eugenio A., *Realidad económica argentina*, Ministerio de Hacienda, Buenos Aires, 1956, p. 7. Incluiremos en nuestro texto la paginación de las citas siguientes. <<

[144] Una extensa e importante publicación oficial del aramburato se encargaba de explicitar las razones que determinaron la adhesión a los organismos financieros internacionales: «Siendo de urgente necesidad restaurar la confianza exterior en las finanzas del país, a fin de evitar el perjudicial aislamiento en que la economía argentina había sido mantenida con respecto a las instituciones internacionales, se encaró la participación del país en los planes internacionales que propenden al desenvolvimiento económico y a la estabilidad monetaria internacional. A tal efecto, el Decreto N.º 7013/56 dispuso la iniciación de gestiones para obtener el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Logrado el objetivo perseguido y consideradas las condiciones prefijadas por los organismos aludidos, fue dictado el Decreto-ley N.º 15 970 del 31 de agosto de 1956, aprobando el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento», *Memoria del Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora* (1955-1958), Presidencia de la Nación, Servicio de Publicaciones, p. 67. <<

[145] *El Hombre del Deber: una serie de semblanzas del general Manuel A. Rodríguez*, Librería «La Facultad», Buenos Aires, 1936, pp. 32 y 34. Subr. nuestro.

<<

[146] Debe quedar bien en claro que el presente trabajo, exclusivamente por necesidades de redacción, utilizaremos el concepto *Ejército* como sinónimo de *Fuerzas Armadas*. En el caso especial en que hagamos mención exclusivamente a la fuerza de tierra, la diferenciaremos claramente de la Marina o Aeronáutica y viceversa. <<

[147] Se dan diversas interpretaciones de la sigla tras la cual se agruparon los militares del 43. La más utilizada: Grupo de Oficiales Unidos. Pero es demasiado sensata. La mentalidad germano industrialista y la tendencia a la desmesura de muchos de sus integrantes, torna más verosímil la que propone Fayt (*La naturaleza del peronismo*): Grupo Obra de Unificación. O la muy imperativa que menciona Puiggrós (*El peronismo: sus causas*): ¡Gobierno! ¡Orden! ¡Unidad! <<

[148] Von der Goltz, Colmar, *La Nación en Armas*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1930, p. 317, tomo II. <<

[149] Coronel Perón, Juan, *Significado de la Defensa Nacional desde el punto de vista militar*, Ministerio de Guerra, Buenos Aires, 1944. <<

[150] *Principios del Sindicalismo Justicialista de Perón*, Subsecretaría de Informaciones (en adelante: S. de I.), Buenos Aires, 1953, p. 10. <<

[151] *Principios...*, p. 8. <<

[152] Rouquié, Alain, «Adhesión militar y control político del Ejército en el régimen peronista» (1946-1955). En *Fuerzas Armadas, Poder y Cambio*, Tiempo Nuevo, Caracas, 1971, p. 230. <<

[153] *El general Perón se dirige a sus camaradas del Ejército Argentino*, S. de I., Buenos Aires, 1950, pp. 3-6 y 11. <<

[154] Rouquié, ob. cit., p. 210. <<

[155] *Discurso del general Juan Perón en la comida anual de camaradería de las FF. AA., S. de I., Buenos Aires, 1950, pp. 9-11.* <<

[156] *Mensaje del general Juan Perón al inaugurar el 85.º período ordinario de sesiones del Honorable Congreso Nacional*, S. de I., Buenos Aires, 1951, p. 158. <<

[157] Cereijo, Ramón, *Hacia un mayor y mejor conocimiento de la verdadera situación económica argentina*, Ministerio de Hacienda, Buenos Aires, 1950, p. 53.

<<

[158] Cereijo, ob. cit., p. 64. <<

[159] *Cien años contra el país*, Sindicato de Luz y Fuerza, Buenos Aires, 1970, p. 139.

<<

[160] Descartes, *Política y estrategia*, Buenos Aires, 1951, p. 54. <<

[161] *Proclama revolucionaria del general Menéndez* (28/9/51). Impresa en hojas azules y blancas. <<

[162] Rouquié, ob. cit., p. 223. <<

[163] Cabo, Dardo, «La lucha interna en el movimiento peronista», Revista *Nuevo Hombre*, año I, N.º 8. <<

[164] Rouquié, ob. cit., p. 227. <<

[165] Cabo, ob. cit. <<

[166] Perón aceptó la campaña de bustos y retratos como un intento por afianzar la unidad y organización del movimiento —ya en crisis— a través de la omnipresencia de su figura. Que se equivocó, es cierto, y no solamente en esto: porque también él tuvo que equivocarse para que aquel gobierno se perdiera. «Yo reconozco (son sus palabras) que en la conducción estratégica he cometido algunos errores (...), la conducción es un acto humano, y el hombre está expuesto a desviaciones de una u otra naturaleza» (*Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*). No necesitamos hacer de Perón un dios infalible, para reconocerlo como el más grande líder de masas de nuestra historia. <<

[167] Disertación publicada en *Nueva Plana*, N.º 21, 20/3/73. <<

[168] Luna, Félix, *El 45, crónica de una año decisivo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1970, p. 28. <<

[169] Con posterioridad a la redacción de este artículo (mayo de 1973) se producen movimientos políticos de interés en las FF. AA. Afirmar, como algunos compañeros lo hacen, que el Ejército está ganando terreno político para volver a la represión colonizadora en cuanto le sea posible, nos parece simplificar la cuestión. No podemos caer en una concepción de las FF. AA. que las transforme en una entidad reaccionaria por esencia: *eso es hacer metafísica y no política*. Creemos, por el contrario, que estas posturas políticas del Ejército deben ser observadas con actitud abierta e interesada. También cautelosa, es cierto, pues 18 años de represión sobre el pueblo peronista nos obligan a ser prudentes ante el Ejército. Pero, y al margen de los antecedentes que puedan ensombrecer la figura de algunos integrantes de la cúpula militar, los peronistas debemos aprobar este tipo de posturas políticas asumidas por las FF. AA. Porque hay que tener en claro lo siguiente: es la inmensa realidad de Perón presidente, expresión del poder del Pueblo, la que ha impulsado al Ejército a dar determinados pasos que tiendan a acercarlo al campo popular. Se confirma la tesis que hemos esbozado en nuestro trabajo: la unidad Pueblo-Ejército se posibilita y conquista desde el campo del Pueblo. Lo que nosotros rechazamos es una interpretación que acabe por hacer de Pueblo y Ejército dos entidades separadas y complementarias, dedicándose el Pueblo a la producción y el consenso y el Ejército al monopolio de la fuerza, actitud que degenera fatalmente en paternalismo. Pueblo-Ejército deben acabar por constituir una sola fuerza: la de *la Nación en armas* (tal como entendió siempre Perón este concepto). Esta unidad se conquista desde el campo popular: es el poder del Pueblo el que va a marcarle al Ejército que su única posibilidad de realización en la comunidad nacional se encuentra en la integración del frente popular. Todo esto no hace sino llevar nuestra atención al tema central de nuestras preocupaciones de hoy: *el de la construcción del poder peronista*. <<